

Journal de la

REVOLUTION FRANÇAISE.

REVOLUCION FRANCESA,

POR

MR. A. TELLERS.

NUEVA EDICION.

Donativo de la
IGNACIO DE OTTO y PARDO

TOMO I.

MADRID 1843:



ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO.

DE D. F. DE P. MELLADO.—Editor.

R. D. 18.921



LIBRIS 349276

REVOLUCION FRANCESA

BIOGRAFIA

DE M. A. THIERS.

Al hacer una nueva edicion de la Historia de la Revolucion Francesa por M. Thiers, quedaria incompleto nuestro trabajo si no le precediese una biografia de su ilustre autor, cuyo nombre se ha hecho ya casi tan popular en España como en Francia. Empero, como nuestro deseo no se limita á presentar una ligera reseña biográfica que apenas satisfaria la justa curiosidad de nuestros lectores, hemos consultado con la preferencia la que hace poco tiempo publicó M. Boilay, por ser la mas estensa de cuantas se conocen, y porque está escrita con la imparcialidad y exactitud que tanto recomiendan una narracion histórica.

Luis Adolfo Thiers nació en Marsella en 1797, y desde su mas tierna edad se separó de su familia paterna, y pasó su primera infancia al lado de unos parientes próximos de su madre, cuya honrada familia se ocupaba hacia muchos años del comercio de Levante. A esta familia pertenecieron los dos

hermanos José y Andres Chenier, de suerte que ya habia en ella dos personajes célebres en la literatura. Con motivo de la interrupcion que sufrieron las relaciones del comercio marítimo durante la revolución, quedó muy reducido el caudal de aquellos comerciantes, y así le vino muy bien al joven Thiers la beneficencia del gobierno imperial que le concedió lo que en Francia se llama *una bolsa*, ó lo que es lo mismo, pagar el estado la educación gratuita de algunos jóvenes pertenecientes á familias poco afortunadas. En los primeros años que pasó en el liceo de Marsella fué muy poco aplicado, como sucede generalmente á todos los niños que tienen demasiada viveza; hasta que un dia cambió de repente de inclinacion y principió á consagrarse al trabajo con tanto empeño y aplicacion que en los dos últimos años que pasó allí, fué el discípulo mas brillante de las clases. Sobre todo se aplicó con ardor al estudio de las ciencias exactas, que se miraban con mayor atencion entonces en los liceos, porque abrian la carrera militar á la juventud del Imperio. Mas luego que este cayó, entró M. Thiers en una escuela de derecho, y le enviaron á Aix para estudiar la jurisprudencia. En aquella ciudad como en otras muchas habia sus partidos entre los estudiantes, por un efecto natural de las agitaciones políticas que habian trastornado y trastornaban todavía la Francia; y como M. Thiers pasaba por ser uno de los mas instruidos y adelantados, se halló sin saber como siendo una especie de corifeo de partido entre los estudiantes liberales. Allí contrajo estrecha amistad con M. Mignet, que conformaba mucho con él en opiniones políticas, en afición á las letras, y en su predileccion por los estudios histó-

ricos. Amistad que ha continuado en todas las situaciones de su vida, sin que la altere aquella rivalidad tan comun entre escritores que emprenden las mismas obras. La única diferencia notable que hay entre estos dos amigos consiste en la diversidad de carácter, pues el uno limita su capacidad al retiro de la vida administrativa, mientras que el otro parece como nacido para las grandes luchas parlamentarias, y así eligió la carrera de la tribuna, entregándose á todas las tormentas de la vida pública. Empero esta diferencia de inclinaciones y la desigualdad de sus posiciones políticas respectivas, no fueron parte para desnivelar en lo mas mínimo la perfecta confraternidad que entre ellos reinaba. Estos dos estudiantes, sin descuidar la asistencia á las cátedras para ganar las certificaciones, se entregaban juntos con mucho mas empeño al estudio de la historia, de la filosofía y de la economía política. Mucho antes de concluir la carrera de estudiante, ya encontró M. Thiers una ocasion de hacer en Aix mismo un ensayo literario, y fué que habiendo propuesto aquella academia un premio de elocuencia para el que mejor hiciese el elogio de Varvenargues, el célebre moralista, se presentó M. Thiers al concurso y envió su composicion cerrada. Mas cuando ya la academia iba á coronar su obra, la política que en aquella época se mezclaba en todos los asuntos y que tenia divididos á los académicos en realistas y liberales, vino á interponer su perniciosa influencia, haciendo que estos últimos, arrastrados por un excesivo celo en favor del joven candidato, que tan brillantes esperanzas prometia á su partido, revelasen tal vez sin querer su nombre antes del juicio definitivo, de que resultó que la ma-

por parte de los académicos realistas que estaban dispuestos á premiar el talento, no quisieron coronar una opinion que les era contraria, alegando que M. Thiers escribía muy bien, pero que pensaba muy mal, y determinaron que no se concediese el premio á ninguno y que se dirijiese el concurso hasta el año siguiente. Tuvo paciencia M. Thiers, pero juró vengarse y en efecto presentó el mismo elogio al concurso. Enviaron de Paris otro elogio de Vauvenargues, el cual naturalmente gustó mas y se le concedió el premio, otorgando á M. Thiers únicamente *el accesit*. Pero luego que se pronunció este juicio, faltaba abrir el pliego para saber quien era el vencedor y se encontró que era el mismo M. Thiers que escarmentado con lo que le habia pasado el año anterior habia jugado aquella pieza á la academia con el mayor secreto. Este chasco tan bien dado no dejó de mortificar á la academia, pero tampoco dejó de influir mucho en el destino de M. Thiers: porque le indicó la carrera que le convenia seguir despues de haber hecho algunos ensayos en la que propiamente merece el nombre de abogacia, y así se decidió por la literatura y resolvió marchar á Paris. Uno de los que mas contribuyeron á afirmarle en la resolucion de salir de la provincia fué Manuel, aquel hombre de tanto talento como buen corazon, que sabia distinguir á los que tenian capacidad, y estaba siempre dispuesto á apoyarlos. Este y el señor duque de Larrochefourcauld Liancourt fueron los dos primeros protectores que encontró M. Thiers en la capital. El segundo de estos quiso tomarle por secretario suyo, pero M. Thiers no tuvo por conveniente aceptarlo, sino que siguió el consejo de Manuel, de dedicarse á la carrera de los periódicos,

para lo cual le presentó á M. Etienne, que era propietario y principal redactor del *Constitucional*. Este no tardó en conocer todo el partido que podia sacar de aquel talento, y se apresuró á nombrarle colaborador. Apenas principió su redaccion, cuando sus artículos sobre política llamaron la atencion de todo Paris por esa claridad y vigor lógicos, y por ese estilo animado que constituye la originalidad de M. Thiers, de suerte que desde el primer año de su estancia en la capital, ya adquirió una posicion tan honrosa y acomodada como debe prometérsela todo escritor distinguido que se agrega á uno de los diarios de primera nota. Se han referido mil consejos sobre la falta de recursos en que tuvo que vivir M. Thiers los primeros años de su permanencia en Paris, pero es absolutamente falso; porque, como ya hemos dicho, adquirió muy pronto medios para vivir independiente. Pero no se crea que por haber empezado á ganar mas de lo absolutamente necesario, se dispensó M. Thiers de ir adquiriendo nuevos materiales, por medio de estudios serios, sin los cuales bien pronto se hubiera acabado el fondo de su redaccion, y particularmente cuidó de profundizar los estudios históricos, que son para el publicista y hombre de estado lo que es la anatomia para un médico. Dedicóse particularmente, siguiendo los impulsos de su inclinacion, á registrar todos los documentos originales de la historia contemporánea, por ser uno de los mas grandes dramas que haya presenciado la humanidad, y al paso que esto le servia para encontrar armas de que hacer uso en su profesion militante de periodista, iba haciendo provisiones para formar algun dia la historia de la revolucion. Apenas le ocurrió esta

idea, cuando conoció por lo mucho que ya habia reunido cuanto le faltaba por adquirir. Una de las cosas que primero llamaron su atencion fué, que habiéndose tocado en la revolucion francesa todas las cuestiones importantes de gobierno, era indispensable estudiarlas todas, y no contentarse con la simple relacion de los hechos. Las cuestiones sociales, las politicas, las económicas, las administrativas, las militares, todo se habia tratado mas ó menos bien, con mas ó menos acierto en aquellas memorables Asamblicas, y era necesario comprenderlas todas bien, sopena de cometer mil errores que ocasionasen gran confusion para la inteligencia de los sucesos. Para ello procuró adquirir relaciones con las personas que habian sobrevivido en las diferentes carreras, á quienes sometió todas las dudas que le ocurrian sobre cualquiera de ellas. Uno de los que mas bondades tuvieron con él fué el Sr. baron Louis que era uno de los mas hábiles economistas de la época, y con él pasaba muchas mañanas llevándose debajo del brazo un tomo de los presupuestos, en el que se iba iniciando en todos los secretos de la hacienda, y fué tanto lo que aprovechó en aquellas útiles lecciones que llegó á aclarar perfectamente aquel caos economico de la revolucion.

Apenas emprendió aquella obra histórica, se entregó esclusivamente á ella, y cuando empezaron á salir los primeros tomos es incrcible la popularidad que adquirieron en poquisimo tiempo. Por que es menester confesar que la historia de M. Thiers es una especie de revelacion, donde se espican los sucesos, los hombres y las situaciones con una claridad tal, que parece estarias uno pro-

senciando. Por mas talento y facilidad que supon- gamos á M. Thiers, no puede menos de concebirse la extraordinaria sujecion y retiro á que tuvo que dedicarse; pero esto no le privaba de concurrir á la casa de campo de M. Laffitte, llamada Maisons, donde tonian su cuarto preparado él, Manuel y Beranger. En este hermoso retiro fué donde por espacio de muchos meses estuvo trabajando en su historia, mientras que Beranger, escribia bajo el modesto titulo de *Canciones*, la comedia aristofánica de su tiempo, ó sus inspiraciones liricas dedicadas á la gloria proscripta. Por la noche se comunicaban los tres amigos el fruto de sus ocupaciones durante el dia y los domingos venia M. Laffitte acompañado de varios amigos para gozar un dia de agradable solaz en su grata compañía. Aunque M. Thiers es un trabajador infatigable, no por eso deja de conciliar el estudio con distracciones mundanas tomadas con la debida moderacion. La corte de la restauracion no dejaba de ser triste, pero tampoco impedia que hubiese en Paris bastantes tertulias brillantes, que unas pertenecian á la gente puramente rica, como los banqueros, otras á la gente de administracion y otras por fin á la diplomacia. Las principales entre todas estas eran las de M. Laffitte y Casimir Perrier, la de M. Flahut y la de M. Talleyrand, á todas las cuales concurría M. Thiers, y en todas era apreciado, á pesar de su juventud, por su mucho talento. La mas escogida de estas tertulias era sin disputa la del último, donde se reunia la aristocracia liberal, muchos diplomáticos y la juventud escogida á quien el dueño de la casa mostraba la mayor amabilidad. En ella habia dos escuelas rivales, que

eran la doctrinaria y la revolucionaria, compuestas por una parte de los señores Remusat, Duvergierde, Hauranne, Duchatel, Dumont y Piscatory, jóvenes todos que pertenecian á la clase elevada por las relaciones de sus familias, y al mundo literario por sus talentos. Muchos de ellos publicaban escritos apreciados en el *Globo* y en la *Revista francesa*, y reconocian por gefes suyos el duque de Broglie y á M. Guizot. Por la otra estaban M. Thiers y M. Mignet, que ya tenian reputacion de buenos publicistas é historiadores: estaban rehabilitando con sus obras la revolucion francesa y se alistaban en las filas de la oposicion, representada por M. Laffitte y por Manuel. Entre estos jóvenes divididos en dos campos, no puede decirse que habia envidia, sino una noble rivalidad de talento y la diferencia de sus opiniones consistia en lo siguiente. Los doctrinarios deseaban toda idea de revolucion, creyendo que la dinastia legitima acabaria por reconciliarse con el gobierno representativo. La escuela liberal no creia posible esta reconciliacion, y asi aceptaba de antemano el inevitable desenlace de una revolucion. Pero estas disidencias no impedian á los unos ni á los otros hacer comunes esfuerzos para poner en práctica con sinceridad el gobierno representativo. Por desgracia la mala voluntad de la restauracion, no tardó en disipar todo género de dudas acerca de la conspiracion patente de la dinastia legitima. El dia que se publicó el nombramiento del ministerio Polignac, que fué el 8 de agosto, se pusieron completamente de acuerdo las dos oposiciones. Pero creyeron algunos de los mas decididos amigos de la libertad, que la oposicion no tenia bastantes

armas para combatir al poder que estaba desafiando la opinion general de la Francia, y entonces propuso M. Carrél á M. Thiers la idea de fundar el *Nacional*, y en efecto habiendo concluido este ya su *Historia de la revolucion francesa*, que gozaba de una voga inmensa, conoció que habia llegado el momento de volverse á entregar del todo á los debates politicos, y asi adoptó completamente la proposicion de Carrél, creando el *Nacional* del que fué redactor en gefe. Al tomar esta resolucion comprendió M. Thiers que era indispensable dar ya por incorregible á la dinastia, y por consecuencia que el mal de que la Francia se quejaba, no consistia en los ministerios sino en la dinastia, y asi era menester atacarla directamente. Para hacer esta guerra enarboló M. Thiers la bandera de la monarquia representativa, sin salir de la Carta constitucional, obligando al trono á someterse á ella ó á romper de una vez. Bien habia previsto que en efecto rompería, y aun por eso la idea del *Nacional* desde su creacion fué el *Orleanismo*, como se dejaba inferir de muchos de sus primeros números, sin embargo de que por entonces jamás habia visto M. Thiers al duque de Orleans. Apenas apareció el *Nacional*, hizo un efecto inmenso y mucho mas cuando se atrevió á establecer el principio de rehusar el presupuesto inmediatamente que Carlos X, nombró por ministro á Polignac. Habia insinuado Benjamin Constant la idea de cercenar todos los créditos destinados por la ley de hacienda á los diferentes servicios publicos, pero se opuso á ella M. Thiers diciendo, que reducir estos servicios era lo mismo que castigar á la administracion de las faltas del gobierno y ponerla á pan y agua, con cuyo régi-

men se vive mal, pero al fin se vive. M. Thiers propuso un espediente mas decisivo, cual fué el de votar sin reduccion todos los servicios, y rehusar el presupuesto, porque despues de semejante voto no hay mas que dos cosas posibles, ó mudar el ministerio ó un golpe de estado contra la Carta. Efectivamente asi sucedió, pues que Carlos X tomó el partido de publicar las ordenanzas ó decretos de julio.

Terrible dia fué aquel para la imprenta, por lo mismo que ella era la primera atacada y la que debia dar el ejemplo de someterse ó resistirse al despotismo. El dia 26 de julio se reunieron espontáneamente los periodistas en las oficinas del *Nacional*, y era la opinion general que cada uno protestase segun le dictara su valor contra semejante medida; pero se opuso M. Thiers diciendo: que nada podian las circunstancias contra articulos mas ó menos violentos; sino que era necesario un acto comun en que se espesara claramente la resolucion de no obedecer, dando á los ciudadanos el ejemplo de la resistencia. Aceptóse la proposicion é inmediatamente redactaron la protesta, Monsieur Thiers, M. de Remusat y M. Cauchois Lemaire; verificado lo cual se firmó y apareció al dia siguiente en todos los periódicos de la oposicion y produjo el mejor efecto en Paris, alegrándose todos de que la imprenta diese á todos los ciudadanos el consejo y el ejemplo de la resistencia legal. Mas como el gobierno por su parte habia desenvainado la espada, no le era dado retroceder en presencia del primer acto de resistencia, y asi dió inmediatamente orden á sus agentes para ir á poner los sellos en todas las imprentas donde se hubiese es-

tampado aquella provocacion á la rebelion. Una de las primeras en que se ejecutó esta medida de policia fué la del *Nacional*, donde M. Thiers y sus amigos protestaron nuevamente contra aquella ilegalidad, y tomaron testimonio de que solo cedian á la violencia. El agente que estaba encargado de aquella penosa comision se condujo con la mayor suavidad posible, presentándose con mucha atencion y contentándose, como para descargo de su conciencia, con romper una de las piezas del mecanismo de la imprenta: fingiendo que quedaba persuadido de que dejaba inútil la prensa. Pero á los pocos momentos ya estaba esta reparada y tirando por miles los ejemplares de la protesta que debia esparcirse por Paris y exaltar las cabezas de su poblacion, ya sobradamente irritada. Las oficinas del *Nacional* sirvieron de cuartel general á la insurreccion, y alli se reunieron gran numero de electores á concertarse acerca de los medios de defender, en nombre de todo el cuerpo electoral, las leyes que acababan de violarse. Pero ya el pueblo habia empezado á tomar parte en la resistencia y estaba protestando á tiros por las calles y podia decirse con igual verdad lo que dijo M. de Larrochefoucauld en 1789: *no era un motin sino una revolucion*. Sabidos son los hechos que en aquellos tres memorables dias derribaron el trono de Carlos X, y por lo tanto creemos escusado, reproducirlos en este lugar. Pero concluido el combate era necesario decidir lo que debia hacerse despues de la victoria, porque el pueblo habia principiado por echar abajo y hacer pedazos las insignias de la monarquia, y daba indicios de haber roto enteramente á lo menos con la

de Carlos X. Mas en las deliberaciones que tenian entre sí los hombres políticos, habia muchas dudas en pasar desde una dinastia á otra, y esta especie de consejo de estado se celebraba en casa de M. Laffitte. Allí el general Sebastiani, Beranger, M. Thiers y M. Mignet apoyaban y afirmaban la resolucion de M. Laffitte, que estaba por el duque de Orleans, y sin perder tiempo M. Thiers hizo circular por medio de su periódico una proclama en favor del duque. Siguieron este ejemplo otros varios periódicos, pero sin embargo estaba muy indecisa la reunion de los diputados, que miraba como temerario tomar aquel partido. Mientras que estos señores vacilaban sobre romper ó no del todo con la dinastia legitima, se anunciaba en el ayuntamiento otra idea mas atrevida, cual era la del romper del todo con la monarquia y declarar república á la Francia. En este conflicto de opiniones contrarias, como existian, por decirlo asi, dos gobiernos á un mismo tiempo, uno en el ayuntamiento y otro en casa de Laffitte, andaba M. de Semonville presentándose ya en uno ya en otro para negociar en nombre de Carlos X. En el ayuntamiento le respondió Lafayette: *ya es muy tarde*; mas en casa de Laffitte, á pesar de la resolucion bien terminante de este último, del general Sebastiani y de algunas otras personas y á pesar tambien de los gritos que estaban dando en el patio donde aclamaban al duque de Orleans, habia un gran número de diputados dispuestos á tratar con el plenipotenciario de Carlos X. Pero al fin consiguió M. Thiers decidir á estos últimos, haciéndoles reflexiones sobre lo que podia temerse de lo que estaba pasando en el ayuntamiento, de

suerte que la mayoría se resolvió á optar entre las dos opiniones la mas moderada. Solo M. Laffitte y Sebastiani pusieron la dificultad de que no estando en relacion con el duque de Orleans no podian estar seguros de su adhesion, y entonces le preguntaron á M. Thiers si queria ir á Nevilly á llevar al príncipe las proposiciones y recibir su respuesta. M. Thiers aceptó la comision y no pudo ver al duque, pero fué recibido por la augusta familia del príncipe, la cual le declaró que en caso que el duque no pudiera ir á Paris, iria á lo menos una parte de su familia, y Mr. Thiers, tuvo que volverse con esta sola respuesta. En aquel intervalo se habian trasladado los diputados desde la casa de Laffitte al palacio Bourbon donde está la cámara, y luego que M. Thiers les comunicó la respuesta, vieron que habia llegado el momento de tomar un partido, mas no tan de pronto que no durase la discusion desde el medio dia hasta las seis de la tarde. Tanto era lo que recelaban de cometer una temeridad, deponiendo un rey y creando otro. Es muy probable que la reunion no hubiese tenido la energia necesaria para tomar aquella resolucion estrema, si M. de Remusat no hubiese discurrido un medio término, cual fué el de que se nombrase al duque de Orleans teniente general del reino. Aceptóse aquella transacion, pero quedaba todavia una dificultad que vencer, y consistia en la duda de cómo seria recibida en el ayuntamiento aquella resolucion de los diputados, porque siendo esta tenencia general un camino para el trono no sabia como le sentaria al partido republicano. Enviaron á M. de Remusat en comision á M. de Lafayette para decidirle en favor

del duque, y cierto no se podia escoger un negociador mas capaz que él para persuadir al general, de quien era pariente por su muger. Le hizo varias reflexiones casi todas personales, diciéndole que pues en caso de republica no podia haber otra que la de la reforma americana, siendo él su presidente, considerase si la edad en que se hallaba le prometia bastante fuerza y autoridad para dominar la crisis que debia ser la inevitable consecuencia de una revolucion. El general Lafayette no era hombre capaz de poner en una misma balanza el interés de su ambicion y el de su patria, conociendo que en esta causa sobrepujaba sus fuerzas, y animado de un pensamiento puramente nacional declinó una responsabilidad que creia demasiado peligrosa y así dió inmediatamente su adhesion y se proclamó teniente general al duque de Orleans. Este recibió la noticia de su nombramiento por una diputacion de la Camara y se fué aquella misma tarde á Paris, y M. Thiers tuvo por primera vez la honra de ser admitido á su presencia. Allí principiaron esas relaciones de gran confianza con que el nuevo rey no ha cesado de honrar á M. Thiers, confianza que no han destruido despues ni las disensiones politicas, ni una dimision ministerial, ni la mas viva oposicion parlamentaria.

No era ya posible que despues del 9 de agosto dejase M. Thiers de entrar en los negocios, puesto que habia conquistado en cierto modo el derecho á ellos. Quisieron por de pronto colocarle en la secretaria de negocios estrangeros, pero el duque de Broglie y el baron Louis le hicieron dar plaza en el consejo de estado, queriendo este último cuando

le dieron el ministerio de hacienda, nombrarle secretario general de su departamento, porque decia que en la crisis económica con que tenia precision de luchar, necesitaba un jóven activo é inteligente que le ayudase; pero quedó conciliado todo con su nombramiento para el consejo de estado pues le agregaron á la seccion de hacienda. Allí trabajó tres meses en la reorganizacion del servicio bajo la direccion del baron Louis, que ya le habia enseñado la teoria y principió á instruirle en la práctica. Fué mucha la aptitud que mostró M. Thiers, á tal punto que cuando el baron Louis, se vió precisado á dejar el ministerio, le designó para sucesor suyo, como el hombre mas capaz. Entoncez ocurrió una cosa que es muy poco sabida en la vida politica de M. Thiers; y es que como la dificultad de las circunstancias obligaba á disolver el primer gabinete de la revolucion, el ministerio que se formó el dia despues de la victoria, cuando la comun exaltacion hacia desaparecer todas las disidencias, habia reunido muchas incompatibilidades, que no tardaron en reproducirse. Ya principiaban á designarse los partidos y enardecerse las pasiones, porque se acercaba el proceso de los ministros de Carlos X, y para resistir aquella temible crisis, se creó el ministerio de 3 de noviembre no sin muchas dificultades. En los dias que precedieron á la formacion de aquel gabinete, mandó llamar el rey á M. Thiers, y le propuso el ministerio de hacienda, cosa que le causó la mayor sorpresa porque todavia no era diputado, aunque iba muy pronto á serlo. Preguntó á S. M. que cual era el motivo de tan graude confianza, y el rey le

dijo que no habia otro mas que los informes y consejos del baron Louis. Ciertamente quedó muy envanecido M. Thiers de un voto semejante, porque tenia ambicion y no le asustaba el trabajo de aquel vasto departamento, pero tuvo bastante sensatez para rehusar una elevacion tan repentina. Dió por motivos que era grave la crisis económica; que la bolsa estaba muy alarmada, y que se necesitaba un nombre menos nuevo que el suyo para tranquilizar á los capitalistas. En vano le instaron M. Laffitte y Casimir-Perrier á que lo aceptase, porque en aquella combinacion hubiera tomado Laffitte el ministerio del Interior con la presidencia del consejo; pero M. Thiers no se dejó deslumbrar y persistió en su negativa, no queriendo ser ministro antes de tiempo, y aceptó el empleo de subsecretario, bajo el ministerio de Laffitte. Entonces fué cuando le nombraron diputado los electores de Aix, y durante aquel primer periodo de su vida parlamentaria, se atuvo exclusivamente á su especialidad económica y rentística. Se distinguió muy particularmente en la defensa que hizo del plan de amortizacion, contra el cual habia notables prevenciones, y habló tan bien sobre él, que al concluir se le acercó M. Royer-Collard y le dijo: *hoy empieza vuestra fortuna*. Sin embargo, estaba entonces amenazado de un gran desfavor en la Cámara, porque aquella especie de osadía con que se mostraba en la tribuna causaba recelos al partido conservador, que veia en él un jóven revolucionario, de gran talento sin duda, pero con un espíritu emprendedor y resuelto que le inspiraba temores: por el contrario, el partido del movimiento le echaba en cara su tibieza en favor

de la revolucion, y en efecto M. Thiers era uno de los que mas temian el abuso de la revolucion de julio y se inclinaba á lo que se llamaba entonces sistema de resistencia. De aqui procedian aquellas dudas de asociarse al ministerio, cuando le ofrecieron el de hacienda, que rehusó, y cuando le nombraron subsecretario; pero dejó á un lado todas sus ideas políticas, y se entregó enteramente á la administracion de hacienda y concurrió activamente á prestar su apoyo á todas las medidas que tenian por objeto hacer frente á las muchas necesidades del pais.

Dejamos aparte todo lo que ocurrió durante aquel ministerio, sus crisis económicas, sus compromisos durante el proceso de los ministros de Carlos X, y las dificultades que ofrecia la intervencion del Austria en los negocios de Italia, &c., sobre la cual se han hecho muchos juicios aventurados é inesactos. La verdad es que se disolvió el ministerio Laffitte, y que Casimir-Perrier formó el del 13 de marzo en que el baron Louis volvió á encargarse del despacho de hacienda. Quería conservar á M. Thiers para subsecretario de estado, pero Casimir-Perrier no se hallaba muy dispuesto en su favor, porque lo consideraba en muy buena armonia con M. Laffitte. Sin embargo de eso le declaró á este último que en la situacion en que se hallaba el gobierno de julio, miraba como una obligacion no oponerse al ministerio de 13 de marzo. Sabido es que Casimir-Perrier disolvió la Cámara, pero es lo raro que combatió en Aix la eleccion de M. Thiers, oponiéndole como candidato ministerial á M. Pataille, que no consiguió mas que veinte votos en un colegio de 350 electores, y

asi fué nombrado M. Thiers apesar de un ministerio, de quien debia ser uno de los mas firmes y mas elocuentes apoyos. Cometió M. Casimir-Perrier, en medio de sus eminentes cualidades, el error de querer escluir de la presidencia de la Cámara á M. Laffitte, esponiendo en aquella primera prueba la suerte del ministerio, y asi fué que no ganó la votacion M. Girod-del Aín mas que por un solo voto, y hubiera caído tal vez el ministerio sin la invasion del rey de Holanda en la Bélgica. En medio de todo, M. Thiers, por conviccion de la crisis en que se hallaba el pais, se pronunció altamente en favor de la bandera de Casimir-Perrier, que era la de la resistencia. Su primer discurso sobre ella fué un verdadero fenómeno parlamentario, por lo mismo que era la primera muestra que daba de sus conocimientos políticos, de suerte que la izquierda se quedó muda de admiracion, y el centro se deshizo en aplausos y aclamaciones de gozo. M. Casimir-Perrier y sus amigos le recibieron con los brazos abiertos, y todas las desconfianzas de los conservadores se convirtieron en simpatías. En seguida le nombraron miembro de la comision de presupuestos, recibiendo en ello un honor que habitualmente está reservado para los candidatos al ministerio. Siguióse á ello la discusion de la respuesta al discurso del trono, que fué tan tempestuosa por las interpelaciones de M. Mauguin, que era el enemigo mas temible del gabinete, á quien contestó M. Thiers en términos que su discurso será uno de los modelos de elocuencia parlamentaria.

M. Thiers, en fin, desempeñó el papel mas importante en esta legislatura, que fué en extremo

borrascosa; pero los debates que tenia que sostener en la tribuna era el menor de sus trabajos; puesto que por espacio de cuatro meses consecutivos tuvo que llevar todo el peso de la discusion á que se entregaba diariamente la comision de presupuestos. Leyó al fin á la cámara su informe, para cuya defensa se le vió incesantemente sobre la brecha, contribuyendo mas que nadie á sustraer la administracion del estado al peligro de las innovaciones imprudentes. La legislatura tocaba á su término, cuando las fatigas de una campaña tan laboriosamente sostenida habian alterado la salud de M. Thiers, viéndose en la necesidad de emprender un viage á Italia. Ya habia algunos años antes visitado la Normandia, y su aficion á las artes le llamaba siempre hacia la deliciosa patria de los grandes artistas. Tenia ademas la intencion de escribir la historia de Florencia, y para ello recorrió la Toscana y fué á ver á Génova y á Roma, cuyas ciudades fueron en otro tiempo centro de un vasto comercio, teatro de tantas guerras civiles, y foco de tantos ingenios en la politica y en las artes. Allí recobró completamente su salud, al paso que recogió muchos materiales históricos; pero durante su ausencia ocurrió la desgracia de la muerte de Casimir-Perrier, con ocasion de la cual pasó M. de Montalivet al ministerio del interior, dejando vacante el de instruccion pública. Se dividió el gabinete en dos pareceres sobre la persona á quien se habia de conferir este ministerio, y M. de Rigny, el baron Louis y el conde de Ar-gout querian que se nombrase á M. Thiers, mientras que el mariscal Soult, fiel á la antigua amistad y que no conocia á este último, propuso al du-

que de Bassano, á quien se inclinó tambien M. Barthe. Prevalció M. Thiers y llegó á firmarse su nombramiento, pero ocurrió la duda de que aquella divergencia de opiniones en el gabinete pudiese ocasionar alguna division perjudicial entre los ministros, y por esta consideracion se revocó el decreto y se eligió un término medio entre los dos, nombrando á Girod-del Ain. Era claro que un ministerio semejante no podia considerarse sino como provisional, y el rey mismo lo pensaba así, pues se estaba ocupando de nombrar uno mas compacto, y como M. Sebastiani estaba enfermo y no podia atender al despacho de los negocios, se llamó á M. Thiers á Paris, proponiéndole la plaza de subsecretario de negocios estrangeros, que no quiso aceptar. Ocurrió momentáneamente componer un gabinete en que entrasen M. Dupin, M. Bertin de Vaux y M. Thiers, quedando el primero con la presidencia; pero se deshizo aquella idea, quedándose M. Thiers como estaba, esto es, pasando el tiempo entre las tareas históricas y las ocupaciones del consejo de estado. Bbase acercando la legislatura de la Cámara, y cada vez se conocia mas la necesidad de formar un ministerio fuerte, porque se suponía que habia de ser acalorada como en efecto lo fué; mas para todas las combinaciones era considerado M. Dupin como la piedra angular, pues que siempre exigia para sí la presidencia, y esta es precisamente la que se empeñaban en rehusarle. Se pensaba en los doctrinarios; pero siempre ocurría el recelo de su impopularidad, y ante todas cosas exigian todos los candidatos á los diferentes ministerios el retiro de Montalivet y de Sebastiani, á lo cual por

fin se decidió el rey, y mandó al mariscal Soult que hiciese proposiciones á M. Dupin, sin explicarse acerca de la presidencia, mas este no lo quiso admitir. Instruido M. Thiers de aquellas negociaciones y de aquella negativa, creyó que era tiempo de dirigirse á los doctrinarios, contra quienes habia entonces una prevencion injusta. Se hicieron las primeras proposiciones al duque de Broglie, que exigió la cooperacion de M. Guizot, á quien se dió la instruccion pública, y á M. Thiers el ministerio del interior, aunque bastante reducido, porque M. de Argout se reservó casi todas las atribuciones administrativas de aquel departamento, reuniéndolas á su ministerio de comercio y trabajos públicos. Era aquella la época de las mayores dificultades, porque todos los partidos hostiles al gobierno habian llegado á su mayor grado de audacia, el Vendée estaba alborotado, la Bélgica amenazada de ver el incendio de Amberes por la artillería de la ciudadela, y la duquesa de Berry sublevando todo el Oeste de Francia. Sin embargo el ministerio no se desaminó y conservando entre todos la mas estrecha union, dió á M. Thiers las mas amplias facultades para llevar á cabo la arriesgada empresa de arrestar á la duquesa. Muchas fueron las dificultades que tuvo que vencer para cumplir su importante mision de una manera que no comprometiese la vida de la desgraciada princesa, cuyo paradero se ignoraba, si bien habia fundadas sospechas para creer que se hallaba oculta en Nantes. Cuando estas sospechas se convirtieron en realidad, M. Thiers mandó cercar la casa sospechosa, tomando al mismo tiempo todas las precauciones necesarias

para garantir la seguridad de la princesa y tributarla las consideraciones debidas á su rango y á su infortunio. Tres dias duró el sitio de la casa, al cabo de los cuales la misma princesa resolvió entregarse, temiendo morir asfixiada por el humo que despedía una chimenea donde los gendarmes habian hecho una grande hoguera. Arrestada, pues, la duquesa, M. Thiers fué el primero en pedir que fuese detenida sin ser entregada á los tribunales cuyo parecer prevaleció, insistiendo entonces M. Thiers en que los papeles aprendidos que contenian multitud de procesos criminales contra las primeras familias de Francia, siguiesen la misma suerte de la acusada, esto es, que se sustragesen tambien á la accion de las leyes. Este dictamen que fué igualmente aceptado, evitó una reaccion funesta. Al desempeñar M. Thiers esta comision, cargó sobre sí una inmensa responsabilidad que jamás perdonan los partidos, aceptando el ministerio del interior, reducido á un ministerio exclusivamente politico; pero cuando cesó la necesidad que le habia obligado á ser un ministro meramente de policia exigió que se hiciese una nueva distribucion de atribuciones entre el departamento del interior y el de comercio y trabajos públicos. Púsose al frente de este último que era mas de su gusto, y el conde de Argout volvió al ministerio del interior. Asegurada ya la persona de la duquesa, sin que el gobierno supiese una palabra de su estado de embarazo, aunque se tenian graves sospechas, quiso salvar su honor, y para eso se envió una comision de médicos para que informasen de su salud encargándoles el mayor secreto. Lo mismo se hizo con el general Bug-

geaud, previniéndole que en el caso de que la duquesa se franquease con él, se pusiese á su disposicion para todo cuanto concerniese á su seguridad y decoro, y habiéndolo hecho así, se publicó al mismo tiempo, *de acuerdo con la señora, duquesa* su matrimonio, su embarazo y su alumbramiento con lo que quedaba á cubierto su honor.

Faltaba la otra mitad del programa ministerial, que consistia en proteger la Bélgica y en particular la ciudad de Amberes; cuestion que podia traer consigo la guerra general. Hasta entonces se habian amontonado protocolos sobre protocolos y las cosas continuaban siempre en el mismo pié. Se habia contado con la cooperacion de la Inglaterra ó por lo menos con su consentimiento; pero la respuesta del gabinete inglés no acababa de llegar nunca y el ministerio no podia perder mas tiempo. El duque de Broglie y M. Thiers tomaron la iniciativa de la resolucion de que la Francia sola ejecutase el sitio de la ciudadela, y cuando ya estaban tomadas todas las disposiciones llegó al fin la adhesion del gabinete de San James, con la única condicion de que algunos ministros de los mas importantes del gabinete se comprometiesen personalmente á mandar retirar las tropas francesas del territorio belga, inmediatamente despues de conseguido el objeto de la expedicion, como efectivamente se cumplió así.

Estas dos victorias proporcionaron al ministerio una inmensa mayoría en la cámara, con la cual pudo emprender y conseguir la votacion de dos presupuestos, regularizando así la administracion, que hasta entonces habia estado viviendo de créditos provisionales. Arreglado este punto concibió

M. Thiers la idea de una gran ley relativa á obras públicas, y pidió á la cámara cien millones de francos para terminar las muchas que estaban principiadas despues de muchos años y que no habia trazas de concluir. Las habia entré ellas sumamente importantes, como canales, caminos, monumentos, alumbrados, y otra porcion de cosas que seria largo referir; pero la principal ventaja consistia en dar ocupacion á un pueblo entero de obreros, cuya inaccion habiallegado á ser muy peligrosa.

En aquella misma legislatura presentó la ley municipal y departamental, defendiendo el principio de la centralizacion, que reducida á sus justos límites, constituye ciertamente la unidad y la fuerza especial de la Francia. Asi terminó el año 1833 y principió el de 34 con síntomas muy peligrosos para la seguridad de la Francia, porque aunque hubiesen sido vencidos los esfuerzos que hasta entonces habian hecho los desorganizadores en las calles de Paris, se formaba en Lyon una tempestad eminentemente grave, con las asociaciones de los obreros que paralizaban del todo la industria en aquella rica ciudad. Contra ella propuso M. Thiers y consiguió que pasase la ley sobre asociaciones políticas sin objeto legal, y requirió del ministerio de la guerra que se enviasen fuerzas considerables á Lyon, dando orden á su jefe para que en ningun caso fuese el primero á atacar, sino que dejase á los insurgentes tomar la iniciativa de aquella ofensa, bien seguro de que lo harian asi. El resultado no fué dudoso: como tampoco lo fué el de sus cómplices de Paris, que casi al mismo tiempo se empeñaron en destruir el gobierno atacándole en las calles públicas.

No bien se habian terminado aquellas grandes dificultades, cuando se presentó otra de no menor importancia con la presencia de don Carlos en España, habiendo atravesado la Francia apesar de la policia francesa. Estaban al mismo tiempo en el mayor vigor las disputas sobre si habia de concederse ó no una amnistia á la multitud de presos, que iban á ser juzgados por la Cámara de Pares muy contra la opinion de M. Thiers, pero que al fin se habia resuelto por la mayoría del gabinete y en tal caso no queria él que se interrumpiese el curso de la justicia. El rey, decia, es muy dueño de perdonar á los que ya estén juzgados, pero no puede dispensar de la ejecucion de las leyes. Sin embargo insistia el mariscal Gerard, que habia sucedido momentáneamente al mariscal Soult en el ministerio de la guerra, en que se habia de conceder la amnistia; pero no pudiendo conseguirla tuvo al fin que retirarse, y de resultas se formó aquel ministerio que duró solo tres dias. Al cabo de ellos llamó el rey á M. Thiers para reconstituirle, y le pidió que fuesen llamados sus antiguos cólegas Guizot, Humann y de Rigny, bajo la presidencia del mariscal Mortier. Pero no siendo este señor el mas apropiado para sostener las discusiones en la Cámara, hubo de recaer esta tarea casi exclusivamente en los ministros Thiers y Guizot, y á las pocas sesiones cedió el mariscal Mortier la presidencia al señor duque de Broglie. Llegaban á M. Thiers frecuentes avisos de conspiraciones contra la vida del rey y ya le habian denunciado cinco en muy pocos dias, de suerte que añadidos estos cuidados á las atenciones de su vasto ministerio, cayó á principios de julio con una grave enfermedad

«ó á lo menos yo no lo consentiré.» Pero fuera de ese caso, no pedía la intervencion, pues que tenía la certeza de que un socorro indirecto haría un inmenso servicio á la reina, y así se atenia á su sistema de cooperacion. Para ella presentaba un excelente cuadro la legion estrangera, y solo se trataba de aumentarla, en todo lo cual habia obtenido el consentimiento de la corona. Acudían en gran número los voluntarios, y cuando ya los soldados estaban prontos á pasar los Pirineos, sobrevinieron los acontecimientos de la Granja. En esto vió el rey un motivo suficiente para desistir de la idea, mientras que M. Thiers sostenia que podrian ser una razon para diferir el envío de estos socorros, mas no para rehusar toda asistencia, y que el gobierno francés no debia rehusar defender á una nacion aliada, con tal que en los desórdenes de la Granja se respetase á la reina y no se derramase sangre. No pudo M. Thiers hacer que prevaleciese su dictámen en aquella cuestion y se retiró con todos sus compañeros menos uno. Dejó con mucho gusto los negocios políticos para volver á sus estudios, y en particular al de la historia de Florencia para lo cual volvió de nuevo á Italia. Vino á la cámara en 1837 y contribuyó á echar abajo la ley de *disyuncion* que arrastró consigo la caída del gabinete, y aunque el mariscal Soult le hizo instancias para que entrase en el nuevo, no quiso en manera alguna.

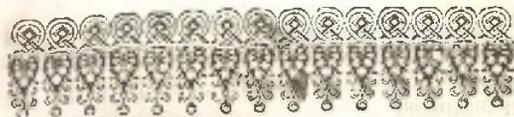
Durante los primeros tiempos del gabinete llamado del 15 de abril, se mantuvo en la cámara como simple observador, y solo la conducta de aquel gabinete, pudo hacerle entrar decididamente en la oposicion. Para que esta adquiriese la con-

sistencia necesaria, y formar una masa compacta en defensa de la prerogativa parlamentaria, que es lo que despues se ha llamado *coalicion*, principió por vencer las repugnancias que existían entre Mr. Guizot y Odillon-Barrot. Apeló el ministerio al país disolviendo la Cámara, y las elecciones dieron una gran mayoría al centro izquierdo.

Recapitulando ahora los hechos mas memorables que han distinguido la brillante carrera de M. Thiers, diremos que por donde quiera que ha pasado, ha dejado marcada su huella. Cuando principió á darse á conocer como periodista, no se contentó con una modesta medianía, sino que ocupó el primer puesto en la prensa: ha escrito una historia, y su triunfo ha sido tan inmenso que ninguna obra contemporánea ha alcanzado tanta popularidad. Honrado constantemente con el cargo de diputado, puede decirse que desde su aparicion en la tribuna, se conquistó un lugar entre los primeros oradores. Cuando subió al poder, su primer acto como ministro fué pacificar la Vandée, destruyendo la causa de la guerra civil. Llamado al ministerio de trabajos públicos, su programa fué este pensamiento sublime y sencillo: *Concluir lo que está principiado*, y lo realizó con cien millones en medio de una crisis política. Encargado de la cartera de negocios estrangeros, supo sostener la dignidad y el decoro de la Francia. Alistado en las filas de la oposicion, ha dado por dos veces la victoria á su partido. Con tantas y tan relevantes dotes, con tantos y tan brillantes, como merecidos triunfos, qué extraño es que M. Thiers haya sido constantemente el blanco de los tiros de la maledicencia y de la envidia? Calumniado por

los partidos y por el poder, unas veces acusado de haberse enriquecido en los negocios públicos, otras de querer anular la revolucion, ha sabido hacerse superior á todos estos ataques, á todas estas injustas imputaciones, y apenas ha conservado resentimiento contra los que se los dirijian, porque uno de los rasgos de su carácter es no guardar rencor ni aun contra sus mayores enemigos. Hásele acusado tambien de ambicioso, y preciso es confesar que esta imputacion ni es absolutamente falsa, ni absolutamente verdadera. En efecto, M. Thiers tiene ambicion, pero es aquella ambicion legitima que anima á todo hombre de estado para hacer triunfar las ideas y la politica, que cree buenas y conducentes á la prosperidad de su patria; pero M. Thiers puede pasarse sin el poder y hasta olvidarlo, entregado de continuo al estudio. Si desea volver á encargarse de los negocios públicos, es por que cree que le será posible dirijirlos con la independenciam de un ministro responsable. No es nuestro ánimo presentar á M. Thiers como inmune de toda tacha, no: tiene sus defectos como todo hombre, y no es ciertamente el menor de ellos, la irresolucion que muestra en las cosas pequeñas y en los detalles, pero en cambio ninguno mas decidido y firme que él, cuando hay que arrostrar grandes peligros y lanzarse á empresas gigantescas. Tiene apego á la autoridad y al mando, y como quiere un poder fuerte, le han tachado de haber sido infiel á ciertas doctrinas de la escuela liberal, y en efecto hay en él menos liberalismo que nacionalidad, y nadie podrá disputarle con razon su amor idólatra á la independenciam parlamentaria y al engrande-

cimiento de su país, de que acaba de dar relevantes pruebas, organizándose y poniéndose al frente de la oposicion parlamentaria, para dirijir fuertes cargos al ministerio Guizot por la conducta que ha observado en las tres cuestiones mas capitales para los intereses de la Francia: Marruecos, Taiti y el derecho de visita. Sin embargo, las graves atenciones de la política, á que con tanto ahinco se entrega en la actualidad, no le distraen enteramente de su estudio favorito, el de la historia, puesto que, como todos saben, ha principiado ya a publicar la del *Consulado* y del *Imperio*, obra que en su dia formará tambien parte de nuestra Biblioteca.



Voy á escribir la historia de una revolucion memorable que ha conmovido profundamente á los hombres, y que todavia los tiene divididos. No desconozco las dificultades de la empresa: porque pasiones que ya se creian estinguidas por la influencia del despótismo militar, vuelven á despertarse; y cuando algunos hombres, abrumados de años y de trabajos, han sentido de repente renacer en su interior resentimientos que parecian concluidos, nos los han comunicado á nosotros sus hijos y sus herederos. Pero por mas que apoyemos la misma causa, no nos incumbe defender su conducta, y podemos separar la libertad de las personas que la han servido bien ó mal; mucho mas, cuando tenemos la ventaja de haber oido y observado á esos ancianos, que llenos todavia de sus recuerdos y agitados con sus impresiones, nos revelan el espiritu y el carácter de los partidos, y nos enseñan á comprenderlos. Quizás el momento en

que los actores van á desaparecer , es el mas apropiado para escribir la historia, porque puede apelarse á su testimonio , sin participar de sus pasiones.

Como quiera que sea, he procurado apartar de mi todo sentimiento de ódio ; me he figurado que nacido ya en la cabaña , y animado de una justa ambicion , deseaba adquirir lo que el orgullo de las clases elevadas me habia negado injustamente ; ó bien , que educado en los palacios y heredero de antiguos privilegios , no puedo renunciar sin dolor á una posesion que consideraba como propiedad legitima. Desde entonces no pude irritarme ya : he compadecido á los que han peleado , y me complazco en admirar á las almas generosas.

REVOLUCION FRANCESA.

CAPÍTULO I.

Estado político y moral de la Francia á fines del siglo XVIII.—Avenimiento de Luis XVI.—Maurepas, Turgot y Necker, ministros.—Calonne.—Asamblea de los Notables.—De Brienne, ministro.—Oposicion del Parlamento, su destierro y su vuelta.—Destierro del duque de Orleans.—Arresto del consejero d'Espremenil.—Necker llamado para reemplazar á de Brienne.—Nueva Asamblea de los Notables.—Discusiones relativas á los Estados generales.—Formacion de los clubs.—Causas de la revolucion.—Primeras elecciones de diputados para los Estados generales.—Incendio de la casa de Reveillon.—El duque de Orleans; su carácter.

Conocidas son las revoluciones de la monarquía francesa, y nadie ignora que los griegos y trás ellos los romanos, llevaron á las Galias semi-salvages sus armas y civilizacion; que posteriormente establecieron en ella los bárbaros su gerarquía militar, la cual trasmitida de las personas á las tierras, se radicó formándose de este modo el sistema feudal. Dividióse la autoridad entre el gefe feudal, llamado rey, y los gefes secundarios llamados vasallos, quienes despues venian á ser reyes de sus propios súbditos. En nuestro tiempo, cuando la necesidad

de las acusaciones ha hecho que se indaguen los agravios reciprocos, se nos ha dicho que la autoridad fué al principio disputada por los vasallos, cosa que hacen siempre aquellos que están mas cercanos à ella; que luego se fueron repartiendo esta autoridad entre sí, y formó la anarquia feudal; y que por último volvió al trono, donde se concentró en despotismo bajo Luis XI, Richelieu y Luis XIV. La poblacion francesa se habia ido progresivamente emancipando por medio del trabajo; que es la primera fuente de la riqueza y de la libertad. Agrícola al principio, comerciante y manufacturera despues, adquirió tal importancia que pasó à ser toda la nacion; y aunque fué admitida en los Estados generales, no pudo presentarse sino de rodillas para ser repartida à *merced y misericordia*; no tardó Luis XIV en anunciar que no queria sufrir ya Asambleas tan sumisas, y para declarararlo al Parlamento se presentó calzando botas de campana y con el látigo en la mano. Desde entonces se vió à la cabeza del estado un rey con un poder mal definido en teoria, pero que era absoluto en la practica; grandes que habian trocado su dignidad feudal por el favor del monarca, y que se disputaban con la intriga lo que se les daba de la sustancia de los pueblos; mas abajo, una poblacion inmensa, sin otra relacion con esta aristocracia real, que la de una sumision habitual y el pago de los impuestos. Entre la córte y el pueblo se hallaban los Parlamentos, revestidos del poder de administrar justicia y registrar las voluntades reales; pero es de la índole de la autoridad ser siempre disputada cuando no en las Asambleas legítimas de la nacion, en el mismo palacio del princi-

pe. Sabido es que rehusando el registro los Parlamentos, suspendian los efectos de la voluntad real, lo cual concluía por un *lit de justice*, ó especie de transaccion, cuando el rey era débil, y por una sumision completa cuando era fuerte. Nunca tuvo Luis XIV que transigir, porque en su reinado no se atrevió Parlamento alguno à hacerle representaciones; arrastró trás de sí à la nacion, y esta le aclamó por los prodigios que ella misma hacia en la guerra, en las artes y en las ciencias. Los vasallos y el monarca estuvieron unánimes y se dirigieron hacia un mismo objeto mientras duró la vida de este último. Pero apenas habia espirado, cuando el regente ofreció à los Parlamentos la ocasion de vengarse de su larga nulidad. La voluntad del monarca, tan respetada en vida, fué violada inmediatamente despues de su muerte y roto su testamento. Entonces se volvió à litigar la autoridad, y principió una lucha tenaz entre los Parlamentos, el clero y la córte ante una nacion exhausta por las continuas guerras, y cansada de contribuir para las prodigalidades de sus soberanos, entregados ora à los placeres, ora à la mania de guerrear. Hasta entonces no habia tenido genio sino para el servicio y los placeres del monarca; túvolo luego para su propio uso, y se servia de él para examinar sus intereses. El espíritu humano pasa incesantemente de un objeto à otro. Desde el teatro y desde el púlpito se dirigió el genio francés hácia las ciencias morales y politicas, y entonces todo se trastornó. Figuremonos à los usurpadores de todos los derechos nacionales, disputándose por espacio de un siglo entero una autoridad menoscabada; los Parlamentos persiguiendo

al clero y el clero á los Parlamentos; estos disputando la autoridad á la córte; la córte descuidada y tranquila en medio de esta lucha, devorando las sustancias de los pueblos en medio de los mayores desórdenes; la nacion enriquecida y alerta, asistiendo á estas divisiones, aprovechándose de los pareceres de los unos contra los otros, privada de toda accion politica, dogmatizando con audacia é ignorancia, porque estaba reducida solamente á teorías, aspirando principalmente á recobrar su rango en Europa; y derramando en vano su oro y su sangre para reconquistar un puesto que la flaqueza de sus dueños le habia hecho perder. Tal fué el siglo XVIII.

Habia llegado á su colmo el escándalo cuando Luis XVI, príncipe justo, moderado en sus deseos, educado con negligencia, pero inclinado naturalmente al bien, ascendió al trono demasiado jóven (1774). Llamó á sí á un antiguo cortesano para confiarle el reino y partió su confianza entre Maurepas y la reina, princesa jóven y austriaca, viva, amable, y que ejercia sobre él el mayor ascendiente. No estaban bien avenidos Maurepas y la reina; así es que cediendo el rey unas veces á su ministro y otras á su esposa, principió muy temprano la larga carrera de sus perplejidades. No desconociendo el estado de su reino, se atenia sobre este punto al parecer de los filósofos; pero educado en los mas cristianos sentimientos, tenia con aquellos el mayor despego. Sin embargo la voz pública que resonaba altamente designaba á Turgot, de la sociedad de los economistas, hombre sencillo, virtuoso, dotado de un carácter firme, de ingenio lento, pero tenaz y profun-

do. Convencido Luis XVI de su probidad y encantado de sus proyectos de reformas, decia con frecuencia: «Turgot y yo somos los únicos amigos del pueblo.» Las reformas de Turgot vinieron abajo por la resistencia de las primeras clases del estado, interesadas en conservar todos los abusos que el austero ministro queria destruir y así Luis XVI se vió en la necesidad de exonerarlo, si bien con mucho sentimiento. Durante su vida, que solo fué un largo martirio, tuvo siempre el dolor de divisar el bien, de quererlo sinceramente y de carecer de la fuerza necesaria para ejecutarlo.

Colocado entre la córte, los Parlamentos y el público, espuesto á las intrigas y tramas de todo género, cambiaba repetidas veces de ministros: cediendo una vez á la opinion pública y á la necesidad de las reformas, encargó la administracion de la hacienda á Necker (1777), ginebrino enriquecido con operaciones de giro, partidario discipulo de Colbert, como Turgot lo era de Sully, hacendista íntegro y económico, pero hombre vano que pretendia ser el moderador en todo, filosofia, religion, libertad; y engañado con los elogios de sus amigos y del público, lisonjeábase de conducir y detener los espíritus hasta el punto en que estaba el suyo. Necker regularizó la hacienda y halló recursos para hacer frente á los gastos considerables de la guerra de América. De menos talento pero mas flexible que Turgot, y disponiendo sobre todo de la confianza de los capitalistas, halló por el pronto recursos inesperados, é hizo renacer la confianza. Pero no bastaban los artificios económicos para terminar los apuros del erario, y ensayó el medio de las reformas. Las primeras clases no fueron mas

fáciles de manejar para él , que lo habian sido para Turgot: instruidos los Parlamentos de sus proyectos, se reunieron contra él y le obligaron á retirarse

Universal era el convencimiento de los abusos pero todo el mundo convenia en ellos, el rey lo sabia y padecia cruelmente; pero los cortesanos que gozaban de estos abusos, hubieran querido ver concluida la penuria del erario, pero sin que les costase el mas leve sacrificio. Disertaban en la córte y recibian máximas muy filosóficas; se dolian de las vejaciones ejercidas con el labrador; y hasta se les veia aplaudir la emancipacion de los americanos, y recibir con honor á los jóvenes franceses que volvian del Nuevo-Mundo. Los Parlamentos invocaban tambien el interés del pueblo, alegando altamente los sufrimientos del pobre, y sin embargo se oponian á la igual reparticion de los impuestos y á la abolicion de los restos de la barbárie feudal. Todos hablaban del bien público; pero pocos le querian; y el pueblo que no conocia á sus verdaderos amigos, aplaudia á todos aquellos que resistian al poder, que era su cnemigo mas visible.

La separacion de Turgot y Necker, no varió el estado de las cosas, y el apuro del erario era el mismo; y aunque se hubiera querido prescindir por mas tiempo de la intervencion de la nacion, era necesario asistir y proveer á las dilapidaciones de la córte. Alejado por un momento el apuro con la destitucion de un ministro, con un empréstito ó con un impuesto forzado, renacia bien pronto mayor, como todo mal descuidado. Titubeábase como sucede siempre cuando es necesario tomar un partido, que se teme, pero que es necesari-

rio. Una intriga, trajo al ministerio á M. de Calonne, poco favorecido de la opinion pública porque habia contribuido á la persecucion de Chalotais (1783). Calonne, agudo, fecundo en recursos, contaba con su génio, con su fortuna y con los hombres; y se entregaba al porvenir con la mayor indiferencia. Su dictámen era que no habia porque alarmarse anticipadamente, ni descubrir el mal sino la vispera del dia en que se habia de reparar. Sedujo á la córte con sus modales, la cautivó manifestando concederlo todo, proporcionó al rey y á los demas algunos instantes tranquilos, é hizo suceder á los mas siniestros presagios un momento de felicidad y de ciega confianza.

Aproximabase este porvenir, y habia que tomar en fin medidas decisivas. No se podia abrumar al pueblo con nuevos impuestos, y sin embargo las arcas estaban vacías; un solo medio habia de arbitrar, y era reducir el gasto por la supresion de las gracias y no bastando este medio, estender el impuesto sobre un número mayor de contribuyentes, es decir, sobre la nobleza y el clero. Mas estos proyectos tanteados sucesivamente por Turgot y Necker, y nuevamente intentados por Calonne, no parecieron á este asequibles mientras no se obtuviese el consentimiento de los mismos privilegiados. Ideó pues Calonne reunirlos en una Asamblea llamada de los *Notables* para someterles sus planes y arrancar su consentimiento, ya con astucia ó por conviccion (1). Componiase la Asamblea de grandes escogidos en la nobleza, el clero y la magistratura; de muchos presidentes de tribu-

(1) Esta asamblea se abrió en 23 de febrero de 1784.

nales, y de algunos magistrados de provincias. Mediante esta composicion, y particularmente con el socorro de los grandes señores populares y filósofos, que habia tenido cuidado de hacer entrar en ella, se lisongeo Calonne de triunfar de todo.

Equivocose el demasiadamente confiado ministro. La opinion pública no le perdonaba que ocupase el puesto de Turgot y de Necker; y gozosa de que se obligase á un ministro á rendir cuentas, apoyó la resistencia de los Notables. Empeñáronse las mas vivas discusiones, y Calonne cometió la falta de achacar á sus predecesores, y particularmente á Necker, el estado del tesoro. Necker respondió: fué desterrado y la oposicion se hizo mas vigorosa. A todo acudió Calonne con presencia de espíritu y con calma. Hizo destruir á M. de Mirmeuil, guarda-sellos que conspiraba con los Parlamentos; pero su triunfo duró solo dos dias; porque aunque le apreciaba el rey, y le habia prometido mas de lo que podia, empeñándose en sostenerlo, fué derribado por las representaciones de los Notables, que prometian atemperarse á los planes de Calonne, pero con la condicion de que se dejase su ejecucion á un ministro mas moral y digno de confianza. Por sugerencias del abate Vermont propuso la reina é hizo aceptar al rey un nuevo ministro, M. de Brienne, arzobispo de Tolosa, y uno de los Notables que mas habian contribuido á la pérdida de Calonne con la esperanza de sucederle (abril de 1787).

Esté arzobispo de Tolosa, con un espíritu obstinado y un carácter débil, soñaba con el ministerio desde su infancia, y no perdonaba medio para conseguir el objeto de sus deseos. Apoyábase prin-

cipalmente sobre el crédito de las mugeres á quienes buscaba y procuraba agradar, y por todas partes habia encomiar su administracion del Languedoc. Si al llegar al ministerio no obtuvo el favor que rodeara á Necker, tuvo á la vista del público el mérito de recomplazar á Calonne. No fué al principio primer ministro, pero sí á poco tiempo, secundado por M. de Lamignon, guarda-sellos, enemigo mortal de los Parlamentos, y principió su carrera con bastante reputacion. Empeñados los Notables por sus promesas, consintieron al punto en todo lo que habian rehusado y se concedió con afectacion el impuesto territorial, el del timbre, la supresion de la servidumbre corporal y juntas provinciales. No era á estas medidas á las que se aparentaba resistir, sino á su autor, y la opinion pública quedó triunfante. Calonne era perseguido con maldiciones y los Notables rodeados del sufragio público, no apreciaban, sin embargo, un honor adquirido á costa de los mayores sacrificios. Si hubiera sabido aprovecharse de su posicion, M. de Brienne, si hubiera proseguido con actividad la ejecucion de las medidas otorgadas por los notables, si todas á la vez y sin dilacion, las hubiera presentado al Parlamento en el instante en que parecia verdadera la adhesion de las primeras clases, quizá estaba ya todo hecho; el Parlamento estrechado por do quiera, hubiera consentido en todo, y esta transacion, aunque parcial y torzada, hubiera retardado probablemente por mas tiempo la lucha que no tardó en sobrevenir.

Sin embargo nada de esto se verificó; se permitieron rodeos y dilaciones imprudentes. Los decretos se presentaron unos tras otros; el Parlamen-

to tuvo tiempo de discutir, de tomar aliento, y de reponerse de la especie de sorpresa causada á los Notables. Registró por fin despues de largas discusiones el que mencionaba la segunda abolicion de la servidumbre personal, y otro que permitia la libre esportacion de los granos, dirigiéndose su reacor particularmente contra el pago territorial; pero temia con una repulsa ilustrar al público, y hacerle notar que su oposicion era del todo interesada. Perplejo se hallaba, cuando le sacaron de este apuro, presentándole juntamente el decreto sobre el timbre y sobre el impuesto territorial, pero principiando particularmente la deliberacion por el del sello. De este modo pudo rehusar el parlamento el primero, sin explicarse sobre el segundo y atacando el impuesto del sello, que afectaba á la mayoría de los contribuyentes, aparentó defender los intereses públicos. En una sesion á que asistieron los Pares, denunció abusos, escándalos y prodigalidades de la corte, y pidió el estado de los gastos. Chanceándose un consejero sobre este punto, exclamó: «No es el estado lo que nos hace falta, sino Estados generales.» Todos se admiraron de esta peticion inesperada. Hasta entonces resistieron porque sufrían, y se habian secundado todos los géneros de oposicion, favorables ó no á la causa popular, con tal que fuesen dirigidos contra la corte, á la cual achacaban todos los males. Entre tanto no se sabia bastante lo que debia desearse: se habia estado siempre tan lejos de poder influir sobre el gobierno, y tal era la costumbre de alimentarse solo de quejas, que se lamentaban sin concebir la idea de proyectar ni hacer una revolucion; pero aquella sola palabra presentó el obje-

to que se deseaba; repitióla cada cual, pidiendo á voces los Estados generales.

D'Espremeniil, consejero jóven, orador arrebatado, agitador sin objeto, demagogo en los Parlamentos, aristócrata en los Estados generales, y que fué declarado en estado de demencia por un decreto de la Asamblea constituyente, se mostró en esta ocasion uno de los mas violentos declamadores parlamentarios. Pero quien dirigia secretamente la oposicion era Duport, jóven dotado de un espíritu vasto, de un carácter firme y perseverante, y el único tal vez, que en medio de estas turbulencias, se proponia un porvenir, y queria conducir á sus compañeros, la corte y la nacion á un objeto muy distinto de una aristocracia parlamentaria.

El Parlamento estaba dividido en consejeros ancianos y jóvenes, queriendo los primeros hacer contrapeso á la autoridad real para dar importancia á su cuerpo y los segundos mas ardientes y sinceros, introducir la libertad en el Estado, sin trastornar por eso el sistema politico en que habian nacido. El Parlamento hizo una grave confesion, reconoció que no tenia el poder de otorgar impuestos cuyo derecho competia únicamente á los Estados generales; y pidió al rey se le comunicasen estados de ingresos y gastos.

Natural era que admirase aquella confesion de incompetencia y aun de usurpacion, puesto que el parlamento se habia abrogado hasta entonces el derecho de otorgar los impuestos. Irritado el prelado ministro por aquella oposicion, hizo trasladar prontamente el Parlamento á Versalles y mandó registrar los dos decretos en una sesion real (6 de

agosto). Vuelto á Paris el Parlamento, protestó y ordenó se formase una sumaria averiguacion de las prodigalidades de Calonne. Una decision del consejo, anuló al momento sus acuerdos y lo desterró á Troyes (15 de agosto).

Tal era la situacion de las cosas el 15 de agosto de 1787: los dos hermanos del rey, Monsieur y el conde de Artois, fueron enviadas, el uno á la cámara de cuentas, y el otro á la de ausilios, para hacer registrar en ellas los decretos. Vuelto muy popular el primero por las opiniones que habia manifestado en la Asamblea de los Notables, fué acogido por las aclamaciones de una multitud inmensa, y trasportado hasta el palacio de Luxemburgo en medio de aplausos universales. Por el contrario el conde de Artois, conocido ya por haber sostenido la causa de Calonne, fué recibido con murmullos, y acometidos sus criados, siendo necesario recurrir á la fuerza armada.

Los Parlamentos tenian á su rededor una clientela numerosa, compuesta de legistas, empleados del tribunal, curiales, estudiantes, gente siempre activa, de movimiento y siempre dispuesta á insubordinarse por su causa. A estos aliados naturales de los Parlamentos, se juntaban los capitalistas que recelaban una bancarrota, las clases ilustradas que eran afectas á todos los opositores, y últimamente la multitud que se pone siempre de parte de los revoltosos. Las turbulencias fueron muy graves, y costó á la autoridad mucho trabajo reprimirlas.

El Parlamento que residia en Troyes, se reunia diariamente y pedia el conocimiento de las causas, pero no se presentaban ni abogados ni procuradores, y la justicia estaba suspendida como tantas ve-

cas habia sucedido durante aquel siglo. Entre tanto cansabanse los magistrados de su destierro, y M. de Brienne estaba sin dinero por mas que proclamase con altivez que no carecia de él, y tranquilizase á la corte, inquieta únicamente sobre este punto; pero no teniéndolo, é incapaz de terminar las dificultades por una resolucion enérgica, negociaba con algunos individuos del Parlamento. Sus condiciones eran un empréstito de 440 millones, repartidos en cuatro años, á cuyo término se convocarian los Estados generales y á este precio renunciaba Brienne á los dos impuestos, objeto de tantas discordias. Asegurado con algunos miembros, creyó estarlo con el cuerpo entero, y se levantó el destierro al Parlamento el 10 de setiembre.

Celebróse el 20 del mismo mes una sesion real. El rey en persona fué á presentar el decreto de la creacion del empréstito sucesivo, y la convocacion de los Estados generales para dentro de cinco años. Nada se habia explicado sobre la naturaleza de esta sesion, y se ignoraba si era un *lit de justice* que tuviese por objeto una residencia real. Los semblantes estaban adustos y reinaba un profundo silencio, cuando se levantó el duque de Orleans con las facciones agitadas, y con todas las señales de una viva emocion, y dirigió la palabra al rey preguntándole, si era esta sesion una residencia real ó una deliberacion libre. «Es una sesion real,» respondió el rey y luego que habló el duque de Orleans los consejeros Freteau, Sabatier y d'Espremenil tomaron la palabra, y declamaron con su violencia habitual. Los consejeros Freteau y Sabatier fueron desterrados á las islas de Hyeres, y el duque á Villers-Cotterets. Inmediatamente se mandó re-

gistrar por fuerza los decretos quedando diferidos hasta dentro de cinco años los Estados generales.

Tales fueron los principales acontecimientos del año 1787. El de 1788 principió con nuevas hostilidades. El 4 de enero espidió el Parlamento un auto contra las cartas reselladas y para el regreso de los desterrados. El rey anuló este acuerdo y el Parlamento lo confirmó de nuevo.

Confinado entretanto el duque de Orleans en Villers-Cotterets, no podia resignarse á su destierro. Desavenido este principe con la corte, se habia reconciliado con la opinion que al principio no le fuera favorable. Privado al mismo tiempo de la dignidad de principe y de la firmeza de tribuno, no supo sobrellevar tan ligero quebranto; y para obtener su regreso, se humilló hasta las súplicas, aun con la reina, su enemiga personal.

Brienne estaba irritado con los obstáculos sin tener energia para vencerlos. Débil en Europa contra la Prusia, á quien sacrificaba la Holanda, débil en Francia contra los Parlamentos y grandes del Estado, era sostenido únicamente por la reina, y hallábase ademas detenido muchas veces en sus tareas por su mala salud. Ni sabia reprimir los alborotos, ni hacer ejecutar las reducciones decretadas por el rey; y á pesar de la ruina inminente del tesoro, afectaba una inconcebible seguridad. Sin embargo, en medio de tantos tropiezos no se descuidaba en apropiarse nuevos beneficios, y acumular sobre su familia nuevas dignidades.

El guardasellos, La Moignon, menos débil, pero tambien menos influyente que el arzobispo de Tolosa, concertó con él un nuevo plan para atacar al poderio politico de los Parlamentos; que era el prin-

cipal objeto del poder en aquellos instantes. Importaba guardar el secreto y todo se preparó en silencio. Enviáronse pliegos cerrados á los comandantes de las provincias, y la imprenta en donde se preparaban los edictos, se rodeó con guardias. No se queria que el proyecto lo conociese nadie hasta el momento en que se comunicara á los Parlamentos. La época se acercaba, y corria el rumor de que se disponia un grande acto politico. El consejero d'Espremenil, llegó á sobornar á fuerza de dinero, á un operario de la imprenta, y á conseguir un ejemplar de los decretos. En seguida se fué al consejo, reunió á sus colegas y les denunció atrevidamente el proyecto ministerial (mayo). Segun este, debia reducirse la jurisdiccion, demasiado estensa de seis grandes bailias, establecidas en el distrito del Parlamento de Paris.

La facultad de juzgar definitivamente y de registrar las leyes y decretos se transferia á un tribunal plenario, compuesto de pares, de prelados, de magistrados y de gefes militares, escogidos todos por el rey. El mismo capitan de guardias tenia en él voto deliberativo. El plan era atacar al poder judicial del Parlamento, y aniquilar del todo su fuerza politica. Atónita la corporacion, no sabia qué partido tomar: no podia deliberar sobre un proyecto que no se le habia sometido, y le importaba al mismo tiempo no dejarse sorprender. En este apuro, empleó un medio diestro y poderoso, cual fué recapitular y consagrar en un auto todo lo que ella llamaba leyes constitutivas de la monarquía, teniendo cuidado de comprender en este número su propia existencia y sus derechos. Con esta medida general, no se anticipaba de ningun modo a los

supuestos proyectos del gobierno, y aseguraba todo lo que quería asegurar.

En consecuencia, declaró en 5 de mayo el Parlamento de Paris: «Que la Francia era una monarquía gobernada por el rey, con arreglo á las leyes; y quede estas leyes muchas que eran fundamentales, abrazaban y consagraban; 1.º el derecho de la casa reinante al trono por linea de varon y orden de primogenitura; 2.º el derecho de la nacion para otorgar libremente subsidios por el órgano de los Estados generales, legalmente convocados y constituidos; 3.º, los usos y fueros de las provincias; 4.º la inamovilidad de los magistrados; 5.º el derecho de los tribunales para comunicar y hacer cumplir en cada provincia las voluntades del rey, y no ordenar su registro sino en tanto que fuesen conforme á las leyes constitutivas de la provincia, así como á las leyes fundamentales del Estado; 6.º el derecho de cada ciudadano para no ser juzgado por otros jueces que los suyos naturales designados por la ley; y 7.º el derecho sin el cual todos los demás eran inútiles, de no ser arrestado por orden alguna sino para ser puesto al punto en manos de sus jueces competentes; protestando el dicho tribunal contra todo ataque que se dirijiese á los principios anteriormente espresados.»

A esta enérgica resolucion contestó el ministro por los medios que solia siempre, mal é inútilmente empleados: y enconándose contra algunos individuos del Parlamento, en cuyo seno se refugiaron d' Espremenil y Goislard de Monsalbert noticiosos de que estaban amenazados. Un oficial, Vicente de Agoult, se dirigió á él con una compañía,

y no conociendo á los magistrados antedichos, los llamó por sus nombres. Reinó al principio el mayor silencio en la Asamblea; pero despues esclamaron los consejeros: Todos somos d' Espremenil. Nómbrase en lin el verdadero d' Espremenil, y siguió al oficial encargado de arrestarle, pero el alboroto llegó entonces á su colmo, y el pueblo acompañó á los magistrados llenándolos de aplausos. Tres dias despues, en una sesion de residencia, mandó el rey registrar los decretos y los principes y los Pares reunidos presentaron el aspecto de la sala plena que debia suceder á los Parlamentos.

El tribunal del Chatelet espidio al momento un decreto contra los edictos y el Parlamento de Rennes declaró infames á los que entrasen en la sala plena. En Grenoble, los habitantes defendieron á sus magistrados contra dos regimientos: y las mismas tropas escitadas á la desobediencia por la nobleza militar, se negaron á hacer armas contra ellos. Cuando el comandante general del Delfinado reunió á sus coroneles para saber si podia contar con los soldados, guardaron todos silencio. El mas jóven de ellos, que debia hablar el primero, respondió que no habia que contar con los suyos, principiando por su coronel. A esta resistencia, opuso el ministro varios decretos del gran consejo que destruian las decisiones de los tribunales supremos, y destrerró á ocho de ellos.

Viendose la corte inquietada por las primeras clases que les hacian la guerra, invocando el interes del pueblo y provocando su intervencion, se valió por su parte del mismo arbitrio; resolvió llamar en su ayuda al tercer estado, como lo habian hecho antiguamente los reyes de Francia para ano-

cazar el feudalismo, y con afán apresuró entonces la convocacion de los Estados generales: ordenó investigaciones sobre el modo de su reunion; invitó á los escritores y cuerpos sabios para que le diesen su parecer; y mientras que el clero reunido declaraba por su parte que convenia acelerar la época de la convocacion, la corte, aceptando el reto, suspendió la sala plena, y fijó la apertura de los Estados generales para el primero de mayo de 1789. Entonces se verificó la retirada del ministerio del arzobispo de Tolosa (24 de agosto de 1788), quien con proyectos atrevidos y débilmente ejecutados, habia provocado una resistencia que era preciso vencer ó no provocar. Al retirarse dejó exausto el erario, suspendido el pago de las rentas de las casas consistoriales, todas las autoridades en lucha, y todas las provincias sobre las armas. Por su parte provisto con ochocientos mil francos de beneficios, el arzobispado de Sens, y el capelo de cardenal, ya que no adelantó la fortuna pública, hizo por lo menos la suya. Su último consejo fué empeñar al rey á que llamase á Necker al ministerio de hacienda, á fin de escudarse con su popularidad contra resistencias que ya se habian hecho invencibles.

En estos dos años de 1787 y 1788 principiaron los franceses á pasar de las vanas teorías á la practica, y la lucha de las primeras autoridades les habian presentado el deseo y la ocasion. Durante todo el siglo, el Parlamento habia atacado al clero y descubierto sus inclinaciones ultramontanas; despues el clero habia atacado á la corte, señalado sus abusos de poder, y denunciado sus desórdenes. Amenazado con represalias é inquieto por su resis-

tencia, acababa por último de restituir á la nacion prerrogativas que la corte queria quitarle para confiarlas á un tribunal extraordinario. Despues de haber advertido así á la nacion de sus derechos, empleó sus fuerzas escitando y protegiendo la insurreccion. Por su parte, el alto clero espidiendo pastorales y la nobleza fomentando la desobediencia de las tropas, habian reunido sus esfuerzos á los de la magistratura y llamado al pueblo á las armas para defender sus privilegios.

Estrechada la corte por enemigos tan diversos, habia resistido débilmente; y conociendo la necesidad de obrar y difiriendo siempre el momento, habia destruido á veces algunos abusos, mas bien en provecho del erario que del pueblo para caer despues en la inaccion. Atacada últimamente por todas partes, viendo que los magnates llamaban el pueblo á la lucha, acababa de introducirlo ella misma, convocando los Estados generales. Opuesta durante el siglo al espíritu filosófico, llamábale esta vez, y entregaba á su exámen las constituciones del reino. De este modo las primeras autoridades del estado presentaron el singular espectáculo de detentores injustos, disputándose un objeto en presencia del propietario legitimo, y constituyéndole juez de la querrela.

A tal estado habian llegado las cosas cuando Necker subió al ministerio (agosto). Siguióle la confianza general, restableciósse el crédito al momento, y las dificultades mas urgentes se desvanecieron. A fuerza de especulaciones acudió á los gastos indispensables, entretanto que llegaban los Estados generales, remedio invocado por todos.

Principiaban á agitarse grandes cuestiones re-

lativas á su organizacion: cada uno preguntaba, cuál seria en ellos el papel del tercer estado: si apareceria como igual ó como suplicante; si obtendria una representacion igual en número á la de las dos primeras clases; si se votaria por individuos ó por estamentos, y si el tercer estado no tendria mas que un solo voto contra los dos de la nobleza y del clero.

La primera cuestion que se ventiló fué la del número de los diputados, y puede decirse que jamás controversia alguna filosófica del siglo XVIII produjera semejante agitacion. Acaloráronse los ánimos con la importancia actual de la cuestion, y un escritor conciso y enérgico tuvo en esta discusion el lugar que los grandes genios del siglo habian ocupado en las discusiones filosóficas. El abate Sieyès, en un libro que dió un fuerte impulso al espíritu público, se hizo esta pregunta: ¿qué es el tercer estado?

—Nada: ¿ qué debe ser?— Todo.

A pesar de las órdenes de la córte se reunieron los Estados en el Delfinado. Las dos primeras clases mas diestras y populares allí que en otras partes, decidieron que la representacion del tercer estado seria igual á la de la nobleza y del clero, pero recelando el Parlamento de Paris la consecuencia de sus provocaciones imprudentes, conoció que el tercer estado no se presentaba como auxiliar, sino como señor; y registrando el edicto de convocacion, adicionó por cláusula espresa la observancia de las fórmulas de 1614, que anulaban del todo su representacion. Desopinado ya por las dificultades que habia opuesto al edicto que concedia el estado civil á los protestantes, quedó en este dia comple-

tamente al descubierto, y la córte enteramente vengada. El fué el primero que sufrió una prueba de la inestabilidad de los favores populares; y si mas adelante apareció ingrata la nacion con los gefes que abandonaba sucesivamente, por esta vez tenia demasiada razon contra el Parlamento, porque se paraba antes que ella hubiese recobrado ninguno de sus derechos.

No atreviéndose la córte á decidir por sí misma estas cuestiones importantes, ó queriendo mas bien desconceptuar en su provecho á las dos primeras clases del Estado; les pidió su parecer, con intencion de no seguirlo, si, como era probable, contrariaba al tercer estado. Convocó al efecto una nueva Asamblea de Notables* en la cual se discutieron todos los puntos relativos á la celebracion de los Estados generales. Acalorada fué la discusion: por una parte se hacian valer las antiguas tradiciones, y por otra los derechos naturales y la razon; pero aun cuando se tomasen por reglas las mismas tradiciones, la causa del tercer estado llevaba ventaja todavia, porque á las fórmulas de 1614, invocadas por los primeros órdenes, se contraponian otras mas antiguas. Asi es que en ciertas reuniones y sobre ciertos puntos se votaba por persona; otras veces se habia deliberado por provincias y no por clase; y muchas los diputados del tercer brazo habian igualado en número á los de la nobleza y del clero. ¿Cómo pues referirse á los usos antiguos? ¿no habian estado en una revo-

* Abrióse en Versalles en 6 de noviembre, y cerró sus sesiones el 8 de diciembre siguiente.

lucion perpétua los poderes del estado? La autoridad real, que fué soberana al principio, vencida despues y despojada, levantandose de nuevo con el socorro del pueblo, y atrayendo á si todos los poderes, presentaba una incesante lucha y una posesion siempre variable. Decíasele al clero, que si se remontaba á los antiguos tiempos, no formaria una clase; á los nobles que únicamente podian ser electos los poseedores de feudos, y que de este modo la mayor parte de ellos quedarían escluidos de la diputacion; á los mismos Parlamentos, que no eran mas que servidores infieles de la corona; y á todos, en fin, que la constitucion francesa no era mas que una larga revolucion, en la cual cada potestad habia dominado sucesivamente; que todo habia sido innovacion, y que en tan vasto conflicto la razon era la única que debía decidir.

El tercer estado comprendia casi toda la nacion, todas las clases útiles, industriosas é ilustradas; sino poseia mas que una parte del territorio, al menos lo explotaba todo; y segun la razon, no era demasiado fijarle un número de diputados, igual al de las otras dos clases.

La Asamblea de los Notables, se declaró contra lo que se llamaba la duplicacion del tercer estado; y una sola comision presidida por el hermano mayor del rey, votó por esta duplicacion. Entonces la córte, tomando, decia, en consideracion el parecer de la minoria, la opinion pronunciada de muchos principes de la sangre, el voto de los tres órdenes del Delfinado, la peticion de las juntas provinciales, el ejemplo de muchos paises que tenian brazos ó estados, *el dictámen de varios publicistas*, y el voto expresado por gran número de

representaciones; dispuso que el número total de los diputados, seria de 4,000 por lo menos: que se formaria en razon compuesta de la poblacion y de las contribuciones de cada bailia, y que el número particular de los diputados del tercer brazo seria igual al de los dos primeros reunidos. (*Acuerdo del consejo de 27 de diciembre de 1788.*)

Esta declaracion escitó un entusiasmo universal; y como se atribuía á Necker, aumentó su ascendiente en la nacion y el ódio de los grandes. Sin embargo, nada decidía esta declaracion en cuanto á si el voto debía ser por persona ó por clase, aunque la aprobaba implícitamente; porque era inútil aumentar los votos si no habian de contarse, y dejaba al tercer estado el cuidado de alcanzar á viva fuerza lo que entonces se le rehusaba. Daba ella tambien una idea de la debilidad de la córte, y de la del mismo Necker. La córte reunia un cúmulo de voluntades que imposibilitaban todo resultado decisivo porque el rey era moderado, justo, estudioso, y desconfiaba demasiado de sus propias luces; amante del pueblo y acogiendo benévolutamente sus quejas, adolecía sin embargo muchas veces de pánicos y supersticiosos terrores, creyendo ver caminar con la libertad y la tolerancia, la anarquía y la impiedad. El espíritu filosófico, en su primer vuelo, debió cometer estravios; y un rey tímido y religioso se habia espantado de ellos. Acosado incesantemente de debilidades, de terrores y de incertidumbres, el desgraciado Luis XVI, resuelto por sí á todos los sacrificios, pero no sabiendo cómo imponerlos á los demas, victima de su debilidad con la córte, y de su condescendencia con la reina, espiaba faltas que no habia cometido, pero que necesaria-

mente habian de atribuirsele , porque las toleraba. Entregada la reina á los placeres, ejerciendo en torno suyo el imperio de sus encantos, queria que su esposo estuviese tranquilo, colmado el erario, y que la corte y sus vasallos la adorasen. Unas veces estaba de acuerdo con el rey para obrar las reformas, cuando la necesidad de estas parecia urgente; otras al contrario, cuando creia amezada la autoridad, ó despojados á sus palaciegos, separaba á los ministros populares, embarazaba al rey, y destruia todo medio y toda esperanza de bien. Cedia sobre todo á las sugerencias de una parte de la nobleza que vivia junto al trono, alimentándose con las gracias y los abusos, y aunque esta nobleza palaciega deseaba sin duda, asi como la reina, que el rey tuviese con qué hacer prodigalidades; y por este motivo, era enemiga de los Parlamentos cuando negaban los impuestos; se aliaba á ellos cuando defendian sus privilegios, rehusando bajo diferentes pretextos la contribucion territorial. En medio de influencias tan contrarias, y no atreviéndose el rey á arrostrar de frente las dificultades, cortar los abusos y destruirlos con su autoridad, cedia alternativamente á la corte ó á la opinion, y no sabia satisfacer ni á la una ni á la otra.

Si cuando en el siglo XVIII, los filósofos reunidos en una arboleda de las Tullerías, dirijian votos por Federico y los americanos, por Turgot y por Necker; si cuando no aspiraban á gobernar el estado, sino á ilustrar únicamente á los príncipes y preveian á lo mas revoluciones lejanas, que las demostraciones del mal estar y lo absurdo de las instituciones hacian bastante presumir; si desde entonces el rey hubiera espontáneamente establecido una

cierta igualdad en los impuestos y dado algunas garantías, todo se habria quietado por largo tiempo, y Luis XVI hubiera sido adorado como otro Marco-Aurelio. Pero cuando todas las autoridades se hallaron envilecidas por una larga contienda, y descubiertos todos los abusos por una junta de Notables; cuando la nacion, llamada á la disputa, concibió la esperanza y la voluntad de ser alguna cosa, lo quiso imperiosamente. Habíanla prometido los Estados generales, ella pidió que se acortase el plazo; y acortado, reclamó en ellos la preponderancia; se la negaron, pero redoblando su pretension se le dió el medio de conquistarla. Asi es, que solo se iba cediendo parcialmente, y cuando ya no se podia resistir; pero entonces sus fuerzas se habian aumentado y hecho sentir, y ya quiso todo lo que creia poder.

Irritando su ambicion una resistencia continua, debia hacerla luego insaciable. Pero aun entonces si un gran ministro, comunicando un poco de vigor al rey, conciliándose la reina, sujetando á los privilegiados, se hubiera adelantado y satisfecho de repente las pretensiones nacionales, dando una Constitucion libre; si hubiera satisfecho esta necesidad de obrar que carcomia á la nacion, llamándola desde luego no á reformar el estado, sino á discutir sus intereses anualmente en un estado ya constituido, tal vez no se hubiera empeñado la lucha. Pero era necesario aumentar la dificultad en vez de ceder á ella, é inmolár sobre todo, numerosas pretensiones. Necesitábase un hombre de una conviccion fuerte, de una voluntad igual á su denuedo, y este hombre audaz, poderoso y tal vez apasionado, hubiera asustado á la corte que no habria podido sufrirlo. Para

contemporizar al mismo tiempo con la opinion y los rancios intereses, acudió á medios términos; echó mano como hemos visto de un ministro semi-filósofo, semi-atrevido, y que tenia una popularidad inmensa, porque entonces las intenciones algo populares en un agente del poder, sobrepujaban á todas las esperanzas, y escitaban el entusiasmo de un pueblo, á quien apenas satisfaria muy luego la demagogia de sus gefes.

Los ánimos estaban en una fermentacion universal: habianse formado juntas en toda la Francia, á ejemplo de la Inglaterra, y bajo el mismo nombre de clubs, ocupándose en ellos del modo de destruir los abusos, de obrar las reformas, y de establecer la Constitucion. Irritábase al examinar severamente la situacion del pais, y en efecto su estado político y económico era intolerable. Todo era privilegio en los individuos: en clases, en ciudades, en provincias y hasta en los mismos oficios; en tanto que para la industria y el ingenio del hombre no habia mas que trabas. Las dignidades civiles, eclesiásticas y militares, estaban reservadas esclusivamente para algunas clases, y en estas para algunos individuos. No se podia abrazar una profesion sino en virtud de ciertos títulos y de ciertas condiciones pecuniarias. Las ciudades tenían sus privilegios para el reparto, recaudacion, cuota del impuesto, y para la eleccion de los magistrados. Las mercedes mismas, convertidas por los actuales poseedores en propiedades de familia, casi no permitian al monarca hacer preferencias, ni le quedaba otra libertad sino ofrecer algunos dones pecuniarios, y se habia obligado á disputar con el duque de Coigny, para la abolicion de un

inútil tributo. * Todo estaba vinculado en ciertas manos, y por todas partes el número pequeño resistia al mayor ya despojado, pesando las cargas sobre una sola clase: la nobleza y el clero poseian casi las dos terceras partes del territorio; y la otra tercera, poseida por el pueblo, pagaba tributos al rey, multitud de derechos feudales á la nobleza, el diezmo al clero, y soportaba ademas las devastaciones de la montería noble, y de la caza en general. Los impuestos sobre consumos pesaban sobre el mayor número, y por consiguiente sobre el pueblo. La recaudacion era vejatoria, porque los señores se hacian siempre los morosos impunemente; y el pueblo por el contrario, maltratado y preso, estaba condenado á entregar su cuerpo á falta de productos. Alimentaba con sus sudores, y defendia con su sangre á las altas clases de la sociedad, sin poder existir él mismo. La clase media, industriosa, ilustrada, menos desgraciada sin duda que el pueblo, pero enriqueciendo el reino con su industria é ilustrándolo con sus talentos, no alcanzaba ninguna de las ventajas á que tenia derecho: hasta la misma justicia se distribuia en algunas provincias por los señores, en las jurisdicciones reales por magistrados que habian comprado sus destinos; era lenta, muchas veces parcial, siempre ruinosa, y particularmente atroz en los procesos criminales. La libertad individual se veia atropellada por la arbitrariedad que dictaba los mandamientos de prision (ó *lettres de cachet*); y la libertad de imprenta por los censores régios. En fin, mal defendido el estado por fuera, vendido por las

* Véanse las memorias de Bouille.

mancebas de Luis XV, y comprometido por la debilidad de los ministros de Luis XVI, acababa de deshonrarse en Europa, por el vergonzoso sacrificio de la Holanda y de la Polonia.

Ya principiaban á agitarse las masas populares, se habian manifestado turbulencias muchas veces durante la lucha de los Parlamentos, y en particular á la retirada del arzobispo de Tolosa, cuya estatua quemaron. La fuerza armada habia sido insultada y aun atacada; y los magistrados habian perseguido débilmente á los alborotadores que defendian su causa. Conmovidos los ánimos y embargados con la confusa idea de una revolucion próxima, estaban en una continua fermentacion viendo ya los Parlamentos y las primeras clases dirigirse contra ellos las armas que habian dado al pueblo. En Bretaña la nobleza se habia opuesto á la duplicacion del tercer brazo, y habia rehusado nombrar los diputados. La clase media que tan poderosamente le habia servido contra la corte, se volvió contra ella, y sucedieron sangrientos combates. La corte, que no se creia bastante vengada de la nobleza bretona, (2) le rehusó no solamente su apoyo sino que encarceló á alguno de sus miembros venidos á Paris para reclamarlo.

Los mismos elementos parece que se habian desencadenado; pues una granizada ocurrida el 13 de julio habia destruido la cosecha y debia dificultar el abasto de Paris, particularmente en medio de las turbulencias que se preparaban: apenas bastaba toda la actividad del comercio para concentrar la cantidad de subsistencias necesarias á esta gran-

(*) Véase á Bouillé.

de capital, y era de temer que muy luego fuera difícil su mantenimiento, cuando las agitaciones políticas llegasen á trastornar la confianza y á interrumpir las comunicaciones. Desde el invierno arudo que siguiera á los desastres de Luis XIV y que inmortalizó la caridad de Fenelon, no se habia visto uno mas rigoroso que el de 88 á 89, sin que la beneficencia que entonces se manifestó de la manera mas patética fuese bastante para remediar las miserias del pueblo. Acorrian de todos los puntos de la Francia multitud de vagos sin profesion y sin recursos, que ostentaban su miseria y su desnudez desde Versalles hasta Paris. Al menor ruido aparecian desalados, para aprovecharse de los lances siempre favorables á los que carecen de todo, hasta del pan cotidiano.

Todo, pues, conducia á una revolucion inevitable. Un siglo entero habia contribuido á descubrir los abusos y llevarlos al extremo; y dos años fueron bastantes para escitar la revolucion y aguerrir las masas populares, haciéndolas intervenir en la querrela de los privilegiados. En fin, desastres naturales, y un concurso fortuito de circunstancias diversas, empujaron la catástrofe, cuyo plazo podia diferirse, pero cuyo cumplimiento tarde ó temprano habia de ser infalible.

En medio de estas circunstancias se verificaron las elecciones, tumultuosas en algunas provincias, activas por todas partes, y muy tranquilas en Paris, en donde hubo grande acuerdo y unanimidad. Se repartian listas y habia gran cuidado de unirse y entenderse mercaderes, abogados y literatos, admirados de verse reunidos por la primera vez, elevandose poco á poco á la libertad. En Paris reeli-

gieron ellos mismos las mesas nombradas por el rey y sin cambiar las personas, ostentaron su poder confirmandolas: hasta el sabio Bailly, deja su retiro de Chaillot: libre de toda intriga y penetrado de su noble mision, se dirige solo y a pie á la junta; detiénese en el camino, sobre el terraplen de los Fuldenses; un jóven desconocido acércasele con respeto.—Vd. va á ser nombrado, le dijo.—No sé nada, respondió Bailly; honor como este, ni debe recusarse, ni solicitarse.—El modesto académico prosiguió su camino, llega á la Asamblea, y queda nombrado sucesivamente elector y diputado.

La eleccion del conde de Mirabeau fue borrascosa: desechado por la nobleza, y acogido por el tercer estado, alborotó la Provenza, su patria, y vino luego á presentarse en Versalles.

No quiso la corte en manera alguna influir en las elecciones, y estaba linsonjeada de ver en ella un gran número de curas: pues contaba para su oposicion con las grandes dignidades eclesiásticas, y al mismo tiempo con su acatamiento al trono. Sin embargo, no lo preveia todo, pues que en los diputados del tercer estado iba viendo mas adversarios para la nobleza que para ella misma. Culposé al duque de Orleans de que trabajaba vivamente para hacer elegir á sus partidarios y para ser nombrado él mismo. Señalado ya entre los contrarios de la corte, aliado de los Parlamentos, invocado por gefe, bien ó mal de su grado, por el partido popular, se le imputaron diferentes maquinaciones. Acaeciò tambien una escena deplorable en el arrabal de San Antonio, y como á todo acontecimiento hay que buscar un autor, se le hizo responsable de este. Un fabricante de papeles pintados, Revei-

llos, que por su pericia mantenía grandes talleres, perfeccionaba nuestra industria y proporcionaba subsistencia á 300 trabajadores, fué acusado de haber querido reducir los jornales á la mitad del precio. El populacho amenazó incendiar su casa, logróse dispersarlo, pero volvió al dia siguiente, invadieron la casa, la incendiaron y destruyeron (27 de abril). Apesar de las amenazas hechas el dia anterior por los amotinados, y de la cita que se habia dado, la autoridad acudió demasiado tarde, y obró entonces con un rigor excesivo, pues esperó á que el pueblo se hiciese dueño de la casa, se le atacó con furia, y hubo necesidad de degollar gran número de estos hombres feroces é intrépidos, que despues se mostraron en todas las ocasiones y que recibieron el nombre de bandidos.

Todos los partidos que ya estaban formados se acusaban reciprocamente; censuróse á la corte por su accion primerotardía, y despues cruel; supúsose que ella habia querido dejar comprometido el pueblo para hacer un ejemplar y ejercitar sus tropas. El dinero hallado á los incendiarios de la casa de Reveillon y las palabras escapadas á algunos de ellos, hicieron sospechar que eran incitados y conducidos por una mano oculta; y los enemigos del partido popular acusaban al duque de Orleans de haber querido ensayar sus falanges revolucionarias.

Aquel príncipe habia nacido con cualidades ventajosas; habia heredado inmensas riquezas; pero dado á las malas costumbres, habia abusado de todos los dones de la naturaleza y de la fortuna. Inconsecuente en su carácter, despreciando ya la opinion ó codiciando popularidad, era atre-

vido y ambicioso un día y otro dócil y distraído. Indispuesto con la reina se habia hecho enemigo de la córte. Principiando á formarse los partidos, habia dejado que echasen mano de su nombre, y segun se dice, de sus riquezas. Deslumbrado por un porvenir confuso, obraba demasiado para hacerse tachar, mas no para triunfar; y si sus partidarios tenian realmente proyectos, no podia menos que desesperarlos con la inconstancia de su ambicion.

CAPITULO II.

Convocacion y apertura de los Estados generales.—Discusiones sobre la revision de los poderes y sobre la votacion por Estamentos, ó por personas.—El estado llano se declara Asamblea nacional.—Ciérrase el salon de los Estados y pasan los diputados á otro sitio.—Juramento del juego de pelota.—Sesion real del 23 de junio.—Continúa la Asamblea sus deliberaciones á pesar de las órdenes del rey.—Reunion definitiva de los tres Estamentos.—Primeros trabajos de la Asamblea.—Agitaciones populares en Paris.—Liberta el pueblo á los guardias franceses que estaban encerrados en la Abadía.—Intriga de la córte; acercanse tropas á Paris.—Separacion de Necker.—Jornadas de los dias 42, 43 y 44 de julio.—Toma de la Bastilla.—Va el rey á la Asamblea y desde allí marcha á Paris.—Regreso de Necker.

Próximo estaba ya el momento de la convocacion de los Estados generales, y no pudiendo dudar los dos primeros Estamentos del riesgo que les amenazaba, trataron de reunirse con la córte y agruparse al rededor de los principes de la sangre y de la reina. Por medio de adulaciones y lisonjas procuraban ganarse á los hidalgos campesinos, y en su ausencia se burlaban de su rusticidad. El clero procuraba acariciar á los plebeyos de su orden, y la nobleza militar á los del suyo. Los Parlamentos, que habian creído representar el primer papel en los

Estados generales, principiaron à temer el ver en-
gañada su ambicion. Los diputados del estado lla-
no superiores por sus talentos, por la enérgica es-
presion de sus poderes, sostenidos por sus juntas
continuas, aguijados tambien por las dudas que mu-
chos manifestaban sobre el resultado de sus es-
fuerzos, habian tomado la firme resolucion de no
ceder.

Unicamente el rey, que no habia disfrutado un
momento de reposo desde el principio de su reina-
nado, veia à los Estados generales como el término
de sus apuros y como todo su celo de autoridad era
mas bien por sus hijos, à quienes creia deber dejar
este patrimonio intacto, que por si mismo, no tenia
reparo en dar una parte de ella à la nacion, des-
cargándose de esta manera de las dificultades del
gobierno. Por lo tanto, activaba con placer los pre-
parativos de esta gran reunion, disponiendo apre-
suradamente un salon, determinando tambien los
trages, é ideando un ceremonial humillante para
el tercer Estamento: pero como no son los hombres
menos celosos de su dignidad que de sus derechos:
se habia cuidado de prevenir en los poderes por
condicion espresa que no sufrieran ningun ceremo-
nial ultrajante. Esta nueva falta cometida por la
córte, procedia como todas las demas del deseo de
mantener por lo menos la apariencia cuando ya no
existian las cosas, y debió causar una profunda ir-
ritacion, en el momento en que antes de atacarse,
se miraban cara à cara unos à otros en ademán de
medir sus fuerzas.

El 4 de mayo, vispera de la apertura, hubo una
procesion solemne, y el rey, los tres brazos, y to-
das las dignidades del estado, fueron à la iglesia de

Nuestra Señora. La córte habia desplegado una
magnificencia extraordinaria, y los dos primeros
Estamentos iban vestidos de gala. Principes, duques
y pares, gentiles-hombres y prelados ostentaban la
púrpura, y llevaban la cabeza cubierta con som-
breros de plumas. Los diputados del estado llano,
vestidos unicamente con capas negras venian en se-
guida, y a pesar de su exterior modesto parecian
como envanecidos por su número y por su porvenir.
Se observó que el duque de Orleans, colocado al
extremo de la nobleza, procuraba quedarse atrás y
confundirse con los primeros diputados del estado
llano.

Aquella pompa nacional, militar y religiosa,
aquellos cánticos piadosos, aquellos instrumentos
nacionales, y mas que todo, la grandeza del aconte-
cimiento, conmovieron à los corazones profunda-
mente. El discurso del obispo de Nancy, lleno
de sentimientos generosos, fue aplaudido con en-
tusiasmo, à pesar de la santidad del lugar y de la
presencia del rey. Las grandes reuniones elevan el
alma, nos enagenan de nosotros mismos, y nos unen
à los demas; derramóse un sentimiento general, y
de repente mas de un corazon sintió despojarse de
sus odios y llenarse por un momento de humanidad
y patriotismo. (1) (*)

La apertura de los Estados generales se verificó
al siguiente dia 5 de mayo de 1789. El rey estaba
colocado sobre un elevado trono, la reina cerca de
él, la córte en las tribunas, los dos primeros Esta-

(*) Todas las llamadas que se hallen en el discurso de esta obra
hasta la 54 encerradas entre paréntesis corresponden à otros tan-
tas notas y documentos justificativos que se insertan al final del
ultimo tomo.

mentos á los dos lados, y el tercero , al extremo del salon, y en asientos inferiores. Escitóse algun murmullo al entrar el conde de Mirabeau; pero su mirar y su continente, impusieron á la Asamblea. El tercer Estamento se abrió como los otros dos, á pesar del uso establecido, y el rey pronunció un discurso en que aconsejaba á los unos el desinterés, la sabiduría á los otros y á todos hablaba de su amor hácia el pueblo. El guarda-sellos Barentin tomó en seguida la palabra y después Necker, que leyó una memoria sobre el estado del reino en donde habló por estenso de la hacienda; presentó un déficit de 36 millones de francos, y cansó con sus rodeos á los que no ofendió con sus lecciones.

Desde el siguiente dia se prescribió á los diputados de cada Estamento se dirijiesen al local que les estaba destinado. Ademas del salon general, bastante capaz para contener á los tres Estamentos reunidos, se habian construido otros dos para la nobleza y el clero. El salon general estaba destinado al tercer Estamento, y de este modo tenia la ventaja, estando en su propio local, de hallarse en el de los Estados. La primera operacion que debia hacerse, era la revision de los poderes, y se trataba de saber si habia de verificarse en comun ó por Estamentos. Los diputados del estado llano, alegando que importaba á cada parte de los Estados generales, el asegurarse de la legitimidad de las otras dos, pedian la revision en comun. Queriendo la nobleza y el clero mantener la separacion de los Estamentos, sostenian que debian constituirse por separado cada uno. Esta cuestion no era todavia la del voto por persona, porque se podian revisar los poderes en comun y votar luego separadamente; pero se le asemejaba mu-

cho, y desde el primer dia hizo estallar una division que hubiera sido fácil prever y precaver, terminando la diferencia de antemano. Pero la corte no tuvo nunca fuerza para rehusar ni conceder lo que era justo, y por otra parte esperaba reinar con mas facilidad dividiendo los ánimos.

Los diputados del tercer Estamento, permanecieron reunidos en el salon general, absteniéndose de tomar ninguna medida, y esperando como decian, la reunion de sus colegas. La nobleza y el clero retirados en sus salones respectivos, se pusieron á deliberar acerca de la revision. El clero votó la comprobacion separada, con la mayoria de 433 contra 444, y la nobleza con la mayoria de 488 contra 444. Insistiendo en su inmovilidad el estado llano continuó al siguiente dia la conducta del anterior, y procuró evitar toda medida que pudiese presentarle como constituido en orden separado; y por lo tanto al dirigir algunos de sus miembros á las otras dos Cámaras, tuvo cuidado de no darles ninguna mision espresa. Estos miembros se enviaban únicamente á la nobleza y al clero para decirles que se les esperaba en el salon general. La nobleza no estaba en sesion en aquel momento; el clero estaba reunido, y ofreció nombrar comisionados para conciliar las diferencias que acababan de suscitarse. Nombrólos en efecto, é invitó á la nobleza á que hiciera otro tanto, mostrando el clero en esta lucha un carácter bastante diferente del de la nobleza. Entre todas las clases privilegiadas, él era el que mas habia sufrido los ataques del siglo XVIII; se habia disputado su existencia politica; estaba dividido á causa del gran número de sus párrocos; y por otra parte, su papel forzoso, era el de la moderacion y el del espi-

ritu de paz; y como acaba de verse, ofrecia una especie de mediacion.

La nobleza al contrario, se rehusó á ello no queriendo nombrar comisionados, porque menos prudente que el clero, confiandomas ensus derechos, y no creyéndose obligada á la moderacion sino al denuedo, se espresaba por medio de amenazas y repulsas. Estos hombres que no han perdonado pasion aenea, se entregaban á todas las suyas, y sufrían como todas las Asambleas, el dominio de los espíritus mas violentos como Cazalés y d'Espremenil, querientemente ennoblecidos, hacían adoptar las mociones mas impetuosas, preparadas de antemano en reuniones particulares. En vano una minoria compuesta de hombres, ó mas sabios, ó mas prudentemente ambiciosos, se esforzaba en ilustrar á aquella nobleza; ella nada queria oír, hablaba de combatir y morir, y añadia que era por las leyes y la justicia. Inmóvil el tercer Estamento, devoraba tranquilamente todos los ultrages; irritábase silenciosamente, conducíase con la prudencia y la firmeza de todos los poderes que comienzan, y recogía los aplausos de las tribunas, destinadas primero para la corte, y luego invadidas por el público.

Muchos dias habian transcurrido ya. El clero tendia lazos al tercer Estamento, procurando arrastrarlo á ciertos actos que le hiciesen calificar de órden constituido; pero aquel se habia rehusado á ello constantemente, y no tomando mas que medidas indispensables de policia interior, se habia limitado á elegir un decano y agregados para recoger los votos. Rehusaba abrir las cartas que se le dirigian; y declaraba no formar un órden, sino una junta de ciudadanos reunidos por una auto-

ridad legitima para esperar á otros ciudadanos.

Despues de haber rehusado la nobleza nombrar comisionados conciliadores, consintió en fin en enviarlos para ponerse de concierto con los otros órdenes; pero la mision que les confiaba era inútil, porque les encargaba al mismo tiempo declarasen que insistia en su decision del 6 de mayo, la cual disponia la comprobacion por separado. El clero al contrario, fiel á su papel, habia suspendido la revision comenzada ya en su propia Cámara, declarándose no estar constituido, y esperando las conferencias de los comisionados conciliadores. Las conferencias estaban abiertas; el clero callaba; los diputados de los comunes hacían valer con calma sus razones, los de la nobleza con arrebatos. Separábase agriados con la disputa, y resuelto el tercer Estamento á no ceder en nada, no le disgustaba saber que toda transacion se hacia imposible. La nobleza esperaba todos los dias á sus comisionados para que le asegurasen que habian obtenido la ventaja, y su exaltacion iba en aumento; pero por un rasgo pasajero de prudencia, los dos primeros Estamentos declararon que renunciaban á sus privilegios pecuniarios. El tercer Estamento aceptó la concesion, pero permaneció en su inaccion, exigiendo siempre la comprobacion en comun. Continuaban todavia las conferencias, cuando se propuso, en fin, como convenio, que se revisasen los poderes por comisionados elegidos en los tres Estamentos. Los enviados de la nobleza declararon en su nombre, que no accedian á esta disposicion, y se retiraron sin fijar dia para una nueva conferencia, desvaneciéndose de este modo la transacion, y el mismo dia dió la nobleza un auto por el cual declara-

ba de nuevo, que por aquella legislatura se comprobaria por separado, dejando á los Estados el cuidado de determinar otro modo para lo venidero. Este acuerdo se comunicó al estado llano el 27 de mayo. Reunidos desde el día 5, habian ya transcurrido 22, durante los cuales nada se habia hecho; y era tiempo de tomar una determinacion. Mirabeau, que daba impulso al partido popular, manifestó que era urgente decidirse y principiar á obrar el bien público, farlo tiempo retardado ya. Segun la resolucion conocida de la nobleza, propuso que se hiciese una intimacion al clero para que se esplicase al momento, y declarase si queria ó no reunirse al estado llano. Adóptase al momento la proposicion: el diputado Target se puso en camino á la cabeza de una diputacion numerosa, entró en el salon del clero y dijo: «Los señores diputados del estado llano invitan á los señores del clero, EN EL NOMBRE DEL DIOS DE PAZ, y por el interés nacional, á que se reúnan con ellos en el salon de la Asamblea, para acordar los medios de verificar la concordia, tan necesaria en este momento para la salvacion de la causa pública.» Penetróse el clero de estas solemnes palabras; gran número de sus individuos respondieron con aclamaciones y quisieron marchar en seguida de esta invitacion, pero se les detuvo, y se respondió á los diputados que se tomaria en consideracion. Al volver la diputacion, el tercer Estamento, inexorable como siempre, se determinó á esperar en sesion permanente la respuesta del clero; esta no llegaba, y se envió á decir que la estaban esperando. Quejóse el clero de que se le estrechaba con demasiada viveza, y pidió que se le dejase el tiempo necesario; á lo cual le respondióse

ron con moderacion, que podian tomarle, y que esperarían si era necesario todo el día y toda la noche.

Difícil era la situacion, pues sabia el clero que despues de su respuesta pondrian los diputados del estado llano manos á la obra y tomarian un partido decisivo. Quería contemporizar para estar de concierto con la corte y pidió por término hasta el otro día, lo cual se le concedió con repugnancia. En efecto, al siguiente día el rey, tan descaído por los primeros Estamentos, se decidió á intervenir en el momento en que todas las enemistades de la corte y de las primeras clases principiaban á olvidarse al aspecto de aquel poder popular que se encumbraba con tanta rapidéz. Mostrándose por último el rey, invitó á todos á que continuasen las conferencias en presencia de su guarda-sellos. El tercer Estamento, á pesar de lo que se ha dicho de sus proyectos, y de lo juzgado por el acontecimiento, no llevaba sus miras mas alla de la monarquia moderada. Conociendo las intenciones de Luis XVI, le acataba sobre manera; no queriendo además dañar á su propia causa con alguna sinrazon, respondió, que por deferencia al rey se avenia á la continuacion de conferencias, aunque por las declaraciones de la nobleza se creyesen inútiles. Unió á esta respuesta un mensaje que encargó á su decano pusiese en manos del príncipe. Este decano era Bailly, hombre sencillo y virtuoso, sábio, ilustre y modesto, que repentinamente habia sido trasladado de los estudios silenciosos de su gabinete al centro de las discordias civiles. Elegido para presidir una grande Asamblea, se habia aterrado con su nuevo empleo; creíase indigno de desempeñarle, y le habia admitido por deber. Pero levantado de repente á la

libertad halló en sí una presencia de espíritu y una firmeza inesperada; en medio de tantos conflictos, hizo respetar la magestad de la Asamblea, y representarla con toda la dignidad de la virtud y la razón.

Apurado se vió Bailly para llegar hasta el rey; y como insistiera á fin de que se le introdujese, propagaron los cortesanos que no había respetado el dolor del monarca, afligido con la muerte del delfín. Presentado últimamente, supo alejar todo el ceremonial humillante, y manifestó tanta firmeza como respeto; el rey lo acogió con bondad, pero sin explicar sus intenciones.

Decidido el gobierno á hacer algunos sacrificios, porque se encontraba con fondos, quería, oponiéndose á los Estamentos, y llegando á ser su árbitro, arrancar á la nobleza sus privilegios pecuniarios con el socorro del tercero, y detener la ambición de este por medio de la nobleza. No teniendo este de que inquietarse por los apuros de la administracion, y pensando únicamente en los sacrificios que la iba á costar, quería ocasionar la disolucion de los Estados generales, ó inutilizar de este modo su convocacion. Los diputados del comun á quienes la corte y los primeros Estamentos no querian reconocer bajo este título y apelaban siempre al nombre de estado llano, adquirian incesantemente fuerzas nuevas; y resueltos á arrostrar todos los peligros, no querian dejar escapar una ocasion que podia no presentarse mas.

Verificáronse las conferencias pedidas por el rey, y los comisionados de la nobleza suscitaron dificultades de todo género sobre el título de Comunes que había tomado el tercer estado, y sobre el modo

de redactar y firmar las actas. Entraron finalmente en discusion, y casi estaban ya reducidos al silencio por las razones que se les presentaban, cuando Necker, en el nombre del rey, propuso un nuevo medio de conciliacion que consistia en que cada Estamento debía examinar separadamente los poderes y participarlo á los otros: en el caso en que se ocasionasen dificultades, los comisionados lo podrian en conocimiento de cada cámara; y si la decision de los diversos Estamentos no era conforme, el rey debía juzgar definitivamente, y así la corte orillaba la diferencia en su provecho. Interrumpiéronse al momento las conferencias para obtener la union de los Estamentos. El clero aceptó el proyecto lisa y llanamente; la nobleza lo acogió al principio con placer, pero estrechada por sus instigadores ordinarios, alejó el parecer de los mas sabios de sus individuos; y modificó el proyecto de conciliacion. Desde este dia datan todas sus desgracias.

Instruidos los del comun de esta resolucion, esperaban para explicarse, á que se la comunicaran, pero el clero con su astucia acostumbrada, queriéndolos emplazar á los ojos de la nacion, les envió una diputacion para empeñarlos á que se ocuparan con él de la miseria del pueblo, cada dia mayor, y se apresuráran á remediar juntos la falta y carestia de las subsistencias. Espuestos los comunes al descontento popular, si se mostraban indiferentes á una proposicion semejante, volvieron astucia por astucia, y respondieron, que penetrados de los mismos deberes, esperaban ellos al clero en el salon general para ocuparse con él de tan importante proyecto. Llegó entonces la nobleza y comunicó solemnemente

mente su acuerdo á los comunes; adoptando, decia, el plan de conciliacion, pero insistiendo en la comprobacion por separado, y no remitiéndose á los Estamentos reunidos y á la jurisdiccion suprema del rey, sino en cuanto á las dificultades que podian ocasionarse sobre las diputaciones enteras de toda una provincia.

Este acuerdo puso fin á toda la irresolucion de los comunes. Obligados á ceder ó á declararse en guerra contra los primeros Estamentos y el trono, si el plan de conciliacion se hubiese adoptado, se libraron de toda esplicacion aceptándose con graves variaciones. El momento era decisivo. Ceder por la comprobacion separada, no era á la verdad, ceder al voto por Estamento; pero aflojar una vez era debilitarse para siempre. Necesario era someterse á un papel casi nulo, dar diacero al poder, y contentarse con destruir algunos abusos, cuando se veia en la posibilidad de regenerar el estado; ó tomar una resolucion fuerte, y apoderarse violentamente de una parte del poder legislativo. Este era el primer acto revolucionario, pero la Asamblea no vaciló; y así, firmadas todas las actas y terminadas las conferencias, se levanta y dice Mirabeau: «Todo proyecto de conciliacion desechado por una parte, ya no puede ser examinado por otra. Ha transcurrido un mes, y hay que tomar un partido decisivo; un diputado de Paris tiene una mocion importante que hacer, que se le escuche.» Abierta de este modo la deliberacion por la audacia de Mirabeau, subió á la tribuna Sieyès que era un hombre de gran capacidad, sistemático y rigoroso en sus deducciones. Sieyès presenta y motiva en pocas palabras la conducta

de los comunes diciendo que: estos han esperado y se han prestado á todas las conciliaciones propuestas; pero que su larga condescendencia ha llegado á ser inútil; ya no pueden demorar por mas tiempo los negocios, sin faltar á su mision; por lo tanto, deben hacer una última invitacion á las otras dos Camaras, á fin de que se reunan á ellos para comenzar la revision. Fundada rigorosamente esta proposicion (2), la acogen con entusiasmo; y aun quieren intimar á los dos Estamentos á que se reunan en el término de una hora. * Sin embargo, el término se proroga. Siendo el jueves siguiente un dia consagrado á las solemnidades religiosas, se trasladó al viernes. Hácese en este la última invitacion; los dos Estamentos responden que van á deliberar; y el rey, que dará á reconocer sus intenciones. En seguida se principió á leer la lista de los diputados; el primer dia acuden tres párrocos y los llenan de aplausos; el segundo seis, el tercero y cuarto diez en cuyo número se hallaba el abate Gregoire.

Mientras se leia la lista de los diputados, y se revisaban los poderes, se levantó una grave disputa sobre el titulo que debía tomar la Asamblea. Mirabeau propuso el de *representantes del pueblo francés*; Mounier, el de *mayoría deliberante en ausencia de la minoría*; y el diputado Legrand el de *Asamblea nacional*. Este último fué adoptado después de una dilatada discusion que duró hasta el 16 de junio por la noche. Era la una de la madrugada, y se trataba de saber si debian constituirse en sesion permanente, ó si habia de trasla-

* Sesion del 10 de junio.

darse al otro dia. Una parte de los diputados querian que no se perdiese un instante, á fin de adquirir un carácter legal que impusiese á la corte. Otros en corto número, descosos de entorpecer los trabajos de la Asamblea, se alborotaban y daban gritos furibundos. Colocados los dos partidos á los lados de una mesa larga, se amenazaban recíprocamente; Bailly, colocado en el centro, se veia intimidado por los unos para que separase la Asamblea, y por los otros para que se pusiera á votacion el proyecto de constituirse. Inalterable en medio de los gritos y de los ultrajes permaneció por mas de una hora inmóvil y silencioso. El cielo amenazaba borrasca, y el viento silbaba con violencia en medio del salón y contribuia al estruendo. Retiráronse por fin los furiosos, y dirigiéndose Bailly entonces á la Asamblea, tranquila ya por la retirada de los perturbadores, obtuvo de ella el que se dejase para el dia siguiente el acuerdo importante que se habia propuesto. Todos adoptaron su parecer, y se retiraron aplaudiendo su firmeza y su sabiduría.

El siguiente dia 17 de junio se puso el punto á la deliberacion de todos, y por una mayoría de 491 votos contra 90, los comunes se constituyeron en *Asamblea nacional*. Encargado Sieyès de fundar esta decision, lo hizo con su severidad acostumbrada en los términos siguientes:

«Deliberando la Asamblea despues de la revision de los poderes, reconoce que está compuesta ya de representantes enviados directamente, cuando menos por los 96 centésimos de la nacion. «Una masa semejante de diputacion no puede permanecer pasiva por la ausencia de los diputados

«de algunas bailias ó de algunas clases de ciudadanos, porque los ausentes que ya han sido llamados, no pueden impedir á los presentes que ejerzan la plenitud de sus derechos, mucho mas cuando el ejercicio de estos derechos es un deber imperioso y urgente.

«Ademas puesto que solo corresponde á los representantes comprobados concurrir al voto nacional, y que todos los dichos representantes comprobados deben estar en esta Asamblea, es tambien indispensable concluir, que toca á ella, y nada mas que á ella interpretar y representar la voluntad general de la nacion.

«No puede existir entre el trono y la Asamblea ningun *Veto*, ningun poder negativo.

«La Asamblea declara por lo tanto que los diputados presentes pueden y deben comenzar inmediatamente la obra comun de la restauracion nacional, y que deben continuarlas sin interrupcion, igualmente que sin obstáculo.

«La denominacion de Asamblea nacional es la única que conviene á la Asamblea en el estado actual de cosas, ya porque los miembros que la componen son los únicos representantes legitima y públicamente conocidos y revisados, ya porque son enviados por casi toda la nacion: y ya en fin porque siendo la representacion una é indivisible, ninguno de los diputados electos, cualquiera que sea su Estamento ó clase, tiene derecho para ejercer sus funciones fuera de esta Asamblea.

«La Asamblea no perderá nunca la esperanza de reunir en su seno á los diputados ausentes; y no cesará de llamarlos para que llenen la obliga-

«cion que se les ha impuesto de concurrir á la celebracion de los Estados generales. En cualquier momento en que se presentáren los diputados ausentes á la legislatura que va á principiar, declarará que se apresurará á recibirlos y que dividirá con ellos, despues de la revision de los poderes, la série de los grandes trabajos que deben conducir á la regeneracion de la Francia.»

Queriendo la Asamblea, despues de este acuerdo, mostrar un acto de su poder, y probar al mismo tiempo que no intentaba detener la marcha de la administracion, legalizó la recaudacion de los impuestos, aunque establecidos sin el consentimiento nacional: previendo su separacion, añadió que cesarian de recaudarse el dia en que ella estuviere separada; previniendo ademas el arbitrio de una bancarota, que quedaba al poder para terminar los apuros de la hacienda y desentenderse de la intervencion nacional, satisfizo á la prudencia y al honor, poniendo á los acreedores del estado bajo la salvaguardia de la lealtad francesa, y anunció por último, que iba á dedicarse incesantemente á remediar las causas de la penuria y de la miseria pública.

Estas medidas, que demostraban tanto valor como destreza, produjeron una impresion profunda. La corte y las primeras clases, estaban asombradas de tanta audacia y energia. Entretanto, seguia el clero deliberando tumultuariamente, si se habian de reunir á los comunes y la muchedumbre esperaba á la parte de afuera el resultado de su deliberacion, los párrocos predominaron por último, y se supo que se habia votado por la reunion con una mayoría de 149 votos contra 115. Los

votantes por la reunion fueron recibidos con transportes de júbilo, y los otros ultrajados y perseguidos por el pueblo.

Este momento debía conducir á la reconciliacion de la corte y la aristocracia, pues que el peligro era igual para ambas. La última revolucion era tan dañosa al rey como á los dos primeros Estamentos, de quienes los comunes declaraban poder prescindir. Arrojaróse al punto á los pies del rey, el duque de Luxemburgo, el cardenal de Larocheoucauld, y el arzobispo de Paris; le suplicaron que reprimiese la audacia del tercer brazo, y que sostuviese sus derechos atacados. Ofrecióle el Parlamento que prescindiria de los Estados generales, y prometió consentir en todos los impuestos. Rodeado el rey por los príncipes y por la reina, era atacar demasiado su debilidad, y condujéronlo por último á Marly, para arrancarle una medida vigorosa.

El ministro Necker, adicto á la causa popular, se contentaba con representaciones inútiles, que el rey hallaba justas cuando estaba su ánimo libre, pero cuyo efecto tenia luego la corte bastante cuidado en destruir. Desde que conoció que era necesaria la intervencion de la autoridad real, formó un proyecto que pareció demasiado atrevido para su valor: quiso que el monarca en una sesion real dispusiese la reunion de los Estamentos, pero únicamente para todas las medidas de interés general; que se apropiase la sancion de todas las resoluciones tomadas por los Estados generales; que desechase desde luego todo establecimiento contrario á la monarquia moderada, como el de una Asamblea única; y prometiese por último la abolicion de los

privilegios, y la igual admision de todos los franceses a los empleos civiles y militares &c. Necker, que no habia tenido el valor de anticipar á tiempo semejante plan, tampoco lo tenia para asegurar su ejecucion.

El consejo habia acompañado al rey hasta Marly donde volvió á discutirse el plan de Necker que habia sido aprobado en un principio, mas de repente llevan al rey un billete, suspéndese el consejo, y se deja su continuacion para el dia siguiente, a pesar de tan urgente necesidad. Al siguiente dia, se incorporan nuevos miembros en el consejo estando en este número los hermanos del rey. Modifícase el proyecto de Necker; resiste el ministro; hace algunas concesiones; pero se ve vencido y regresa a Versalles. Un pago llega tres veces con billetes que contenian nuevas modificaciones; su plan queda del todo desfigurado y fijada la sesion real para el 22 de junio.

Aun no se estaba mas que en el dia 20, y ya se habia cerrado el salon de los Estados, so pretexto de los preparativos que exige la presencia del rey los cuales podian hacerse en medio dia, pero habia resuelto el ciego la víspera reunirse á los comunes, y se trataba de impedir esta reunion. Una orden del rey suspende al momento las sesiones hasta el 22. Creyéndose Bailly obligado á obedecer á la Asamblea, que el viernes 19 se habia aplazado para el sábado inmediato, se dirige á la puerta del salon, que lo rodeaban guardias franceses con orden de prohibir la entrada. El oficial de servicio recibe á Bailly con respeto, y le permite la entrada á un patio para estender allí una protesta. Algunos dipu-

tados jóvenes y acalorados quieren atropellar la consigna; sale Bailly, los aplaca y los lleva consigo para que no comprometan al generoso oficial que con tanta moderacion ejecutaba las órdenes de la autoridad. Agrúpanse en tumulto; insisten en reunirse; hablan algunos de empezar la sesion bajo las ventanas del mismo rey; proponen otros el salon del juego de pelota; dirigen todos allí, y el dueño le cede con gusto.

El salon era grande; las paredes estaban sombrías y desnudas, y no habia ningun asiento. Ofrece uno un sillón al presidente, que lo rehusa y quiere permanecer en pie con la Asamblea; un banco sirve de bufete; dos diputados están colocados á la puerta para guardarla, y bien pronto son relevados por otros que vienen á ofrecer sus servicios. Corre el pueblo de tropel y principia la deliberacion. Sublévanse por todas partes contra esta suspension de las sesiones, y proponen diversos medios para hacer frente al porvenir. La agitacion se aumenta y los partidos extremos principian á ofrecerse á la imaginacion. Propónese el marchar á Paris, acógese con calor este parecer, y se ventila fuertemente, y aun ya se habla de trasladarse en cuerpo y á pie. Bailly se asusta de las violencias que podria sufrir la Asamblea en el camino, y temiendo por otra parte un rompimiento, se opone á este proyecto. Entonces Mounier propone á los diputados, que juren no separarse antes de establecer una constitucion. Acógese con entusiasmo esta proposicion, y redactan al momento la fórmula del juramento. Bailly pide el honor de ser el primero que jure, y lee la fórmula en este tenor: «Jurais solemnemente no separa-

«ros nunca, y reuniros en donde quiera que las circunstancias lo exijan, hasta que se establezca la Constitucion del reino, y quede asegurada sobre fundamentos sólidos?» Esta fórmula pronunciada en alta é inteligible voz, resonó hasta fuera del recinto; de repente todas las bocas pronuncian el juramento, y todos los brazos se tienden hacia Bailly, que de pié ó inmóvil recibe este compromiso solemne de asegurar con leyes, el ejercicio de los derechos nacionales. La muchedumbre lanza al momento gritos de *viva la asamblea! viva el rey!* como para demostrar que sin cólera y sin enojo, sino por un deber, recobra lo que se le debe. Los diputados se disponen en seguida á firmar la declaracion que acaban de hacer. Uno solo, Martin de Auch, añade á su nombre la palabra de *disidente*. Fórmase al rededor de él un gran tumulto, y Bailly para que le oigan, se sube sobre una mesa, se dirige con moderacion al diputado y le demuestra que tiene el derecho de rehusar su firma, pero no el de formar oposicion. El diputado insiste, y la Asamblea por respeto á su libertad, tolera la palabra y permite que se consigne en el acta.

Esta nueva demostracion de energía aumentó el sobresalto de la nobleza, que al dia siguiente acudió á llevar sus clamores á los pies del rey, escusándose en parte de las restricciones que habia puesto al plan de conciliacion, y á implorar su asistencia. La minoria de los nobles protestó contra este paso, sosteniendo con razon, que ya no era tiempo de pedir la intervencion real despues de haberla rehusado tan fuera de propósito. Esta minoria desatendida se componia de 47 individuos,

contándose entre ellos militares y magistrados intruidos; el duque de Liancourt, amigo generoso de su rey y de la libertad; el duque de Laroche-foucauld, distinguido por una constante virtud y grandes luces; Lally-Tolendal, célebre ya por las desgracias de su padre, y sus elocuentes reclamaciones; Clermont Tonnerre, notable por el don de la palabra; los hermanos Lameths, jóvenes coroneles, conocidos por su talento y valor; Duport, citado ya por su vasta capacidad, y la firmeza de su carácter; y en fin, el marqués de Lafayette, defensor de la libertad americana, que unia á la vivacidad francesa la constancia y sencillez de Washington. Las intrigas entorpecian todas las operaciones de la corte, y la sesion aplazada para el lunes 22 se trasladó al 23. Un billete dirigido, ya tarde, á Bailly, y á la salida del gran consejo, le anunciaba esta traslacion, y probaba la agitacion que reinaba en las ideas. Necker estaba resuelto á no ir á la sesion, para no autorizar con su presencia proyectos que desaprobaba.

Para impedir la sesion del 22 se emplearon medios mezquinos, que son el ordinario recurso de una autoridad débil, y bajo pretexto de que se iba á jugar un partido de pelota, mandaron los principes ocupar el local para aquel mismo dia. La Asamblea se dirigió á la iglesia de San Luis, en donde recibió á la mayoría del clero, á cuya cabeza se hallaba el arzobispo de Vienne. Esta reunion, verificada con la mayor dignidad, escitó la mas viva alegría, pues el clero, decia él mismo, venia á someterse allí para la revision de los poderes en comun.

El dia siguiente 23, era el fijado para la sesion

real. Los diputados de los comunes debian entrar por una puerta escusada, y diferente de la que estaba reservada para la nobleza y el clero; — à falta de violencia no se les perdonaban humillaciones. Espuestos à la lluvia esperaron por largo tiempo; el presidente, reducido à llamar à esta puerta que no se abria, lo hizo muchas veces, pero se le respondió que no era tiempo. Ya los diputados iban à retirarse, Bailly llamó de nuevo, y la puerta se abrió en fin, y al entrar ballaron à los dos primeros órdenes en posesion de los asientos que ellos hubieran querido ocupar tomándolos de antemano. No era la sesion como la del 3 de mayo, magestuosa é igualmente patética por una cierta efusion de sentimientos y de esperanzas: una milicia numerosa, con un silencio austro, la diferenciaba de aquella primera solemnidad. Tomó el rey la palabra, y ostentó su debilidad empleando espresiones demasiado enérgicas para su caracter, profiriendo reconvençiones y dando mandatos. Disponia la separacion por estamento: anulaba los anteriores acuerdos del tercero, prometiendo sancionar la abdicacion de los privilegios pecuniarios, cuando hubiesen hecho entrega de ellos los poseedores. Mantenía todos los derechos feudales, tanto útiles como honoríficos, como si fuesen propiedades inviolables; no ordenaba la reunion para los asuntos de interés general, sino que la hacia esperar de la moderacion de los primeros órdenes; forzando de este modo à obedecer al tercer estamento, y contentándose con suponer la obediencia de la aristocracia; dejaba à la nobleza y al clero por jueces de lo que especialmente les concernia, y concluía diciendo que si encontraban nuevos obstáculos, el

solo haria el bien de su pueblo y se miraria como su único representante. Este tono y este language irritaron profundamente los ánimos, no contra el rey, que con tanta debilidad acababa de representar pasiones que no eran suyas, sino contra la aristocracia, cuyo instrumento era.

Luego que hubo acabado su discurso, mandó à la Asamblea que inmediatamente se separase. Sigue la nobleza con una parte del clero; la mayor parte de los diputados eclesiásticos se detienen, y los diputados de los comunes permanecen inmóviles y guardan un profundo silencio. Mirabeau, que siempre se adelantaba el primero, se levanta y dice: «Señores, confieso que lo que acabamos de oír podria servir para la salvacion de la patria, si los presentes del despotismo no fuesen siempre peligrosos... Qué significa ese aparato de fuerzas, esta violacion del santuario nacional, para mandaros que seais felices...! En dónde están los enemigos de la nacion? ¿Está Catilina à vuestras puertas...? Pido que revistiéndoos de vuestra dignidad y potestad legislativa, cumplais con la religion de vuestro juramento; este no permite que os separeis hasta despues de haber hecho la Constitucion.»

El marqués de Brezé, gran maestro de ceremonias, entra entonces y se dirige à Bailly: «¿Heis oido, le dice, las órdenes del rey?» y Bailly le responde: «Voy à tomar las de la Asamblea.» Adelántase Mirabeau y esclama: «Si señor, hemos oido las intenciones sugeridas al rey; pero aqui «no teneis ni voto, ni lugar, ni derecho de hablar. «Sin embargo, para evitar toda dilacion, id à decir à vuestro amo que estamos aqui por la voluntad del pueblo, y que no se nos arrancará sino

«con el poder de las bayonetas.» M. de Brezé se retira, y Sieyès pronuncia estas palabras: «Hoy «somos lo que éramos ayer; deliberemos.» La Asamblea se dispone á deliberar sobre el mantenimiento de sus acuerdos anteriores. «El primero de estos acuerdos, dijo Barnave, ha declarado lo que sois; el segundo gira sobre los impuestos que vosotros solos teneis el derecho de consentir, y el tercero es el juramento de cumplir con vuestro deber. Ninguna de estas medidas necesita de la sancion real, porque el rey no puede impedir lo que no tiene facultad de aprobar.» En aquel momento entran operarios para quitar los asientos, fuerza armada atraviesa el salon y lo cercan por de fuera; los guardias de corps se adelantan hasta la misma puerta. La Asamblea sin interrumpirse, permanece en sus asientos y recoge los votos, siendo todos unánimes por el mantenimiento de los acuerdos anteriores. No es esto todo: en el recinto de la ciudad real, en medio de los sirvientes de la corte, y privada del socorro de un pueblo tan temible despues, la Asamblea podia estar amenazada. De nuevo aparece Mirabeau en la tribuna, y propone que se decrete la inviolabilidad de cada diputado. Al punto la asamblea, no oponiendo á la fuerza mas que una magestuosa voluntad, declara inviolable á cada uno de sus miembros, y proclama por traidor, infame y culpable de crimen capital á quien atente á sus personas.

Entre tanto la nobleza, que creia salvo el estado por esta sesion real, presentaba sus felicitaciones al príncipe, que la habia ideado, y desde el príncipe las llevaba á la reina, la cual, teniendo á su hijo en los brazos, lo presentaba á tan rendi-

dos servidores, recibia sus juramentos, y se abandonaba desgraciadamente á una ciega confianza. En este instante se oyeron gritos; corren todos, y ven al pueblo reunido en tropel, que felicitaba á Necker por no haber asistido á la sesion real. El miedo sucedió á la alegría; el rey y la reina hicieron llamar á Necker, y estos augustos personajes se vieron obligados á suplicarle que se mantuviera en el ministerio. El ministro consintió en ello, transmitiendo á la corte una parte de la popularidad que habia conservado, no asistiendo á esta funesta sesion.

Asi acababa de verificarse la primera revolucion. El tercer estamento habia recobrado el poder legislativo, y sus adversarios lo habian perdido por haberlo querido conservar todo entero, completándose enteramente en pocos dias esta legislativa revolucion. Todavía se emplearon algunas arterias, como las de entorpecer las comunicaciones interiores en los salones de los estados; pero fueron en valde. El 24, la mayoría del clero se dirigió á la Asamblea, y pidió la revision en comun para deliberar seguidamente sobre las proposiciones hechas por el rey en la sesion del 23 de junio, mas la minoria del clero continuaba deliberando en su cámara particular. El arzobispo de Paris, Juigné, prelado virtuoso, bienhechor del pueblo, pero privilegiista obstinado, se vió perseguido y obligado á prometer su reunion; y efectivamente se dirige á la Asamblea nacional acompañado del arzobispo de Burdeos, prelado popular, y que mas tarde debia llegar á ser ministro.

Manifestóse la mayor turbacion en las filas de la nobleza: y sus alborotadores ordinarios atizaban

las pasiones. Propuso d'Espremenil decretar contra el tercer estamento, y hacerlo perseguir por el procurador general; pero la minoría estuvo por la reunion, y la mocion se desechó en medio del tumulto. El duque de Orleans apoyó la proposicion, á pesar de haber prometido la vispera lo contrario á los Polignacs (*). Cuarenta y siete individuos de la nobleza, resueltos á reunirse á la Asamblea general á pesar de la decision de la mayoría, se trasladaron en cuerpo y fueron recibidos en medio del regocijo público. Sin embargo, á pesar de esta alegría causada por su presencia sus rostros estaban melancólicos. «Cedemos á nuestra conciencia, dijo Clermont-Tonnerre, pero nos separamos con dolor de nuestros hermanos. Venimos á cooperar á la regeneracion pública; cada uno de nosotros os hará conocer el grado de actividad que nos permiten nuestros poderes.

Diariamente habia nuevas reuniones y la Asamblea veia aumentar el número de sus miembros. De todas partes llegaban felicitaciones espresando el voto de las ciudades y provincias. Mouvier suscitó las del Delfinado; Paris hizo la suya, y hasta el Palacio real envió una diputacion, que la Asamblea rodeada todavía de peligros, recibió para no indisponerse con la multitud cuyos excesos no se prevenian. Era menester al contrario contar con su energia y apoyarse en ella, muchos lo dudaban y el valor del pueblo no era todavía mas que un sueño agradable; y así, los aplausos de las tribunas, incómodos frecuentemente para la Asamblea, se habian tolerado por lo mismo, y no se atrevieron á

(*) Véase Ferrieres.

impedirlos. Quiso Bailly hacer una reclamacion, y se confundieron su voz y su mocion entre aplausos estrepitosos.

La mayoría de la nobleza continuaba sus sesiones en medio del alboroto y del estruendo mas violento. El espanto se apoderó de los que la dirigian, y la señal de reunion salió de los mismos que poco antes ordenaban la resistencia; pero sus pasiones, harto acaloradas ya, no eran faciles de contener. Vióse obligado el rey á escribir una carta y la corte y los grandes reducidos á suplicar, diciendo á los mas obstinados que la reunion duraria muy poco, porque se acercaban las tropas y era necesario ceder para salvar al rey. Arrancóse el consentimiento en medio del desórden, y la mayoría de la nobleza, acompañada de la minoría del clero, se dirigieron el 27 de junio á la Asamblea general. El duque de Luxemburgo tomó la palabra en nombre de todos, y dijo que acudian para dar al rey una muestra de respeto y una prueba de patriotismo á la nacion: «La familia está completa» respondió Bailly. Suponiendo que la reunion estaba cabal y que se trataba, no de revisar sino de deliberar en comun, añadió: «Podremos dedicarnos sin descansa y sin distraccion, á la regeneracion del reino y á la pública felicidad:» Todavía se emplearon algunos recursos menguados para manifestar que no se habia hecho lo que la necesidad precisaba á hacer; los recién venidos entraban siempre despues de la apertura de las sesiones, todos en cuerpo y como figurando un estamento; aparentaban mantenerse de pie detras del presidente, y de manera que se viese que no estaban sentados. Bailly, con bastante comedimiento y firmeza, concluyó por vencer

toda resistencia y al fin se sentaron. Quiso se le permitiera disputar la presidencia, no á viva fuerza, sino ya por una negociacion secreta; ya por una supercheria. Bailly la conservó, no por ambicion sino por deber, y se vió á un simple ciudadano, conocido únicamente por sus virtudes y talentos, presidir á todos los grandes del reino y de la iglesia.

Era demasiado evidente que estaba acabada la revolucion legislativa, pues aunque la primera discusion no tuvo otro objeto sino el modo de revisar los poderes y no el de votar; aunque los unos hubiesen declarado no reunirse sino para hacer la revision en comun, y los otros, para obedecer á las intenciones reales espresadas el 23 de junio; no quedaba duda, que el voto por persona era inevitable é inútil, é impolitica toda reclamacion. Sin embargo, el cardenal de Laroche foucauld, protestó en el nombre de la minoria, y manifestó que no se habia reunido sino para deliberar sobre puntos generales, y conservando siempre el derecho de formar un estamento aparte. El arzobispo de Vienne replicó con desenfado, que la minoria no habia podido decidir nada en la ausencia de la mayoria del clero, y que no tenia derecho para hablar en nombre de la clase entera. Levantóse con violencia Mirabeau contra semejante pretension y dijo, que era extraño que se presentase en el seno de la Asamblea contra la Asamblea misma, y que no habia otro remedio mas que reconocer su soberania ó retirarse.

Suscitóse entonces la cuestion de los mandatos imperativos, pues la mayor parte de aquellos documentos espresaban el voto de los electores, respecto á las reformas que se habian de hacer y preceptuaban este voto como obligatorio

para los diputados. Antes de resolver, convenia fijar hasta qué punto podia hacerse; y por lo tanto esta cuestion debia ser la primera. Tomóse en consideracion muchas veces y otras tantas fue abandonada, por que los unos querian que se apelase á los comitentes; y los otros pensaban que de los comitentes solo se podia recibir la mision de votar por ellos, despues que los puntos se hubiesen discutido é ilustrado por los enviados de toda la nacion; pero no creian que se pudiera recibir de antemano un dictámen ya formado. Con efecto, si se cree que para hacer una ley se requiere un consejo general, ya para hallar mayores luces, ó porque no se puede tener un parecer sino cuando todas las partes de la nacion se han entendido mutuamente; la consecuencia natural es que los diputados deben quedar libres y sin mandato obligatorio. Mirabeau robusteciendo la razon con la ironia, exclamó que todos los que creian ser imperativos sus mandatos, habian cometido un desacierto en acudir, y no tenían mas que dejar sus poderes sobre sus asientos, que estos residirian tan bien como ellos. Sieyes, con su sagacidad ordinaria, previendo que, á pesar de la decision justísima de la Asamblea, gran número de diputados se limitarian á sus juramentos, y que refugiándose en sus conciencias, se harian inatacables, propuso el orden del dia, motivando que cada uno era juez del valor del juramento que habia prestado. «Los que se crean obligados por sus poderes, dijo, serán mirados como ausentes; asi como los que hayan reusado revisar sus poderes en la Asamblea general» Adoptóse esta sabia opinion, y estrechando la Asamblea á los opositores, les facilitaba pretextos, al paso que de-

jándolos libres, estaba segura de atraerlos á sí, y su victoria se aseguraba.

El objeto de la nueva convocacion era la reforma del estado, es decir, el establecimiento de una constitucion de que la Francia carecia. á pesar de cuanto se haya dicho en contrario. Si se dá este nombre á toda especie de relaciones entre los gobernados y el gobierno, sin duda que la Francia poseia una constitucion, pues habia un rey que mandaba y unos súbditos que obedecian; verdades que unos ministros mandaban prender á su antojo á cualquiera, que los arrendadores cobraban hasta el ultimo óbolo del pueblo; y que los Parlamentos habian condenado á muchos desgraciados al último suplicio. Los pueblos mas bárbaros tienen de estas especies de constitucion. Habia habido en Francia Estados generales, pero sin atribuciones fijas, sin épocas determinadas, y siempre sin resultados. Habia habido una autoridad real, ó nula ó absoluta: habia habido tribunales ó audiencias soberanas, que á menudo juntaban al poder judicial el poder legislativo; pero no habia ninguna ley que asegurase la responsabilidad de los agentes del poder, la libertad de imprenta, la libertad individual, y todas las garantías, en fin, que en el estado social reemplazan á la ficcion de la libertad natural (3). La necesidad de una constitucion estaba conocida y confesada generalmente: y asílo espresaban enérgicamente todos los poderes, y con la mayor formalidad se habian espresado tambien por los principios fundamentales de esta constitucion. Unánimemente habian prescrito, el gobierno monárquico, la herencia por línea de varon, la atribucion esclusiva al rey, del poder ejecutivo, la responsabilidad de todos los

mandatarios, el concurso de la nacion y del rey para la formacion de las leyes y la votacion de los impuestos y la libertad individual; pero estaban divididos sobre la creacion de una ó dos cámaras legislativas; sobre la permanencia, plazos y disolucion del cuerpo legislador; sobre la existencia politica del clero y los parlamentos, y sobre la estension de la libertad de imprenta. Tantas cuestiones, ó decididas ó propuestas por los mandatarios anunciaban demasiado cuán despierto estaba ya el espíritu público en todos los puntos del reino, cuán pronunciado y general era el voto de la Francia por la libertad. (4) Pero el fundar una constitucion completa entre los escombros de una legislacion antigua, á pesar de todas de todas las resistencias y con el arroyo desordenado de los ánimos, era una obra grande y difícil. Ademas de las desavenencias que debia producir la diversidad de intereses, era tambien de temer la divergencia natural de las opiniones. Una legislacion entera para un pueblo grande, escita tan fuertemente los ánimos, les inspira tan vastos proyectos y esperanzas tan quiméricas que no era extraño que se tomasen medidas ó vagas ó exageradas y frecuentemente hostiles. Para poner orden en los trabajos se nombró una comision encargada de tan-tear su estension y disponer su distribucion. Esta junta estaba compuesta de los miembros mas moderados de la Asamblea. Mounier, de un espíritu vasto aunque tenaz, era el individuo mas laborioso é influyente y fué el encargado de disponer el orden de las tareas.

La dificultad de dar una constitucion no era la única que tenia que vencer esta Asamblea. Entre un gobierno desacordado y un pueblo hambriento que

exigia pronto auxilio, no podia menos que mezclarse en la administracion. Recelosa de la autoridad, obligada á socorrer al pueblo, debia, aun sin ambicion, usurpar poco á poco el poder ejecutivo. Ya el clero le habia dado el ejemplo, haciendo el tercer estamento la insidiosa proposicion de ocuparse inmediatamente de los abastos. Formada apenas la Asamblea, nombró una comision de subsistencias, pidió al ministerio antecedentes sobre esta materia, propuso favorecer la circulacion de los géneros de provincia á provincia, transportarlos oficialmente á los puntos donde escaseaban, dar limosnas, y acudir á empréstitos. El ministerio manifestó las medidas eficaces que habia tomado en union con el rey, que como buen administrador las habia facilitado con todo su poder. Lally-Tolendal propuso el que se diesen decretos sobre la libre circulacion, á lo cual contestó Mounier que tales decretos exigirian la sancion real, y quedando todavía este punto por arreglar se suscitarian graves dificultades: de este modo se reunian todos los obstáculos. Habia que formar leyes, sin que se hubiesen fijado las formas legislativas, vigilar la administracion sin menoscabar la autoridad ejecutiva y hacer frente á tantos impedimentos, á pesar de la mala voluntad del poder, de la oposicion de los intereses, de la diverjencia de los espíritus, y de la exigencia de un pueblo acabado de despertar y agitándose á algunas leguas de la Asamblea en el seno de una inmensa capital.

Corto es el espacio que separa á Paris de Versalles, y se le puede andar muchas veces en un dia; por lo cual todas las agitaciones de Paris resonaban inmediatamente en Versalles, en la corte y en la

Asamblea. Paris ofrecia entonces un espectáculo nuevo y extraordinario. Los electores reunidos en 60 distritos no habian querido separarse despues de las elecciones y permanecian juntos, ya para dar instrucciones á sus diputados, ya por aquella necesidad de reunirse, de moverse, que obra siempre en el corazon de los hombres, y que se presenta con tanta mas violencia, cuanto mas tiempo ha estado reprimida. La misma suerte les habia cabido que á la Asamblea nacional: cerrado el sitio de sus sesiones se habian trasladado á otro: obtuvieron en fin que se les abriese la casa de ayuntamiento, y allí continuaban juntándose y correspondiéndose con sus diputados. Todavía no existian papeles públicos que diesen cuenta de las sesiones de la Asamblea nacional; y era forzoso reunirse para tratar é instruirse en los acontecimientos. El jardin del Palacio real era el sitio mas frecuente de las reuniones. Este magnifico jardin, rodeado de las tiendas mas ricas de la Europa, y formando como una dependencia del palacio del duque de Orleans, era el punto de reunion de los estrangeros, de los hombres malos, de los holgazanes, y particularmente de los mas fogosos alborotadores. Proferianse en los cafés ó en el mismo jardin, los discursos mas atrevidos: veíase á un orador subir sobre una mesa, y reuniendo en torno suyo á la multitud, conmovérle con los discursos mas violentos; discursos siempre impunes, por que la multitud reinaba allí como una soberana. Hombres que se suponian allegados al duque de Orleans, se manifestaban los mas entusiastas. Las riquezas de este principe, sus conocidas profusiones, sus enormes empréstitos, su proximidad al trono, su ambicion, aunque

vaga, todo se conjuraba á acusarle de complicidad. La historia, sin designar nombre alguno, puede por lo menos asegurar que se derramó el oro, y que si bien la parte sana de la nacion, queria ardentemente la libertad, si la muchedumbre inquieta y paciente queria moverse, y proporcionar-se una suerte mejor, habia tambien instigadores que escitaban á veces á esa muchedumbre, y dirijian quizá algunos de sus golpes. Por lo demas, no hay que contar este inllujo entre las causas de la revolucion, por que con un poco de oro y algunas tramas secretas, no se conmueve una nacion de 25 millones de hombres.

Presentóse muy luego un motivo de turbulencias. Los guardias franceses, tropa escogida y destinada á componer la guardia real, estaban en Paris. Cuatro compañías se destacaban alternativamente, é iban á hacer su servicio á Versailles. Ademas de la severidad bárbara de la nueva disciplina, estas tropas se quejaban tambien de su nuevo coronel. En el saqueo de la casa de Reveillon, habian mostrado algun encarnizamiento contra el pueblo; pero arrepentidas luego y unidas diariamente á él, habian cedido á sus seducciones. Por otra parte, los soldados y sargentos conocian que estaban privados de toda carrera; se encontraban ofendidos viendo que sus oficiales jóvenes no hacian casi servicio alguno, si no figurar en los dias de parada, y que aun despues de las revistas no acompañaban al regimiento á sus cuarteles. Allí como en todas partes, habia un tercer estado que aendia á todo, y de nada sacaba provecho. Manifestose la indisciplina, y algunos soldados fueron arrestados y conducidos á la Abadía. Al punto se reu-

nió la gente en el Palacio real gritando: ¡á la Abadía! Corrió allá la multitud, echaron las puertas abajo y condujeron en triunfo á los soldados que acababan de libertar. * Mientras que el pueblo los custodiaba en el Palacio real, recibió la Asamblea una carta para que pidiese su libertad. Colocada entre el pueblo por una parte, y por la otra el gobierno, que se hacia sospechoso, porque iba á obrar en causa propia, la Asamblea no podia menos de intervenir y de cometer una usurpacion, mezclándose en la policia pública. Tomando una diestra y sabia resolucion, manifestó á los parisenses sus deseos por el sosten del buen orden, recomendándoles no lo alterasen, y al mismo tiempo envió una diputacion al rey para implorar su clemencia, como medio infalible de restablecer la concordia y la paz. Penetrado el rey de la moderacion de la Asamblea, prometió su clemencia, luego que el orden se hubiera restablecido; los guardias franceses fueron conducidos inmediatamente á las prisiones, de donde salieron poco despues en virtud de un indulto real.

Todo marchaba bien hasta entonces, pero la nobleza, al reunirse con los dos Estamentos, habia cedido con despecho, y mediante la promesa, de que su reunion seria de corta duracion. Juntabase sin embargo todos los dias, y protestaba contra los trabajos de la Asamblea nacional; sus reuniones iban progresivamente disminuyendo; pues el 3 de julio se habian contado 438 individuos presentes; el 4 no eran mas que 93, y el 11 quedaron 80. Sin embargo, los mas obstinados continuaban, y el dia

* 30 de junio.

44 resolvieron presentar una protesta, que les impidieron redactar los acontecimientos posteriores. La corte por su parte habia cedido con pesar y sin objeto. Vuelta de su asombro, despues de la sesion de 23 de junio, habia querido la reunion general para poner trabas a la marcha de la Asamblea por medio de los nobles, y con la esperanza de disolverla luego á viva fuerza. Habian conservado á Necker solamente, para encubrir con su presencia las tramas secretas que se urdian; y por una cierta agitacion, y la reserva que con él usaban; conoció que habia alguna grande maquinacion. El mismo rey no estaba instruido de todo, é indudablemente se proponian ir mas lejos de lo que él queria. Necker, que creia que toda la accion de un hombre de estado, debia limitarse á razonamientos, y que únicamente tenia fuerza necesaria para hacer representaciones las hacia inutilmente. Unido con Mounier, Lally-Tolendal y Clermont-Tonnerre, meditaban juntos plantear la constitucion inglesa. Entretanto, la corte continuaba sus preparativos secretos, y queriendo retirarse los diputados nobles, se les contuvo hablandoles de un desenlace próximo.

Acercábanse las tropas mandadas por el antiguo mariscal de Broglie, y el baron de Besenval habia recibido el mando particular de las que cercaban á Paris compuestas de quince regimientos, la mayor parte estrangeros. La jactancia de los cortesanos revelaba el peligro; y estos conspiradores, demasiado prontos para amenazar, comprometian de este modo sus intentos. Instruidos los diputados populares, no de todos los detalles de un plan que no era conocido completamente, y del cual el mismo rey no sabia mas que una parte, pero que induda-

blemente hacíatemer que se iba á emplear la violencia; estaban irritados, y pensaban en los medios de resistencia. Se ignoran, y probablemente se ignorarán siempre, los medios secretos, empleados en la insurreccion del 14 de julio; pero poco importa saberlos; la aristocracia conspiraba, y el partido popular podia hacerlo tambien. Siendo idénticos los medios empleados, queda en pie la justicia de la causa, y esta no estaba á favor de los que querian la desunion de los tres estamentos, la disolucion de la representacion nacional, y econarse contra sus mas animosos diputados.

Mirabeau opinó, que el medio mas seguro de intimidar al poder; era el de reducirle á discutir públicamente las medidas que se le veia tomar. Para esto habia que denunciarle abiertamente: si vacilaba en responder, si se eludia, ya estaba sentenciado; y la nacion quedaba advertida y en guardia.

Hace Mirabeau que se suspendan los trabajos relativos á la constitucion, y propone que se pida al rey la separacion de las tropas. Mezcla en sus palabras el respeto al monarca con las reconvencciones mas severas al gobierno: dice que todos los dias acuden nuevas tropas; que todas las avenidas están interceptadas, que los puentes y los paseos se han cambiado en puestos militares; y que manejos públicos y secretos, órdenes y contraórdenes precipitadas atemorizaban á todos, y anunciaban la guerra. Añadiendo á estos hechos amargas reconvencciones: «se presentan, dice, mas soldosos amenazadores á la nacion, que tal vez se encontrarían en una invasion del enemigo; y á lo menos, mil veces mas de los que se han podido reunir para auxiliar á los amigos mártires de su fidelidad, y

sobre todo, para conservar aquella alianza de los holandeses, tan preciosa, adquirida á costa de tantos sacrificios y tan vergonzosamente perdida.

En medio de los aplausos que escitó su discurso, se adoptó la proposicion suprimiendo unicamente el artículo relativo al reemplazo de las tropas para las guardias urbanas; y queda este recurso adoptado unánimemente, menos por cuatro votos. En este célebre negocio, que segun se dice, no tuvo parte Mirabeau, sino que sugirió la idea, estaba previendo casi todo lo que iba á suceder, como era la explosion de la multitud, y el abandono de la tropa, uniéndose con los ciudadanos. Tan diestro como audaz, tuvo el atrevimiento de asegurar al rey que no serian vanas sus promesas. «Nos habeis llamado, le decia, para regenerar el reino; y vuestros deseos quedarán cumplidos, á pesar de las asechanzas, dificultades y peligros.»

Una diputacion de 24 miembros entregó la mocion al rey que no queriendo esplicarse, contestó que la reunion de tropas no tenia otro objeto que mantener la tranquilidad pública, y prestar la debida proteccion á la Asamblea; y que ademas, si esta tenia todavia temores, la trasladaria á Soissons ó á Noyon, pasando él mismo á Compiègne.

La Asamblea no podia contentarse con tal respuesta, y mucho menos con la oferta de alejarla de la capital para colocarla entre dos campamentos. El conde de Grillon propuso el confiar en la palabra y pundonor de un rey. «La palabra de un rey «pundonoroso, contesta Mirabeau, es mal garante «de la conducta de su ministerio; nuestra ciega «confianza en los reyes nos ha perdido; hemos perdido la retirada de las tropas, y no que tengamos

«que huir delante de ellas;—forzoso es insistir en «la demanda.»

Esta proposicion no fué aprobada, por que era demasiada la franqueza que ostentaba Mirabeau para que le perdonasen las maquinaciones reservadas, si es cierto que se emplearon.

Era el 41 de julio; Necker habia dicho muchas veces al rey que si sus servicios le desagradaban se retiraria sumisamente. «Accepto la palabra,» le respondió el rey, y el 41 por la noche recibió Necker una esquila en que Luis XVI le intimaba el cumplimiento de su palabra, y le estrechaba para que partiese, añadiéndole que esperaba de él ocultaria á todos su salida. Necker, justificando entonces la honrosa confianza del soberano, marchase sin participarlo á su sociedad, ni aun á su hija, y se halla á pocas horas muy lejos de Versalles. El dia siguiente, 12 de julio, era domingo, y se esparció la noticia por Paris que Necker habia sido depuesto asi como MM. de Montmorin, La Luzerac, Puysegur y Saint-Priest. Anunciábanse por sucesores MM. de Breteuil, La Vauguyon, Broglie, Foulon y Darnecourt, conocidos casi todos por su oposicion á la causa popular. Alborótase Paris y corren todos al Palacio real. Un jóven, conocido despues por su exaltacion republicana, nacido con una alma tierna, pero ardiente, Camilo Desmoulin, se sube sobre una mesa, presenta dos pistolas gritando, á las armas: arranca una hoja de árbol para hacer una escarapela, ó incita á los demas á que hagan lo mismo. Al punto quedan los árboles despojados; acuden las turbas á un museo de bustos de cera, arrebatan los de Necker y del duque de Orleans, amenazado, decian, con el destierro, y espárcense

en seguida por todos los barrios de París llevándolos en triunfo. Atravesando iba este tropel la calle de San Honorato, cuando encuentra hácia la plaza de Vendome un destacamento del Real-Aleman, que se arroja sobre él, hiere á muchos y entre otros á un soldado de guardias francesas. Estos últimos, dispuestos ya á favor del pueblo y contra el Real-Aleman, con quien habian tenido riña unos dias antes, estaban acuartelados cerca de la plaza de Luis XV, y hacen fuego al Real-Aleman. El príncipe de Lambesc, que mandaba este regimiento, se replega luego hácia el jardín de las Tullerías, carga sobre la multitud tranquila que se paseaba allí, mata á un anciano en medio de la confusion, y despeja el jardín. Entretanto, las tropas que rodeaban á París se concentran sobre el campo de Marte y la plaza de Luis XV. El terror entonces no tiene límites y se trueca en furor. Corren todos por la ciudad gritando ¡a las armas! y la multitud se dirige al Ayuntamiento para pedirías. Los electores que componian la junta general estaban reunidos; entregan las armas que ya no podian reusar, y que estaban arrebatando mientras se decidia concederías. Estos electores, componian en semejente momento la única autoridad establecida. Privados de todo poder activo, disponen de los que exijan las circunstancias, y ordenan la convocacion de los distritos. Todos los ciudadanos acuden para acordar medios de preservarse á un tiempo del furor de la multitud y del ataque de las tropas reales. Durante la noche, el pueblo que siempre corre á lo que le interesa, atropella, é incendia las barceras, dispersa á los guardas y facilita todas las entradas. Las tiendas todas de los armeros se des-

pojan. Los foragidos, ya notados en el incendio de la casa de Reveillon, y que en todas ocasiones se les vió salir como del centro de la tierra, se aparecen armados de picas y palos y derramando el espanto. Estos acontecimientos sucedieron en todo el domingo 12 de julio, y en la noche del domingo al lunes 13. En la mañana del lunes, los electores, siempre reunidos en la casa del Ayuntamiento, creen que se debe dar una forma más legal á su autoridad, y en consecuencia llaman al preboste de los mercaderes, administrador ordinario de la ciudad. Este no consiente en ceder sino bajo un requerimiento en forma; verificóse en efecto, y agréganle cierto número de electores, componiéndose de este modo una municipalidad revestida de todas las facultades. Esta municipalidad llama al teniente de policia, y en pocas horas redacta un plan de armamento para la milicia urbana.

Esta milicia debia constar de 48,000 hombres presentados por los distritos; la señal distintiva debia ser, en vez de la escarapela verde, la encarnada y azul, propia de París. Todo individuo sorprendido con las armas, y con esta escarapela, sin estar alistado por su distrito en la guardia urbana, debia ser arrestado, desarmado y castigado. Este fué el primer origen de los guardias nacionales. Semejante plan quedó adoptado por todos los distritos que se apresuraron á ponerlo en ejecucion. Durante la misma mañana, el pueblo en busca de granos habia saqueado la casa de San Lázaro; habia allanado el Guardamuebles para coger armas de allí; se sacaron las armaduras antiguas que habia, y se revistió con ellas. Veíase á la multitud con cascos y lanzas inundar la ciudad. El pueblo

se mostraba por entonces enemigo del pillage; con su movilidad ordinaria, afectaba el desinterés, respetaba el oro, no cogía mas que las armas, y aun arrestaba á los rateros. Los guardias franceses y la milicia del resguardo habian ofrecido sus servicios y se iban alistando en la guardia urbana.

Continuamente se estaban pidiendo armas con gritos desaforados, y el preboste Flesselles, que al pronto habia resistido á sus conciudadanos, ahora se mostraba celoso y prometia 12,000 fusiles al momento, y muchos mas para los dias siguientes. Aparentaba haber hecho una compra á un armero desconocido; lo cual parecia dificil en vista del poco tiempo que habia transcurrido. Entre tanto llegó la tarde; las cajas de artilleria anunciadas por Flesselles se acercan á la casa del Ayuntamiento, las abren y se encuentran llenas de lencería usada. A la vista de esto, indignase la multitud contra el preboste, quien alega que le han engañado, y para aquietarla dirijela hácia los cartujos, asegurando que allí encontrarán armas. Atónitos los cartujos reciben á esta furibunda multitud, la introducen en su retiro, y consiguen convencerla de que nada poseen de lo que les habia anunciado el preboste.

El pueblo mas irritado que nunca, vuelve atrás gritando: traicion! y para satisfacerle se dispone la fabricacion de 30,000 picas. En aquel mismo momento bajaban por el Sena unos barcos cargados de pólvora, con destino á Versailles; la arrebatan, y un elector tiene que distribuirla en medio de los mayores peligros.

Una horrible confucion reinaba en la casa del Ayuntamiento, porque era residencia de las autoridades, cuartel general de la milicia, y centro

de todas las operaciones. Habia que acudir á la seguridad exterior amenazada por la corte, y á la interior amenazada por los foragidos; habia que calmar á cada instante las sospechas del pueblo, que se creia vendido, y salvar de su furor á los que escitaban su desconfianza. Allí se veian carruages detenidos, convoyes interceptados, y viajeros esperando el permiso de continuar su camino. Por la noche, la casa del Ayuntamiento estuvo tambien amenazada una vez por los foragidos; un elector, el valiente Moreau de Saint-Mery, encargado de su vigilancia hizo conducir barriles de pólvora, y amenazó que los pegaria fuego; con cuyo medio se alejaron los alborotadores. Entre tanto, los ciudadanos recogidos en sus casas, estaban dispuestos para todo género de ataque; habian desempedrado las calles, abierto zanjas y tomado todos los medios de resistir á un sitio.

Durante las turbulencias de la capital, reinaba la consternacion en la Asamblea que se habia reunido el 13 por la mañana, alarmada de los acontecimientos que se preparaban, y ajena con cuanto pasaba en París. El diputado Mounier fué el primero que habló contra la separacion de los ministros. Lally-Tolendal le sucede en la tribuna, hace un elogio magnífico de Necker, y ambos se unen para proponer una demanda en la cual se pide al rey el regreso de los ministros. Un diputado de la nobleza, M. de Virieu, propone confirmar tambien los acuerdos del 17 de junio por un mismo juramento. M. de Clermont-Tonnerre se opone á esta proposicion como inútil, y recordando los compromisos de la Asamblea esclama: «Habrá constitucion, ó no existiremos nosotros.» La dis-

cusión se había prolongado, cuando se supieron las turbulencias de París, en la mañana del 13, y las desgracias con que estaba amenazada la capital entre franceses indisciplinados, que según la expresión del duque de Laroche-focault, no estaban á cargo de nadie, y unos estrangeros experimentados, á disposicion del despotismo. Se acuerda en seguida enviar una diputacion al rey; para pintarle la desolacion de la capital, y suplicarle mande la separacion de las tropas, y el establecimiento de la guardia urbana. Da el rey una respuesta fria y tranquila que no estaba acorde con su corazon, y repite que París no podia guardarse sin aquellas. La Asamblea entonces, revistiéndose del mas noble valor, espide un acuerdo memorable, en que insiste sobre que se aleje á las tropas y sobre el restablecimiento de la guardia urbana; declara responsables á los ministros y á todos los agentes del poder; carga sobre los consejeros del rey, de *cualquier rango que sean*, la responsabilidad de las desgracias que se preparan; consolida la deuda pública, prohíbe pronunciar el nombre infame de bancarrota, insiste en sus anteriores acuerdos, y manda al presidente que manifieste sus sentimientos á M. Necker y á los demas ministros. Despues de estas medidas llenas de energía y de prudencia, para librar la Asamblea á sus individuos de toda violencia personal, se declara permanente, y nombra á M. de Lafayette vice-presidente, para aliviar al respetable arzobispo de Vienne, á quien su edad no permitia residir dia y noche.

La noche del 13 al 14 pasó así en medio de turbulencias y de alarmas. A cada instante se daban noticias funestas, y en seguida se desmen-

tian; no eran conocidos todos los proyectos de la corte, pero se sabia que muchos diputados estaban amenazados, y que iba á emplearse la violencia contra París y los miembros mas notables de la Asamblea. Suspendióse por un momento; y se continuó la sesion á las cinco de la mañana del 14 de julio. La Asamblea con una tranquilidad imponente volvió á las tareas de constitucion, y disintió con mucho tino los medios de acelerar su ejecucion, y de manejarla con prudencia. Nombrose una comision para preparar los puntos, compuesta de MM. el arzobispo de Autun, el arzobispo de Burdeos, Lally, Clermont-Tonnerre, Mounier, Sieyes, Chapelier y Bergasse. Pasó la mañana recibiendo siempre las noticias mas siniestras; el rey, se decía, debía partir por la noche y dejar la Asamblea á merced de varios regimientos estrangeros. En aquel momento acababan de ver á los principes, á la duquesa de Polignac y á la reina paseándose en el Naranjal, albagando á oficiales y soldados, y distribuyéndoles refrescos. Parece que se había concebido un gran proyecto para la noche del 14 al 15 cual era acometer á París por siete puntos, cercar el Palacio real, disolver la Asamblea y llevar al Parlamento la declaracion del 23 de junio; y que finalmente, se había de acudir á las necesidades del erario por medio de una quiebra, y los billetes de estado. Es indudable que los comandantes de la tropa habían recibido orden para adelantarse del 14 al 15, que se habían impreso las cédulas de estados, que los cuarteles de los suizos estaban llenos de municiones, y que el gobernador de la Bastilla la había desalojado, no dejando mas que algun mueble indispensable. Por la tarde se redoblaron

los temores de la Asamblea: vióse pasar al príncipe de Lambesc, á galope; oíanse cañonazos, y se aplicaba el oído al suelo para escuchar los mas leves rumores. Entonces propuso Mirabeau suspender toda discusion y enviar una segunda diputacion al rey, la cual salió al momento para redoblar sus instancias. En este punto, dos individuos de la Asamblea, llegados aceleradamente de Paris, aseguraron que se estaban allí degollando, y uno de ellos dijo que habia visto un cadáver decapitado y vestido de negro. La noche principiaba y anunciaron la llegada de dos electores. El mas profundo silencio reinaba en el salon; oíase en la oscuridad el ruido de sus pasos, y de su boca se supo que estaba atacada la Bastilla, que habia hecho fuego el cañon, que la sangre corria y que amenazaban las mayores desgracias. Enviáse al punto una nueva diputacion antes del regreso de la anterior, y mientras que partia, llega la primera con la contestacion del rey, el cual decia, habia dispuesto la separacion de las tropas del campo de Marte, y que noticioso de la formacion de la guardia urbana, habia nombrado oficiales para mandarla.

A la llegada de la segunda diputacion, el rey siempre mas turbado la dijo: «señores, ustedes me traspasan el corazon mas y mas, con la relacion que me hacen de las desgracias de Paris; y no es posible que las órdenes dadas á la tropa sean la causa de ellas.» Únicamente se habia conseguido el alejar al ejército; y eran ya las dos de la madrugada. Respondióse á la ciudad de Paris «que se habian enviado dos diputaciones, y que al entrar el dia se renovarían las instancias, hasta que hubiesen obtenido el logro de lo que podían espe-

rar del corazon del rey, cuando ajenas impresiones no detenian sus impulsos.» «Suspendióse por un momento la sesion, y se supieron por la noche los acontecimientos del dia 14.

En la noche del 13 habia acudido el pueblo á la Bastilla donde se habian disparado algunos tiros, y parece que los amotinados habian prorumpido muchas veces el grito de ¡á la Bastilla! El deseo de su destruccion se hallaba expresado en algunos de los poderes de los diputados, y por lo mismo, las ideas desde luego habian tomado este rumbo. Continuaba siempre el pedido de armas: y corrió una voz de que en el cuartel de los inválidos habia un depósito considerable de ellas. Dirigense allí de tropel, y el gefe M. de Sombreuil se opone á la entrada, diciendo que para ello tiene que pedir órdenes á Versalles. Nada quiere el pueblo escuchar; precipitase dentro del cuartel y saca los cañones y una gran cantidad de fusiles. En este momento ya una muchedumbre considerable sitiaba á la Bastilla. Los sitiadores decian que el cañon del fuerte estaba apuntando á la ciudad, y que era forzoso impedir que tirase sobre ella. Un diputado de distrito pide entrar en la fortaleza, y obtiene el permiso del comandante, mas el resultado de la visita fue convenirse que toda su guarnicion consistia en 32 suizos y 82 inválidos, que le dan palabra de no hacer fuego si no se ven atacados. Mientras que esta conversacion pasaba, no viendo el pueblo salir á su diputado, comienza á irritarse, y este se vé obligado á manifestarse para apaciguar á la multitud y se retiran como á las once de la mañana. Apenas habia transcurrido media hora cuando llegó un nuevo peloton armado gritando: «queremos entrar en la Bas-

tila.» La guarnicion intimó á los asaltadores que se retirasen, pero estos insisten. Suben dos hombres con intrepidez al tejado del cuerpo de guardia y rompen á hachazos las cadenas del puente, y este cae. Arrojáse á él la multitud, y corre á un segundo puente para franquearlo del mismo modo; pero una descarga de mosqueteria los rechaza, y retrocede haciendo fuego. Dura el combate algunos instantes, y oyendo el ruido de la mosqueteria los electores reunidos en la casa del Ayuntamiento, se alarman cada vez mas, y envian dos diputaciones, una tras otra, para intimar al comandante deje entrar en el fuerte un destacamento de milicia parisiense, fundado en que toda fuerza militar dentro de Paris debe estar á disposicion del Ayuntamiento. Llegan sucesivamente estas dos diputaciones, pero en medio del gentío era muy difícil hacerse oír. El ruido del tambor, y la vista de una bandera, suspenden el fuego por un momento; adelántasen los diputados, la guarnicion los espera, pero es imposible explicarse. Salen algunos tiros sin saber de donde, y creyendo el pueblo que está vendido, se precipita para poner fuego á la fortaleza, y la guarnicion tira entonces á metralla. Llegan los guardias franceses con cañones, y principiase un ataque formal.

Entretanto cae en manos de los electores reunidos en la casa de Ayuntamiento una escuela dirigida por el baron de Besenval á Delaunay, comandante de la Bastilla, en la que le prescribía la resistencia asegurándole que muy luego le llegaria socorro; y con efecto, en la noche de aquel dia, debian ejecutarse los proyectos de la corte. Pero desamparado Delaunay y viendo el encarnizamiento del pueblo, se apodera de una mecha encendida y quiere volar

el fuerte, y como la guarnicion se oponga á ello, le obliga á rendirse, y se dan las señales para que se haje un puente. Acercanse los sitiadores prometiendo no cometer mal alguno, pero la multitud se precipita é invade los patios. Consiguen los suizos salvarse, y acosados los invalidos libértanse unicamente del furor popular, escudados con los guardias franceses. En este instante se presenta una jóven linda, toda trémula; creen que es la hija de Delaunay, la agarran, y ya la iban á quemar, cuando un soldado valiente se precipita, la arrebata á los foribundos, corre á ponerla en seguridad y vuelve á la refriega. Era las cinco y media: los electores estaban en la mas cruel ansiedad cuando oyen un murmullo sordo y prolongado, y llega despues un tropel gritando y victorial. Invaden el salon, un guardia francés cubierto de heridas y coronado de laureles es conducido en triunfo por el pueblo. El reglamento y las llaves de la Bastilla vienen clavadas en la punta de una bayoneta; y una mano sangrienta, levantándose sobre la multitud presenta la hebilla del corbatin del gobernador Delaunay recientemente degollado. Dos guardias franceses, Elias y Hulin, lo habian defendido hasta el último estremo, y otras victimas habian sucumbido, aunque defendidas con heroismo contra la ferocidad del populacho. Una especie de furor, principiaba á estallar contra Flesselles, prestode de los mercaderes, acusado de traicion; alegándose que habia engañado al pueblo, prometiéndole muchas veces armas que no intentaba darle. El salon estaba lleno de hombres, todos envalentonados con el largo combate, y empujados por otros cien mil que quedaban fuera, y que tambien pugnaban por entrar. Los electo-

res se esforzaban en justificar á Flesselles en presencia de la multitud. Empieza este á desmayar, y pálido todo, exclamó: «Puesto que soy sospechoso me retiraré.»—«No; le responden, váis á venir al Palacio real para ser sentenciado.» empieza á bajar, y el gentío le rodea y le estrecha; y llegado que hubo al muelle Pelletier, cayó muerto de un pistoletazo. Dicen que se halló una carta á Delaunay en la cual le decía Flesselles: «Mantenéos firmes en tanto que yo entretengo á los parisienses con escarapelas.»

Tales habian sido los desgraciados acontecimientos de aquella jornada. Un movimiento de terror sucedió muy luego al placer de la victoria: los vencedores de la Bastilla, admirados de su audacia y creyendo hallar dispuesta contra ellos la autoridad al día siguiente, no se atrevían á presentarse. A cada instante se decía que las tropas se adelantaban para saquear á Paris; y Moreau de Saint-Mery, el mismo que la víspera habia amenazado á los foragidos, de que volaría la casa del Ayuntamiento, permaneció imperturbable y dió mas de mil órdenes en pocas horas. Luego que los electores supieron la toma de la Bastilla, lo comunicaron á la Asamblea, y esta lo supo como á la media noche. Estaba suspendida la sesion, pero la noticia se esparció con rapidez; y la corte, no creyendo en la energia del pueblo, se reía de los esfuerzos de una ciega multitud que queria apoderarse de una fortaleza sitiada en vano en otro tiempo por el gran Condé, y estaba demasiado tranquila, esplayándose con escarnios. Sin embargo, el rey principiaba á estar inquieto; y sus últimas respuestas descubrian su dolor. Se habia acostado, y el duque

de Liancourt, tan conocido por sus sentimientos generosos, amigo particular de Luis XVI, y cuya cualidad de jefe del guarda-ropa le franquaba la entrada, instruido de los acontecimientos de Paris, se dirigió aceleradamente al monarca, lo despertó á pesar de los ministros, y le notició lo que acababa de suceder.—¡Qué rebelion! exclamó el príncipe.—Señor, repuso el duque de Liancourt, decid mas bien ¡qué revolución! Enterado el rey por sus representaciones, consiente en ir hácia la madrugada á la Asamblea, accedió á ello también la corte, y quedó decidido este acto de confianza. En este intervalo, la Asamblea habia principiado la sesion, ignorando las nuevas disposiciones del rey, y tratando de enviar una última diputacion para intentar convencerle y alcanzar de él todo lo que quedaba por conceder. Esta diputacion era la quinta despues de tan funestos acontecimientos, y compuesta de 24 individuos, iba á ponerse en marcha, cuando Mirabeau, mas vehemente que nunca, la detiene y exclama: «Decid al rey, decidle terminantemente que »las hordas estrangeras que nos rodean, han recibido ayer la visita de los príncipes, de las príncesas, »de los favoritos, de las favoritas, y sus alhagos, sus »exhortaciones y sus regalos. Decidle que toda la »noche, esos satélites estrangeros, embriagados con »oro y con vino, han entonado en sus impios cantores el avasallamiento de la Francia, y que en sus »brutales anhelos invocaban la destruccion de la »Asamblea nacional; y decidle por último, que en »su mismo palacio, los cortesanos handanzado al »compas de esa música bárbara, y que tal fué el »preludio de la SAINT-BARTHELEMY!

»Decidle que aquel Enrique, cuya memoria ben-

»dice el universo, al que entre sus antepasados
 »queria tomar por modelo, hacia pasar viveres á
 »Paris insurreccionado, que estaba sitiando per-
 »sonalmente; y que sus feroces consejeros hacen
 »retroceder las harinas que el comercio acarrea á
 »Paris leal y hambriento.»

Iba la diputacion á ponerse en marcha, cuando se supo que llegaba el rey por su propio impulso, sin guardias y sin escolta. Suenan aplausos: «Detenéos, añade Mirabeau con gravedad, que el rey nos ha manifestado ya sus buenas disposiciones: un triste acatamiento sea la primera acogida que se haga al monarca en este instante de dolor. ¡El silencio de los pueblos es la leccion de los reyes!»

Preséntase entonces Luis XVI, acompañado de sus dos hermanos, y su sencillo y patético discurso escita el entusiasmo mas vivo. Serena á la Asamblea, llamándola por la primera vez Asamblea nacional; se queja con moderacion de los recelos concebidos: «Teneis temor, les dice, pues bien: me pongo en vuestras manos.» Al acabar estas palabras resuenan una multitud de aplausos; levantanse al punto los diputados, rodean al monarca, y le acompañan á pie hasta el palacio. Agólpase á su alrededor la multitud, las lágrimas corren de todos los ojos, y apenas puede abrirse paso al traves de tan numeroso acompañamiento. Colocada en este momento la reina con la corte en un balcon, contemplaba de lejos aquella escena patética. Tenia á su hijo en los brazos; su hija de pie y al lado juguetaba con los cabellos de su hermano. Vivamente conmovida la princesa, parecia gozarse en el amor de los franceses; ¡ay! ¡cuántas veces un enternecimiento reciproco ha reconciliado los corazones du-

rante estas funestas discordias! Por el momento todo parecia olvidado; pero al dia siguiente, y aun aquel mismo, la corte habia tornado á su orgullo, el pueblo á sus desconfianzas, y el odio implacable á principiar su curso.

Habiase hecho la paz con la Asamblea, pero restaba hacerla con Paris. La Asamblea envió una diputacion al Ayuntamiento, con la feliz noticia de su reconciliacion con el rey. Bailly, Lafayette, Lally-Tolendal, eran del número de los enviados, y su presencia causó la mas viva alegría. El discurso de Lally produjo tan vivos y vehementes transportes, que le llevaron en triunfo á una ventana para manifestarlo al pueblo. Colocaron en su cabeza una corona de flores, y recibió estos homenajes en frente del mismo sitio en donde habia espiado su padre con una mordaza en la boca. La muerte del desgraciado Flesselles, presidente del Ayuntamiento, y la repulsa del duque de Aumont en aceptar el mando de la milicia urbana, obligaban al nombramiento de un preboste y un comandante general. Se designó á Bailly, y en medio de las mas vivas aclamaciones le nombraron sucesor de Flesselles con el título de corregidor de Paris. La corona colocada sobre la cabeza de Lally pasó á la del nuevo corregidor, quien quiso quitársela, pero el arzobispo de Paris se la colocó á su pesar. El virtuoso anciano vertió entonces algunas lágrimas, y se resignó á sus nuevas funciones. Digno representante de una grande Asamblea, en presencia de la magestad del trono, era menos á propósito para resistir á las borrascas de un vecindario, en que la multitud luchaba tumultuosamente contra sus magistrados. Haciendo, pues, ab-

negacion de si mismo, iba á entregarse al cuidado tan difícil de los abastos, á alimentar á un pueblo, que debía pagarle por ello con tanta ingratitud. Quedaba por nombrar un comandante de la milicia, y habiendo en el salon un busto enviado por la América emancipada á la ciudad de Paris, Moreau de Saint-Mery lo señaló con el dedo, y todos dirigieron á él sus ojos, reconociendo al marqués de Lafayette. Un grito general lo proclamó por comandante; acordóse al punto un *Te-Deum*, y se dirigieron en tropel á la iglesia de Nuestra Señora. Los nuevos magistrados, el arzobispo de Paris y los electores todos, mezclados con los guardias franceses y los soldados de la milicia, agarrados unos del brazo de otros, se encaminaron á la antigua catedral, en una especie de enagenamiento. En el tránsito los niños espósitos se postraron á los pies de Bailly, que tanto habia trabajado en favor de los hospitales; le llamaron su padre, y Bailly los estrechó en sus brazos llamándolos sus hijos. Llegaron á la iglesia, celebraron la ceremonia, y en seguida la gente se esparció por la ciudad, en donde una alegría delirante habia sucedido al terror de la vispera. En aquel momento acababa el pueblo de visitar la mazmorra tan temida por largo tiempo, y cuya entrada se hallaba abierta. Recorrian la Bastilla con una ansiosa curiosidad y cierta especie de pavor, buscando los instrumentos del suplicio y los profundos calabozos, pues acababan de ver una enorme piedra colocada en el medio de una prision oscura y cenagosa, y en cuyo centro habia fijada una pesada cadena.

La corte, tan ciega en sus temores como lo habia estado en su confianza, de tal manera temia al

pueblo, que á cada instante se imaginaba la aproximacion de un ejército parisiense hácia Versailles. El conde de Artois, y la familia de Polignac, tan querida de la reina, abandonaron entonces la Francia y fueron los primeros enemigos. Bailly fué á tranquilizar al rey y consiguió su regreso á Paris, el cual se resolvió á ello, á pesar de la resistencia de la reina y de la corte.

Dispuso el rey la partida, y doscientos diputados se encargaron de acompañarle. Despidióle la reina con un profundo dolor. Los guardias de corps le escoltaron hasta Sevres, en donde se detuvieron para esperarle; Bailly á la cabeza del Ayuntamiento, le recibió á las puertas de Paris y le presentó las llaves, ofrecidas en otro tiempo á Enrique IV. «Este buen rey, le dijo Bailly, habia conquistado á su pueblo, y el pueblo es hoy quien conquista á su rey.» La nacion, legisladora en Versailles, estaba armada en Paris, y á la entrada de Luis XVI, se vió rodeado de una multitud silenciosa y reglamentada. Llegó á la casa de Ayuntamiento, pasando bajo una hóbeda de espadas cruzadas sobre su cabeza en señal de honor. Su discurso fué sencillo y afectuoso, y el pueblo, que no podia ya contenerse, prorumpió en fin, y prodigó al rey sus aplausos acostumbrados. Estos victores desahogaron un poco el corazon del príncipe; y no pudo sin embargo disimular un movimiento de alegría diviso á los guardias de corps, colocados en las alturas de Sevres; y á su vuelta, arrojándose la reina á su cuello, lo abrazó como si hubiera temido no volverle á ver.

Para satisfacer Luis XVI completamente el deseo público, ordenó el regreso de Necker y la separación de los nuevos ministros. M. de Liancourt amigo del rey y su último consejero, fué electo presidente por la Asamblea. Los diputados nobles, que á pesar de asistir á las deliberaciones, rehusaban todavía tomar parte en ellas, cedieron en fin y dieron su voto, concluyéndose de este modo la lucha de los Estamentos pudiéndose considerar desde entonces como consumada la revolución; pues la nación, dueña del poder legislativo por la Asamblea, y por sí misma de la fuerza pública, podía en adelante realizar todo lo que era útil á sus intereses. Rehusando la igualdad de los impuestos, se habían hecho necesarios los Estados generales; rehusando una justa distribución de autoridad en estos estados, se había perdido en ellos todo el influjo; y queriendo en fin recobrar este influjo, se había sublevado Paris, y provocado á la nación entera para que se apoderase de la fuerza pública.

CAPITULO III.

Ocupaciones del Ayuntamiento de Paris.—Lafayette, comandante de la guardia nacional: su carácter.—Papel que representó en la revolución —Asesinatos de Toulon y de Berthier.—Regreso de Necker.—Situación y división de los partidos y de sus gefes.—Mirabeau, su carácter, sus proyectos y su número.—Los foragidos.—Turbulencias en las provincias y en los campos.—Noche del 4 de agosto.—Abolicion de los derechos feudales y de todos los privilegios.—Declaracion de los derechos del hombre.—Discusiones sobre la constitucion y sobre el veto.—Agitaciones en Paris.—Reuniones tumultuosas en el palacio real.

Entre tanto, todose agitaba en el seno de la capital, en donde una nueva autoridad acababa de plantearse y el mismo movimiento que habia impulsado á los electores para ponerse en accion, impelia á todas las clases para hacer otro tanto. El Ayuntamiento no habia hecho mas que imitar á la Asamblea, los distritos al Ayuntamiento y todas las corporaciones á los distritos. Sastres, zapateros, tahoneros, sirvientes reunidos en Louvre en la plaza de Luis XV, en los Campos Eliscos, deliberaban en forma, á pesar de las reiteradas prohibiciones del Ayuntamiento. Este, en medio de movimientos tan contrarios, combatido por los distritos, inquietado por el palacio real, estaba rodeado de obstáculos, y apenas podia acudir al cuidado de su dilata-

tada administracion. Reunia en si la autoridad civil, judicial y militar; y el cuartel general de la milicia estaba en su recinto. Los jueces en el primer momento, inciertos sobre sus atribuciones, le dirigian los acusados. Gozaba tambien de la potestad legislativa, porque se le dió el encargo de hacer una constitucion, para cuyo objeto habia mandado Bailly dos comisarios á cada distrito, quienes bajo el nombre de representantes del vecindario, debian formarla. Para hacer frente á tantos negocios, se habian dividido los electores en diversas comisiones. Una, llamada comision de pesquisas, se ocupaba de la policia; otra de abastos, atendia á los acopios; tarea la mas difícil y la mas peligrosa de todas. Tuvo Bailly que ocuparse en ella dia y noche, pues se necesitaba hacer continuas compras de trigo, mandarlo moler en seguida, y portearlo á Paris, atravesando unos campos hambrientos. Los convoyes se detenian frecuentemente, y eran necesarios destacamentos numerosos para impedir los asaltos en el camino y en los mercados. Aunque el estado vendiese los trigos con pérdida, á fin de que los tahoneros pudiesen abaratar el pan, la multitud no estaba satisfecha: era necesario estar siempre bajando el precio, y la escasez aumentaba en Paris á causa de esta misma rebaja, porque las gentes del campo acudian á comprarlo. El temor del dia siguiente incitaba á todos á proveerse abundantemente; y lo que se acumulaba en manos de unos, faltaba á los otros. La confianza es la que activa el comercio, y la que hace acudir con géneros y facilita su distribucion pero cuando desaparece aquella, cesa la utilidad comercial; y no llegando los objetos á llenar las

necesidades, estas se irritan, prestan confusion á la escasez, é impiden la buena distribucion de lo poco que queda. El cuidado de los abastos era, pues, el mas penoso de todos, y otros incesantes devoraban á Bailly y á la comision. Todo el trabajo de un dia apeaas bastaba para procurar lo necesario, y habia que volver á principiar el otro con iguales inquietudes y las mismas zozobras.

No eran menores los apuros de Lafayette, comandante de la milicia urbana. Habia incorporado á esta milicia los guardias franceses adictos á la revolucion, cierto número de suizos, y de soldados que desertaban de los regimientos con la esperanza de un prest mayor, autorizándole para esto el mismo rey. Estas tropas reunidas, compusieron lo que se llamó las compañías del centro; la milicia tomó el nombre de *guardia nacional*, vistió uniforme, y añadió á los dos colores encarnado y azul, de la escarapeia parisiense, el color blanco, que era el del rey; y esta fué la cucarda tricolor cuyos destinos predijo Lafayette, vaticinando que daria la vuelta al mundo.

Durante dos años consecutivos trabajó Lafayette al frente de aquellas tropas para mantener la tranquilidad pública, y hacer egecutar las leyes que cada dia decretaba la Asamblea. Descendiente de una familia antigua, y que habia permanecido pura en medio de la corrupcion de los grandes; dotado de un ánimo recto, y deseoso de la gloria verdadera, se habia fastidiado de las frivolidades de la córte y la pedantesca disciplina de nuestros

* Habiaselo nombrado para este empleo el 13 de julio en la casa de Ayuntamiento.

ejércitos. No ofreciéndole su patria nada de noble que tantear, se decidió por la empresa mas generosa del siglo, y partió para la América, la mañana del día en que corría en Europa la noticia de hallarse subyugada. Allí peleó al lado de Washington, y decidió la emancipacion del Nuevo Mundo con la alianza de la Francia. Vuelto á su pais con una reputacion europea, acogido en la corte como una novedad, se mostró en ella sencillo y libre como un americano. Cuando la filosofia, que solo habia sido para los nobles ociosos un mero pasatiempo exigió por su parte sacrificios, solo Lafayette insistió en sus opiniones, pidió la reunion de los Estados generales, contribuyó poderosamente á la de los Estamentos, y en recompensa fué nombrado comandante general de la guardia nacional. No tenía Lafayette las pasiones ni el vigor que tan frecuentemente hacen abusar del poder: con un alma recta, con un entendimiento agudo, un sistema de desinterés invariable, era particularmente propio para el papel que le habian asignado las circunstancias, de ejecutor de las leyes. Adorado de sus tropas, sin haberlas conducido jamás á la victoria, lleno de calma y de recursos en medio de los furros de la multitud, mantenía el orden con una vigilancia infatigable. Los partidos, que le habian hallado incorruptible, acusaban su desempeño, ya que no podian acusar su carácter. Sin embargo, no se equivocaba sobre los acontecimientos y los hombres; apreciaba á la corte y á los gefes de partido por lo que valian: los protegía con peligro de su vida sin apreciarlos, y luchaba frecuentemente sin esperanza contra las facciones, pero con la constancia de un hombre, que nunca debe abandonar la

causa pública, por mas que pierda toda esperanza de salvarla.

A pesar de toda su vigilancia, no consiguió siempre Lafayette detener los furros populares; porque por activa que sea la fuerza, no puede mostrarse por todas partes contra un pueblo completamente sublevado y que vé en cada hombre un enemigo. A cada paso se esparcian y acreditaban los rumores mas ridiculos: ya se decia que los soldados de las guardias francesas habian sido envenenados: ya que las harinas estaban averiadas de intento, ó que se retardaba su llegada; y los encargados de traerlas a duras penas á la capital, se veian obligados á comparecer delante de un pueblo ciego, que los llenaba de ultrages ó los aplaudia, segun las inspiraciones del momento. Es cierto, sin embargo, que el furor del pueblo, que en general no sabe ni elegir ni buscar largo tiempo á sus víctimas, se mostraba frecuentemente dirigido ya por miserables pagados, como se ha dicho, para agravar las turbulencias ensangrentándolas, y ya únicamente por hombres los mas odiosos. Foulon y Berthier fueron perseguidos y presos lejos de Paris, con una intencion manifiesta, y la arbitrariedad con ellos se redujo al furor de la muchedumbre que los asesinó. Foulon, antiguo intendente, hombre duro y codicioso, habia cometido horribles esacciones; fué uno de los ministros designados para suceder á Necker y á sus cólegas; y aunque esparció la noticia de su muerte, fué detenido en Viry. Condujéronle á Paris, y echándole en cara el haber dicho que se debia de dar de comer heno al pueblo, pusieronle ortigas al cuello, un ramo de cardos silvestres en la mano y un haz de heno a la

espalda. En este estado fué casi arrastrando al Ayuntamiento, y á la sazón Berthier de Sauvigny, su yerno, estaba arrestado en Compiegne, por órdenes supuestas del concejo de Paris, que no las habia dado. Este escribió al momento, y no se le hizo caso, encaminándolo para Paris, en el momento en que Foulon estaba en el Ayuntamiento, espuesto á la rabia de los desalmados. El populacho queria degollarle, y un poco aplacado por las instancias de Lafayette, consintió que fuese juzgado Foulon; pero pedia que el juicio se verificara en el instante para gozar al momento del placer de la ejecucion. Escogiéronse varios electores para servir de jueces; pero bajo diversos pretextos rehusaron esta magistratura. En fin, designaron a Bailly y á Lafayette, los cuales se vieron reducidos al extremo cuél de esponerse á la rabia del populacho, ó de sacrificar una víctima. Sin embargo, Lafayette con mucho arte y firmeza iba contemporizando, y habia dirigido la palabra con provecho varias veces á la muchedumbre. Sentado al lado suyo el desgraciado Foulon, tuvo la imprudencia de aplaudir sus últimas palabras. «¡Veis cómo están de acuerdo!» dijo un testigo. A esta voz se precipita la multitud sobre Foulon: Lafayette hace esfuerzos increíbles para libertarlo de los asesinos; pero se lo arrebatan de nuevo, y el infeliz anciano aparece ahorcado en un farol. Córtañle la cabeza, y puesta en la punta de una pica la pascan por todo Paris. En aquel punto llega Berthier en un cabriolé, custodiado por guardias y acosado por la muchedumbre. Enséñanle la sangrienta cabeza, sin que sospeche que sea la de su suegro; conduciénle al Ayuntamiento donde prorumpen en espresiones llenas de valor

y de indignacion: cogido de nuevo por la turba se desprende un momento, se apodera de un arma, se defiende con furor, y cae luego como el desgraciado Faulon. Estos asesinatos eran dirigidos por enemigos de Foulon y de la causa pública; porque si el furor del pueblo á su vista habia sido espontáneo, así como la mayor parte de sus movimientos, su arresto habia sido combinado. Lafayette traspasado de dolor y de indignacion, resolvió hacer dimision de su mando; pero Bailly y el Ayuntamiento asustados de este proyecto, se apresuraron á disuadirle de él. Combinóse entonces que haria su dimision para manifestar al pueblo su descontento, pero que aparentaria ceder por las instancias que no dejarian de hacerle; y en efecto, el pueblo y la milicia le rodearon y le prometieron la mayor obediencia. Con estas condiciones volvió á tomar el mando, y tuvo despues la satisfaccion de impedir la mayor parte de las turbulencias, merced á su energia y á la adhesion de su tropa.

Entretanto habia recibido Necker en Basilea las órdenes del rey y las instancias de la Asamblea para que volviese, y es lo particular que hallándose fugitivo en aquellas inmediaciones la familia Poulignac á quien habia dejado triunfante en Versailles, esta fué la que le enteró de las desgracias del trono, y la vuelta repentina de favor que le esperaba. Púsose en camino y atravesó la Francia, llevado en triunfo por el pueblo, á quien, segun su costumbre, recomienda la paz y el buen orden. El rey le recibió con algun embarazo, la Asamblea con ca-

* Estas escenas sucedieron el 22 de julio.

riño, y resolvió dirigirse á París, en donde debía tambien tener su día de triunfo. El proyecto de Necker era pedir á los electores la gracia y libertad del baron de Besenval, aunque fuese su enemigo. En vano Bailly, no menos enemigo que él de medidas rigorosas, pero mas justo apreciador de las circunstancias, le demostró el peligro de semejante medida, y le hizo conocer que este favor, obtenido en el momento de la alegría, se revocaria al día siguiente como ilegal; porque un cuerpo administrativo no podia ni condenar, ni absolver; pero Necker se obstinó, y ensayó su influjo sobre la capital. Presentóse en la casa del Ayuntamiento el 30 de julio, y sus esperanzas quedaron tan completamente satisfechas, que no pudo menos de creerse muy poderoso al ver los trasportes de la multitud. Todo conmovido y con los ojos arrasados de lagrimas, pidió una amnistia general, y fué al punto concedida por aclamacion. Las dos juntas de electores y representantes, se manifestaron igualmente solícitas; los electores decretaron la amnistia general, y los representantes del concejo dispusieron la libertad de Besenval. Retiróse Necker enagenado de gozo, tomando para sí los aplausos que eran debidos á su separacion. Pero el mismo dia se desengañó, pues Mirabeau le preparaba una cruel certidumbre. En la Asamblea, y en los distritos, se levantó un grito general contra la sensibilidad del ministro, disculpable, decian, pero inoportuna. El distrito del Oratorio, in-citado, segun se dijo, por Mirabeau, fué el primero en reclamarlo. Por todas partes se afirmaba que un cuerpo administrativo no podia condenar ni absolver. Revocóse la medida ilegal del Ayuntamiento

to, y se mantuvo arrestado al baron, verificándose asi el dictamen del sabio Bailly, á quien Necker no habia querido escuchar.

Ya en este tiempo iban pronunciándose mas los partidos. Los Parlamentos, la nobleza, el clero, la corte, amenazados todos de igual ruina, habian mezclado sus intereses y obraban de concierto. Ya no estaban en la corte ni el conde de Artois, ni los Polignacs, y una especie de abatimiento mezclado de desesperacion, reinaba en la aristocracia. No pudiendo impedir lo que llamaba maldades, desca-ba ahora que el pueblo cometiese las mayores posibles, para acarrear el bien por medio de los excesos. Este sistema, mezclado de despecho y de perfidia. llamado el pesimismo politico, principia en todos los partidos, luego que han sufrido pérdidas considerables para renunciar á lo que les resta, con la esperanza de recobrarlo todo. Principió á emplear desde luego la aristocracia, y se la estuvo viendo votar muchas veces con los individuos mas violentos del partido popular.

Las circunstancias hacen abortar los hombres, y el peligro de la nobleza hizo nacer un defensor para ella. El jóven diputado Cazales, capitán de dragones de la reina, encontró en sí mismo una fuerza de ánimo y una facilidad de espresion. Conciso y sencillo, decia pronto y á propósito lo que convenia decir; y es sensible que un entendimiento tan cabal, se haya consagrado á la defensa de una causa, cuando no tenia razones que presentasen despues de haber sido perseguido. El clero habia hallado su defensor en el abate Maury, sofista experimentado ó inagotable, que tenia chistes felices y mucha sangre fria, y sabia resistir con

energía á los gritos, y con audacia á las demostraciones. Tales eran los medios y las disposiciones de la aristocracia.

En cuanto al ministerio no tenia mira ni objeto alguno, y Necker aborrecido de la corte que le toleraba por precision, no tenia un plan, sino un deseo. Habia anhelado siempre la constitucion inglesa, sin duda la mejor que se pudiera adoptar convenientemente entre el trono, la aristocracia y el pueblo: pero esta constitucion, propuesta por el obispo de Langres, antes del establecimiento de una sola Asamblea, y rehusada por los primeros Estamentos, habia venido á hacerse imposible. La alta nobleza no gustaba de dos Cámaras, porque esto era una especie de transaccion: tampoco la nobleza secundaria, porque no podia entrar en la Cámara alta; ni el partido popular, porque atemorizado todavía de la aristocracia, no queria dejarla el menor influjo. Algunos diputados solamente, ora por moderacion, ora por concepto propio, deseaban las instituciones inglesas, y formaban todo el partido del ministro, débil en extremo, porque no ofrecia sino miras conciliadoras á pasiones irritadas, y no oponia á sus contrarios sino racionios y ningun medio de accion,

El partido popular principiaba á dividirse al paso que iba venciendo. Lally-Tolendal, Mounier, Mallouet y demas partidarios de Necker, aprobaban todo lo que se habia hecho hasta entonces, porque habia conducido al gobierno á sus ideas, esto es, á la constitucion inglesa; y juzgando entonces que aquello bastaba, y reconciliados con el poder, querian hacer alto. El partido popular al contrario, no creia que se debia detener, y en el

club breton* era donde acostumbraba á agitarse con mas vehemencia. Una sincera conviccion era el móvil del mayor número de sus individuos; pretensiones personales iban presentándose sin embargo, y ya los impulsos del interes individual, sucedian á los primeros arranques del patriotismo. Barnave, abogado jóven ea Grenoble, dotado de un entendimiento claro, despejado, y que poseia en el mas alto grado el talento de espresarse bien, formaba con los dos Lameths un triunvirato interesante por su juventud, y que luego influyó por su actividad y sus talentos. Duport, aquel jóven consejero del parlamento, á quien hemos visto figurar, hacia parte de su asociacion; diciéndose entonces que Duport ideaba todo lo que habia de hacerse, Barnave lo decia, y que los Lameths lo ejecutaban. Sin embargo, estos jovenes diputados eran amigos intimos, sin haberse todavía pronunciado enemigos de nadie.

El mas arrojado de los caudillos populares, y el que siempre al frente entablaba las deliberaciones mas atrevidas, era Mirabeau. Las absurdas instituciones de la envejecida monarquia habian indignado á muchos hombres de ánimo recto y de corazon sincero; y era imposible que no hubiesen lastimado á algun alma ardiente é irritado pasiones grandes. Este alma fué la de Mirabeau, que encontrando reunidos desde su nacimiento todos los despotismos, el de su padre, el del gobierno y el de los tribunales, empleó su juventud en combatirlos y abominarlos. Nacido bajo el sol de la

* Este club se habia formado á fines de junio, y se llamó luego *Sociedad de los amigos de la Constitucion*.

Provenza, y de una familia noble, se dió desde muy temprano á conocer por sus desórdenes, sus contiendas y una elocuencia estremada. Sus viajes, sus observaciones y su inmensa lectura le habian amaestrado, y todo lo atesoraba; pero exagerado, extravagante, y á veces solista cuando no le contenian los afectos, se convertia en otro hombre siempre que estos le dominaban. Estimulado de repente por la tribuna y la presencia de sus opositores, se inflama su fantasia: al principio sus ideas eran confusas, entrecortadas sus palabras, y estaba como trémulo; pero luego se aclaraba, y entonces su entendimiento presentaba en un instante el trabajo de largos años; y aun en la misma tribuna, todo le era fácil, con espresion viva y repentina. Contrarrestado de nuevo, secundaba con mas arrojo y claridad, y presentaba la verdad con imágenes sorprendentes ó terribles. Cuando las circunstancias eran difíciles, y los ánimos estaban fatigados tras una larga discusion, ó intimidados por el peligro, entonces un grito, una palabra decisiva se disparaba de sus labios, y entonces su semblante aparecia terrible asi por su fealdad como por el genio que brillaba en él; de este modo dominaba é instruía á la Asamblea, obligándola á que dictase leyes ó tomase resoluciones magnánimas.

Orgullosa con sus altas cualidades, chaceándose con sus vicios, ya altanero y ya dócil, seducía á unos con sus lisonjas, intimidaba á otros con sus sarcasmos, y llevaba á todos, tras de sí con una fuerza singular é irresistible. Su partido era general en el pueblo, en la Asamblea, en la misma córte y en cualquier punto á donde se dirigia.

Mezclándose familiarmente con los demas, justo cuando convenia serlo, habia celebrado el talento naciente de Barnave, aunque no gustaba de sus jóvenes amigos, apreciaba el espíritu profundo de Sieyès y contemporizaba con su carácter uraño; temia en Lafayette una vida inmaculada, y detestaba en Necker su estremado rigorismo, su orgullosa ilustracion, y la pretension de gobernar una revolucion que él miraba como propiedad suya. Poco apreciaba al duque de Orleans y á su vaga ambicion, y como luego se verá, no tuvo jamás con él interés alguno en comun. Solo y con su número atacaba al despotismo, cuyo esterminio habia jurado. Sin embargo, sino queria la vanidad y el boato de la monarquia, menos deseaba el ostracismo de las repúblicas; pero no habiéndose vengado bastante de los grandes y del poder, continuaba destruyendo. Por otra parte, acosado de necesidades, descontento del estado presente, se arrojaba hácia un porvenir desconocido, haciendo nacer sospechas de sus talentos, de su ambicion, de sus vicios, del mal estado de su fortuna, y autorizando con el cinismo de sus palabras, todas las sospechas y todas las calumnias.

Asi se dividian la Francia y los partidos. Las primeras desavenencias entre los diputados populares sucedieron con motivo de los excesos de la multitud. Mounier y Lally-Tolendal opinaban porque se diese al pueblo una proclama solemne, desaprobando sus excesos; pero conociendo la Asamblea la inutilidad de este medio, y la necesidad de no indisponerse con la plebe que la habia sostenido, se opuso al pronto; mas luego cediendo á las instancias de algunos de sus individuos, con-

cluyó por dar una proclama, que como habia previsto fué del todo inútil, porque un pueblo sublevado no se doma con palabras.

Era universal la agitacion cuando de repente se esparció una voz que aterrorizaba, diciendo que se acercaban aquellos foragidos que se habian ido mostrando en los diversos motines, y cuya imágen estaba presente en todas las almas. La córte culpaba por sus estragos al partido popular, y este á la córte. Vuelan de repente correos por todas partes, y atravesando la Francia en todas direcciones anuncian que van á llegar los foragidos, y que tajan y destrozan las mieses antes de estar granadas. Reúnense por todas partes, y en pocos dias, la Francia entera se hallaba sobre las armas, esperando á los foragidos que no llegan. Esta estratagemá, que generalizó la revolucion del 14 de julio, provocando el armamento de la nacion, se atribuyó entonces á todos los partidos; y despues mas particularmente al popular, que fué el que aseguró sus resultados. Es de estrañar que se hayan echado en cara la responsabilidad de una estratagemá mas ingeniosa que culpable. Hânla achacado á Mirabeau que se complació en ser su autor, y que sin embargo se ha sincerado de ello. Cuadraba demasiado al carácter y espíritu de Sieyès, y algunos han creido que este lo habia sugerido al duque de Orleans; y otros por último han culpado á la córte, reflexionando que estos correos hubieran quedado detenidos á cada paso sin el consentimiento del gobierno; y que la córte, no creyendo jamás generalizada la revolucion, y mirándola como una mera asonada de los parisienses, habia querido armar á las provincias para atajarla. Sea

como quiera, este medio fué provechoso para la nacion, porque la puso sobre las armas, y en estado de velar por su seguridad y sus derechos.

El vecindario de las ciudades habia sacudido sus cadenas, y el de los pueblos tambien quería sacudir las suyas. Rehusaba pagar los derechos feudales, perseguía á los señores que le habian oprimido, incendiaba los castillos, quemaba los títulos de propiedad, y se entregaba en algunas partes á venganzas atroces. Un accidente deplorable habia particularmente escitado aquella efervescencia universal. Un tal de Mesmay señor de Quincey, daba una fiesta junto á su quinta. Toda la poblacion de los alrededores se habia reunido, y se entregaba á la alegría, cuando inflamándose de repente un barril de pólvora, produjo una esplosion mortífera. Reconocido despues este accidente por un efecto de imprudencia, y no de alevosia, se imputó á crimen del señor Mesmay. Esparcióse muy luego la noticia por todas partes, y provocó las crueldades de aquellos aldeanos, endurecidos por una vida miserable, y despues desaforados por sus largos sufrimientos. Los ministros fueron en cuerpo á la Asamblea para presentar un cuadro deplorable del estado de la Francia, y pediría medios con que restablecer el órden. Los desastres se habian ido manifestando desde el 14 de julio; entraba el mes de agosto, y se hacia indispensable restablecer la accion del gobierno y de las leyes; pero para lograrlo era necesario principiár la regeneracion del estado por la reforma de las instituciones que mas lastimaban al pueblo, dispouéndole á que se sublevára. Una parte de la nacion sujeta á la otra, sobrellevaba un sinnúmero de cargas llamadas

feudales; las unas calificadas de útiles, obligaban á los campesinos á pagos ruinosos, y las otras conceptuadas honoríficas, los sometían á sus señores con acatamientos y servicios humillantes; restos todos de la bárbarie feudal, cuya abolición reclamaba la humanidad. Estos privilegios, mirados como propiedades, y aun así llamados por el rey en la declaracion del 23 de junio, no podian anularse por una mera discusion, sino por un movimiento repentino é inspirado, incitando á los poseedores á que se despojasen ellos mismos.

Discutia entonces la Asamblea la famosa declaracion de los derechos del hombre, tratándose antes si debia hacerse una, y se acordó el 4 de agosto por la mañana que se hiciese y se pusiese á la cabeza de la constitucion. En la misma tarde la comision dió cuenta de las turbulencias y de los medios de atajarlas, y el vizeconde de Noailles y el duque de Aiguillon, ambos miembros de la nobleza, suben entonces á la tribuna y manifiestan que es poco el empleo de la fuerza para contener al pueblo; que se debe destruir la causa de sus males, y que al momento calmará la agitacion. Esplieándose luego mas claramente proponen la abolicion de todos los derechos vejatorios que bajo el titulo de derechos feudales yerman los campos. M. Lequen de Kerengal, hacendado de la Bretaña, se presenta en la tribuna en traje de labrador, y bosqueja un cuadro espantoso del régimen feudal. Escitada al punto la generosidad en unos, y empeñado en otros el orgullo, ostentan todos un desinterés espontáneo y cada cual se arroja á la tribuna para despojarse de sus privilegios. La nobleza dá el primer ejemplo, y el clero no menos solícito,

se apresura á seguirlo. Una especie de embriaguez se apodera de la Asamblea, dejando á un lado una discusion ya superflua puesto que sin ella se demostraba la justicia de semejantes sacrificios; y todas las clases y gerarquias, todos los poseedores de prerrogativas, se apresuran tambien á presentar sus respectivas renunciaciones. Despues de los diputados de los primeros órdenes, vienen tambien los del tercero con sus ofertas; y no teniendo privilegios personales que depover, ofrecen los de las provincias y ciudades, quedando de este modo establecida la igualdad entre los individuos y entre todas las partes del territorio. Algunos ceden pensiones; y un miembro del parlamento que no tenia nada que dar, promete su adhesion á la causa pública. Las gradas de la mesa estan llenas de diputados que acuden á estender el acta de su renunciacion; contentándose al pronto con enumerar los sacrificios, y dejar para el otro dia la redaccion de los artículos. Era general el entusiasmo, pero en medio de él se echaba de ver que ciertos privilegiados poco sinceros querian llevar las cosas hasta el estremo; y en verdad que todo era de temer del efecto de la noche y del impulso dado, cuando Lally-Tolendal conociendo el peligro, envió una esquela al presidente diciéndole: «Temible es el enagenamiento de la Asamblea; levanta la sesion.» En el mismo instante un diputado se arroja á él y estrechándole la mano con emocion le dice: «Venga la sancion real y somos amigos.» Lally-Tolendal, conociendo entonces la necesidad de enlazar la revolucion con el rey, propone que se le proclame restaurador de la libertad francesa. Acógese la proposicion con entusiasmo; se decreta

un *Te-Deum* y se separan por fin á media noche.

Acordóse en noche tan memorable:

La abolicion de la calidad de siervo.

La facultad de rescatar los derechos de señorío.

La abolicion de las jurisdicciones señoriales.

La supresion de los derechos esclusivos de caza, palomares, &c.

El rescate del diezmo.

La igualdad de los impuestos.

La admision de todos los ciudadanos á los empleos civiles y militares.

La abolicion de la venalidad de cargos.

La destruccion de todos los privilegios de ciudad y de provincia.

La abolicion de los gremios.

Y la supresion de las pensiones obtenidas sin justo título.

Estas resoluciones se habian acordado bajo una forma general, pero habia que redactarlas en forma de decretos; y cuando hubo pasado el primer ímpetu de generosidad, y cada cual volvió á sus impulsos, los unos debian procurar estender las concesiones manifestadas, y los otros acortarlas; empeñóse la discusion; y una tardia y mal entendida resistencia hizo desaparecer todo agradecimiento.

Habiase acordado la abolicion de los derechos feudales, pero habia que distinguir entre estos, cuáles serian abolidos y cuáles rescatados. Al presentarse en otro tiempo en el territorio los conquistadores, primeros autores de la nobleza, habian impuesto á los hombres servicios, y tributos

á las tierras: habian tambien ocupado una parte del suelo, y luego lo habian ido devolviendo sucesivamente á los labradores, mediante ciertos enfiteusis. Una larga posesion, seguida de transmisiones numerosas, constituyendo la propiedad, y todas las cargas impuestas á los hombres y á las tierras habian ya adquirido este carácter; y así la Asamblea constituyente se veia reducida á atacar las propiedades y en tal situacion tenia que graduarlas, no como bien ó mal adquiridas, sino como mas ó menos gravosas á la sociedad. Anuló los servicios personales, y como ya muchos de estos se habian trocado en censos quedaron tambien anulados. Entre los tributos impuestos á las tierras, suprimió los que eran evidentemente un resto de servidumbre, como el derecho impuesto á los traspasos ó transmisiones; y declaró redimibles todas las enfiteusis que representaban el precio por el cual la nobleza cediera en otro tiempo á los colonos una parte del territorio. Nada es mas absurdo que acusar á la Asamblea constituyente de haber violado las propiedades, puesto que todo habia ido á su poder; y es extraño que la nobleza habiéndolas violado por tanto tiempo, ya exigiendo tributos, ya no pagando impuestos, se mostrase de repente tan rigorosa en los principios, cuando se trataba de sus prerogativas. Tambien se quiso dar el nombre de propiedades á las jurisdicciones de señorío, porque se transmitian por herencia desde tiempo inmemorial; pero la Asamblea no hizo caso de este título, y las abolió, mandando sin embargo que continuasen hasta que se verificase su reemplazo.

El derecho esclusivo de caza fué tambien un

objeto de vivas disputas, y á pesar de la vana objecion de que muy luego estaria armada la poblacion entera, si el derecho de caza se concedia, se le dió á cada uno en la estension de sus propiedades. Prohibiéronse igualmente los palomares privilegiados, y la Asamblea decidió que cada uno podria tenerlos, pero que en la temporada de la siega se pudieran matar las palomas y toda clase de caza en las tierras donde fuesen á parar. Aboliéronse todos los cotos reales, añadiendo no obstante, que se proveeria á los recreos personales del rey con medios compatibles con la libertad y la propiedad.

Un artículo escitó principalmente violentos debates, á causa de las cuestiones mas importantes de que era preludeo, y de los intereses que atacaba, y fué el de los diezmos. En la noche del 14 de agosto habíalos declarado redimibles la Asamblea y al momento de redactarlos quiso abolirlos sin facultad de redencion, cuidando de añadir que el Estado se encargaria del mantenimiento del clero. Indudablemente habia un defecto de formalidad en esta decision, porque era volver á una resolucion ya terminada; pero Garat respondió que mediaba un verdadero rescate; porque en vez del contribuyente, era el Estado quien redimia el diezmo, encargándose de hacer frente á las necesidades del clero. El abate Sieyes, á quien se estrañó ver entre los defensores del diezmo, y que no le juzgaron defensor desinteresado de este impuesto, convino en efecto en que el Estado redimia verdaderamente el diezmo, pero que hacia un robo á la nacion entera, recargándola con una deuda, que debia pesar únicamente sobre los propietarios y

hacendados. Esta objecion, presentada de una manera terminante, fué acompañada de aquel dicho tan amargo, y despues tan frecuentemente repetido: «queréis ser libres, y no sabeis ser justos!» Aunque Sieyes creyera no ser posible responder á esta objecion, la respuesta era fácil. La deuda del culto corresponde á todos: ¿era justo cargarla á los hacendados mas bien que á la totalidad de los contribuyentes? El Estado es el juez, y haciendo la reparticion mas conveniente, no cree robar á nadie. El diezmo, perjudicando á los pequeños propietarios, destruia la agricultura; el Estado, debia, pues, variar este impuesto, y esto es lo que Mirabeau probó con la mayor evidencia. El clero, que preferia el diezmo porque demasiado se le alcanzaba que el sueldo señalado por el Estado seria segun sus verdaderas necesidades, pretendia ser propietario del diezmo por concesiones inmemoriales; y alegó aquella razon tan manoscada de la prescripcion, que nada prueba, pues con ella todo, hasta la misma tirania, llegaria á legitimarse. Respondiéronle que el diezmo era un usufructo; y por lo mismo no era transmisible, porque no tenia los principales caracteres de la propiedad; que era evidentemente un impuesto establecido en su favor, y que el estado se encargaba de reemplazar por otro. Exasperose el orgullo del clero á la idea de tener que recibir un sueldo, y de ello se quejaba con violencia; pero Mirabeau, que era escelentísimo para lanzar indirectas y sarcasmos, contestó á los interruptores que solo conocia tres medios de existir en la sociedad, y se reducian á ser ladron, pordiosero ó asalariado. El clero conoció que le convenia dejar un campo que no podia de-

Tender, y los párrocos particularmente, viendo lo que iban á ganar del espíritu de justicia que reinaba en la Asamblea, y que lo que se pretendía particularmente atacar era la opulencia del alto clero, fueron los primeros á convenirse. Decretóse la completa estincion del diezmo, con la condicion de que el estado se haria cargo de los gastos del culto, pero que entre tanto continuára su recoleccion. Esta última cláusula, llena verdaderamente de miramientos, llegó á ser inútil, pues el pueblo no quiso pagar mas, como no queria antes del decreto; y cuando la Asamblea abolió el régimen feudal, estaba abolido de hecho. Presentáronse todos los artículos el 13 de agosto al monarca, quien aceptó el dictado de restaurador de la libertad francesa, y asistió al *Te Deum*, teniendo á su derecha al presidente, y por séquito á todos los diputados.

Así se consumó la mas importante reforma de la revolucion, en la cual habia manifestado la Asamblea tanto vigor como prudencia; mas por desgracia, nunca un pueblo sabe entrar con moderacion en el ejercicio de sus derechos; y por esto se cometian en todo el reino violencias atroces. Seguitanse incendiando las quintas, y nubes de cazadores talaban las campiñas, desalados por ejercer el derecho recién concedido. Esparciéronse por los campos, reservados antes para los placcres de sus opresores; y cometieron espantosas desolaciones. Toda usurpacion tiene una cruel represalia, y el que usurpa debia pensar en ella, al menos por sus hijos, que casi siempre sufren la pena. Repitiéronse numerosos acontecimientos, y desde el 7 de agosto se habian presentado de nuevo los

ministros á la Asamblea para darle cuenta del estado del reino: el guardasellos denunció los desórdenes alarmantes que habian acontecido, y Necker manifestó el deplorable estado de la hacienda pública. Recibió la Asamblea con desconsuelo, mas no con desaliento, estos mensajes; y el 10 espidió un decreto acerca de la tranquilidad pública, por medio del cual los Ayuntamientos estaban encargados de velar por el sostén del orden, desbaratando las reuniones sediciosas. Ordenábaseles conducir ante los tribunales á los alborotadores, y prender á cuantos esparciesen noticias alarmantes, alegando órdenes supuestas o incitando á violencias, y enviándolos á la Asamblea nacional para poder de este modo remontarse á la causa de las turbulencias. Las milicias nacionales y las tropas de línea quedaban á disposicion de los Ayuntamientos, juramentándolos para que fuesen fieles á la nacion, al rey, á la ley, &c.; y esta fórmula se llamó después el juramento cívico.

El informe de Necker sobre la hacienda fué demasiado alarmante. La urgente necesidad de pronto auxilios habia hecho recurrir á la convocacion de una Asamblea nacional, la cual apenas reunida, se habia puesto en lucha con el poder; y no pensando mas que en la pronta necesidad de establecer garantías, habia desatendido la de asegurar las rentas del Estado. Necker únicamente tenia este cuidado, al paso que Bailly encargado del abasto de la capital, estaba padeciendo crueles angustias. Necker, atormentado con urgencias menos ejecutivas, pero mucho mas estensas, envuelto entre sus penosos calculos y traspasado de mil quebrantos, se esforzaba por remediar la miseria pú-

blica; y mientras no pensaba sino en materias de hacienda, no comprendía como la Asamblea se podía emplear solo en cuestiones políticas. Necker y la Asamblea, preocupados cada uno con su objeto, desatendían todos los demás. No obstante, si las alarmas de Necker estaban justificadas por la penuria actual, la confianza de la Asamblea lo estaba por la elevación de sus miras, y abarcando á la Francia y su porvenir, no podía creer que un reino tan bello, apurado en el momento, estuviese destinado para siempre á la indigencia.

Al entrar Necker en el ministerio, en agosto de 1788, no halló mas que 400,000 francos en el erario. A fuerza de afanes habia acudido á lo mas urgente, y luego las circunstancias habian aumentado las necesidades y disminuido los recursos, habiendo sido preciso comprar granos, revenderlos á menos de su coste, dar socorros considerables, y emprender obras públicas para ocupar á los trabajadores. Habian salido del erario para este último objeto hasta 12,000 francos diarios, y al paso que los gastos se aumentaban, disminuían los ingresos. La baja de la sal, la tardanza en los pagos, y á veces la resistencia absoluta á verificarlos, el contrabando á fuerza armada, la destruccion de los portazgos, el saqueo de los registros, y el asesinato de los comisionados, habian inutilizado una parte de las rentas; Necker por lo tanto pidió un empréstito de 30 millones. La primera impresion fué tan viva, que se quiso votar el empréstito por aclamacion, pero este primer movimiento se calmó luego. Se manifestó repugnancia para nuevos empréstitos, y se incurrió en una especie de contradiccion, apelando á los poderes de los dipu-

tados de que ya se habian desentendido, que prohibian consentir el impuesto, antes de haber hecho la constitucion; y aun se llegó á formar el cálculo de las sumas recibidas desde el año anterior, como si se desconfiase del ministro. Sin embargo, la precision de acudir á las necesidades del Estado hizo adoptar el empréstito, pero se varió el plan del ministro, reduciendo el interés á cuatro y medio por ciento, esperando equivocadamente en un patriotismo que estaba en la nacion, pero que no podia hallarse en los prestamistas de profesion, únicos que ejercen ordinariamente este género de especulaciones de hacienda. Este primer yerro fué uno de los que suelen cometer las Asambleas, cuando quieren reemplazar las miras inmediatas del ministro, que está obrando por las generales de mil especuladores. Se fue tambien notando que el espíritu de la nacion principiaba á no conformarse con la timidez del ministro.

Despues de estos cuidados indispensables, aplicados á la tranquilidad pública y á la hacienda, volvieron á ocuparse de la declaracion de los derechos, y Lafayette sumministro la primera especie, tomada de los americanos. Interrumpida esta discusion por la revolucion del 14 de julio, renovada el primero de agosto, é interrumpida de nuevo por la abolicion del régimen feudal, volvió á abrirse y quedó definitivamente resuelta en 12 de agosto. Esta idea tenia alguna cosa de imponente que cautivó á la Asamblea. El impetu de los ánimos los conducía á todo lo que habia de mas grande, y este producía su buena fé, su valor y sus buenas ó malas resoluciones. Se apoderaron, pues, de esta idea y la quisieron poner en ejecucion. Si solo

se hubiere tratado de enunciar algunos principios desconocidos particularmente por la autoridad, cuyo yugo se acababa de sacudir, como el votar los impuestos, la libertad religiosa, la libertad de imprenta y la responsabilidad ministerial, nada hubiera mas fácil, porque así se habia hecho ya en América y en Inglaterra. La Francia podia expresar en algunas máximas claras y positivas los nuevos principios que imponia á su gobierno: pero divorciándose con lo pasado y queriendo remontar al estado de la naturaleza, debió aspirar á dar una declaracion completa de todos los derechos del hombre y del ciudadano. Se habló primero de la necesidad y del peligro de semejante declaracion, y se discutió mucho é inútilmente este punto, porque no habia ni utilidad ni peligro en hacer una declaracion compuesta de fórmulas que el pueblo no entendia, y que solo era alguna cosa para un cierto número de espíritus filosóficos que no toman gran parte en las sediciones populares. Decidióse por fin que así se hiciese, y que se colocara á la cabeza del acta constitucional; pero habia que redactarla, y esto era lo mas difícil. ¿Qué cosa es un derecho? lo que se debe á los hombres. Luego todo el bien que se les puede hacer, se les debe.—Toda medida sábia del gobierno es un derecho; y así todos los proyectos propuestos encierran la definicion de la ley, el modo con que se debe hacer, el principio de la soberanía, &c. Oponian que estos no eran derechos sino unas máximas generales, pero que sin embargo convenia el expresarlas. Lleno de impaciencia Mirabeau, exclamó por último: «No hay que emplear la palabra derecho, sino decir: según el interés de todos se ha

«declarado...» Sin embargo, se prefirió el título mas imponente de declaracion de derechos, bajo el cual se confundieron máximas, principios y definiciones, y del todo se compuso la declaracion célebre, colocada á la cabeza de la constitucion de 1791. Un mal habia en esto solamente, y era el de perder algunas sesiones y conclusiones filosóficas; pero ¿quién puede censurar á los ingenios el que se complazcan en su objeto? ¿quién tiene derecho para menospreciar los inevitables errores de los primeros ensayos?

Tiempo era ya de comenzar los trabajos de la constitucion. El afán de los preliminares era general, y ya se ventilaban fuera de la Asamblea las cuestiones fundamentales. La constitucion inglesa era el modelo que se ofreció naturalmente á muchos ánimos, puesto que era la transacion convenida en Inglaterra, á consecuencia de un debate semejante entre el rey, la aristocracia y el pueblo. Esta constitucion estribaba esencialmente en el establecimiento de dos Cámaras, y en la sancion real. Los espíritus, en su primer vuelo van á las ideas mas sencillas; y un pueblo que declara su voluntad, y un rey que la ejecuta, les parecia la única forma de gobierno. Dar á la aristocracia una parte igual á la de la nacion por medio de una alta Cámara; conferir al rey el derecho de anular la voluntad nacional por medio de la sancion, les parecia un absurdo. *La nacion quiere, el rey hace*: los ánimos no salian de estos sencillos elementos, y creian apeteecer la monarquía porque dejaban un rey como ejecutor de las voluntades nacionales. La monarquía verdadera, tal como existe aun en los países reputados por libres, es el dominio de uno solo á

quien se pone coto por medio de la intervencion nacional. En ellos la voluntad del principe lo dispone verdaderamente casi todo, y la de la nacion está reducida á impedir el mal, ya disputando sobre impuestos, ya terciando en la formacion de la ley. Pero en el instante en que la nacion puede mandar cuanto quiere sin que el rey pueda oponerse á ello con su *veto*, el monarca no es mas que un magistrado, y entonces no hay mas que república con un solo cónsul en vez de muchos; y así el gobierno de Polonia, aunque tuvo un rey, jamás se llamó monarquía, sino república, lo cual aconteció tambien á Lacedemonia.

La monarquía bien entendida exige grandes concesiones de parte de los ánimos; pero solo tras una larga nulidad y en su primer entusiasmo, están dispuestos á concederlos; por lo cual la república estaba en las opiniones sin nombrarse en ellas, y eran todos republicanos sin creerlo.

Nunca llegaron á explicarse terminantemente en la discusion; y así, á pesar del genio y el saber que habia en la Asamblea, la cuestion fué mal ventilada y peor comprendida. Los partidarios de la constitucion inglesa, Necker, Mounier y Lally, no supieron dividir en qué debía consistir la monarquía; y aun cuando lo hubieran visto jamás se atrevieran á decir terminantemente en la Asamblea, que la voluntad nacional no debía ser todo poderosa, ateniéndose mas bien á contener que á obrar. Disputaban diciendo, que convenia que el rey pudiera impedir las usurpaciones de una Asamblea; que para ejecutar bien, desde luego la ley era necesario que cooperase á ella; y que en fin, debian existir relaciones entre los poderes ejecutivo y le-

gislativo. Siendo estas razones nulas, ó cuando menos débiles, era una ridiculez efectivamente, reconociendo la soberanía nacional, quererla oponer la voluntad única del rey (5). Mejor defendieron el punto de las dos Cámaras, porque en efecto, aun en medio de las repúblicas hay altas clases que deben oponerse al movimiento demasiado rápido de las clases que se elevan, defendiendo las instituciones antiguas contra el empuje de las nuevas. Pero esta Cámara alta, mas indispensable todavía que la prerogativa real, puesto que no hay ejemplo de una república sin senado, era mas atacada que la sancion, por cuanto estaban mas irritados contra la aristocracia que contra el trono. La alta Cámara era imposible entonces, porque nadie la queria: la nobleza inferior se oponia á ella, porque no la daban un lugar; los privilegiados por desesperacion, puesto que deseaban lo peor en todas las cosas; y el partido popular, porque no queria dejar á la aristocracia un puesto desde donde dominase á la voluntad nacional. Mounier, Lally y Necker, eran los únicos que casi deseáran esta cámara alta; y Sieyès por el error de un entendimiento absoluto, no queria ni dos Cámaras, ni sancion real si no que concebía una sociedad enteramente compacta en sus ideas, siendo el oficio de las masas, sin distincion de clases *querer*; y el de rey en calidad de magistrado único, *ejecutar*; así es que hablaba de buena fe cuando decía, que la monarquía ó la república eran lo mismo, sin mas diferencia para él, que la del número de magistrados encargados de la ejecucion. El entendimiento de Sieyès encadenaba la ilacion rigurosa de sus propias ideas, y aunque acorde consigo mismo, no lo

estaba ni con la naturaleza de las cosas, ni con los entendimientos y opiniones diferentes á la suya. Subyugábalos con el imperio de sus máximas absolutas, pero raras vez los persuadía; y así no pudiendo ni dividir sus sistemas, ni hacerlos adoptar por completo, debia mostrarse incomodado. Mirabeau, de entendimiento completo, pronto y flexible, no estaba mas adelantado en ciencia política, que la misma Asamblea; rechazaba las dos Cámaras, no por convencimiento, sino por el concepto de su imposibilidad actual, y por odio á la aristocracia. Defendia la sancion por una inclinacion monárquica, en la cual se comprometió á la apertura de los Estados generales diciendo que sin la sancion, queria mejor vivir en Constantinopla que en París. Barnave, Duport y Lameth no podian querer lo que Mirabeau: ni admitian la alta Cámara, ni la sancion real: pero no eran tan obstinados como Sieyes, y consentian en modificar su opinion, concediendo al rey y á la Cámara alta un *veto* meramente suspensivo, esto es, el poder de oponerse temporalmente á la autoridad nacional, manifestada en la Cámara baja.

Entablarónse las primeras discusiones el 28 y 29 de agosto, y el partido de Barnave quiso transigir con el de Mounier, cuya tenacidad le hacia jefe del partido de la constitucion inglesa. Como era el mas inflexible y á quien convenia ganar, se dirijieron á él y tuvieron conferencias para atraerlo. Cuando se vió que era imposible cambiar una opinion, que habia llegado á ser en él un hábito de entendimiento, consintieron entonces en las formas inglesas que tanto le alhagaban; pero con la condicion, que contraponiendo á la Cámara popular una

alta Cámara, y el rey, no se franquearia á entrambos mas que un *veto* suspensivo, y que ademas no podria el rey disolver la Asamblea. Mounier contestó como un hombre convencido, diciendo que la verdad no le pertenecia, y que no podia sacrificar una porcion de ella para salvar el resto; viniendo así á perder las dos instituciones, por no quererlas modificar. Y si fuese cierto, como no lo es que la constitucion de 91, por la supresion de la alta Cámara arruinó al trono, Mounier tendria sobre sí gravisimos cargos. Mounier no era esclusivo, sino obstinado; tan absoluto en su sistema como podia serlo Sieyes en el suyo, preferia perder todo, antes que ceder alguna cosa. Rompiéronse las negociaciones con enojo y aun amenazaron á Mounier con París y la opinion pública, y segun dicen, marcharon allá para ejercer la influencia con que le habian amenazado (6).

Estas cuestiones dividian al pueblo como á los representantes, y sin comprenderlas no se arrebatában menos por ellas. Todas se habian reasumido bajo la palabra breve y terminante de *veto*; queriendo ó no este *veto*, significaban querer ó no querer la tiranía. El pueblo aun sin entender esto, tomaba el *veto* por un impuesto que convenia abolir, ó por un enemigo á quien debian ahorcar, y trataban de colgarle de un farol.*

El Palacio real estaba particularmente en la mayor fermentacion: allí se reunian hombres fogosos, que no pudiendo ni aun tolerar las formas

* Dos labriegos hablaban del *veto*. — «¿Sabes tú que es eso de *veto*? dijo el uno al otro.—No.—Pues figúrate que tienes la cazuela llena de sopa, y que llega el rey, y te dice: tira esas sopas: y no tienes mas remedio que tirarlas.»

impuestas en los distritos, se subian sobre una silla tomaban la palabra sin pedirla, y eran silbados ó llevados en triunfo por un pueblo inmenso, que se lanzaba á ejecutar lo que habian propuesto. Camilo Desmoulins, ya nombrado en la presente historia, se distinguia por la facundia, la originalidad y el cinismo de sus ideas y sin ser cruel, aconsejaba crueldades. Presentábase tambien Saint-Hurugue, antiguo marqués, encerrado largo tiempo en la Bastilla por desavenencias de la familia, é irritado contra la autoridad hasta la locura. Allí estaban todos los dias repitiendo que era necesario ir á Versalles, para pedir cuenta al rey y á la Asamblea de su tardanza en hacer el bien del pueblo. Lafayette se veia muy apurado para contenerlo con patrullas continuas, y la guardia nacional estaba tachada ya de aristocracia. «No habia patrullas decia Desmoulins, en el Cerámico.» Y aun el nombre de Cromwell habia sonado junto al de Lafayette. Un dia, domingo 30 de agosto, se hizo una propuesta en el Palacio real; acusan á Mounier, manifiestan que está en peligro Mirabeau, y tratan de ir á Versalles para protegerle. Entretanto Mirabeau defendia la sancion sin dejar su papel de tribuno popular y sin desconceptuarse a la vista de la multitud. Saint-Hurugue, á la cabeza de algunos exaltados se dirige hácia Versalles, diciendo que iban á obligar á la Asamblea á que despidiese sus infieles representantes para nombrar á otros y á suplicar al rey y al delphin se vovieran á Paris para ponerse en salvo entre el pueblo. Acude Lafayette, los detiene y los obliga á volver atrás. Reúnense de nuevo al dia siguiente lunes 31, y dirijen una peticion al concejo en la que piden la convocacion

de los distritos para desaprobar el *veto*, y á los diputados que lo sostienen, á fin de revocar sus nombramientos y traer otros en su lugar, y el concejo los rechaza dos veces con la mayor firmeza.

En todo este tiempo reinaba la ágitacion en la Asamblea; los descontentos habian escrito á los principales diputados cartas llenas de amenazas y reconvencciones, y una de ellas firmada con el nombre de Saint-Hurugue. El mismo lunes 31, al abrirse la sesion, denunció Lally á una diputacion que habia recibido del Palacio real, empeñándole á que se separase de los malos ciudadanos que defendian el *veto*, añadiendo que un ejército de 20,000 hombres estaba dispuesto á marchar. Mounier leyó tambien cartas que él habia recibido, propuso pèrseguir á los autores ocultos de tales maquinaciones, y estrechó á la Asamblea á ofrecer 500,000 francos al que los delatase. La lucha fue turbulenta, y Dupont sostuvo que desdecia de la dignidad de la Asamblea el ocuparse en semejantes detalles. Mirabeau leyó igualmente otras cartas en que los enemigos de la causa popular no le trataban mejor que á Mounier. La Asamblea pasó al órden del dia, y Saint-Hurugue, firmanste de una de las cartas enuciadas, fué encarcelado por órden del concejo.

Se estaban discutiendo á la vez las tres cuestiones de la permanencia de las Asambleas, de las dos cámaras y del *veto*, y votóse la permanencia casi por unanimidad. Por causa de la larga interrupcion de las Asambleas nacionales, habia sufrido mucho el pueblo, y esta era una razon para que ahora se hicieran permanentes. Pasan en seguida á la grande cuestion de la unidad del cuerpo legis-

lativo, y las tribunas estaban ocupadas por un público crecido y ruidoso. Muchos diputados se retiraban, y el presidente que era el obispo de Langres, inútilmente se afana en detenerlos, pues se van marchando en gran número. Por todas partes piden á gritos que se proceda á la votacion, y Lally reclama nuevamente la palabra; se la niegan, acusando al presidente de haberlo enviado á la tribuna, y aun hay miembro que se propasa á preguntar al presidente, que sino se cansa de molestar á la Asamblea; ofendido con estas palabras, deja el sillón el presidente y queda para otro día la discusion. El siguiente, que era 10 de setiembre, se lee una esposicion de la ciudad de Rennes declarando inadmisibile el *veto*, y traidores á la patria á los que lo votaron. Mounier y los suyos se irritan, y proponen reconvenir al Ayuntamiento. Mirabeau contesta que la Asamblea no está encargada de dar lecciones á concejales, y que es menester pasar al orden del dia. Pónese por último á votacion el punto de las dos Cámaras, y al ruido de los aplausos se decreta la unidad de la Asamblea. Cuatrocientos noventa y nueve votos se declaran en pró, y ochenta y nueve en contra, quedando ciento veinte y dos nulos, por la zozobra causada á varios diputados.

Llega por último la cuestion del *veto*. Habíase hallado un medio término, el del *veto* suspensivo, que solo detenía la ley temporalmente, durante una ó mas legislaturas; y considerábase esto como una apelacion al pueblo porque recurriendo el rey á nuevas Asambleas, y teniendo que ceder si insistian, parecia que apelaba realmente á la autoridad nacional. Mounier y sus partidarios se opusieron,

alegando que en el sistema de la monarquía inglesa, el rey consulta con la representacion nacional, sin obedecerla; pero se equivocaban respecto á la situacion en que estaban colocados. Solo habian querido, decian, impedir una resolucion precipitada, pero el *veto* suspensivo producía el mismo efecto que el absoluto, porque si persistia la Asamblea, la voluntad nacional quedaba patente; y otorgada su soberanía, era una ridiculez el contrariarla incessantemente.

El ministerio conoció efectivamente que el *veto* suspensivo surtía el propio efecto que el absoluto, y Necker aconsejó al rey se aprovechase de las ventajas de un sacrificio voluntario, dirigiendo á la Asamblea una memoria, en la cual pidiere el *veto* suspensivo. Corrióla noticia y se supo de antemano el objeto y el espíritu del mensaje, que ya todos conocian cuando la presentó el 11 de setiembre. Sosteniendo Mounier, al parecer, el interés del trono, no hubiera debido tener otras miras que el trono mismo; pero los partidos se desacordan muy luego en cuanto á intereses. Mounier desechó esta comunicacion diciendo, que si el rey renunciaba una prerogativa útil á la nacion, se le debía vincular á pesar suyo y por el interés público. Trocáronse los papeles; los adversarios del rey sostuvieron aquí su intervencion, pero en vano, pues que su esfuerzo fué inútil y rechazado el mensaje con dureza. Esplayáronse de nuevo acerca de la palabra sancion, y se ventiló el punto de saber si era necesaria para la constitucion. Despues de haber manifestado que el poder constituyente era superior á los poderes constituidos, se acordó que la sancion no recaeria sino sobre los actos

legislativos, y de ninguna manera sobre los constitutivos, los cuales no serian mas que promulgados. Seiscientos setenta y tres votos se declararon por el *velo* suspensivo, y trescientos veinte y cinco por el absoluto. Así se resolvieron los artículos fundamentales de la nueva constitucion, y Mounier y Lally-Tolendal presentaron al momento su dimision de miembros de la comision constitucional.

Ya se habian espedido una multitud de decretos sin pasar ninguno á la aceplacion del rey, y resolvieron presentarle los articulos del 4 de agosto. La cuestion era saber si se pediria la sancion ó la simple promulgacion, considerándolos como legislativos ó constitutivos. Maury y aun Lally-Tolendal, tuvieron la torpeza de sostener que eran legislativos y que requerian la sancion, como si hubiesen esperado algun obstáculo del poder real. Mirabeau, con una rara precision, sostuvo que los unos abolian el régimen feudal y eran eminentemente constitutivos; y que los otros eran un puro desprendimiento de la nobleza y del clero; los cuales sin duda no querian que estuyese en manos del rey el poder revocar sus liberalidades. Añadió Chapelier que no era necesario ni aun suponer preciso el beneplácito del rey, puesto que estaban ya aprobados en el acto de aceptar el dictado de restaurador de la libertad francesa, y habiendo asistido al *Te Deum*; y por tanto se suplicó al rey únicamente la simple promulgacion. *

Un individuo propuso al punto la herencia de la corona y la inviolabilidad de la persona real, y la

* Presentáronsele estos articulos el 20 de setiembre.

Asamblea, que sinceramente estaba por el rey como su primer magistrado hereditario, votó los dos artículos por aclamacion. Se propuso la inviolabilidad del heredero presuntivo, pero el duque de Montemart contestó al punto, que varias veces los hijos habian intentado destronar á suspadres, y que convenia tener el recurso de castigarlos; por lo cual se desechó la proposicion. El diputado Arnoult, acerca del artículo sobre la herencia por linea de varon y de rama, propuso confirmar las renunciaciones de la rama de España, hechas en el tratado de Utrecht. Sostúvose que no habia lugar á deliberacion, para no indisponerse con un aliado fiel: Mirabeau fué de este dictámen, y la Asamblea pasó al orden del dia; pero de improviso, Mirabeau para manifestar de que se habia opinado equivocadamente, quiso volver á la cuestion que él mismo habia contribuido á alejar. La casa de Orleans se hallaba en competencia con la de España, en caso de estincion de la rama reinante. Mirabeau habia visto un grande afan en pasar al orden del dia. Poco relacionado con el duque de Orleans, aunque familiar con él, como sabia estarlo con todos, quería sin embargo conocer el estado de los partidos, y ver cuales eran los amigos y enemigos del duque. Presentábase la cuestion de regencia, y en caso de minoria, los hermanos del rey no podian ser tutores de su sobrino, puesto que eran herederos del real pupilo, y por consiguiente poco interesados en su conservacion. Pertenezia pues la regencia al pariente mas cercano, y este era, ó la reina y el duque de Orleans, ó la familia de España. Mirabeau propone el que no se dé la regencia sino á un hombre nacido en Francia: «El conocimiento, dice, que tengo de

«la geografía de la Asamblea, y el punto de donde
 «han salido los gritos del orden del día, me prue-
 «ban que no se trata aquí sino de una dominación
 «extranjera, y que la proposición de no deliberar,
 «al parecer española, es quizá austriaca; propongo,
 «pues, que no pueda encargarse de la regencia sino
 «un hombre nacido en Francia.» A estas palabras
 resuenan varios gritos; la discusión vuelve á prin-
 cipiar con una violencia extraordinaria, y los de la
 oposición continúan pidiendo el orden del día. En
 vano les repite á cada instante Mirabeau, que no
 pueden tener mas que un motivo, y es el de traer
 á Francia una dominación extranjera, á lo cual no
 responden, porque en efecto la preferían al duque
 de Orleans; y en fin, despues de una discusión de
 dos días, se declaró nuevamente que no habia lugar
 á deliberar. Pero Mirabeau habia conseguido su in-
 tento, viendo pronunciarse los partidos, y esta ten-
 tativa no podia menos que acusarle, pasando desde
 entonces por un agente del partido de Orleans (7).

Ac calorada todavía con esta discusión, recibió la
 Asamblea la respuesta del rey á los artículos del 4
 de agosto. El rey aprobaba su tenor, no prestando
 á algunos mas que una adhesión condicional, espe-
 ranzado de que se modificarían al ejecutarlos, y re-
 noyando sobre la mayor parte, las observaciones
 hechas en la discusión, y rechazadas por la Asam-
 blea. Vuelve Mirabeau á la tribuna y dice: «No he-
 «mos examinado la superioridad de la potestad cons-
 «tituyente sobre la ejecutiva; en cierto modo he-
 «mos arrojado un velo sobre esos puntos (pues en
 efecto la Asamblea habia explicado en su favor
 el modo de entenderlos, sin decretar nada respecto
 á ellos); pero si se combate nuestra potestad cons-

«tituyente, nos obligarán á declararla. Trátese de
 «esto francamente y sin mala fé; concebimos las
 «dificultades de la ejecución, pero no lo exigimos.
 «Por tanto, pedimos la abolición de los cargos, pero
 «indicando para lo venidero el reintegro y su hipot-
 «teca; declaramos el impuesto que sirve de congrua
 «al clero, destructor de la agricultura, pero entre
 «tanto que se suple con otra cosa, disponemos el
 «cobro del diezmo; abolimos las jurisdicciones de
 «señoríos, pero dejándolas existir hasta que se es-
 «tablezcan otros tribunales. Lo mismo sucede con
 «los demas artículos, que no encierran generalmen-
 «te sino principios que es necesario irrevocar al
 «promulgarlos; y mas cuando aunque fuesen ma-
 «los, ya están al alcance de todo el mundo, y es
 «imposible revocarlos. Repetimos ingenuamente al
 «rey lo que decia su loco al absoluto Felipe II: ¿Que
 «harías tú Felipe, si todos dijeran sí, cuando tú di-
 «ces no?

La Asamblea encargó de nuevo á su presidente
 que se volviese otra vez al rey para pedirle la pro-
 mulgación, y el rey la concedió. Deliberando por
 su parte la Asamblea sobre la duración del *velo* sus-
 pensivo, lo estendió á dos legislaturas, pero come-
 tió el desacierto de dejar entrever, que venia á ser
 una compensación que se daba á Luis XVI, por las
 concesiones que acababa de hacer á la opinión.

Mientras que en medio de los obstáculos inter-
 puestos por la mala voluntad de los privilegiados y
 por los arrebatos populares, seguia su intento la
 Asamblea, se acumulaban ante ella otros apuros,
 ocasionando el triunfo á sus amigos. Esperaban que
 se estrellase en la penuria de la hacienda, como ha-
 bia sucedido á la misma corte. El primer emprésti-

to de 30 millones no se habia conseguido; y otro de 80, dispuesto por una nueva proposicion de Necker, * no habia tenido mejor resultado.—Continuad discutiendo, dijo un dia M. Degouy-Darcy, dejad que pasen los plazos, que en concluyéndose ya no existiremos.... ¡Voy á manifestaros terribles verdades!—¡Al órden! ¡al órden! claman unos.—No, no, hablad, responden otros.—Levántase un diputado y dice: Continuad M. Degouy, esparcid la alarma y el terror. ¿Y qué, qué sucederia? daremos una parte de nuestra fortuna, y todo estará concluido.—M. Degouy continua: «Los empréstitos votados nada han producido; no hay 40 millones en el erario.—Al acabar estas palabras lo cercan de nuevo, lo vituperan y le imponen silencio. El duque de Aiguillon, presidente de la comision de hacienda le desmiente, probando que debe haber en caja hasta 22 millones. Le recuerda sin embargo que los viernes y sábados se dedicarán especialmente al ramo de hacienda.

Llega por fin Necker todo angustiado con sus continuos esfuerzos, y renueva sus perpétuos lamentos, reconviniendo á la Asamblea que nada ha hecho en favor de la hacienda, despues de cinco meses de trabajos. Los empréstitos no se habian conseguido, porque las turbulencias habian destruido el crédito. Los capitales se ocultaban y los del extranjero no se habian presentado en las dos operaciones propuestas. La emigracion y el desvio de los viajeros habian tambien disminuido el numerario, y casi no habia para las necesidades diarias. El rey y la reina habian tenido que enviar su bajilla á la casa

Decreto del 27 de agosto.

de la moneda, y por lo tanto pide Necker una contribucion de la cuarta parte de la renta asegurando que estos medios le parecen suficientes. Una comision se dedica por espacio de tres dias al exámen de este plan y lo aprueba por entero siendo de admirar que el mismo Mirabeau, enemigo declarado del ministro, toma el primero la palabra para obligar á la Asamblea á que consienta en este plan sin discutirlo. «No teniendo tiempo, dijo, para irlo analizando, no debe ella cargar con la responsabilidad del éxito, aprobando ó desaprobando los medios propuestos.» Por este motivo, aconseja que se vote en seguida y en confianza. La Asamblea predominada se adhiere á esta proposicion; y dispone que Mirabeau se retire para redactar el decreto. Cálmase entretanto el entusiasmo, y los enemigos del ministro alegan que hay otros recursos donde él no los vé. Sus amigos al contrario, atacan á Mirabeau y se quejan de que ha intentado agorarlo con la responsabilidad de los acontecimientos. Preséntase Mirabeau y lee su decreto.—«Vos destrozais el plan del ministro, esclama M. de Virieu.—» Mirabeau que nunca retrocedia sin contestacion, manifiesta francamente sus motivos y confiesa que le han adivinado, cuando dijo que queria hacer pesar sobre M. Necker la responsabilidad de los acontecimientos: dice que no tiene el honor de ser su amigo; pero que aunque fuese el mas íntimo siendo ante todo ciudadano, no titubearia en comprometerle á él mas bien que á la Asamblea; que no creeria hallarse el reino en peligro aun cuando M. Necker se hubiese equivocado; y que por el contrario, la salvacion pública quedaria muy comprometida, si la Asamblea hubiera perdido su cré-

dito equivocándose en una operacion decisiva; y concluye proponiendo se dé una proclama para escitar el patriotismo nacional, y apoya el proyecto del ministro.

Lo aplauden, pero continua la discusion, y haciéndose mil proposiciones, pásase el tiempo en vanas sutilezas. Cansado de tantas contradicciones, y acosado por la urgencia de las necesidades, súbese por la última vez á la tribuna, apodérase de ella, fija de nuevo el punto con una admirable precision, y presenta la imposibilidad de sustraerse á la necesidad del momento. Inflamándose entonces su genio, pinta los horrores de una bancarrota, preséntala como un impuesto desastroso, que en vez de pesar ligeramente sobre todos, solo cae sobre algunos para agobiarlos; muéstrala como una sima en donde se precipitan victimas vivientes, y que no se cierra aun despues de haberlas devorado, por cuanto se sigue debiendo, despues de haber rehusado pagar. Llenando en fin de terror á la Asamblea la dice: «El otro dia con motivo de una mocion ridicula del Palacio real: hubo quien gritó: Está Catilina á las puertas de Roma y aun continuais de liberando! y por cierto que alli no habia Catilina, ni peligro, ni Roma, y hoy está ahí la horrorosa bancarrota amenazando concluir con vuestro honor, vuestras fortunas, y estais deliberando *!»

A estas palabras levantóse enagenada la Asamblea arrojando gritos de entusiasmo. Un diputado quiere responder, adelántase, pero espantado de su empeño, queda inmóvil y sin voz. Entonces la Asamblea declara, que oido el informe de la comi-

* Sesiones del 24 y 26 de setiembre.

sion, adopta en confianza el plan del ministro de hacienda. Tuvo Mirabeau la satisfaccion del triunfo de la elocuencia, pero solo podia conseguirle el que tuviese igualmente su razon y sus pasiones.

CAPITULO IV.

Intrigas de la corte.—Banquete de los guardias de Corps y de los oficiales del regimiento de Flandes en Versalles.—Jornadas del 4, 5 y 6 de octubre; escenas tumultuosas y sangrientas.—Asalta la muchedumbre el palacio de Versalles.—Viene el rey á residir á Paris.—Estado de los partidos.—El duque de Orleans abandona la Francia.—Negociaciones de Mirabeau con la corte.—Trasládase la Asamblea á Paris.—Ley sobre los bienes del clero.—Juramento cívico.—Tratado de Mirabeau con la corte.—Bouillé.—Negocio de Favras.—Planes contrarrevolucionarios.—Clubs de los jacobinos y de los fuldenses.

En tanto que la Asamblea iba aplicando así la mano á todas las partes del edificio, se estaban preparando grandes acontecimientos. Con la reunión de los Estamentos, habia recobrado la nacion su omnipotencia legislativa y constituyente, y con el 14 de julio se habia armado para sostener á sus representantes. El rey y la aristocrácia quedaban por lo tanto desarmados y sin arrimo, no teniendo para si mas que el amor á sus derechos, en que nadie se interesaba; y colocados en presencia de una nacion dispuesta á concebirlo todo y á ejecutarlo completamente: la corte sin embargo, retirada en una poblacion pequena, habitada unicamente por su servidumbre, estaba en cierto modo fuera del influjo popular, y aun podia asestar un golpe de mano contra la Asamblea. Era natural que

Paris situado á pocas leguas de Versalles, como capital del reino y morada de una inmensa muchedumbre, propusiese atraer al rey á su seno, para separarlo de todo influjo aristocrático, y para recobrar las ventajas que procura á una ciudad la presencia de la corte y del gobierno. Menoscabada la autoridad del rey, faltaba únicamente asegurarse de su persona, y así lo iba disponiendo el curso de los acontecimientos, oyéndose por todas partes el clamor de: «*Que vuelva el rey á Paris!*» No pensaba ya la aristocrácia en defenderse contra nuevos descabros, menospreciando lo que le quedaba para dedicarse á conservarlo, y deseaba lo mismo que el partido popular, un cambio violento. Infalible es una revolucion cuando dos partidos se unen para quererla; ambos contribuyen al acontecimiento, pero el mas fuerte se aprovecha del resultado. Mientras los patriotas deseaban traer al rey á Paris, la corte meditaba llevarle á Metz, dondè como plaza fuerte, mandaria cuanto quisiera, ó por mejor decir, todo lo que se dispusiera en su favor. Los cortesanos formaban planes, estendian voces de proyectos; procuraban reclutar gente, y entregándose á vanas esperanzas, empeoraban su causa con imprudentes amenazas. D'Estaing, poco antes tan célebre á la cabeza de nuestras escuadras, mandaba la guardia nacional de Versalles, y queria ser fiel á la nacion y á la corte, ejecutando un papel difícil, siempre calumniado, y que solo una grande firmeza puede hacerlo honorífico. Enteróse de los manejos palaciegos, y los mas grandes personajes estaban en el número de los maquinadores. Citábaseles los testigos mas fidedignos, y escribió

á la reina una carta muy conocida, en donde le hablaba con una firmeza respetuosa de la impropiedad y del peligro de tales intentos. Nada ocultó; fué nombrando á todos (8), pero la carta quedó sin efecto porque al casar tales empresas, debia la reina esperar reconvencciones y no es trañarlas.

Por entonces se presentaron en Versalles multitud de hombres nuevos, y aun se vieron uniformes desconocidos. Se retuvo la compañía de los guardias de Corps que salia de servicio y se llamaron á algunos dragones y cazadores de los tres Obispados. Los guardias franceses que habian dejado el servicio del rey, irritados porque se confiase á otros, quisieron marchar á Versalles para tomarlo de nuevo; aunque indudablemente no tenian razon para quejarse, pues ellos mismos habian abandonado el servicio; pero fueron, segun se dice, estimulados á este proyecto, y aun se afirmó por entonces que la corte misma lo habia ideado con el fin de atemorizar al rey y llevarlo á Metz, como lo comprueba el hecho siguiente. Despues de los motines del Palacio real, Lafayette para defender el camino de París á Versalles, habia colocado un destacamento en Sevres, y aunque precisado á retirarlo por las instancias de los diputados de la derecha, consiguió detener á los guardias franceses y disuadirlos de su propósito. Escribió confidencialmente al ministro Saint-Priest para avisarle de lo que habia pasado, y disipar enteramente sus temores; pero abusando de la confianza, mostró la carta á D'Estaing, quien la comunicó á los oficiales de la guardia nacional de Versalles y al ayuntamiento,

para informarles de los peligros que habian amenazado á aquella ciudad y de los que podian sobreenvenirle todavia. Dispúsose por lo tanto traer el regimiento de Flandes; y aunque algunos batallones de la guardia de Versalles se opusieron, el ayuntamiento continuó en su demanda y el regimiento vino. Poca fuerza era esta contra la Asamblea, pero la necesaria para arrebatár al rey y proteger su evasión. D'Estaing informó á la Asamblea nacional de las medidas que se habian tomado, y obtuvo su aprobacion. Llegó el regimiento, y el aparato militar que le seguia, aunque poco considerable, no dejó de ocasionar murmullos. Los guardias de Corps y los cortesanos, rodearon á los oficiales, los agasajaron, y como antes del 14 de julio aparecieron coaliciones é inteligencias, y se concibieron grandes esperanzas.

La confianza de la corte aumentaba los recelos de París; y no tardó en irritarse el pueblo, al saber las fiestas y regocijos de Versalles, mientras que de todo se carecia en París. El 2 de octubre, intentan los guardias de Corps dar un convite á los oficiales de la guarnicion, el cual se celebra en el salon del teatro. Liénanse los palcos de espectadores palaciegos: los oficiales de la guardia nacional entran tambien en el número de los convidados; durante el festin reina la mas viva alegria, y luego los vios la cambian en exaltacion. Introdúcense entonces los soldados de los regimientos, y los convidados desenvainando las espadas, brindan á la salud de la familia real, rehusando u omitiendo por lo menos la de la nacion; dieron los clarines el toque de carga, á cuyo sonido, trepando los concurrentes por los pal-

cos, principiaron á entonar la cancion tan conocida ¡*O Richard! O mon roy! L' univers t' abandonne!* Oh! Ricardo! ¡Oh mi rey! ¡el universo te abandonó! Prometen morir por el rey, como si hubiera estado en el mayor peligro, y últimamente no tiene límites el delirio. Repártense escarapelas blancas ó negras, pero todas de un solo color. Los jóvenes de ambos sexos se encienden en recuerdos caballerescos, y en aquel momento es hollada la escarapela nacional. Este hecho se ha negado después; pero el vino ¿no lo hace todo creíble y disculpable? y además ¿á qué vienen esas reuniones que no producen por una parte sino una adhesión engañosa, y por otra una irritación verdadera y terrible? En aquel momento acuden en busca de la reina, y esta consiente en venir al convite; rodean al rey que volvía decaza, y le llevan también; y arrojándose á los pies de ambos, los conducen triunfalmente hasta sus habitaciones. Grato es sin duda, á quien se cree despojado y amenazado, hallar algunos amigos; pero ¿por qué engañarse así sobre sus derechos, su fuerza y sus medios?

Al momento corrió la noticia de esta función, é indudablemente la imaginación popular al referir los hechos añadió su propia exageración, á la que habia producido el festín. Las promesas hechas al rey se tomaron como amenazas á la nación; aquella prodigalidad fue mirada como un insulto á la miseria pública, y los gritos *á Versailles!* principiaron con mas violencia que nunca. De este modo las causas pequeñas se reunian para ayudar al efecto de las generales; algunos jóvenes se presentaron en París con escarapelas negras y fueron perseguidos: uno de ellos fue arrastrado por el

pueblo, de modo que el Ayuntamiento se vió obligado á prohibir las escarapelas de un solo color.

Al dia siguiente del funesto banquete, sucedió una escena casi igual en un desayuno dado por los guardias de Corps en el picadero. Presentáronse de nuevo á la reina, quien les dijo que estaba satisfecha de la fiesta anterior: escuchábanla con placer, porque con menos reservas que el rey, esperaban de su boca la confesion de los sentimientos de la corte, y todas sus palabras se repetian de unos en otros. La irritación llegó al colmo y se debian esperar los mas siniestros acontecimientos. Necesario era un movimiento al pueblo y á la corte; al pueblo, para apoderarse del rey; y á la corte para que el miedo le obligase á refugiarse en Metz. Convenia igualmente al duque de Orleans, quien esperaba obtener la regencia del reino, si el rey se alejaba: y aun se ha dicho que este príncipe aspiraba á la corona, lo cual no es creíble, porque no tenia energia bastante para tamaña ambicion. Las ventajas que debió esperar de esta nueva insurrección, le han acusado de participe indebidamente; pues no pudo determinar su impulso, porque era el resultado de la fuerza de las cosas; y así cuando mas la secundaria; aunque respecto á esto, ni la sumaria que se entabló, ni el tiempo que todo lo descubre, han manifestado huella alguna de un concertado plan. Sin duda el duque no ha estado en él, así como durante toda la revolucion, sino en pos del movimiento popular, derramando tal vez algun oro, dando lugar á hablillas, y no teniendo sino vagas esperanzas.

Conmovido el pueblo por las discusiones sobre

el *reto*, enfurecido por las escarapelas negras, vejado por continuas patrullas y hambriento además, estaba dispuesto a sublevarse. Bailly y Necker no habian omitido nada para acudir á los abastos; pero ya por la dificultad de los transportes, ya por los asaltos del tránsito, y ya en fin, por la imposibilidad de suplir el impulso voluntario del comercio, escaseaban las harinas. El 4 de octubre fué mayor que nunca la agitacion: hablábase de la partida del rey á Metz, y de la necesidad de ir á buscarle á Versailles; acechábanse las escarapelas negras y en todas partes se clamaba por pan. Numerosas patrullas lograron contener al pueblo; y la noche fué bastante sosegada. Al día siguiente 5, los grupos se presentaron desde la madrugada. Las mugeres se dirijieron á las tahonas; faltaba pan, y corrieron al Ayuntamiento para quejarse á los representantes. Estos no estaban todavía en sesion, y habia un batallon de la guardia nacional en la plaza: únense algunos hombres á las mugeres, pero estas los rechazan, diciendo que los hombres no saben obrar, arrojándose entonces sobre el batallon y le hacen retroceder á pedradas; echanabajo una puerta; invaden la casa de Ayuntamiento, y armados los foragidos con lanzas se precipitaron en union de las mugeres y quisieron incendiarla. Consiguieron desviarlos, pero se apoderaron de la puerta que conducia á la campana mayor y tocaron á rebato. Pusiéronse entonces en movimiento los arrabales, y un ciudadano llamado Maillard, de los que se habian señalado en la toma de la Bastilla, consultó con el comandante del batallon de la guardia nacional para arbitrar un medio de librar la casa de Ayunta-

miento de aquellas mugeres furibundas; pero el oficial no se atrevió á aprobar el medio propuesto de reunir las, so pretexto de ir á Versailles, sin cumplirlo. Sin embargo, Maillard se decidió, toma un tambor y al momento las arrastra tras de sí. Armadas de palos, mangos de escoba, escopetas y cuchillos, baja con tan singular ejército por el pretil, atraviesan el Louvre, conducelas á su pesar por las Tullerías y llega á los campos Eliseos. Allí consigue desarmarlas haciéndolas entender que era mejor presentarse á la Asamblea como suplicantes que como furias armadas. Consienten en ello, y Maillard se vé obligado á conducir las á Versailles, porque ya no era posible disuadir las. Todo en aquel momento se encaminaba al mismo punto; marchaban pelotones arrastrando artillería; y otros rodeaban á la guardia nacional, la cual ostigaba á su jefe para conducirlo á Versailles; blanco de todos los deseos.

En este tiempo estaba la corte tranquila, pero la Asamblea recibia con alboroto un mensaje del rey. Habia presentado á su aceptacion los artículos constitucionales y la declaracion de los derechos: la respuesta debia ser una aceptacion pura, y sencilla su promulgacion. El rey por segunda vez sin explicarse lo bastante, dirijia observaciones á la Asamblea; accedia á los artículos constitucionales sin aprobarlos; hallaba buenas máximas en la declaracion de los derechos, pero necesitaban esplicaciones; y por último decia que no podia juzgarse del todo, sino cuando se acabase el conjunto de la Constitucion. Podia sin duda sostenerse esta opinion que era la de muchos publicistas, pero ¿era oportuno espresarla en aquel momento? apenas se lee la res-

puesta cuando se levantan quejas. Robespierre dice que el rey no puede criticar á la Asamblea; Duport, que esta contestacion debia ir firmada por un ministro responsable. Petion se vale de este pretexto para recordar el convite de los guardias de Corps, y manifiesta las imprecaciones proferidas contra la Asamblea. Gregoire habla de la penuria, y pregunta por qué se ha dirigido una carta á un molinero prometiéndole doscientas libras por semana si deja de moler. Nada probaba la carta, puesto que todos los partidos podian haberla escrito, sin embargo, escita un gran ruido, y M. de Monspey intima á Petion que firme su denuncia. Entonces Mirabeau, que habia desaprobado en la tribuna el paso de Petion y de Gregoire, se presenta para responder á M. de Monspey. «Yo he sido el primero, dice, que ha desaprobado esas denuncias impoliticas; pero puesto que se insiste, yo mismo propondré «y firmaré cuando se haya declarado, que en Francia no hay mas inviolabilidad que la del rey» A tan terrible apóstrofe todos enmudecen y vuelven á la respuesta del rey. Eran las once de la mañana cuando saben los movimientos de Paris. Adelántase Mirabeau hácia el presidente Mounier, que electo recientemente á pesar del Palacio real, y amenazado de una caída gloriosa, iba á desplegar en esta triste jornada una incontestable firmeza; Mirabeau se le acerca:—Paris, le dice, viene sobre nosotros; fingid una repentina indisposicion; id á palacio y aconsejad al rey que acepte llana y terminantemente.—Viene Paris? tanto mejor, responde Mounier; que nos maten á todos, pero á todos, y el Estado ganará.—¡No deja de tener gracia la ocurrencia! responde Mirabeau, y se vuelve á su

asiento. Continua la discusion hasta las tres, y se decide que el presidente se presente al rey para pedirle su aceptacion pura y sencilla. En el momento en que Mounier salia para ir á palacio se anuncia una diputacion; eran Maillard y las mugeres que le habian seguido. Pide Maillard audiencia, le introducen, y tras él se precipitan las mugeres en el salon. Espone entonces lo sucedido, la falta de pan y la desesperacion del pueblo; habla de la carta al molinero, y añade, que una persona que ha encontrado en el camino, le ha dicho que un párroco estaba encargado de denunciarla. Este era Gregoire, quien como se ha visto, acababa de verficarlo. Una voz acusa entonces al obispo de Paris, Joigne, de ser el autor de la carta: voces de indignacion se levantan para rechazar el cargo hecho al virtuoso prelado; llaman al órden á Maillard y su diputacion, diciéndole que se habian tomado todos los medios necesarios para abastecer á Paris; que el rey no ha olvidado nada; que se le va á suplicar tome nuevas medidas; que conviene retirarse, y que la alarma no es el medio de atajar la carestia. Mounier sale entonces para ir á palacio, pero las mugeres le rodean, y se empeñan en acompañarle; rehúsalo al pronto, pero tiene que admitir hasta seis de ellas, atravesando por las gavillas que habian llegado de Paris armadas de picas, y de hachas. Estaba diluviando: un destacamento de guardias de Corps cae sobre la multitud que rodea al presidente y la dispersa; pero las mugeres alcanzan de nuevo á Mounier, que llega por ultimo á palacio, en donde estaban colocados en batalla el regimiento de Flandes, los dragones, los suizos y la milicia nacional de Versailles. En vez de

seis mugeres se ve obligado á introducir doce. El rey las acoje con benevolencia, deplora su infelicidad, y todas se conmueven. Una de ellas, jóven y hermosa, turbada á la vista del monarca, apenas puede pronunciar la palabra: *Pan!* Enternecido el rey la abraza, y las mugeres con este recibimiento se marchan conmovidas. Sus compañeras las reciben á la puertá del palacio, y no quieren creer su relacion diciendo, que se han dejado seducir y se preparan á despedazarlas. Los guardias de Corps, mandados por el conde de Guiche acuden para separarlas; varios tiros salen de distintos puntos, caen dos guardias y quedan heridas muchas mugeres. No lejos de aquel sitio, un hombre del pueblo á la cabeza de algunas mugeres, penetra por entre las filas de los batallones y se adelanta hasta la verja de palacio. M. de Savonnières le persigue, pero recibe un tiro que le rompe un brazo. Estas escaramuzas por una y otra parte producen una gran irritacion, é instruido el rey del peligro, manda á sus guardias que no hagan fuego, y que se retiren á su cuartel; pero en tanto que lo verifican se cruzan algunos tiros entre ellos y la guardia nacional de Versalles, sin que pueda saberse cuáles han sido los primeros.

En medio de tal desórden estaba el rey en el consejo y Mounier esperaba impaciente su contestacion, haciéndole repetir por momentos que sus funciones le llamaban á la Asamblea, que la noticia de la sancion calmaria todos los espíritus, y que iba á retirarse sino se le respondia, porque no queria estar mas tiempo ausente de su puesto. Agitábase en el consejo si el rey partiria; su sesion duró desde la seis hasta las diez de la noche; y el rey,

segun se dice, no quiso dejar vacante el asiento al duque de Orleans. Pretendióse que la reina y los infantes se marchasen, pero el tropel detuvo á los carruages apenas se presentaron, y ademas la reina estaba absolutamente resuelta á no separarse de su esposo. Por último, á las diez recibió Mounier la aceptacion sencilla y terminante, y volvió á la Asamblea. Ya se habian marchado los diputados, y las mugeres ocupaban el salon; dijoseles que el rey habia aceptado, lo cual les pareció maravilloso, y le preguntaron si su suerte seria mejor, y particularmente si tendrian pan. Mounier le respondió lo mejor que pudo y les hizo repartir cuanto pan fué posible reunir. En aquella noche en que no era facil dar con los mas culpados, lo fué el Ayuntamiento en no proveer á las necesidades de aquella multitud hambrienta, á quien la falta de pan habia arrojado de Paris, y que tampoco pudo hallarlo en el camino.

En este estado se supo la llegada de Lafayette. Ocho horas habia luchado con la milicia nacional de Paris, que queria dirigirse á Versalles, y uno de sus granaderos le habia dicho: «General, no nos engañais, pero os engañan; en vez de volver nuestras armas contra las mugeres, vamos á Versalles á buscar al rey, y á asegurarnos de sus disposiciones colocándolo en medio de nosotros.» Lafayette habia resistido á las instancias de su ejército y á las oleadas de la muchedumbre. Sus soldados no le eran adictos por la victoria, sino por la opinion que gozaba entre ellos, y abandonándole esta, no podia conducirlos mas. Sin embargo, habia podido conseguir detenerlos hasta la noche; pero su voz no alcanzaba mas que á cierta distancia, y mas allá

nada detenía el furor del pueblo. Su cabeza habia estado muchas veces amenazada, y á pesar de ello continuaba resistiendo. Sabia no obstante que no cesaban de salir pelotones de Paris, y que dirigiéndose la insurreccion á Versalles, su deber era acudir allí. Mandóselo tambien el Ayuntamiento, y partió; detuvo en el camino á su ejército; hizole prestar juramento de fidelidad al rey, y llegó á Versalles á media noche. Participó á Mounier que el ejército habia prometido llenar su deber, y que nada se haria contrario á la ley. Corrió á palacio, manifestó su respeto y desconsuelo, participó al rey las precauciones que se habian tomado y le aseguró su adhesion y la del ejército. El rey pareció tranquilizarse y se retiró á descansar. Habíase negado la guardia de palacio á Lafayette, concediéndole únicamente los puntos exteriores, y los demas se destinaron al regimiento de Flandes, cuyas disposiciones no eran seguras, á los suizos y á los guardias de Corps. Estos al principio tuvieron orden de retirarse, y habiéndolos llamado de nuevo, no pudieron juntarse en su puesto sino un corto número. En medio de la turbacion no se habian defendido todos los puntos accesibles, y aun habia quedado abierta una verja. Lafayette ocupó los que se le habian confiado al exterior, y ninguno de ellos fué forzado ni atacado.

A pesar del tumulto, seguia la Asamblea en su sesion discutiendo sobre las leyes penales con la actitud mas imponente. De cuando en cuando el pueblo interrumpia la discusion pidiendo pan. Cansado Mirabeau, exclamó con una voz de trueno, que la Asamblea no tenia que recibir leyes de nadie, y que maudaria despejar las tribunas. El pueblo aco-

jió su apóstrofe con aplausos, pero con todo no convenia á la Asamblea resistir mas tiempo; y habiendo Lafayette noticiado á Mounier que todo le parecia tranquilo y que podia despedir á los diputados, se separaron como á la media noche, emplazándose para el siguiente dia 6 á las ocho de la mañana.

Habíase ido esparciendo el pueblo por todas partes y parecia tranquilo. Lafayette, animado con el afecto de su ejército, que á la verdad no se desmintió, y por la tranquilidad que parecia reinar en todas partes, resguardó el cuartel de los guardias de Corps y distribuyó numerosas patrullas. Hallábase en pie todavia á las cinco de la mañana, y creyéndolo todo tranquilo, tomó una limonada y quedó reudido sobre una cama para disfrutar el reposo, de que estaba privado hácia mas de veinte y cuatro horas(9).

Ya en aquella principiaba el pueblo á despertarse y recorria los alrededores de palacio. Trábase una reyerta con un guardia de Corps que hace fuego desde las ventanas; arrojáanse los foragidos al momento, atraviesan la verja que habia quedado abierta, suben una escalera que encuentran libre y son detenidos por dos guardias que se defienden heroicamente, cediendo el terreno paso á paso, y retirándose de puerta en puerta. Uno de estos generosos defensores era Miomandre, el cual exclamó; «¡Salvad á la reina!» Oyóse este grito, y la reina se refugió temblando al cuarto del rey. Mientras que ella iba huyendo, precipitáanse los foragidos; hallan el lecho real abandonado, y quieren penetrar mas allá; pero fueron felizmente detenidos de nuevo por los guardias de Corps atrincherados en bastante número sobre aquel punto. A

la sazón, los guardias franceses de Lafayette, apostados cerca del palacio oyen el estruendo, acuden y dispersan á los foragidos. Presentanse á la puerta detrás de la cual estaban atrincherados los guardias de Corps: «Abrid, les gritan; no se han olvidado los guardias franceses de que en Fontenoy salvásteis á su regimiento!» Abren y se abrazan.

Reinaba por fuera el mayor desorden. Lafayette que descansaba apenas algunos minutos y que aun no se había dormido, oye el estrépito, se abalanza al primer caballo, se precipita en medio de la refriega, y encuentra á varios guardias que iban á ser degollados. Mientras los rescata, manda á los suyos que corran á palacio, y viene á quedar casi solo en medio de los foragidos. Uno de ellos le apunta; Lafayette sin turbarse, manda al pueblo que se lo traigan; el pueblo se apodera del culpable, y á la vista de Lafayette le rompe la cabeza contra el empedrado. Lafayette, despues de haber salvado á los guardias, vuela con ellos á palacio, y halla ya á sus granaderos. Todos le rodean y le prometen morir por el rey; y en este momento, los guardias libertados de la muerte exclamaban: *viva Lafayette!* Toda la corte que se veía en salvo por él y su tropa, reconocian deberle la vida, y estos testimonios eran generales. Madama Adelaide, tia del rey, corre y le estrecha en sus brazos diciéndole: General, nos habeis salvado la vida!

En aquel momento pedía el pueblo á grandes gritos que volviere á París Luis XVI. Celébrase consejo, y convocado á él Lafayette, no asiste por no coartar la libertad de votos. Decidese por último que se preste la corte á los deseos del pueblo. Arrójanse papeléas por las ventanas con esta noticia.

Presentase entonces Luis XVI al balcón, acompañado del general, y lo reciben con los gritos de *viva el rey!* pero no sucede así con la reina; gritos amenazadores se levantan contra ella. Lafayette se le acerca y la dice: «Señora, que quereis hacer?—Acompañar al rey, responde la reina con valor.—Pues seguidme, la dice el general, y la conduce aturdida al balcón. Notanse algunas amenazas por hombres del pueblo; un tiro funesto podía salir; las palabras no se entendian, y había que hablar á los ojos. Inclinandose entonces, y tomando la mano de la reina, la besa el general respetuosamente. Este pueblo siempre francés, se enajena con aquella accion y confirma la reconciliacion con los gritos de *viva la reina! viva Lafayette!* Pero quedaba todavía que hacer la paz con los guardias de corps.—¿No hareis nada á favor de mis guardias? dijo el rey á Lafayette. Agarró este á uno, le lleva al balcón, y le abraza poniéndole su faja. El pueblo aplaude otra vez y ratifica con sus aclamaciones esta nueva reconciliacion.

La Asamblea no había creído decoroso acercarse al monarca, á pesar de haberlo pedido, contentándose con enviarle una diputacion de treinta y seis individuos. Luego que supo su partida, espidió un decreto, diciendo que era inseparable de la persona del monarca, y señaló cien diputados para acompañarle á París; el rey recibió el decreto y se puso inmediatamente en marcha.

Ya habían salido las pandillas principales, y Lafayette había enviado tras ellas un destacamento del ejército, para estorbar su retroceso, y desarmar á los foragidos que llevaban en la punta de sus lanzas las cabezas de dos guardias de corps.

Arrancáronles este terrible trofeo; y no es cierto que precediese al carruage del rey. Bajóse este en medio de una gran concurrencia, y fué recibido por Bailly en el Ayuntamiento.—Vuelvo lleno de confianza, dice el rey, al seno de mi pueblo de Paris.—Bailly repite estas palabras á los que no podían oírlas, pero olvida lo de la *confianza*.—Añadió lleno de *confianza*, dijo la reina.—Sois mas dichosa, exclamó Bailly, que si yo la hubiese pronunciado.

Entro la familia real en el palacio de las Tullerías, que hacia mas de un siglo no se habia habitado, y en el cual no habia habido tiempo para hacer ninguno de los preparativos necesarios. Confióse la guardia á las milicias parisenses, y Lafayette quedó encargado de responder á la nacion de la persona del rey, que se disputaban todos los partidos. Los nobles querian conducirlo á una plaza fuerte para ejercer en su nombre el despotismo; el partido popular, que no pensaba todavía en prescindir de él, queria conservarle para completar la constitucion, y arrebatár un gefe á la guerra civil. Por lo tanto la malevolencia de los privilegiados apellidó á Lafayette el carcelero; y sin embargo, su vigilancia no probaba mas que una cosa; el deseo sincero de tener un rey. Desde este momento, la marcha de los partidos se pronuncia de una manera nueva. La aristocracia, distante ya de Luis XVI, y no pudiendo ejecutar ninguna empresa á su arribo, se esparce por el extranjero y por las provincias. Desde entonces principia á ser considerable la emigracion, y un crecido número de nobles se marchan á Turin con el conde de Artois, que habia hallado un asilo en su suegro. Ci-

frase allí su politica en sublevar á los departamentos del Mediodia, y en suponer que el rey no está libre. La reina, que es austriaca y enemiga ademas de la nueva corte formada en Turin, vuelve sus esperanzas hacia el Austria. El rey en medio de estas tramas, lo ve todo, nada impide, y espera su salvacion de cualquier libertador. Poco á poco se va despojando de cuanto le pide la Asamblea, y en realidad no está libre, como no lo estaria en Turin y en Coblenza, ni como tampoco lo estuvo con Maurepas; porque el destino de los débiles en todos tiempos y en todas partes es vivir en la dependencia.

El partido popular, triunfante desde ahora, se halla dividido entre el duque de Orleans, Lafayette, Mirabeau, Barnave y los hermanos Lameths. La voz pública acusaba al duque de Orleans y á Mirabeau como autores de la última insurreccion. Testigos muy dignos de confianza aseguraban haber visto al duque y á Mirabeau en el lastimoso campo de batalla del 6 de octubre. Desmintieron luego estos hechos, mas dábales crédito por entonces. Los conjurados habian querido alejar y aun matar al rey, decian los mas audaces calumniadores: el duque de Orleans, se añadía, habia querido ser teniente general del reino, y Mirabeau ministro. Malogrados sus intentos por la presencia de Lafayette, pasaba este por libertador del rey, y por vencedor del duque y de Mirabeau. La corte que aun no habia tenido tiempo de manifestarse ingrata, confesaba deber su redencion á Lafayette; y desde este instante el poder del general parecia ilimitado, de tal manera que los patriotas exaltados le

comparaban á Cromwell en sus murmuraciones. Mirabeau, que como pronto veremos, no tenia relacion alguna con el duque de Orleans, concibió celos de Lafayette, y le llamaba Cromwell Grandisson. La aristocracia fomentaba estos desvios añadiendo sus propias calumnias; pero Lafayette estaba resuelto á sostener al rey y á la constitucion á pesar de todos los obstaculos, y por lo tanto resolvió apartar al duque, cuya presencia era el origen de innumerables habladurias, y podia suministrar medios, ó al menos pretextos, para otras turbulencias. Tuvo una entrevista con el principe; le intimidó con su firmeza, y le obligó á alejarse. El rey sabedor de este proyecto, fingió con su flaqueza ordinaria verse precisado á tomar estas medidas; y escribiendo al duque de Orleans, le dijo que era necesario que él ó M. de Lafayette se retirasen; que en el estado de las opiniones, la eleccion no era dudosa, y que por consiguiente el daba una comision para Inglaterra. Hase sabido despues que M. de Montmorin, ministro de negocios estrangeros, para libertarse de la ambicion del duque, lo habia dirigido hacia los Paisés-bajos, sublevados á la sazón contra el Austria, prometiéndole el titulo de duque de Brabante*; pero al saber sus amigos semejante resolucion se irritaron por su debilidad, pues mas ambiciosos que él no querian que cediese, y se dirigieron á Mirabeau comprometiéndole para que denunciase en la tribuna las violencias que ejercia Lafayette con el principe. Celoso Mirabeau de la popularidad del general, notició á entrambos que los iba

* Véanse las memorias de Dumonriez.

á delatar en la tribuna, si se verificaba la partida para Inglaterra. Vacilante el duque de Orleans se decide á una nueva intimacion de Lafayette; y recibiendo Mirabeau en la Asamblea un billete que anunciaba la partida del principe, exclamó con enojo: *no merece el trabajo que uno se toma por él* (40). Por esta espresion y otras muchas tan indiscretas, le han acusado de agente del duque de Orleans, sin que nunca lo fuera en realidad. Su astucia, la imprudencia de sus palabras, su familiaridad con el duque, que era igual á la que usaba con todos, la opinion que manifestó cuando se discutíó la cuestion de sucesion á la corona y los derechos de la rama española, y en fin, su resistencia á la partida del duque, debian escitar sospechas; pero no es menos cierto que Mirabeau carecia de partido, y no tenia otro objeto que destruir la aristocracia y el poder arbitrario.

Los autores de estas suposiciones hubieran debido saber que Mirabeau estaba reducido entonces á pedir prestadas algunas cortas sumas, lo cual no hubiera sucedido á ser agente de un principe inmensamente rico, y que se suponía arruinado por sus partidarios. Presentia ya Mirabeau la disolucion próxima del Estado: cierta conversacion que durante una noche entera tuvo con un amigo íntimo en el parque de Versailles, le indujo á un plan del todo nuevo, ideando para su gloria, la salvacion del Estado, y en fin para su propia fortuna (pues era muy capaz Mirabeau de abrigar todas estas pasiones juntas), permanecer incontrastable entre el trono y los desorganizadores, y consolidar la monarquía, proporcionándose en ella una colocacion. La corte habia tratado de ga-

narlo, pero lo hizo torpemente y sin el manejo necesario con un hombre de su arrogancia, y que queria conservar su popularidad á falta del aprecio que todavia no tenia. Malouet, amigo de Necker, y ligado con Mirabeau, queria ponerlos en comunicacion, pero este lo habia rehusado muchas veces, persuadido de que jamás podria estar acorde con el ministro. Sin embargo consintió en ello. Malouet le introdujo, pero la incompatibilidad de los dos caracteres resaltó mas en esta ocasion, en que, segun cuantos estuvieron presentes, desplegó Mirabeau la superioridad que tenia en la vida privada lo mismo que en la tribuna. Corrió la voz de que habia querido hacerse comprar y que no habiéndole hecho Necker proposicion alguna, dijo al salir: *el ministro tendrá noticias más; nueva interpretacion de los partidos, pero que tambien es falsa.* Malouet habia propuesto á Mirabeau que se manifestaba satisfecho ya con la libertad adquirida, que se entendiera con el ministro y nada más; en razon de que se estaba ya entablando una negociacion directa con la corte, siendo un principe extranjero, ligado con todos los partidos, el que planteó las primeras proposiciones; cuando un amigo que servia de mediador, manifestó que á Mirabeau jamás se le rebajaria en sus principios; pero que si se avenian con la constitucion, hallarian en él un apoyo incontrastable; que en cuanto á las condiciones, habian de ser dictadas por su situacion; que convenia al interés de los que le querian emplear, hacer que esta situacion

* MM. Malouet y Bertrand de Molleville no han dejado de afirmar lo contrario, pero el hecho que sentamos se halla confirmado por los testigos mas fidedignos.

fuese decorosa é independiente, es decir, pagarsus deudas; y que en fin se le debia ligar á un nuevo orden social, y sin conferirle actualmente el ministerio, darle esperanzas para lo venidero (41). Las negociaciones no se terminaron completamente hasta dos ó tres meses despues, á saber; al principio de 1790. Los historiadores, poco instruidos en estos detalles, y engañados por la perseverancia de Mirabeau en combatir al poder, han fijado para mas tarde el momento de este plazo. Sin embargo, casi estuvo concluido en el principio de 1790 como lo manifestaremos en su lugar.

Barnave y los Lameths no podian rivalizar con Mirabeau, sino por un estremado rigorismo patriótico. Instruidos de las negociaciones que habian mediado robustecieron la opinion ya propagada de que se le iba á conferir el ministerio, á fin de quitarle por este medio la facultad de aceptarlo. Una coyuntura se presentó luego para ello. Los ministros no tenian derecho de hablar en la Asamblea, y Mirabeau no queria, subiendo al ministerio, perder el uso de la palabra, que era el medio de su mayor influencia, deseando ademas, conducir á Necker á la tribuna para confundirlo allí. Con este motivo, propuso que se concediese voz consultiva á los ministros; y aunque el partido popular, alarmado, se opuso á ello sin motivo plausible, y manifestó temer las seducciones ministeriales, sus temores carecian de fundamento, pues el presentar solamente las comunicaciones publicas, no es el modo que emplean ordinariamente los ministros para corromper la representacion nacional. La proposicion de Mirabeau quedó desechada, y Lanjuinais, llevando todavia

mas lejos el rigorismo, propuso que se prohibiese a los diputados actuales aceptar el ministerio. La discusion fué violentisima, y aunque era sabido el motivo de aquellas proposiciones, no estaba patentizado. Mirabeau, en quien no cabia disimulo, exclamó al fin que no correspondia tomar por un solo individuo una disposicion funesta al Estado, y que se conformaba con el decreto, bajo la condicion de que se prohibiria el ministerio no á todos los diputados actuales, sino únicamente á M. de Mirabeau, diputado de la Senescalía de Aix. Tanta franqueza y audacia quedaron sin efecto, y el decreto fue adoptado por unanimidad.

Ya se deja conocer cómo se iba dividiendo el estado entre los emigrados, la reina, el rey y los diversos caudillos populares, tales como Lafayette, Mirabeau, Bernave y Lameths. Ya no era posible ningun acontecimiento decisivo como el del 14 de julio y 5 de octubre. Necesario era que nuevos motivos irritasen la córte y el pueblo, y produjesen un rompimiento estrepitoso.

La Asamblea, despues de haber recibido la certidumbre reiterada de tranquilidad por parte del Ayuntamiento y la promesa de una completa libertad en los votos, se habia trasladado á Paris. Mounier y Lally-Tolendal, indignados con los acontecimientos de los dias 5 y 6 de setiembre, habian hecho dimision de su plaza de diputados, diciendo que no querian ser ni espectadores ni cómplices de los crímenes de las facciones. Debieron luego sentir esta desercion del bien público, especialmente viendo á Maury y á Cazales, que se habian se-

Celebró su primera sesion en el palacio arzobispal el 19 de octubre.

parado de la Asamblea, acudir de nuevo para sostener con valor y hasta lo último la causa que habian abrazado. Mounier, en su retiro del Delfinado reunió los estados de la provincia, pero luego un decreto lo hizo disolver sin resistencia; y así Mounier y Lally que en la época de la reunion de los Estamentos y del juramento del juego de pelota, eran los héroes del pueblo, perdieron todo el crédito á sus ojos. Los Parlamentos eran los primeros que se habian quedado atras por la potestad popular; Mounier, Lally, y Necker marcharon detras de ellos, y á otros muchos les iba á suceder lo mismo.

La carestia, causa muy exagerada, pero verdadera de las agitaciones, ocasionó tambien la atrocidad de que el tahonero Francois fuese degollado por algunos foragidos.* Lafayette consiguió apoderarse de los culpables y los entregó al Chatelet, tribunal revestido de una jurisdiccion extraordinaria sobre todos los delitos relativos á la revolucion. Allí estaban encausados Besenval y todos los acusados por la conspiracion aristocrática destruida el 14 de julio. El Chatelet debia sentenciar segun el nuevo arreglo; y como el Jurado no se habia instituido todavia, la Asamblea habia decretado la publicidad, la defensa contradictoria, y todas las medidas preservadoras de la inocencia.—Los asesinatos de Francois fueron condenados, y la tranquilidad se restableció. Lafayette y Bailly propusieron con este motivo la ley marcial, la cual combatida vivamente por Robespierre, que desde entonces se manifestaba acalorado partidario del pueblo y de los pobres, fué sin embargo adoptada por la ma-

* 20 de octubre.

yoría (decreto del 21 de octubre). En virtud de esta ley, los Ayuntamientos respondían del sosiego público, y en caso de turbulencias se les encargaba requiriesen á la tropa y milicia, y que despues de tres intimaciones debían mandar la intervencion de la fuerza contra las asonadas. Establecióse una comision de pesquisas en el concejo de Paris y en la Asamblea nacional, para vigilar á los numerosos enemigos, cuyos manejos se cruzaban en todos sentidos, no siendo esto bastante para desbaratar los proyectos de tantos adversarios conjurados contra la nueva revolucion.

Entretanto seguian con actividad los trabajos constitucionales: habíase abolido el feudalismo, pero restaba tomar todavía una medida definitiva para destruir aquellos grandes cuerpos, que habian sido enemigos constituidos en el Estado contra el mismo Estado. El clero poseía inmensas propiedades adquiridas de los principes á título de gratificaciones feudales, ó de los fieles con el nombre de legados. Si las propiedades de los individuos, fruto y objeto del trabajo, debían respetarse, las que se habian dado á varios cuerpos con ciertos objetos, podían recibir de la ley otro destino. Habian sido dadas para el culto ó por lo menos bajo este pretesto; pero siendo la religion un servicio público, tenia la ley facultades para disponer el modo de subvenir á ella de otra manera diferente. El abate Maury desplegó en este asunto su facundia imperturbable, alarmó á los propietarios, los amenazó con una próxima invasion, y aparentó que se sacrificaban las provincias á los agiotistas de la capital, siendo tan singular su sofisma que merecía referirse. Disponíase de los bienes del clero

para pagar la deuda, cuyos acreedores eran los grandes capitalistas de Paris; los bienes que se les sacrificaban estaban en las provincias, y así el intrépido argumentista concluía que esto era inmolarlas á la capital; como si las provincias al contrario no saliesen muy gananciosas con el reparto de aquellas inmensas tierras, reservadas hasta entonces para el lujo de algunos eclesiásticos ociosos. Inútiles fueron los esfuerzos del abate Maury, pues el obispo de Autun, autor de la proposicion, y M. Thouret, destruyeron aquellos vanos sofismas. Iban ya á decretar la incorporacion de bienes eclesiásticos al Estado, pero los opositores insistían en la cuestion de propiedad. Contestábaseles que aun cuando fuesen propietarios, podían servirse de sus bienes, supuesto que en los casos urgentes del Estado se habian empleado en varias ocasiones. No lo negaron, y aprovechándose entonces Mirabeau de su confesion, propuso que se mudase la expresion *pertenecen*, en esta otra: *están á disposicion del Estado*: y se terminó la discusion al momento por una grande mayoría (ley de 2 de noviembre). Así destruyó la Asamblea el formidable poder del clero, el lujo de los grandes del reino, y se proporcionó los poderosos recursos para la hacienda que mantuvieron por tanto tiempo la revolucion. Al mismo tiempo aseguraba también la existencia de los párrocos decretando que sus sueldos no bajarían de 1200 francos; y añadía además, el goce de una casa parroquial, y de un huerto. Declaró que no conocía votos religiosos, y daba libertad á todos los esclaustrados, dejándoles sin embargo á los que quisieran, la facultad de continuar la vida monástica, y estando sus bienes su-

primidos se suplirian con pensiones , llevando aun mas lejos la prevision , que establecia ademas diferencia entre las órdenes ricas y las mendicantes , y proporcionaba el trato de unos y de otros segun su antiguo estado. Dispuso otro tanto con las pensiones , y cuando el jansenista Camus , deseoso de restablecer la sencillez evangélica , propuso reducir todas las pensiones á una misma cuota sumamente módica , la Asamblea , segun el dictámen de Mirabeau , las redujo proporcionalmente á su importe actual , y conforme al estado antiguo de los pensionados. No se podia tener mayor miramiento á los hábitos antiguos , y en esto se cifra el *verdadero respeto* á la propiedad. Del mismo modo cuando los protestantes espatriados por la revocacion del edicto de Nantes reclamaron sus bienes , la Asamblea no les devolvió sino los que estaban por vender.

Prudente y llena de consideracion con las personas , trataba con audacia las cosas , y se mostraba mas resuelta en materias de constitucion. Fijadas ya las prerogativas de los Grandes poderes , se trataba de dividir el territorio del reino , que siempre se habia dividido en provincias , unidas sucesivamente á la antigua Francia , y difiriendo estas en leyes , privilegios y costumbres , formaban el conjunto mas heterogéneo. Sieyès tuvo la idea de amalgamarlas con una nueva division que destruia las antiguas demarcaciones , y conducia todos los puntos del reino bajo un espíritu y una misma ley ; lo cual consiguió con la division en departamentos. Estos se subdividieron en distritos , y los distritos en municipalidades. Con todos estos grados se admitió el principio de la representacion.

La administracion departamental , la de distritos , y la de los comunes estaban confiadas á un consejo deliberante , y á otro ejecutivo , igualmente electivos. Estas varias autoridades dependian unas de otras y tenian en el ámbito de su jurisdiccion las mismas atribuciones. El departamento hacia el reparto del impuesto entre los distritos , el distrito entre las municipalidades y estas entre los individuos.

La Asamblea fijó despues la cualidad de ciudadano en el goce de los derechos politicos , exigiendo 25 años de edad y la contribucion de un marco de plata , con cuyas condiciones se titulaba activo el ciudadano , y pasivo sin ellas. Estos dictados sencillos se ridiculizaron , porque cuando se quieren despreciar las cosas , se echa mano de los nombres , á pesar de que aquellos eran naturales y expresaban bien su objeto. El ciudadano activo concurría á las elecciones para la formacion de las administraciones y de la Asamblea , cuyas elecciones tenian dos grados , sin exigirse condiciones para su desempeño ; porque como se habia dicho en la Asamblea , constituye elector la existencia en la sociedad , y elegible la sola confianza de los electores.

Interrumpidos estos trabajos por mil discusiones del momento , eran continuadas sin embargo con grande ardor. El lado derecho contribuia con su obstinacion á atajarlas , cuando se trataba de disputar la mas minima parte de influencia á la nacion. Los diputados populares al contrario , aunque formando diversos partidos se confundian ó se separaban sin chocar , segun su personal opinion ; siendo fácil de notar que para con ellos el conven-

cimiento podía mas que las relaciones. Veíanse á Thouret , Mirabeau , Duport , Sieyes , Camus y Chapelier alternativamente unidos ó encontrados, segun su parecer, en cada discusion. En cuanto á los miembros de la nobleza y del clero , solo figuraban en las discusiones de partido; y si los Par-lamentos pedian algun decreto contra la Asamblea, ó si algunos diputados escritores la habian ofendido , luego se ponian de su parte. Sostenian á los comandantes militares contra el pueblo , y á los tratantes negreros contra los negros, y opinaban contra la admision de judios y protestantes al goce de los derechos comunes; y en fin, cuando Génova se levantó contra la Francia á causa de la emancipacion de la Córcega y de su incorporacion al reino, tomaron partido en favor de Génova contra la Francia. En una palabra, estraños ó indiferentes en todas las discusiones útiles, desoyéndolas y hablando entre sí , no se movian sino cuando mediaban derechos ó libertad de rehusar * (12).

Como ya hemos dicho antes, no era posible intentar una grande conspiracion junto al rey, porque la aristocracia habia huido y la córte estaba cercada por la Asamblea, el pueblo y la milicia nacional; y asi, cuanto los descontentos podian intentar se reducía á movimientos parciales. Fomentaban las malas disposiciones de los oficiales adictos al antiguo régimen, al paso que los soldados salian gananciosos con el nuevo. Acontecian violentas reyertas entre el ejército y el populacho; muchas veces los soldados entregaban sus gefes á la mul-

* Sobre la feconducta de los diputados de la derecha, véase un extracto de las MEMORIAS DE FERRIERE, nota 12 al fin del último tomo.

titud que los degollaba; y otras se calmaban felizmente los recelos, y todo se aplacaba , cuando los comandantes de los pueblos habian sabido conducirse con un poco de maña, y prestado juramento de fidelidad á la nueva constitucion. El clero habia inundado la Bretaña de protestas contra la enagenacion de sus bienes, procurando escitar un resto de fanatismo religioso en las provincias donde la antigua supersticion reinaba todavia. Emplearonse tambien los Paramentos, y se hizo el último ensayo de su autoridad. Sus vacaciones habian sido prorogadas por la Asamblea, puesto que esperando disolverlos, no queria tener que disputar con ellos. Las Cámaras administraban la justicia en su ausencia, y en Ruan , en Nantes y Rennes, formaron acuerdos en que deploraban la ruina de la antigua monarquia, la violacion de sus leyes, y sin nombrar á la Asamblea, la designaban como la causa de todos los males; por lo cual fueron llamadas á la barra, y censuradas con miramiento. La de Rennes, como mas culpable, quedó declarada incapaz de llenar sus funciones; la de Metz habia insinuado que el rey no estaba libre, y en esto como hemos dicho se cifraba la politica de los descontentos. No pudiendo valerse del rey, procuraban representarlo como en estado de opresion, y querian anular asi todas las leyes que al parecer aprobaba. El mismo daba margen á creer que secundaba aquella politica; pues no queriendo llamar á sus guardias, despedidos el 5 y 6 de octubre, se hacia custodiar por la milicia nacional, en medio de la cual se contaba seguro. Su plan era aparentar que vivia en un estado de cautiverio; pero la Municipalidad de Paris desha-

rató aquella pequeña intriga suplicándole que volviese á llamar á sus guardias, á lo que se negó bajo vanos pretextos y por mediacion de la reina.

Principiaba el año de 1790, y se manifestaba una agitacion general. Tres meses bastante tranquilos habian transcurrido desde los dias 5 y 6 de octubre, y la inquietud parecia renovarse. Las grandes agitaciones son seguidas de momentos de reposo, y estos de crisis pequeñas, hasta llegar á crisis mayores. Achacábanse las turbulencias al clero, á la nobleza y á la corte, y aun á la Inglaterra, cuyo embajador tuvo encargo de justificarlas. Las compañías pagadas de la guardia nacional participaron tambien de esta inquietud general, y algunos soldados reunidos en los Campos Eliseos, pidieron aumento de paga; pero Lafayette, presente en todas partes, acudió, los dispersó, los castigó y restableció el sosiego en su tropa, siempre fiel á pesar de estas leves infracciones de disciplina.

Hablábase principalmente de un complot contra la Asamblea y el Ayuntamiento, cuyo supuesto jefe era el marques de Favras, quien fué ruidosamente preso y entregado al Chatelet. Esparcióse luego el rumor de que Bailly y Lafayette debian ser asesinados; que mil y doscientos caballos estaban listos en Versalles para llevarse al rey, y que un ejército compuesto de suizos y piamonteses debía recibirlo y marchar sobre Paris. Esparcióse la alarma por todas partes, añadiendo que Favras era el agente secreto de grandes personajes. Recayeron las sospechas sobre el hermano mayor del rey, por cuanto Favras habia estado en su guardia, y habia ademas negociado un empréstito. Atemori-

zado el principe por la agitacion de los ánimos, se presentó en el Ayuntamiento, protestó contra las insinuaciones de que era objeto, esplicó sus relaciones con Favras, recordó sus disposiciones populares, manifestadas ya en la Asamblea de los Notables, y pidió se le juzgase, no por rumores públicos, sino por su patriotismo notorio y nunca desmentido (14). Aplausos universales resonaron despues de su discurso, y la muchedumbre le acompañó hasta su palacio. Continuóse el proceso de Favras. Este, que habia corrido la Europa, casado con una princesa estrangera, y que ideaba planes para restablecer su fortuna, formó uno para el 14 de julio, para el 5 y 6 de octubre y primeros meses de 1790, y los testigos le acusaban precisamente detallando su último plan. El asesinato de Bailly y de Lafayette y el llevarse al rey, parecia formar parte de dicho plan; pero ninguna prueba aparecia de que estuviesen dispuestos los 1200 caballos, ni de que el ejército suizo ó piamontés estuviese en movimiento. Las circunstancias eran poco favorables á Favras: el Chatelet acababa de soltar á Besenval y á otros complicados en la trama del 14 de julio, lo cual habia causado mucho descontento en la opinion. Lafayette, sin embargo, tranquilizó á los señores del Chatelet, les pidió que fuesen justicieros, y les prometió que su sentencia seria de todos modos ejecutada.

Con este proceso renacieron las sospechas contra la corte, apareciendo incorregible por medio de estas tentativas, pues en el centro mismo de Paris se la estaba viendo conspirar todavia: aconsejaron pues, al rey un paso brillante que pudiese satisfacer á la opinion pública.

El 4 de setiembre de 1790 quedó admirada la Asamblea al ver algunas mudanzas en la disposición del salón. Un paño bordado de flores de lis alfombraba la galería del escritorio; los taburetes de los señores estaban mas bajos, y el presidente en pié al lado del asiento en que ordinariamente se sentaba. «El rey» esclaman de repente los ujieres, y Luis XVI entra luego en el salón. Levantose la Asamblea á su presencia y lo recibieron con aplausos. Una multitud de espectadores que habian acudido con rapidez ocupan las tribunas, invaden todos los puntos del salón y esperan con la mayor impaciencia las palabras del rey. Luis XVI habla en pié á la Asamblea sentada: recuerda las turbulencias que estaban despedazando la Francia; los esfuerzos que ha hecho para calmarlas y para asegurar la subsistencia del pueblo; recapitula los trabajos de los representantes, manifestando que habia intentado lo mismo en las juntas provinciales; y por fin demuestra que hacia tiempo habia manifestado él mismo los deseos que acababan de realizarse. Añade que cree deber unirse mas estrechamente con los representantes de la nacion, en el momento en que se le han sometido los decretos relativos á establecer en el reino una nueva organizacion. Apoyará, dice, con todo su poder el éxito de esta organizacion grandiosa; y cualquier tentativa contraria seria culpable y perseguida á todo trance. Al acabar estas palabras resuenan aplausos, y el rey continúa recordando sus propios sacrificios, aconseja á todos los que han perdido alguna cosa que imiten su resignacion y se recompensen de sus quebrantos con los bienes que promete á la Francia la nueva constitucion; pe-

ro cuando despues de haber ofrecido defenderla añade que hará mas todavía, y que de concierto con la reina prepararia desde luego el espíritu y el corazón de su hijo al nuevo órden de cosas, y lo acostumbraria á ser dichoso con la felicidad de los franceses, gritos de entusiasmo salen de todos los puntos; todas las manos se tienden hácia el monarca, los ojos todos buscan á la madre y al hijo, todos los labios los piden, y el enajenamiento es universal. Concluye el rey en fin su discurso, recomendando la concordia y la paz á *aquel buen pueblo que le aseguran le ama cuando quiere aliviarse sus quebrantos* (15). A estas últimas palabras todos los asistentes prorumpen en testimonios de reconocimiento, y el presidente dá una corta respuesta en que espresa el cúmulo de sentimientos que reina en todos los corazones. La muchedumbre acompaña al monarca á las Tullerías, y en seguida acordó la Asamblea dar un voto de gracias á el rey y á la reina. Presentase una nueva idea: puesto que Luis XVI acababa de comprometerse á mantener la constitucion, los diputados se veian en el caso de corresponder al compromiso. Propónese el juramento civico; y cada diputado acude á jurar, diciendo que ha de ser fiel *á la nacion, á la ley y al rey, y mantener en cuanto pueda la constitucion decretada por la Asamblea nacional y aceptada por el rey*. Los suplentes y los diputados del comercio piden prestar tambien el juramento; las tribunas y el anfiteatro los imitan, y por todas partes no se oyen mas que estas palabras: *¡Lo juro!*

Repitióse lo mismo en el Ayuntamiento, y de concejo en concejo en toda la Francia. Dispusiéronse regocijos, y la elusion fué general y sincera. Ha-

bia llegado el caso sin duda de principiar una conducta nueva, y no inutilizar como todas las demas aquella reconciliacion; pero en la misma noche, mientras que Paris resplandecia con las iluminaciones que celebraban este feliz acontecimiento, la corte habia vuelto ya á sus mañan, y los diputados populares recibian una acogida muy diferente que la de los diputados nobles. En vano Lafayette, cuyos pareceres sensatos y llenos de celo eran enteramente desoidos, repetia que ya el rey no podia titubear, sino entregarse enteramente al partido popular, y esforzarse en ganar su confianza; que para esto se necesitaba no tan solo proclamar sus intenciones en la Asamblea, sino manifestarlas en sus menores acciones; que debia ofenderse de cualquier espresion equívoca dicha en su presencia, y rechazar hasta la mas pequeña duda, acerca de su verdadera voluntad; que no debia mostrarse ni indeciso, ni descontento, ni dejar ninguna secreta esperanza á los aristócratas; y en fin, que los ministros debian estar unidos, no entablando rivalidades con la Asamblea, ni obligándola á recurrir sin cesar á la opinion pública. En vano Lafayette repetia estos sábios consejos con instancias respetuosas; el rey recibia sus cartas, lo graduaba de hombre honrado; la reina le rechazaba con enojo y aun manifestaba irritarse de los respetos del general; acogiendo mucho mejor á Mirabeau, mas influyente, pero á la verdad menos intachable que Lafayette.

Continuaban siempre las comunicaciones de Mirabeau con la corte, y aun ya tenia relaciones con el hermano mayor del rey cuyas opiniones le hacian mas accesible al partido popular, repitiéndole lo

que no dejaba de manifestar á la reina y á M. de Montmorin, á saber: que la monarquia no podia salvarse sino con la libertad. Mirabeau finalmente entabló su convenio con la corte auxiliado de una persona intermedia, enunciando sus principios en una especie de profesion de fé, y se comprometió á no apartarse de ellos, y á sostener á la corte, en tanto que permaneciese en la misma linea; en pago se le señalaba un sueldo bastante considerable. La moral sin duda alguna condena semejantes convenios, y quiere que el deber se haga por el deber mismo. ¿Pero era esto venderse? Un hombre débil se hubiera vendido sin duda, sacrificando sus principios; pero el omnipotente Mirabeau, lejos de sacrificar los suyos, conducia á ellos el poder, y en trueque recibia los auxilios que sus grandes necesidades y sus pasiones desordenadas le hacian indispensables. Diferente de aquellos que venden caro sus débiles talentos y una conciencia cobarde, Mirabeau, incontestable en sus principios, combatia alternativamente á su partido ó á la corte, como sino hubiese esperado del primero la popularidad, y de la segunda sus medios de existencia, y hasta tal punto, que no pudiendo los historiadores creerle aliado de la corte á quien combatia, han trasladado su convenio al año de 1791, que se verificó sin embargo á principios de 1790. Avistose Mirabeau con la reina, que se complació de su superioridad, y la mereció una acogida muy lisonjera. Este hombre extraordinario era sensible á todos los placeres, lo mismo á los de la vanidad que á los de las pasiones; y habia que echar mano de él con su fuerza y sus debilidades, y emplearlo en beneficio de la causa comun. Ademas de Lafayette

y Mirabeau tenia la corte tambien á Bouillé, que ya es tiempo de dar á conocer.

Dotado de valor, probidad y talento, tenia Bouillé todas las tendencias de la aristocracia, distinguiéndose de ella en no tener tanta preocupacion, aunque si mayor práctica en los negocios. Retirado á Metz, mandando desde alli una vasta estension de fronteras, y una gran parte de ejército, procuraba mantener la desconfianza entre sus tropas y las guardias nacionales, á fin de conservar sus soldados para la corte. Puesto alli en expectativa, atemorizaba al partido popular, y parecia el general de la monarquia, como Lafayette el de la constitucion. Sin embargo la aristocracia le desagradaba, la debilidad del rey le disgustaba del servicio, y le hubiera abandonado, á no ser por las instancias de Luis XVI, para permanecer en él. Bouillé era pundonoroso, juramentado una vez no trató mas que de cumplir con el rey y con la Constitucion; y así la corte debió reunir á Lafayette, Mirabeau y Bouillé, y con ellos hubiera podido mantener su crédito con los guardias nacionales, la Asamblea y el ejército; esto es, las tres potestades actuales. Mediaba á la verdad desavenencia entre estos caudillos: Lafayette, lleno de buena voluntad, estaba dispuesto á unirse á todos los que quisieran servir al rey y á la Constitucion; pero Mirabeau se enclababa con el poder de Lafayette, temia su ostentado pundonor, y le parecia ver en él una reconvencion de su conducta. Bouillé odiaba en Lafayette aquel convencimiento exaltado, y tal vez miraba en él un enemigo irreprehensible por lo cual preferia mas bien á Mirabeau, como mas manejable y menos severo en su fé política. A la corte

correspondia hacer que se aviniesen estos tres sujetos, destruyendo sus motivos particulares de separacion; pero no habia otro medio de union que el de la monarquia libre, y así era forzoso resignarse á ella francamente y prestar todas sus fuerzas. Pero la corte siempre incierta, sin rechazar á Lafayette, le acogia con frialdad, pagaba á Mirabeau que la reconvenia de cuando en cuando, fomentaba el enojo de Bouillé contra la revolucion, miraba al Austria con esperanza, y dejaba obrar á los emigrados de Turin. Esto es lo que hacen los débiles: prefieren concebir esperanzas á obtener buenos resultados, logrando así precipitar su pérdida inspirando sospechas que suelen irritar á los partidos, tanto como la misma realidad, porque mas vale combatirlos que amenazarlos.

En vano Lafayette que pretendia hacer lo que no hacia la corte, escribió á Bouillé, pariete suyo empeñándole para que sirviese con él al trono, por los únicos arbitrios posibles, á saber, los de la franqueza y de la libertad; pues Bouillé, mal informado por la corte, contesta de una manera fria y evasiva, y sin proponerse contra la Constitucion continuaba en hacerse imponente con el secreto de sus intenciones y la fuerza de su ejército.

Por tanto aquella reconciliacion del 4 de febrero, que hubiera podido tener tan grandes resultados, fué vana é inútil. Terminóse la causa de Favras, y ya fuese temor, ya convencimiento, el Chatelet le condenó á la pena de horca, que sufrió mostrando en sus últimos momentos la firmeza digna de un mártir y no de un intrigante. Protestó de su inocencia y pidió se le dejase hacer una declaracion antes de morir. Levantóse el cadalso en la

plaza de Greve y lo llevaron á la casa de Ayuntamiento, en donde permaneci6 hasta la noche. El pueblo, que queria ver ahorcar á un marqués, esperaba con impaciencia este ejemplo de la igualdad en el suplicio. Favras aleg6 que habia tenido comunicaciones con un grande del Estado que le habia comprometido á disponer los ánimos en favor del rey, y que como se ofrecerian gastos, habiale dado este señor cien luises, sin que pasase mas adelante su delito, ni quisiera nombrar á nadie. Sin embargo pregunt6 si la confesion de los nombres podria salvarle, y comola contestacion no le satisfizo, respondi6: Pues en tal caso moriré con mi secreto! y se encamin6 hácia el suplicio con suma entereza. Era de noche, pero iluminaron hasta la misma horca; y el pueblo gozoso con este espectáculo, y contento con ver la igualdad aun en el cadalso, mezcl6 atroces sarcasmos y parodi6 de mil maneras la ejecucion de aquel desventurado. Entreg6se el cadáver á su familia, y luego nuevos acontecimientos hicieron olvidar su muerte tanto á los que le habian castigado como á los que se habian servido de ella.

Desesperado el clero, continuaba fomentando pequeñas agitaciones por todo el ámbito de la Francia, y la nobleza contaba demasiado con su influjo en el pueblo. Mientras que la Asamblea se habia contentado con poner los bienes eclesiásticos á merced de la nacion por medio de un decreto, el clero habia esperado que no se ejecutaria, y á fin de inutilizarlo, sugeria mil medios para acudir á las urgencias del erario. El abate Maury, propuso un impuesto sobre el lujo, y el abate de Salsade le habia contestado, proponiendo por su parte que nin-

gun eclesiástico pudiese tener mas de mil escudos de renta; pero el rico abate se call6 á semejante propuesta. Discutiéndose otra vez sobre la deuda del Estado, aconsejó Cazales que se examinase no la validez de los titulos de cada acreedor, sino los mismos créditos, su origen y sus fundamentos; lo cual era renovar la bancarrota por el medio tan odioso y tan usado de las llamadas Cámaras ardientes: el clero, enemigo de los acreedores del Estado, sacrificado á ellos segun creian, habia sostenido la proposicion del rigorismo de sus principios en punto á la propiedad. Maury arrebatado y con poco miramiento á la Asamblea, dijo: que parte de sus individuos no tenian mas que *el valor de la vergüenza*. Ofendi6se la Asamblea altamente y queria espelerle de su seno, pero Mirabeau, que podia creerse atacado, represent6 á sus cólegas que cada diputado pertenecia á sus comitentes, y que no habia derecho para arrojar á uno solo. Esta moderacion, propia de la superioridad verdadera, prevaleci6, y Maury qued6 mas castigado con una censura que si le hubieran excluido. Cuantos medios inventaba el clero para poner en su lugar á los acreedores del Estado, fueron inútiles, y la Asamblea decret6 la enagenacion del importe de cuatrocientos millones de los bienes del clero y del patrimonio real. Desauciado entonces el clero, esparci6 escritos entre el pueblo, añadiendo que el proyecto de los revolucionarios era destruir la religion cat6lica, contando con que en las provincias meridionales, producirian mucho efecto estas voces para lograr sus designios. Ya se ha visto que la primera emigracion dirigida á Turin tenia sus principales comunicaciones con el Languedoc y la Provenza;

v Calonne, tan célebre en la Asamblea de los Notables, era el ministro de la corte fugitiva. Dividíala dos partidos: la alta nobleza quería sostener su imperio, y temía la intervencion de la nobleza de provincia, y muy particularmente de la clase plebeya; y así solo quería recurrir al extranjero, para el establecimiento del trono. Por otra parte, valerse de la religion, como la proponian los emisarios de las provincias, le parecia una ridiculez á la misma que durante un siglo se habia estado regocijando con las burlas de Voltaire. El otro partido compuesto de los nobles inferiores y de los plebeyos espatriados, queria combalir la pasion de la libertad con otra mas fuerte, cual era el fanatismo, vencer con sus propias fuerzas, y ponerse á merced del extranjero. Los primeros alegaban las venganzas personales de la guerra civil para sincerar la intervencion estrangera, y los segundos sostenian que aquella traía consigo el derramamiento de sangre, pero que no se debian manchar con la traicion. Estos últimos, mas valientes, mas patriotas, pero mas feroces, no debian predominar en una corte en donde reinaba Calonne. Sin embargo, como habia necesidad de todos, continuaron las comunicaciones entre Turin y las provincias meridionales. Decidíéronse á atacar la revolucion con la guerra civil y la estrangera; y para esto se intentó despertar el antiguo fanatismo de aquellos países (16.)

No omilió el clero medio alguno para secundar este plan, en tanto que los protestantes fomentaban la envidia de los católicos. El clero se aprovechó de estas disposiciones, y particularmente de las fiestas de Pascua; y así en Mompeller, Nimes y

Montauban se despertó de varios modos el antiguo fanatismo.

Carlos Lameth lamentó en la tribuna el abuso del cumplimiento de Pascua para estraviar al pueblo y escitarlo contra las nuevas leyes. Alborotóse el clero á estas palabras y quiso dejar la Asamblea; el obispo de Clermont se puso en ademan, y ya estaban prontos á salir una multitud de eclesiásticos, pero se llamó al orden á Carlos Lameth y se calmó el alboroto. Sin embargo, la venta de los bienes del clero se habia puesto en ejecucion, y agriado como estaba, no perdonaba ocasion de manifestar su resentimiento. Dom Gerle, cartujo, lleno de buena fe en sus sentimientos religiosos y patrióticos, pide un día la palabra, y propone que se declare á la religion católica la única del Estado. * Levántanse multitud de diputados, y se disponen á votar por aclamacion, diciendo que aquel era el momento en que la Asamblea debia sincerarse del cargo que se le hacia de estrellarse contra la religion católica. ¿Qué significaba sin embargo, una proposicion semejante? ó el decreto tenia por objeto dar un privilegio á la religion católica, que *ninguna debe tener*, ó era la declaracion de un hecho, á saber: que la mayoría francesa era católica, y tal hecho no habia necesidad de declararlo; por lo cual la proposicion no merecia acogi-da, y á pesar de los esfuerzos de la nobleza y del clero, se emplazó la discusion para el siguiente día. Acudió una inmensa multitud, y avisado Lafayette de que los malvados se disponian á una asonada, dobló la guardia. Abrese la discusion; un eclesiás-

* Sesion del 12 de abril.

tico amenaza á la Asamblea con su maldicion; Maury lanza sus gritos de costumbre; Menou contesta sosegadamente á todas las reconvencciones hechas á la Asamblea, diciendo que no pueden con razon acusarla de querer abolir la religion católica cuando va á poner los gastos de su culto en el número de los gastos publicos, y así propone que se pase al orden del dia. Persuadido con esto Dom Gerle, retira entonces su proposicion, y se disculpa por haber ocasionado semejante tumulto. M. de Larochevoucault presenta una nueva redaccion, y su dictámen sucede al de Menou, cuando de repente un individuo del lado derecho se queja de que no habia libertad, y encarándose con Lafayette le pregunta por qué ha doblado la guardia. El motivo estaba patente, pues el lado izquierdo no debia temer del pueblo, y no trataba Lafayette de proteger á sus amigos. Esta interpelacion, aumenta el alboroto, y no obstante continúa la discusion. Citan en estos debates á Luis XIV.—«No me admiro, prorumpe entonces Mirabeau, que se recuerde un reinado en que se revocó el edicto de Nantes; pero tened entendido que desde la tribuna en que hablo, estoy viendo la ventana fatal, desde la cual, un rey, asesino de sus vasallos, mezclando los intereses de la tierra á los de la religion, dió la señal de la terrible Saint-Barthelemy.» Este apóstrofe no termina la discusion y va siguiendo. La proposicion del duque de Larochevoucault queda al fin adoptada y declara la Asamblea que son conocidos sus sentimientos, pero que respetando la libertad de las conciencias no puede ni debe deliberar sobre la proposicion que se la ha sometido.

Apenas habian transcurrido algunos dias cuando se empleó otro medio para amenazar á la Asamblea y disolverla. Estaba concluida la nueva organizacion del reino y como el pueblo iba á ser convocado para elegir á sus superiores, se ideó el hacerle nombrar al mismo tiempo nuevos diputados para reemplazar á los que componian la actual Asamblea. Este paso, propuesto y discutido en otra ocasion, habia sido ya desechado, y se renovó ahora en abril de 1790. Los poderes de algunos diputados se limitaban á un año, y ya este iba á cumplirse, pues abierta la Asamblea en mayo de 1789, se hallaba en abril de 1790. A pesar de haberse anulado los poderes generales y estar comprometidos á no separarse hasta concluir la constitucion, los hombres para quienes nada suponian ni decretos ni prestados juramentos, cuando se trataba de ir á su objeto, proponen la eleccion de nuevos diputados para cederles el asiento. Maury encargado de este negocio, desempeña su papel con tanta firmeza como nunca, y con mas maña que de ordinario. Apela desde luego á la soberania del pueblo, y dice que no es dado ya por mas tiempo ponerse en el lugar de la nacion, ni dilatar poderes que solo son temporales. Pregunta con qué titulo se han revestido de atribuciones soberanas: sostiene que aquella distincion entre el poder legislativo y el constituyente es una distincion quimérica; que una convencion soberana no puede existir sino cuando se carece de todo gobierno, y que si la Asamblea debe considerarse como una convencion no le queda mas que destronar al rey y declarar el trono vacante. Interrúmpele á estas palabras varios gritos y manifiestan la indignacion general;

levántase entonces Mirabeau y dice con dignidad: «Se pregunta desde cuándo los diputados del pueblo han venido á parar en CONVENCIÓN NACIONAL? «Respondo: desde el día en que hallando la entrada de sus sesiones cercada de soldados, fueron á reunirse al primer sitio en que pudieron, para jurar perecer antes que vender y abandonar los derechos de la nación. Nuestros poderes, cualesquiera que fuesen, han variado de naturaleza, y esa es lo que quieren las facultades que hemos desempeñado, nuestros esfuerzos y nuestros trabajos las han legitimado, y santificádolas el apoyo de toda la nación. Acordáos del dicho de aquel hombre grande de la antigüedad, que habia desatendido á las formas legales para salvar la patria. «Intimidado por un tribuno partidario á que dijese si habia cumplido con la observancia de las leyes, respondió: Juro que he salvado la patria. Señores, exclamó entonces Mirabeau, dirigiéndose á los diputados del Estado llano. «Juro que habeis salvado á la Francia.»

A este sublime juramento, dice Ferrieres, que la Asamblea toda entera, como arrastrada por una inspiracion repentina, cierra la discusion, y decreta que las reuniones electorales no se ocuparán de la eleccion de nuevos diputados.

Frustróse así este nuevo medio, y la Asamblea pudo continuar sus tareas, pero entretanto no cesaban las turbulencias por toda la Francia. El comandante De Voisin fué asesinado por el pueblo, y los fuertes de Marsella fueron invadidos por la guardia nacional. Sobrevinieron en Nimes y Montauban asonadas en diverso sentido, pues los emisarios de Turin habian escitado á los católicos,

esparciendo proclamas en las cuales decian que la monarquia estaba en peligro, pidiendo que se declarase la religion católica, la única del Estado; y aunque una proclama real habia respondido, fué en vano, porque replicaron con otras. Los protestantes y los católicos llegaron á las manos, y esperando en vano estos últimos los socorros prometidos por Turin, quedaron en fin rechazados. Varios cuerpos de guardias nacionales se habian puesto en movimiento para socorrer á los patriotas contra los sublevados; y así trabada ya la refriega, el vizconde de Mirabeau, antagonista declarado con su ilustre hermano, anunciando él mismo la guerra civil desde lo alto de la tribuna, pareció por sus movimientos, sus ademanes y sus palabras, dispararla sobre la Asamblea.

De suerte que al paso que la parte mas moderada de los diputados intentaba apacar el ardor revolucionario, una oposicion indiscreta producía una fiebre que hubiera podido calmar el reposo, y suministraba pretextos á los oradores populares mas violentos. Los clubs se hacian cada vez mas exajerados: el de los jacobinos, salido del club breton, establecido al principio en Versalles; y despues en Paris, descollaba sobre los demas por su número, sus talentos y su violencia. * Sus sesiones se continuaban como las de la Asamblea misma, presentando antes todos los puntos que esta debia tratar, y formulaba sus decisiones, que eran ya una prevencion para los mismos legislado-

* Este club llamado de los *Amigos de la Constitucion*, se trasladó á Paris en octubre de 1790, dándose á conocer entonces bajo el nombre de *club Jacobino*, porque se reunian en un salon del convento de los jacobinos, calle de san Honorato.

res. Allí se reunían los principales diputados populares, y los más obstinados encontraban fuerzas y estímulos. Para contrastar su terrible insulso, se había Lafayette concertado con Bailly y con los hombres más ilustrados, y había formado otro club llamado de 83, y luego de los fundenses; * pero el medio era muy débil, porque una reunión de cien hombres moderados é instruidos, no podían atraer á la multitud, como el club de los jacobinos, en donde se entregaban á toda la vehemencia de las pasiones populares. Cerrarlos hubiera sido el único medio; pero la corte tenía muy poca franqueza, é inspiraba demasiada desconfianza para que el partido popular intentase emplear un recurso semejante. Los Lametis dominaban á los clubs de los jacobinos; Mirabeau se presentaba igualmente ya en uno y ya en otro, siendo evidente para todos que alternaba con los partidos encontrados; pero muy pronto se presentó una ocasión en donde se pronunció su papel, y en donde alcanzó como veremos luego, una ventaja memorable para la monarquía.

* Formada el 12 de mayo.

CAPÍTULO V.

Estado político y disposiciones de las potencias extranjeras
 1790.—Discusiones sobre el derecho de paz y guerra.—Primera institución del papel moneda ó de los asignados.—Organización judicial.—Constitución civil del clero.—Abolición de los títulos de nobleza.—Aniversario del 14 de julio.—Fiesta de la primera confederación.—Sublevación de las tropas en Nancy.—Dimisión de Necker.—Proyectos de la corte y de Mirabeau.—Formación del campamento de Jales.—Juramento cívico impuesto á los eclesiásticos.

En la época á que nos referimos la revolución francesa principiaba á llamar la atención de los soberanos extranjeros; su lenguaje era tan encumbrado y firme, tenía un carácter de generalidad tan á propósito para otros pueblos, que los príncipes debieron mirarla con estremo cuidado. Hasta allí se había podido creer un acaloramiento pasajero, pero el éxito de la Asamblea, su firmeza, su inesperada constancia, y sobre todo, el porvenir que se proponía tanto para sí misma, como para todas las naciones, al paso que la grangeaban más consideración suscitaban contra ella el odio y la atención de los gabinetes. Hallábase á la sazón la Europa dividida en dos grandes ligas enemigas, una la anglo-prusiana, y otra las cortes imperiales.

Federico-Guillermo había sucedido al gran Federico en el trono de Prusia: débil y voluble,

este príncipe, renunciando á la política de su ilustre predecesor, habia abandonado la alianza de la Francia por la de la Inglaterra. Unido á esta potencia formó aquella famosa liga anglo-prusiana que tantas y tan grandes cosas intentó sin ejecutar ninguna; que sublevó á la Suecia, á la Polonia y á la Puerta contra la Rusia y el Austria, abandonó despues á todos los que se habian sublevado, y aun contribuyó á despojarlos, repartiendo la Polonia.

El proyecto de la Inglaterra y de la Prusia reunidas habia sido arruinar á la Rusia y al Austria, suscitándoles la enemistad de la Suecia, en donde reinaba el caballeresco Gustavo, á la Polonia gimiendo todavia por el primer reparto, y á la Puerta airada por las invasiones rusas. La intencion particular de la Inglaterra en esta liga era el vengarse de los auxilios suministrados á las Colonias americanas por la Francia, sin declararle la guerra. Ya habia encontrado el medio indisponiendo á los turcos y á los rusos; y la Francia no podia permanecer neutral entre estos dos pueblos sin enagenarse á los turcos, que contaban con ella, y sin perder su predominio comercial en el levante. Por otra parte, comprometiéndose en la guerra, perdía la alianza de la Rusia, con la cual acababa de firmar un tratado sumamente ventajoso, que le aseguraba la madera de construccion, y todos los artículos que el norte suministra abundantemente á la marina; y así en ambos casos resultaba un quebranto á la Francia. Entre tanto la Inglaterra disponia sus fuerzas y se preparaba á desplegarlas segun la necesidad. Viendo por otra parte el desorden de la hacienda con los Notables, y la licen-

cia popular bajo la Asamblea constituyente, creía no tener necesidad de la guerra, y se ha juzgado que mas bien queria destruir á la Francia con turbulencias interiores, que con las armas; y así se la ha acusado siempre de que alimentaba nuestras discordias.

Dió ocasion la liga anglo-prusiana á algunos combates cuyo éxito quedó dudoso: Gustavo se habia retirado como héroe de una posicion en que se habia comprometido como aventurero: la Holanda sublevada, habia quedado sujeta al Stathuder por las intrigas inglesas y los ejércitos prusianos; la diestra Inglaterra logró privar de este modo á la Francia de una alianza marítima y poderosa, y el monarca prusiano, que no buscaba sino triunfos de vanidad, habia vengado un ultraje hecho por los estados de Holanda á la esposa del Stathuder, que era su propia hermana. Acababa de constituirse la Polonia. É iba á tomar las armas, y la Turquía yacia derrotada por la Rusia. Sin embargo, la muerte del emperador de Austria José II, acaecida en enero de 1790, mudó el aspecto de los acontecimientos, pues le sucedió Leopoldo, aquel príncipe ilustrado y pacífico, cuyo feliz reinado habia merecido las bendiciones de la Toscana. Leopoldo, tan diestro como sabio, queria terminar la guerra, y para lograrlo, empleó los recursos de la seduccion, tan poderosos sobre la voluble imaginacion de Federico-Guillermo. Pintáronle á este príncipe las dulzuras de la paz, los males de la guerra que tanto tiempo hacia pesaban sobre su pueblo; y en fin, los peligros de la revolucion francesa que proclamaba tan funestos principios: despertáronse en él las ideas del poder

absoluto; hicieronle tambien concebir la esperanza de castigar á los revolucionarios franceses, como lo habia hecho con los de Holanda; y se dejó gobernar en el momento en que iba á sacar todas las ventajas de aquella liga tan atrevidamente concebida por su ministro Hertzberg. En julio de 1790 se firmó la paz en Richenbach, y en agosto la Rusia ajustó la suya con Gustavo, y no le quedó otro negocio que la Polonia, poco temible, y ademas los turcos batidos por todas partes, cuyos diversos acontecimientos daremos mas tarde á conocer. La atencion de las potencias concluia por dirigirse casi completamente sobre la revolucion francesa. Poco antes de la conclusion de la paz entre la Prusia y Leopoldo, cuando la liga anglo-prusiana amenazaba á las dos córtes imperiales, y perseguia secretamente á la Francia, como tambien á la España, nuestra constante y fiel aliada, se apoderaron los españoles de algunos buques mercantes ingleses en la bahia del Notka. Suscitáronse muy vivas reclamaciones, y se siguió un armamento general en los puertos de Inglaterra. Al momento la España, invocando los tratados pidió socorro á la Francia, y Luis XVI mandó equipar quince navios. Tachóse á la Inglaterra de querer en esta ocasion aumentar nuestros disturbios. Los clubs de Lóndres habian ciertamente enviado muchas veces sus cumplimientos á la Asamblea nacional, pero el gabinete dejaba á algunos filántropos entregarse á desahogos filosóficos, interin que pagaba, segun se dicen, á aquellos estrepitosos alborotadores que aparecian por do quiera, y tanta molestia causaban á la guardia nacional del reino. Las turbulencias interiores fueron mayo-

res aun con el armamento general, y no pudo menos de echarse de ver la coincidencia entre las amenazas de la Inglaterra y el renacimiento del desórden. Lafayette particularmente, que no solia tomar la voz en la Asamblea sino para puntos que interesaban á la tranquilidad pública, denunció en la tribuna una influencia secreta. «No puedo» menos, dijo, de manifestar á la Asamblea esta «fermentacion nueva y combinada, que se manifiesta desde Strasburgo á Nimes, y desde Brest» á Tolon, y que vanamente quieren atribuir al «pueblo sus enemigos, cuando lleva consigo todos los caractéres de una influencia oculta. Se «trata de establecer los departamentos, y quedan «asoladas las campiñas; si se arman las potencias «vecinas, el desórden se introduce al punto en «nuestros arsenales.» Habian efectivamente degollado á varios comandantes, y por casualidad ó á propósito los mejores oficiales de marina habian sido sacrificados. El embajador inglés, habia recibido encargo de su corte de desmentir semejantes imputaciones, pero sabida es la confianza que merecen tales mensajes. Calonne habia escrito tambien al rey * justificando á la Inglaterra, pero Calonne hablando por los estrangeros era sospechoso. En vano decia que todo gasto es notorio en un gobierno representativo, que aun los secretos son presentados como tales, y que no habia en el presupuesto inglés ninguna atribucion de este género, pero la esperiencia ha manifestado que nunca falta dinero á los ministros por mas responsables

* Véase en el armario de hierro, documento núm. 23, carta de Calonne al rey, del 9 de abril de 1790.

que sean. Lo que puede decirse con seguridad, es que el tiempo, que todo lo descubre, no ha presentado nada sobre este punto, y que Necker, que estaba en el caso de juzgar bien de ello, jamás ha dado crédito á esta secreta influencia.

El rey, como se ha visto, habia hecho notificar á la Asamblea el equipo de quince bageles de linea, conceptuando, decia, que aproharia esta medida, facilitando los gastos necesarios. La Asamblea acogió perfectamente el mensaje, pero echó de ver en él una cuestion constitucional que creyó deber resolver antes de dar la respuesta al rey. «Las medidas están tomadas, dijo Alejandro Lameth, y nuestra discusion no puede retardarlas; pero es necesario fijar antes, á quien compete el derecho de la paz ó de la guerra, si al rey ó á la Asamblea;» pues con efecto era casi la última atribucion importante que habia que ventilar, y una de las que debian escitar el mayor interés. Todas las imaginaciones tenian bien presente los desaciertos de las Córtes, sus alternativas de ambicion ó de debilidad y no se queria dejar al trono el poder de arrastrar á la nacion á guerras peligrosas, ó á deshonrarla con cobardías; y como entre todos los aelos del gobierno la incumbencia de la guerra ó de la paz es la que necesita mayor accion, y en donde el poder ejecutivo debe ejercer mayor influjo, es tambien la que requiere mas libertad para que obre bien y á su albedrio. La opinion de Mirabeau, que se suponía ganada por la córte, era ya sabida de antemano. La ocasion era favorable

* Véase lo que dice madama Staël en sus CONSIDERACIONES SOBRE LA REVOLUCION FRANCESA.

para arrebatár al orador aquella su popularidad tan envidiada; los Lameths lo habian previsto así, y encargaron á Barnave la lucha con Mirabeau. El lado derecho se retiró por decirlo así, y dejó libre el campo á los dos rivales.

Abrióse el 14 de mayo la discusion aguardada con tanta impaciencia, y despues de varios oradores que solo pronuncian ideas preliminares, entra Mirabeau y establece la cuestion de una manera del todo nueva. La guerra, segun él, es casi siempre imprevista; las hostilidades principian antes de las amenazas; el rey encargado de la salvacion pública debe rechazarlas, y de este modo la guerra se halla principiada antes de que la Asamblea pueda intervenir. Otro tanto sucede con los tratados: el rey puede únicamente aprovechar el momento de negociar, de conferenciar y de argüir con las potencias, y la Asamblea no puede mas que ratificar las condiciones convenidas, y así en ambos casos el rey únicamente puede obrar, y aprobar ó desaprobár la Asamblea. Mirabeau quiere que el poder ejecutivo esté obligado á mantener las hostilidades comenzadas, y que el legislativo, segun los casos, sufra la continuacion de la guerra ó entable negociaciones de paz. Apláudese esta opinion, como sucedia siempre á todo lo que salia de la boca de Mirabeau; sin embargo, toma la voz Barnave, y desentendiéndose de los demas oradores, solo responde al anterior. Confiesa que muchas veces el acero brilla antes de que la nacion pueda ser consultada; pero sostiene que las hostilidades no son la guerra, y que el rey debe rechazarlas y avisar al momento á la Asamblea, que entonces declara como soberana su propia intencion; y así lo-

da la diferencia está en las palabras, porque Mirabeau dá á la Asamblea el derecho de aprobar la guerra y requerir la paz, y Barnave el de declarar á entrambas; pero en ambos casos el dictámen de la Asamblea era obligatorio, y Barnave apoyaba lo mismo que Mirabeau. Sin embargo, Barnave es aplaudido y llevado en triunfo por el pueblo; dícese que su adversario está vendido á la córte, y van pregonando por las calles, á grandes voces, un folleto intitulado: *La gran traicion del conde de Mirabeau*. La ocasion era decisiva, y cada uno esperaba un gran esfuerzo del terrible atleta. Pide la réplica, la obtiene, sube á la tribuna en presencia de la inmensa muchedumbre que le estaba esperando, y declara al subir que no bajará sino muerto ó victorioso. «Tambien á mí, dijo al principiar, «me han llevado en triunfo, y sin embargo se anda hoy gritando: *la gran traicion del conde de Mirabeau*. No necesitaba yo de este ejemplo para saber que no hay mas que un paso desde el Capitolio á la roca Tarpeya; sin embargo, estos embates no me detendrán en mi carrera.» Despues de esta imponente salida manifiesta que no contestará mas que á Barnave, y desde luego le dice: «Explicáos; en vuestra opinion reducís al rey á «notificar las hostilidades ya empezadas, y presentáis á la Asamblea solamente el derecho de declarar sobre este punto la voluntad nacional; y «aquí os detengo llamándoos á nuestros principios: «que dividen la espresion de la voluntad nacional «entre la Asamblea y el rey.... Y atribuyéndola á «la Asamblea sola, habeis hecho traicion á la Constitución. Os llamo al órden.... Qué, ¿no respondéis...? continuo....»

Nada habia, en efecto, que responder, y Barnave permanece espuesto durante una dilatada réplica á aquellos apóstrofes fulminantes. Mirabeau le responde artículo por artículo, y vá demostrando que su contrario nada concede mas á la Asamblea que lo que él la ha concedido; pero que solamente reduciendo al rey á un mero notificador, lo habia privado de su concurso necesario para la espresion de la voluntad nacional; y termina por fin echando en cara á Barnave aquellas rivalidades tan impropias entre hombres que deberian vivir como verdaderos compañeros de armas.

Barnave habia ido enumerando á los partidarios de su opinion, y Mirabeau tambien enumera los suyos, espresando los sugetos moderados, primeros fundadores de la constitucion, y que llevaban los franceses á la libertad, mientras sus viles calumniadores chupaban el jugo de las Córtes (denotando á los Lameths que habian recibido muchos beneficios de la reina); «sugetos, añade, que se «gloriarán hasta en la tumba de sus amigos y «enmigos.»

Suenan aplausos repetidos y cubren la voz de Mirabeau. Habia en la Asamblea una porcion considerable de diputados que no perteneciendo ni á la derecha ni á la izquierda, y sin tener un partido determinado, se decidían por la impresion del momento, triunfando por ellos la razon; pues adonde quiera que se inclinaban llevaban la mayoria consigo. Barnave quiere contestar, pero oponiéndose la Asamblea, procede á la votacion. El decreto de Mirabeau, enmendado con destreza por Chapelier, tiene la primacia, y queda en fin adoptado (22 de mayo) con satisfaccion general; por cuanto

aquellas rivalidades no se estendian mas allá del círculo en donde habian nacido, y el partido popular se creia vencedor lo mismo con Mirabeau que con los Lamethis.

El decreto concedia al rey y á la nacion el derecho de hacer la paz y la guerra. El rey estaba encargado de la disposicion de las fuerzas, notificaba las hostilidades empezadas, reunia á la Asamblea, sino lo estaba ya, y proponia el decreto de paz ó de guerra; la Asamblea deliberaba sobre su propuesta espresa, y luego el rey sancionaba su deliberacion. Chapelier fué quien por una enmienda muy razonable, habia exigido la proposicion espresa y la sancion definitiva. Este decreto, arreglado á la razon y á los principios ya establecidos, produjo una sincera alegria en los constitucionales, y locas esperanzas en los contrarrevolucionarios, quienes creyeron que el espíritu público iba á variar, y que esta victoria de Mirabeau iba á reportarles grandes ventajas. Lafayette, que en estas circunstancias se habia unido á Mirabeau, lo participó á Bonillé, haciéndole columbrar esperanzas de calma y de moderacion, procurando como siempre, atraerlo al nuevo sistema.

La Asamblea continuaba sus tareas de hacienda, fijándolas en disponer del mejor modo de los bienes eclesiásticos, cuya venta decretada hacia tiempo, no podia impedirse con protestas, ni con intrigas ni cartas pastorales. Despojar á un cuerpo prepotente de una gran parte del territorio, repararla lo mejor posible y fertilizarla con su division, convertir de este modo en propiedades una porcion considerable del pueblo que no lo era, extinguir en fin con la misma operacion las deudas del Estado,

y restablecer el orden en la hacienda, era el objeto de la Asamblea, y harto conocia la utilidad para atemorizarse con los obstáculos. Ya habia dispuesto la venta de cuatrocientos millones de los bienes del patrimonio real y de la iglesia, pero necesitaba medios de vender estos bienes sin desacreditarlos con la concurrencia ofreciéndolos todos juntos. Bailly propuso en nombre del Ayuntamiento de Paris un plan perfectamente concebido, y era transmitir estos bienes á los Ayuntamientos, que los comprarían en globo para irlos vendiendo despues poco á poco, de modo que la venta fuese paulatina; y careciendo los Ayuntamientos de fondos para pagarlos al contado, los recibirían á plazos, y se pagarían á los acreedores del Estado, con bonos sobre las municipalidades que los irían sucesivamente pagando. Estos bonos, llamados en la discusion *papel municipal*, suministraron la primera idea de los *asignados*. Con el proyecto de Bailly se echaba mano de los bienes eclesiásticos, se les ponía en movimiento, subdividiéndolos entre las municipalidades; y los acreedores se estrechaban con su hipoteca, adquiriendo un resguardo sobre los Ayuntamientos en vez de tenerlo sobre el Estado. Aumentóse la seguridad anticipando el pago y dependiendo de los acreedores el realizarlo por sí mismos; puesto que con estos bonos ó asignados podían adquirir un valor proporcionado á los bienes en venta; con esto se les habia hecho un gran servicio, pero faltaba algo todavía. Podían no querer convertir sus bonos en tierras, por escrúpulo ó cualquier otro motivo, en cuyo caso, teniendo que guardar estos bonos, no podían circular como moneda y quedaban reducidos á simples documen-

tos no pagados. Una sola medida restaba que tomar, y era dar á estos bonos ó títulos la facultad de circular, y entonces se convertian en verdadera moneda; y pudiéndolos dar en pago los acreedores, quedaban verdaderamente reintegrados. Había otra consideracion decisiva: escaseaba el numerario, y se atribuía esta falta á la emigracion que se lo llevaba en gran parte, á los pagos que se ofrecian en el extranjero, y en fin, á la malevolencia. La verdadera causa era la desconfianza producida por las turbulencias; pues en la circulacion abunda el metálico; y cuando reina la confianza es grande la actividad en los cambios, preséntase el dinero por todas partes, y se le cree mas considerable, porque con la rapidez está sirviendo de continuo; pero cuando las disensiones politicas espantan el temor, los capitalistas se retraen, el numerario marcha lentamente, muchas veces se sumerge, y sin razon se quejan de su falta.

El deseo de suplir á la moneda que la Asamblea creía agotada, el de entregar á los acreedores otra cosa que un documento inútil en sus manos, y la necesidad de acudir á una multitud de necesidades urgentes, hizo dar á estos bonos ó asignados el curso forzado de la moneda misma: de este modo quedaba pagado el acreedor, puesto que podía obligar á que aceptasen el papel que había recibido, haciendo frente de esta manera á todos sus compromisos. Sino había querido comprar tierras, los que recibieron de él el papel en circulacion, tenían en último resultado que ser ellos mismos compradores. Los asignados, recogidos por este medio, se destinaban á la guerra, y así las fincas del clero llegarían luego á quedar distribuidas y suprimido el pa-

papel. Los asignados devengaban diariamente cierto interes y adquirian mas valor detenidos en manos de los tenedores.

El clero, que veía en esto un medio ejecutivo para la enajenacion de sus bienes, lo rechazó fuertemente; y aliados á él los nobles y algunos otros contrarios á todo lo que facilitaba la marcha de la revolucion, se opusieron tambien, y gritaron contra el papel moneda. El nombre de Law debía resonar naturalmente, y despertarse el recuerdo de su bancarrota. La comparacion sin embargo no era justa, porque el papel de Law no tenía otra hipoteca que la de las ganancias futuras en la compañía de Indias, en tanto que los asignados descansaban sobre un capital territorial, verdadero y efectivo. Law había hecho para la corte muchos falsos, escediéndose en gran manera el valor presumido del capital de la compañía; y la Asamblea al contrario no podía creer que en virtud de sus nuevas medidas se verificasen semejantes exacciones, y por último, la suma de los asignados nuevos no representaba mas que una pequeña parte del capital que los alianzaba. Pero lo cierto es que el papel, por asegurado que esté, no es como el dinero, una realidad, y segun la expresion de Bailly, una *actualidad física*. El metálico lleva consigo su propio valor; y el papel al contrario, exige todavía una operacion, una compra de finca, una realizacion; por consiguiente, debe ser inferior al metálico; y entonces este, que nadie quiere entregar en cambio de papel, se oculta y acaba por desaparecer. Si además, los desórdenes en la administracion de las fincas y la profusion descompasada del papel destruyen la proporcion entre los efectos corrientes y el capital, la

confianza desaparece: consérvase el valor nominal, pero el positivo cesa; y el que entrega esta moneda convencional roba al que la recibe, y sobreviene una grande crisis. Todo esto era posible, y con un poco mas de esperiencia hubiera aparecido cierto. Como medida de hacienda la emision de los asignados era muy censurable, pero era necesario como medida política, porque cubria las necesidades urgentes, y dividia la propiedad sin acudir a una ley agraria; y así la Asamblea no debía titubear á pesar de Maury y de los suyos, decretando como lo hizo, cuatrocientos millones de asignados forzosos con interés (abril). Ya hacia mucho tiempo que Necker habia perdido la confianza del rey, la antigua deferencia de sus colegas y el entusiasmo de la nacion. Aferrado en sus cálculos, disputaba algunas veces con la Asamblea; pero su reserva respecto á los gastos estraordinarios, habia hecho pedir el libro encarnado, registro famoso en donde se decia estaba la lista de los gastos secretos. Luis XVI cedió con desagrado, é hizo sellar las ojas que contenian los gastos de su antecesor Luis XV. La Asamblea respetó su delicadeza y se limitó á los gastos de este reinado. Nada se halló personal para el rey; las prodigalidades eran todas relativas á los palacios. Los Lameths se hallaron apuntados por un regalo de sesenta mil francos, destinados por la reina para su educacion, y devolvieron esta suma al erario. Las pensiones se redujeron en proporcion de los servicios y del estado anterior de los sujetos; mostrando en todo la Asamblea la mayor moderacion, suplicando al rey que fijase él mismo la lista civil y votando por aclamacion los veinte y cinco millones que habia pedido.

Esta Asamblea, robustecida con su número, sus luces, su poder y sus resoluciones, habia concebido el inmenso proyecto de regenerar todos los ramos del Estado, y acababa de arreglar el nuevo orden judicial. Habia repartido los tribunales al par de las administraciones por distritos y departamentos. Los jueces quedaban á la eleccion popular, pero esta última medida fué sumamente impugnada. La metafisica política se habia desplegado aqui tambien para demostrar que el poder judicial salia del poder ejecutivo, y que el rey debía nombrar los jueces. Por una y otra parte mediaron razones; pero la única para la Asamblea, que estaba en ánimo de hacer una monarquía, era que el sólo sucesivamente despojado de sus atribuciones venia á parar en una simple magistratura; y el Estado en una república. Pero decir lo que era la monarquía era demasiado arrojo, pues esta exige concesiones que jamás consiente un pueblo en el primer momento que ha salido de su letargo. La suerte de las naciones es pedir mucho, ó nada. La Asamblea queria sinceramente al rey, le miraba con deferencia probándolo á cada instante, pero acariciando á la persona, destruía la cosa sin echarlo de ver.

Despues de la uniformidad introducida en la justicia y administracion, quedaba por regularizar el culto de la religion, y constituirlo como los demas servicios públicos y así, estableciendo un tribunal de apelacion y una administracion superior en cada departamento, era natural tambien colocar un obispado. ¿Cómo sufrir efectivamente, que ciertos obispados abrazasen mil quinientas leguas cuadradas, y que otro tuviese apenas veinte? que ciertos curatos tuviesen diez leguas de circun-

ferencia, y otros contasen apenas quince vecinos? que muchos curas tuviesen cuando mas setecientos francos, mientras que cerca de ellos existian beneficiados que contaban de diez á quince mil de renta? La Asamblea, al reformar los abusos no se mezclaba en las doctrinas eclesiásticas ni en la autoridad papal, puesto que el arreglo de las diócesis habia pertenecido siempre al poder temporal. Quería, pues, formar una nueva division, sujetar como en otro tiempo los curas y los obispos á la eleccion popular, y aun en esto no se rozaba con la potestad temporal, puesto que las dignidades eclesiásticas eran elegidas por el rey é instituidas por el papa. Este proyecto, que se llamó *constitucion civil del clero*, y que causó mas calamias á la Asamblea, mas que todo lo que habia hecho, era sin embargo obra esclusiva de los diputados mas piadosos, como Camus y otros jansenistas, que querian asegurar la religion en el Estado, y procuraban ponerla en armonia con las nuevas leyes. Es cierto que restablecida por todas partes la justicia, era extraño que no lo tuviese en la administracion eclesiástica lo mismo que en todo. A no ser por Camus y algunos otros, los miembros de la Asamblea, educados en la escuela de los filósofos, hubieran tratado al cristianismo como á todas las demas religiones admitidas en el Estado, y no se hubieran ocupado de él; pero se prestaron á dictámenes, que es de uso tolerar en nuestras costumbres modernas, y no combatir aun cuando no se profesen; y por lo mismo apoyaron el proyecto religioso y sinceramente cristiano de Camus. Sublevóse el clero alegando que se menoscababa la autoridad espiritual del papa, y apeló á Roma. Adoptá-

ronse sin embargo las bases fundamentales del proyecto * y se presentaron luego al rey, que pidió tiempo para remitirlos al pontífice; y aunque reconocia con su religiosa ilustracion la sabiduría de este plan, escribió al papa con el sincero deseo de obtener su consentimiento, destruyendo de este modo las objeciones del clero; pero luego veremos qué intrigas se emplearon para impedir el logro de sus deseos.

Acercábase el mes de julio y hacia un año que habian tomado á la Bastilla, que la nacion se habia hecho dueña de todos los poderes, y que espresaba su voluntad por medio de la Asamblea, ejecutándolas, por sí ó haciéndolas, ejecutar bajo su vigilancia. Considerábase el 14 de julio como el dia en que se habia principiado una era nueva, y se acordó celebrar su aniversario con una gran funcion. Ya las provincias y los pueblos habian dado el ejemplo de confederarse, para resistir en comun á los enemigos de la revolucion. El Ayuntamiento de Paris propuso para el 14 de julio una confederacion general de toda la Francia, que se celebraria en medio de la capital por los diputados, de toda la guardia Nacional y cuerpos del ejército, proyecto que fué acogido con entusiasmo y se hicieron preparativos inmensos para que fuese la funcion digna de su objeto.

Las naciones, como se ha insinuado antes habian puesto los ojos sobre la Francia, y al paso que los soberanos principiaban á aborrecernos y temernos, nos ibamos adquiriendo la estimacion de los pueblos. Cierta número de estrangeros en-

* Decreto del 12 de julio.

tusiasmas se presentaron á la Asamblea, cada cual en su traje, y su orador Anacarsis Clootz, prusiano de nacimiento, dotado de una imaginacion arrebatada, pidió en el nombre del género humano formar parte de la confederacion; escenas que parecerán ridiculas á los que no las presencian, pero que conmueven profundamente á los que asisten á ellas. Accedió la Asamblea á su demanda, y contestó el presidente que quedaban admitidos para que pudiesen referir á sus compatriotas lo que habian visto, y demostrarles los gozes y beneficios de la libertad.

La emocion causada por aquella escena produjo otra. Una estatua ecuestre de Luis XIV le representaba hollando las imágenes de muchas provincias vencidas. «A fuera! exclamó uno de los Lameths, «no se puede tolerar, que existan monumentos de esclavitud en estos días de libertad, y no hay razon para que los habitantes del Franco Condado, cuando vienen á Paris, vean encadenada de este modo su propia imagen.» Maury combatió una medida que era poco importante y que se debia conceder al público entusiasmo. En el momento prorumpió una voz, proponiendo la abolicion de los títulos de conde, marqués, baron, etc., prohibiendo las libreas, y destruyendo todos los títulos hereditarios. El jóven Montmorency sostuvo la proposicion. Un noble preguntó qué era lo que se podria sustituir á estas palabras: «Fulano ha sido creado conde por haber servido al Estado? Se dirá sencillamente, contestó Lafayette, que fulano de tal, en tal dia salvó al Estado» Adoptóse el decreto * á pesar de la irritacion estraordi-

* Decreto y sesion del 19 de junio.

na de la nobleza, que se enojó mas con la supresion de sus títulos que con las pérdidas efectivas que habia padecido desde el principio de la revolucion. La parte mas moderada de la Asamblea hubiera querido que al abolir los títulos se dejase la libertad de usarlos al que quisiese; y Lafayette se apresuró á ponerlo en conocimiento de la corte antes que se sancionase, para que lo devolviese á la Asamblea que consintió en enmendarlo; pero el rey lo sancionó con tanta precipitacion que creyeron ver en ello la intencion poco franca de llevar las cosas al peor extremo.

El objeto de la confederacion era el juramento civico, y se preguntó si los confederados y la Asamblea lo prestarian en manos del rey, ó si este, considerado como el primer funcionario público, juraria con todos los demas en el altar de la patria, y se prefirió este medio. Acabó tambien la Asamblea de poner en armonia la etiqueta con sus leyes, y dió al rey en la ceremonia que se preparaba el mismo lugar que ocupaba en la constitucion. La corte á quien Lafayette inspiraba desconfianzas continuas, se aterró con la noticia que corria de que iba á ser nombrado comandante de todas las guardias nacionales del reino; y estas desconfianzas para quien no conocia á Lafayette, eran naturales, mucho mas cuando sus enemigos procuraban abultarlas por todas partes. ¿Cómo podian efectivamente persuadirse de que un hombre gozando de semejante popularidad, y gefe de una fuerza tan considerable, no intentaria abusar de ella? El sin embargo no lo deseaba; estaba resuelto á no ser mas que ciudadano; y ya fuese virtud ó ambicion bien entendida, el mérito quedó siempre el mismo; porque siendo necesario

que el orgullo humano se proponga algun objeto, podrá llamarse virtud eleger uno bueno. Conociendo los temores de la corte, propuso Lafayette que un mismo individuo no pudiese mandar mas que una guardia de departamento; acójióse el decreto con aclamacion, y cubrieron de aplausos el desinterés del general. Encargósele sin embargo toda la disposicion de la fiesta, y se le nombró gefe de la confederacion, como comandante de la guardia parisiense.

Se iba acercando el dia, y se hacian los preparativos con la mayor actividad. La funcion debia verificarse en el campo de Marte, terreno dilatado que média entre la escuela militar y el Sena; proyectóse trasladar la tierra desde el centro á los costados, de modo que formase un anfiteatro que pudiera contener la muchedumbre de los espectadores. Doce mil operarios trabajaban sin descanso, y era de temer sin embargo que no estuviesen concluidos los trabajos para el dia 14. Acuden al momento los mismos habitantes y alternan con los trabajadores, transformándose la poblacion entera en braceros: frailes, militares, y sujetos de todas clases, agarran la pala y el azadon, y aun señoras elegantes contribuyen tambien á la tarea. Cunde el entusiasmo con rapidéz; dividense por secciones, con banderolas de diversos colores y al son del tambor, y apenas llegan, se mezclan y trabajan en comun, hasta que venida la noche y dada la señal, cada cual se une á los suyos y vuelve á sus hogares. Reinó esta dulce union hasta el fin de los trabajos; y entretanto iban llegando los confederados, á quienes recibian con el mayor cariño y la mas amable hospitalidad.

Era general la efusion y sincera la alegría á pesar de las alarmas que se afanaban por fomentar un pequeño número de hombres que miraban con indiferencia tales emociones. Decian que los foragidos se aprovecharian del momento en que el pueblo estuviese en la confederacion para saquear á la ciudad, suponiendo tambien al duque de Orleans vuelto de Londres, sus proyectos; mas sin embargo el regocijo nacional fue inalterable y no se creyeron tan malvadas profecias.

Llega en fin el dia 14, y todos los confederados de las provincias y del ejército, colocados bajo sus banderas, salen de la plaza de la Bastilla, y se dirigen á las Tullerías. Los diputados del Bearn, al pasar por la calle de la *Ferrounerie*, donde habian asesinado á Enrique IV, le rinden un homenaje que en aquel instante de emocion hizo prorumpir en lágrimas; llegados al jardin de las Tullerías reciben en sus filas á la Asamblea y al Ayuntamiento. Un batallon de jóvenes armados, como sus padres iba delante de la Asamblea; y seguiale luego un grupo de ancianos, renovando de este modo los recuerdos de Esparta. Adelántase la comitiva en medio de los gritos y de los aplausos del pueblo; los preñiles estan cubiertos de espectadores y las casas llenas de concurrentes. Un puente colocado en pocos dias sobre el Sena, conducia por un camino sembrado de flores de orilla á orilla, y terminaba al frente del campo de la confederacion. La comitiva lo atraviesa, y cada cuerpo se coloca en el puesto que le corresponde. Un magnifico anfiteatro, dispuesto en el fondo, estaba destinado á las autoridades nacionales. El rey y el presidente estaban sentados uno al lado

de otro en asientos iguales, recamados de flores de lis de oro, y la reina y la corte estaban en un balcón detras del rey; los ministros á poca distancia y los diputados dispuestos en fila por ambos lados. Cuatrocientos mil espectadores llenaban los anfiteatros laterales, sesenta mil confederados armados, evolucionaban en el campo intermedio, y en el centro se elevaba sobre una basa de 23 pies, el magnífico altar de la patria. Trescientos sacerdotes, revestidos de blancas albas y de bandas tricolores, cubrian las gradas para asistir y ayudar á la misa.

Tres horas duró la llegada de los confederados y durante este tiempo cubriase el cielo de espesas nubes, y caía la lluvia á torrentes. Ese cielo, cuyo brillo simpatiza tanto con la alegría de los hombres, les rehusaba en aquel momento la luz y la serenidad. Uno de los batallones recién llegados deja las armas, y se le ocurre la idea de ponerse á danzar: todos le acompañan, y en un momento en el espacio intermedio se mezclan 60,000 hombres, soldados y ciudadanos, y oponen la alegría á la borrasca. Empieza la ceremonia, y por un acaso venturoso despéjase el cielo é ilumina magestuosamente aquella solemne escena. Principia la misa el obispo de Autun; y al mismo tiempo que acompañan los coros la voz del prelado, se escucha el solemne estruendo del cañón. Acabado el augusto sacrificio, apease del caballo Lafayette, sube las gradas del trono y llega á recibir las órdenes del rey, quien le entrega la fórmula del juramento, conducida al altar, tremolan todas las banderas y todas las espadas centellean. El general, el ejército, el presidente y los diputados

esclaman: *Lo juro!* El rey de pié tendiendo la mano hacia el altar, dice: *Yo, rey de los franceses, juro emplear el poder que me ha delegado el acta constitucional del Estado, en mantener la constitucion decretada por la Asamblea nacional, y aceptada por mí.* En aquel momento la reina, arrastrada por el movimiento general, alza en sus brazos al augusto niño heredero del trono, y desde el balcón en donde está colocada, lo enseña á la nacion reunida. A la vista de esta escena, gritos estrordinarios de alegría, de amor y entusiasmo se dirigen hácia la madre y el hijo, y roban todos los corazones. En aquel punto la Francia entera, reunida en las ochenta y tres cabezas de departamentos prestaba el mismo juramento de amar al rey, quien les corresponderia. Ah! en estos momentos el mismo odio se enternece, el orgullo cede, y todos se creen felices con la dicha comun y la dignidad universal. ¡Por qué los placeres puros de la concordia se han de olvidar tan pronto!

Acabada la augusta ceremonia, pásose en marcha la comitiva, y el pueblo se entregó á todas las inspiraciones de la alegría. Los regocijos duraron muchos dias; y despues hubo una revista general de 60,000 confederados sobre las armas, presentando un magnífico espectáculo militar y nacional. Paris por la noche ofreció una fiesta divertida, y el punto general de reunion era en los campos Eliseos y en la Bastilla. Leíase á la entrada del recinto donde habia existido aquella famosa fortaleza, convertida en plaza pública: *Aquí se baila.* Fuegos brillantes, dispuestos en guirnaldas, remplazan á la claridad del dia. Prohibióse á los opulentos el turbar tan apacible funcion con el mo-

vimiento de los carruages; todo el mundo debía convertirse en pueblo y ufanarse de serlo. Los campos Eliseos presentaban una escena encantadora; cada uno paseaba sin alboroto, sin tumulto, sin rivalidad y sin ódio, y confundidas todas las clases se regocijaban al resplandor de las luces y se mostraban satisfechas de estar reunidas, de modo que en el centro mismo de la antigua civilización, parecían haberse hallado los tiempos de la primitiva fraternidad.

Después de haber asistido los confederados á las imponentes discusiones de la Asamblea nacional, á la pompa de la corte, á la magnificencia de París, y de haber sido testigos de la bondad del rey, á quien todos visitaron, y de quien recibieron entrañables muestras de bondad, se volvieron enagenados de placer y llenos de buenos sentimientos y de ilusiones. Después de tantas escenas crueles, y dispuesto á contar otras mas terribles, el historiador se detiene con placer sobre estas horas tan fugitivas, en que todos los corazones no tuvieron mas que un sentimiento, cual fué el amor del bien público (47).

Esta fiesta tan interesante de la Confederación fué solo una emoción pasajera, y al día siguiente los corazones querían todo lo que anhelaban la víspera, y se volvió á principiar la guerra. Suscitáronse de nuevo las rencillas con el ministerio, y se quejaron de que se había franqueado el paso á las tropas austriacas para el país de Lieja. Acusaron á Saint-Priest de haber favorecido la fuga de varios presos sospechosos de maquinaciones contra-revolucionarias. La corte en desquite, había presentado al orden del día el proceso prin-

ciado en el Chatelet contra los autores de los días 5 y 6 de octubre, en el cual aparecían complicados el duque de Orleans y Mirabeau. Este proceso singular, abandonado y continuado muchas veces, se resentía de los diversos inflajos bajo que había sido instruido. Estaba lleno de contradicciones y no ofrecía ningun cargo suficiente contra los dos principales acusados. La corte al ganarse á Mirabeau no había seguido con él plan fijo; se le inclinaba ó desviaba alternativamente, y procuraba mas bien calmarle que seguir sus consejos. Al renovar el proceso no era á él á quien trataba de perseguir sino al duque de Orleans; quien aplaudido en extremo á su regreso de Londres, había sido rechazado con dureza cuando quiso ganarse la gracia del rey. * Chabroud debía presentar el informe á la Asamblea para que juzgase si había ó no lugar á la formación de causa. La corte deseaba que Mirabeau callase y abandonase al duque de Orleans, contra quien únicamente se dirigía. Tomó sin embargo la palabra y demostró cuán ridículos eran los cargos que se le hacían. Acusábanle de haber avisado á Mounier que Paris marchaba sobre Versailles, y de haber añadido estas palabras: «Queremos un rey, pero ¿qué importa que este sea Luis XVI ó Luis XVII?» de haberse presentado al regimiento de Flandes, blandiendo el sable y de haber gritado al partir el duque de Orleans. ¡Ese G. C. . . no merece el afán que se toman por éll» cargos sutilísimos cuya debilidad y ridiculez demostró Mirabeau; y presentando algunas cuantas palabras acerca del duque de Orleans, exclamó al acabar: «¡Sí, ya está descubierto el secreto de ese

* Véanse las memorias de Bouillé.

»proceso infernal; allí está todo entero (señalando al lado derecho); está en el interés de aquellos »cuyos falsos testimonios y calumnias han urdido »su trama; está en los recursos que suministra á los »enemigos de la revolucion; y está ... en el corazon »de los jueces tal cual lo esculpirá luego la historia con la mas justa é implacable vengauza!» Los aplausos acompañaron á Mirabeau hasta su asiento, y ambos acusados, absueltos por la Asamblea, avergonzaron á la córte por su inútil tentativa.

La revolucion debía completarse en todas partes, en el ejército como en el pueblo. El primero, último apoyo del poder, era también el último tomo del partido popular. Todos los gefes militares eran enemigos de la revolucion, porque, poseedores esclusivos de los grados y de los favores, veian admitido el mérito en participacion con ellos: por el motivo contrario, los soldados estaban de parte del nuevo orden de cosas, é indudablemente el aborrecimiento á la disciplina y el deseo de una paga mayor, obraban en ellos tan poderosamente como el espíritu de libertad. Ibase manifestando en casi todo el ejército una insubordinacion peligrosa: la infanteria particularmente, acaso porque se roza mas con el pueblo y tiene menos orgullo militar que la caballeria, estaba en un completo estado de insurreccion. Bouillé, que veia con dolor marcharse su ejército, empleaba todos los medios posibles para detener el contagio del espíritu revolucionario. Habia recibido de Latour-du-Pin, ministro de la Guerra, los poderes mas estensos, y los iba empleando, ya removiendo sus tropas continuamente, ya impidiéndoles familiarizarse con el pueblo por su permanencia en unos mismos sitios.

Prohibióles muy particularmente que asistiese á los clubs, y no omitia nada para mantener la subordinacion militar. Despues de una larga resistencia, habia por fin Bouillé jurado la constitucion, y como hombre próbo, se resolvió desde aquel momento á ser fiel al rey y á la constitucion. Entonces desapareció su repugnancia á Lafayette, cuyo desinterés no podia desconocer, y estaba mas dispuesto á entenderse con él. Los guardias nacionales del vasto territorio en que mandaba quisieron nombrarle su general; desechó la propuesta en su primer enojo, y despues se arrepintió pensando en el bien que hubiera podido hacer; y sin embargo, á pesar de algunas delaciones de los clubs, se mantenía en los favores populares.

Estalló la primera rebelion en Metz. Los soldados prendieron á sus oficiales, se apoderaron de las banderas y de los caudales, y aun quisieron hacer que contribuyese el Ayuntamiento. Corrió Bouillé al mayor peligro, y consiguió al fin reprimir la sedicion. Igual rebelion apareció despues en Nancy, tomando parte en ella algunos regimientos suizos; y se temió luego, si este ejemplo hallaba imitadores, que muy luego todo el reino se veria entregado á los escesos reunidos del populacho y de la soldadesca. Tembló la misma Asamblea y un oficial fué encargado de llevar un decreto acordado contra los rebeldes, mas no pudiendo hacerlo ejecutar tuvo orden Bouillé de marchar sobre Nancy para apoyar á la ley. Podia contar con pocos soldados, pero felizmente las tropas recién rebeladas en Metz, humilladas porque no merecian confianza, se ofrecieron á marchar contra los rebeldes. Los guardias nacionales hicieron la mis-

ma oferta, y con estas fuerzas reunidas y una caballeria bastante numerosa, se adelantó hacia Nancy. Su posicion era embarazosa, porque no podia acer obrar á su caballeria y no era suficiente la infanteria para atacar á los rebeldes secundados por el populacho. No obstante, hablóles con la mayor firmeza y consiguió imponerles. Ya iban á ceder, y á salir de la ciudad segun sus órdenes, cuando se dispararon varios tiros, sin saber de qué lado, y entonces no se pudo evitar la refriega. Las tropas de Bouillé, creyéndose vencidas pelearon con el mayor arrojo, pero la accion fué tenaz y no pudieron avanzar sino paso á paso por medio de un fuego horrendo (31 de agosto). Dueño en fin de las plazas principales, obtuvo la sumision de los regimientos, y los hizo salir de la ciudad. Puso en libertad á los oficiales y á las autoridades encarceladas, cogió á los principales culpables, y los envió á la Asamblea nacional. Esta victoria esparció una alegría general, y calmó los temores concebidos por la tranquilidad del reino, mereciendo Bouillé los elogios y felicitaciones del rey y de la Asamblea. Calumniaronle despues, y tacharon de cruel su conducta; esta sin embargo, era irreprehensible, y fué aplaudida en el momento como tal. El rey aumentó su mando, que vino á ser de gran consideracion, porque se estendia desde la Suiza hasta el Sambre y comprendia la mayor parte de la frontera. Contando mas con la caballeria que con la infanteria escogió Bouillé para acantonarse las orillas del Scille, que desemboca en el Mosela, consiguiendo tener allí llanuras para la maniohra de su caballeria, forrage para mantenerla, plazas bastante fuertes para atrincherarse, y sobre todo

poca poblacion á quien temer. Estaba decidido á no hacer nada contra la constitucion, pero desconfiaba de los patriotas, y tomaba precauciones para acudir al socorro del rey, si las circunstancias lo hacian necesario.

La Asamblea habia suprimido los Parlamentos, instituido las Jurados, destruido los gremios, é iba á disponer una nueva circulacion de asignados. Los bienes del clero ofrecian un capital inmenso, y como por medio de aquel papel se podia disponer siempre de ellos, era natural que ella los usase. Todas las objeciones que ya se habian hecho se renovaban ahora con mayor violencia, y hasta el mismo obispo de Autun se pronunció contra la nueva circulacion de billetes, previendo con sagacidad todos los resultados que tendria esta providencia para la hacienda (48). Mirabeau, mirando el negocio particularmente por los resultados politicos, insistió con tenacidad, y triunfó. Decretáronse 800 millones de asignados, y se acordó por esta vez que serian sin interés. Era inútil efectivamente el señalar rédito á una moneda: que esto se haga con un documento que no puede circular, y queda estancado en manos del poseedor, es muy justo; mas para un valor que solo se realiza á la fuerza, es un yerro que la Asamblea no cometió segunda vez. Opúsose Necker á esta nueva emision y envió una memoria que no se escuchó; pues los tiempos habian cambiado en extremo para él: no siendo ya aquel ministro, en cuya conservacion cifraba el pueblo su felicidad un año antes. Privado de la confianza del rey, indispuesto con sus compañeros, escepto con Montmorin, estaba desatendido por la Asamblea, y no la merecia todos los

miramientos que pudiera esperar. El error de Necker consistía en creer que la razon bastaba á todo, y que manifestada con una mezcla de sentimiento y de lógica, no podía menos de triunfar de la tenacidad de los aristócratas y de la exasperacion de los patriotas. Necker poseía aquella razon un poco activa que condena y zahiere los extravíos de las pasiones, mas le faltaba aquella mas elevada y menos orgullosa que no se limita solo á reprehender, sino que sabe tambien conducirlos; por lo cual, colocado en medio de ellas, á todas sirvió de estorbo y no de freno. Desamparado de sus amigos desde la partida de Mounier y Lally, no habia conservado mas que al inútil Malouet. Habia ofendido á la Asamblea, recordándola sin cesar, y con reconvenciones, el cuidado mas difícil de todos, cual era el de la hacienda haciéndose ridiculo además por el modo con que hablaba de sí mismo, y por lo tanto fué grata su dimision á todos los partidos. * Presentó su dimision el dia 14 de setiembre y fué admitida con mucho gusto por todos los partidos, siendo de observar que el carruage en que se puso en camino fué detenido á la salida del reino por el mismo pueblo que poco antes le habia conducido en triunfo; y hubo necesidad de una orden de la Asamblea para que se le concediese la libertad, á fin de marchar á Suiza. Ohtúvolo al momento y se retiró á Coppet, á fin de contemplar de lejos una revolucion mas fácil para él de observar que de dirigir. El ministerio quedaba reducido á la nulidad como el rey mismo, y cuando mas se ocupaba en algunas intrigas inútiles ó culpables.

* Necker se despidió el 4 de setiembre.

Saint-Priest se comunicaba con los emigrados; Latour-du-Pin se prestaba á las voluntariedades de los gefes militares; Montmorin tenia el aprecio de la corte, pero no su confianza, y acompañaba en sus intrigas á los caudillos populares, con quienes hermanaba por su moderacion. Con el motivo de nuevas conspiraciones fueron todos los ministros denunciados. «Yo tambien, exclamó Cazales, los denunciaria, si fuese generoso el perseguir á hombres tan débiles; acusaria al ministro de hacienda por no haber ilustrado á la Asamblea acerca de los verdaderos recursos del Estado, y por no haber dirigido una revolucion que él mismo provocára; acusaria al ministro de la guerra por haber dejado desorganizar el ejército; al ministro del Interior por no haber hecho respetar las órdenes del rey, y á todos en fin, por su nulidad, y por los torpes consejos dados á su amo.» La inaccion es un crimen á la vista de los partidos que quieren marchar á su objeto, y así el lado derecho condenaba á los ministros, no por lo que habian hecho sino por lo que dejaron de hacer. Sin embargo, Cazales y los suyos aun condenándolos del todo, se oponian á que se pidiese al rey su separacion, porque miraban semejante demanda como un ataque á la prerogativa real. Nadie reclamó su separacion, pero ellos fueron haciendo su dimision sucesivamente, menos Montmorin que quedó en su puesto. Duport-du-Tertre, simple abogado, fué nombrado guarda-sellos. Duportail, que fué presentado al rey por Lafayette, reemplazó en la guerra á Latour-du-Pin, y se manifestó mas inclinado en favor del partido popular. Una de las medidas que tomó fué privar á Bouillé de toda la libertad que usaba en

su mando, y particularmente de la facultad de trasladar las tropas á su albedrío; poder del cual se servia Bouillé como se ha visto, para estorbar que los soldados se hermanasen con el pueblo.

Habia el rey hecho un estudio particular de la historia de la revolucion inglesa, y la suerte de Carlos I le habia afectado siempre de una manera tan singular que no podia libertarse de siniestros presentimientos. Habia particularmente notado el motivo de la sentencia de Carlos I, que fué la guerra civil; por lo cual habia contraído un horror invencible á toda medida que pudiese hacer derramarsangre, y constantemente se habia opuesto á todos los proyectos de fuga que le propusieron la reina y la corte.

Durante el verano que pasaron en Saint-Cloud en 1790, hubiera podido marcharse, pero nunca quiso que le hablaran de ello, y los amigos de la constitucion lo temian igualmente, como medio que debia acarrear la guerra civil; pero lo anhelaban los aristócratas, porque alejando al rey de la Asamblea, se prometian gobernar en su nombre, y entrar con él á la cabeza de los estrangeros, sin hacerse cargo que en ocasiones semejantes no se va sino detras de ellos. Acompañaban tal vez á los aristócratas algunas imaginaciones precoces que ya soñaban con la república, en medio de no haberse pensado en ella ni aun pronunciado su nombre, á no ser la reina en sus arrebatos contra Lafayette y contra la Asamblea, á la cual acusaba de que todas sus miras se dirigian á fundarla. Lafayette, caudillo del ejército constitucional y de todos los amigos sinceros de la libertad, vigilaba constantemente la persona del monarca. Estas dos ideas, ausencia del rey y guerra civil, estaban tan

hermanadas en los ánimos desde el principio de la revolucion, que se consideraba la fuga del monarca como la mayor desgracia que habia que temer.

Sin embargo, la salida del ministerio, que sino merecia la confianza de Luis XVI, era á lo menos obra suya, lo indispuso contra la Asamblea, y le hizo temer la pérdida completa del poder ejecutivo. Los nuevos debates religiosos que la mala fé del clero ocasionó con motivo de la constitucion civil, asustaron su conciencia timorata, y desde entonces pensó en ausentarse. A fines de 1790, participó su intento á Bouillé, quien se opuso al pronto, y cedió luego, para no hacer su afecto sospechoso al desventurado monarca; Mirabeau por su parte habia ideado un plan para sostener la causa de la monarquía. Continuamente en comunicacion con Montmorin, no habia formalizado cosa alguna; por cuanto la corte, indecisa entre el estranero, la emigracion y el partido nacional, nada queria francamente, y de todos los medios el que mas temia era el que se la sujetase á un gefe tan sinceramente constitucional como Mirabeau. No obstante, por entonces se avino completamente con él: prometiéronle cuanto habia que prometer si triunfaba, y todos los recursos posibles se pusieron á su disposicion. Talon, teniente civil en el Chatelet, y Laporte, recién llamado cerca del rey para administrar la lista civil, tuvieron orden de verle y de prestarse á la ejecucion de sus planes. Mirabeau desaprobaba la nueva constitucion, como sobrado democrática para una monarquía, y luego para una república, tenia un rey de mas. Al ver sobre todo el desenfreno popular que iba siempre creciendo, se empeñó en atajarlo; pero en Paris,

bajo el imperio de la multitud y de una Asamblea todo poderosa, ninguna tentativa era posible; y así no vió mas que un recurso, que era trasladar al rey de Paris á Lyon, donde podria mejor esplicarse, y espresar enérgicamente las razones que le hacian desaprobado la nueva constitucion, ofreciendo otra que estaba preparada, y convocando en el momento una primera legislatura. Conferenciando Mirabeau por escrito con los miembros mas populares, habia tenido la destreza de arrancar á todos la desaprobacion de un artículo de la constitucion actual; y así juntando estos diversos pareceres, la constitucion entera resultaba desechada por sus mismos autores (19). Quería unirlos con el manifiesto del rey para asegurar su resultado, y patentizar mejor la necesidad de una nueva constitucion. No se conocen todos los medios empleados al intento; lo único que se sabe por la policia de Talon, es que se habian procurado algunos solletistas y oradores de club y de asonada; y que por su inmensa correspondencia, debia contar con 36 departamentos del Mediodia. Indudablemente pensaba servirse de Bouillé, pero no queria ponerse á sus órdenes; y mientras que este acampaba en Montmedy, queria que el rey permaneciese en Lyon, y él mismo, segun las circunstancias, se trasladaria á Lyon ó á Paris. Un príncipe estrangero amigo de Mirabeau sin noticia de éste * que no pensaba en Montmedy, á donde el rey se dirigió despues, se avistó con Bouillé por orden del monarca, y le franqueó el

* * Bouillé en sus memorias dá á entender que se le franquearon noticias del proyecto por orden de Mirabeau y del rey; pero esto es una equivocacion. Mirabeau ignoraba este doble manejo, y no pensaba en ponerse en manos de Bouillé.

proyecto. Encantado Bouillé con el génio de Mirabeau, dijo que era necesario emplearlo todo para asegurar á un hombre semejante, y que respecto á él, estaba pronto á secundarlo en lo posible.

M. de Lafayette estaba ageno de este proyecto. Aunque sinceramente afecto á la persona del rey, no merecia la confianza de la córte, y escitaba juntamente la envidia de Mirabeau, que no queria tenerlo por compañero. Ademas M. de Lafayette era conocido por su rectitud; y plan tan atrevido y tan apartado de las vias legales, no le podia convenir. Como quiera, Mirabeau quiso ser el único ejecutor de su plan, y en efecto, él solo lo condujo durante el invierno de 1790 á 1791. No se sabe si lo consiguió; pero es cierto que, sin hacer retroceder el torrente revolucionario hubiera influido por lo menos en su direccion, y sin cambiar el resultado inevitable de una revolucion como la nuestra, hubiera modificado los acontecimientos con su poderosa oposicion. Aun preguntan algunos que si consiguiendo domar el partido popular, hubiera podido tambien hacerse dueño de la aristocracia y de la córte. Uno de sus amigos le hacia esta última objeccion. «Me lo han prometido todo, le dijo Mirabeau.—¿Y si no os cumplen la palabra?—Sino me la cumplen, les haré temblar con la republica.»

Habíanse decretado los principales artículos de la constitucion civil, tales como la nueva reduccion de los obispados, y la eleccion de todos los funcionarios eclesiásticos. El rey lo participó al papa, quien despues de haberle respondido con un tono medio severo medio paternal, aplababa por su parte al clero de Francia. Este, aprovechándose

de la ocasion, alegó que lo espiritual estaba comprometido con las medidas de la Asamblea. Al mismo tiempo distribuyó cartas pastorales, declaró que los obispos depuestos no se retirarian de sus sillas, sino violentados y forzados; que alquilarian casas y continuarian sus funciones eclesiásticas, y que sus legítimos feligreses no debian entenderse sino con ellos. Tramaba el clero en la Vendée y en ciertos departamentos del mediodia, y se concertaban con los emigrados. Habíase formado un campamento confederado en Jaller *, en donde, bajo pretexto aparente de confederacion, los supuestos confederados trataban de establecer un centro de oposicion á las medidas de la Asamblea. Irritóse el partido popular con estos manejos: y robustecido con su poder, y cansado de su moderacion, resolvió emplear un medio decisivo. Ya se han visto los motivos que influyeron en la adopcion de la constitucion civil; constitucion que tenia por autores á los cristianos mas sinceros de la Asamblea; y estos, irritados de tan injusta resistencia, resolvieron vencerla.

Sabido es que un decreto obligaba á todos los funcionarios públicos á jurar la nueva constitucion: al tratar de este juramento civico, el clero habia querido siempre diferenciar la constitucion política de la eclesiástica, cuyo intento habia pasado desapercibido; pero esta vez la Asamblea acordó exigir de los eclesiásticos un juramento rigoroso, que los pusiese en la necesidad de retirarse sino

* Este campamento se habia formado en los primeros dias de setiembre.

lo prestaban, ó de desempeñar fielmente sus funciones, si accedian á él. Tuvo cuidado de declarar que no era su ánimo violentar las conciencias, que respetaria la repulsa de aquellos que, creyendo comprometida la religion por las nuevas leyes, no se aviniesen á prestar el juramento; pero que queria conocerlos para no confiarles los nuevos obispados. En cuanto á esto eran francas y justas sus pretensiones: añadia á su decreto que los que rehusaran jurar quedarian privados de ejercer funciones y de percibir las rentas, y ademas, para dar ejemplo, todos los eclesiásticos que eran diputados, debian prestar juramento en la misma Asamblea ocho dias despues de la sancion del nuevo decreto.

Opúsose á esto el lado derecho; Maury se entregó á toda su violencia, hizo todo lo posible para que le interrumpiesen, y tener entonces motivo para quejarse. Alejandro Lameth, que ocupaba la presidencia, le conservó la palabra, y le privó del placer de que lo arrojasen de la tribuna; pero Mirabeau, mas elocuente que nunca, defiende á la Asamblea gritando: «¡Vosotros, perseguidores de la religion! ¡Vosotros, que la habeis tributado un homenaje tan noble y tan delicado en el mas digno de vuestros decretos! ¡Vosotros, que consagrais á su culto una parte considerable de las rentas públicas, que vuestra prudencia y vuestra justicia os inclinaban á economizar! ¡Vosotros, que habeis hecho intervenir la religion en la division del reino, y que habeis plantado la señal de la cruz sobre todos los límites de los departamentos! ¡Vosotros, en fin, que sabéis que Dios es tan necesario al hombre como la libertad!..»

La Asamblea decretó el juramento *, y el rey lo remitió en seguida á Roma. El arzobispo de Aix, que habia impugnado al principio la constitucion civil conociendo la necesidad de una pacificacion, se unió al rey y á algunos de sus cólegas mas moderados, para solicitar el consentimiento del papa. Los emigrados de Turin y los obispos opuestos de Francia, escribieron á Roma en sentido contrario: y el papa, bajo diversos pretextos, retardó la contestacion. Irritada la Asamblea con tales demoras, insistió por tener la sancion del rey, quien decidido á ceder, usaba de las astucias ordinarias de la debilidad. Quería dejarse obligar para aparentar que no obraba libremente. Esperó en efecto que estallase un motin, y entonces, se apresuró á dar la sancion. Dada esta, quiso la Asamblea hacerlo ejecutar, y obligó á sus individuos eclesiásticos á que jurasen en su seno. Hombres y mugeres, que hasta entonces se habian mostrado ajenos á la religion, se pusieron de repente en movimiento para provocar la repulsa de los eclesiásticos (20). Juraron algunos obispos y párrocos, pero el mayor número resistió con una fingida moderacion, y una aparente adhesion á su principios. La Asamblea sin embargo insistió en el nombramiento de los nuevos obispos y curas, y fué perfectamente auxiliada por las administraciones. Los antiguos funcionarios eclesiásticos tuvieron la libertad de ejercer su culto separadamente, y los reconocidos por el Estado tomaron posesion de las iglesias. Los disidentes alquilaron en Paris la iglesia de los Teatinos para dedicarse

† (*) Decreto del 27 de noviembre.

á sus ejercicios, consintiéndolo la Asamblea, y resguardándolos la guardia nacional en cuanto les fué posible del furor popular que no les dejaba siempre ejercer tranquilamente su ministerio particular.

Se ha tachado á la Asamblea de haber ocasionado este cisma, y añadido una causa nueva de division á las que existian ya, pero en cuanto á sus derechos es evidente para todo entendimiento despreocupado que la Asamblea no se escudaba entendiendo en las temporalidades de la iglesia; y en cuanto á consideraciones de prudencia, puede decirse que muy poco añadía á las dificultades de su posicion. En efecto, la córte, la nobleza y el clero habian perdido mucho, y adquirido el pueblo demasiado, para ser enemigos irreconciliables y para que la revolucion tuviera su inevitable consecuencia, aun sin los efectos del nuevo cisma. Por otra parte, cuando se trataba de destruir todos los abusos ¿podia la Asamblea tolerar los de la antigua organizacion eclesiástica? ¿Podia tolerar que los ociosos viviesen en la abundancia, en tanto que los curas párrocos, los únicos que son verdaderamente útiles apenas tenian lo necesario?

CAPITULO VI.

Progresos de la emigración.—El pueblo sublevado ataca el casti-
llo de Vincennes.—Conspiracion de los *caballeros del pu-
ñal*.—Discusion sobre la ley contra los emigrados.—Muerte de
Mirabeau; intrigas contra revolucionarios.—Fuga del rey y de su
familia: su detencion en Varennes y su vuelta á Paris.—Dispo-
siciones de las potencias extranjeras; preparativos de los emi-
grados.—Declaracion de Pilsnitz.—Proclamacion de la ley mar-
cial en el campo de Marte.—Accepta el rey la Constitucion.—
Conclusion de la asamblea constituyente.

La larga y última lucha entre el partido na-
cional y la clase privilegiada del clero, cuyas prin-
cipales circunstancias acabamos de referir, con-
cluyó por dividirlo todo. Mientras que el clero in-
surreccionaba las provincias del poniente y mediodía,
los emigrados de Turin hacian diversas tentativas,
que llegaban á ser inútiles por su debilidad y anar-
quia. Intentóse una conspiracion en Lyon anun-
ciando la llegada de los príncipes, y una abundan-
te distribucion de gracias, y prometiendo conver-
tir á aquella ciudad en capital del reino, en vez de
Paris, que se habia hecho desmerecedora de la
corte. Enterado el rey de estas intrigas, y no pre-
veido el resultado, ni tal vez deseándolo, porque
conocia no poder gobernar á la aristocracia victo-
riosa, hizo cuanto pudo para impedirlo. Descubri-
óse la conspiracion á fines de 1790, y sus prin-

cipales agentes cayeron en manos de los tribuna-
les: último contratiempo que decidió á los emi-
grados á trasladarse de Turin á Coblenza, esta-
bleciéndose en el territorio del elector de Tréve-
ris, é invadiéndolo todo á espensas de su autori-
dad. Ya se ha visto que los individuos de la noble-
za fugitiva de Francia se dividian en dos partidos;
los unos, antiguos palaciegos, colmados de favores
y componiendo lo que se llamaba la corte, no que-
rian, apoyándose sobre la nobleza de provincia,
entrar á la parte de influencia con ella, y por esto
acudian únicamente á los extranjeros; al paso que
los otros, contando mas con su espada, querian
sublevar las provincias del mediodía, atizando el
fanatismo. Triunfaron los primeros, y se dirigieron
á Coblenza, por la frontera del norte, para esperar
allí á las potencias. En vano los que querian com-
batir en el mediodía insistieron en que se prefiriese
el auxilio del Piemonte, la Suiza y la España. alia-
dos fieles y desinteresados, pidiendo que se les
dejase en su inmediacion un gefe respetable; pues
no lo quiso la aristocracia dirigida por Calonne.
Esta aristocracia no habia variado en nada sus
costumbres al abandonar la Francia: frívola, al-
tanera, incapaz y pródiga en Coblenza como en
Versalles, hizo mas patentes sus vicios en medio
de las dificultades del destierro y de la guerra ci-
vil. No tenia reparo en humillar á aquellos hom-
bres intrépidos, que ofrecian combatir en el me-
diódia y que preguntaban bajo qué título servirian,
calificándolos de *plebeyos* (21). En Turin quedaron
solamente agentes subalternos, que celosos unos de
otros, se perjudicaban recíprocamente, é impedían
toda tentativa de triunfo. El príncipe de Condé,

que parecia haber conservado toda la energia de sus mayores, no discutaba favor con gran parte de la nobleza, y se colocó cerca del Rhin, con todos los que como él no querian intrigar, sino baxirse.

Aumentábase diariamente la emigracion, y los caminos estaban cubiertos de una nobleza que aparentaba cumplir con una sagrada obligacion corriendo á tomar las armas contra su patria. Hasta las mismas mugeres creian deberse manifestar horrorizadas con la revolucion, abandonando el suelo de la Francia. En una nacion en donde todo se hace con viveza, se emigraba por moda, despidiéndose á medias, porque se creia que el viaje seria corto y pronta la vuelta. Los revolucionarios de Holanda, vendidos por su general, y abandonados por sus aliados, cedieron en pocos dias, y lo mismo hicieron los de Brabante; pero sin embargo segun aquellos imprudentes emigrados, la revolucion francesa iba á quedar avasallada en una corta campaña, y el poder absoluto á reproducirse con todo su vigor sobre la Francia esclavizada.

La Asamblea, mas airada que atemorizada de su presuncion, habia propuesto ciertas medidas que siempre se habian ido dilatando. Las tias del rey, sintiendo su conciencia comprometida en Paris, creyeron debian ir á buscar su salvacion junto al papa. Partieron para Roma, y fueron detenidas en el camino por el Ayuntamiento de Arnayle-Due. El pueblo se dirigió al momento en busca del hermano mayor del rey, que se suponía dispuesto á huir, pero se presentó, y prometió no abandonar al rey.

* Se pusieron en camino el 19 de febrero de 1791.

Tranquilizóse el pueblo, y la Asamblea puso á de-liberacion la partida de las tias del monarca: prolongábase la discusion cuando Menou la terminó con este chiste: «Seguramente que la Europa quedará harto admirada, dijo, cuando sepa que una grande Asamblea ha empleado muchos dias para «decidir si dos viejas han de oír misa en Paris ó «en Roma.» La comision de constitucion quedó sin embargo encargada de presentar una ley sobre la residencia de los funcionarios públicos y sobre la emigracion. Adoptóse este decreto despues de acaloradas discusiones, obligando á los empleados á residir en sus destinos, y el rey, como el primero de todos, debia permanecer junto al cuerpo legislativo durante la legislatura, y en ningun tiempo salir del reino. En caso de infraccion de esta ley, el castigo para todos los empleados era la separacion. Púsose otro decreto á la comision sobre los emigrados.

No pudiendo el rey tolerar mas tiempo la estrechez que se le habia impuesto, y la disminucion de poder que le hacia sufrir la Asamblea; y no teniendo reposo su conciencia, particularmente desde los nuevos decretos dados sobre los sacerdotes, estaba resuelto á la fuga. Todo el invierno le habia empleado en preparativos, y estimulando el celo de Mirabeau, colmábale de promesas si conseguia poner en libertad á la familia real; y él por su parte llevaba adelante su plan con la mayor actividad. Lafayette acababa de romper con los Lameths: estos lo conceptuaban muy adicto á la corte; y no pudiendo tachar su integridad, como la de Mirabeau, se estrellaban contra su genio, y le echaban en cara el dejarse engañar. Los enemigos

de los Lameths los acusaron de celosos por la potestad militar de Lafayette, así como habían envidiado el poder de la oratoria de Mirabeau. Uniéronse ó aparentaron hermanarse con los amigos del duque de Orleans, y se divulgó que querían proporcionar al uno el mando de la guardia nacional, pues era Carlos Lameth, según decían, quien tenía la ambición de obtenerlo; y á este motivo se atribuyeron las dificultades continuas, suscitadas después á Lafayette.

El 28 de febrero, el pueblo incitado según dicen por el duque de Orleans, se arrojó sobre el castillejo de Vincennes, que el Ayuntamiento destinaba para los presos hacinados en las prisiones de París. Atacan á este castillejo como á otra Bastilla, pero acudiendo á tiempo Lafayette, dispersó el arrabal de San Antonio, capitaneado por Santerre para esta expedición. Mientras restablecía el orden por aquella parte de París, preparábanse otras dificultades para él en las Tullerías. Al ruido de un alboroto, algunos centenares de la gente de palacio, habían acudido con armas ocultas, como cuchillos de caza y puñales. La guardia nacional, es-trañando aquella reunión, concibió temores, y desarmó y maltrató á algunos de aquellos hombres. Presentóse Lafayette, hizo evacuar el palacio, y se apoderó de las armas. Corrió al punto la voz, diciendo, que se habían hallado hombres con puñales; por lo cual los desarmados fueron designados con el apodo de *caballeros del puñal*. Protestaron que solo habían acudido para defender la persona del rey amenazada; echóseles en cara el habersele querido llevar, y como de costumbre, el acontecimiento se terminó con calumnias recíprocas. Es-

ta escena presentó la verdadera situación de Lafayette, pues se vió mejor que nunca, que colocado entre los partidos mas opuestos, su misión era proteger la persona del rey y la constitucion. Su doble victoria aumentó su popularidad, su poderío, y el odio de sus enemigos. Mirabeau, que obraba mal, exagerando los recelos de la corte para con él, presentó esta conducta como profundamente hipócrita, pues bajo apariencias de moderacion y de guerra á todos los partidos, tendia á su parecer á la verdadera usurpacion. En su enojo, señalaba á los Lameths como malvados é insensatos, intimos amigos del duque de Orleans, y que solo tenían en la Asamblea unos treinta partidarios. En cuanto al lado derecho, declaraban no poder hacer nada, y contaban con los 300 ó 400 diputados libres de todo empeño, y siempre dispuestos á decidirse por lo que les dictaba su razon ó la elocuencia de los oradores.

La verdad de este cuadro estaba en la graduacion de la fuerza respectiva de los partidos, y en la opinion sobre los medios de dirigir la Asamblea, pues la gobernaba efectivamente dominando á todos los que no estaban ya comprometidos. Aquel mismo dia 28 de febrero ejercia su imperio casi por la última vez, señalaba su encono contra los Lameths, y arrojaba sobre ellos su incontrastable poderío.

Iba á discutirse la ley sobre los emigrados, presentada por Chapelier en nombre de la comision. Participaba, decia él, de la indignacion general, contra aquellos franceses que abandonaban á su patria, pero declaraba que despues de muchos dias de reflexiones, la junta habia reconocido la

imposibilidad de hacer una ley sobre la emigracion. Era en efecto difícil establecer una, pues habia antes necesidad de resolver si habia derecho para sujetar á nadie á no salir de su pais. Habialo sin duda, exigiéndolo la salvacion de la patria, pero era necesario ir distinguiendo los motivos de los viajeros, lo cual rayaba en inquisitorial; habia que distinguir la cualidad de francés ó de extranjero, de emigrado ó de simple comerciante; y así la ley se hacia muy difícil, ó mas bien imposible. Chapelier añadió que la comision por obedecer á la Asamblea, habia redactado una; que si querian, iba á leerla, pero que advertia de antemano, que hollaba todos los principios. «Leed... No se lea... clamaban por todas partes. Un tropel de diputados quieren tomar la palabra; y entre ellos Mirabeau la obtiene, y lo que es mas, pide silencio. Lee una carta muy elocuente, dirigida, habia mucho tiempo á Federico-Guillermo, en la cual reclamaba la libertad de emigracion como uno de los derechos mas sagrados del hombre, que no estando fijado á la tierra por raices, solo debia permanecer en ella por su bien. Mirabeau, quizá por complacer á la corte, y mas que todo por convencimiento, rechazaba como tiránica toda medida contra la libertad de ir y venir por donde quiera. Abusábase de ella por entonces indudablemente, pero la Asamblea, apoyada en su fuerza, habia tolerado tantos escesos de la imprenta contra ella misma, habia sufrido tantas necias tentativas, y las habia tan victoriosamente rechazado con el desprecio, que se la podia aconsejar insistiese en el mismo sistema. Aplauden á Mirabeau en cuanto á su opinion, pero obstinanse en pedir la lectura del proyecto de ley. Léelo

Chapelier, y este se reduce á que en casos de turbulencias se instituya una comision dictatorial, compuesta de tres individuos, los cuales designarán nominalmente y á su voluntad á aquellos que hubiesen de tener la libertad de circular fuera del reino. A esta sangrienta ironía que denunciaba la imposibilidad de una ley, se levantan murmullos.—«Vuestros murmullos me han consolado, esclama Mirabeau; vuestros corazones laten como el mio, y rechazan tan absurda tiranía, y me creo libre de todo juramento respecto de aquellos que incurran en la infamia de admitir una comision dictatorial.»—Disparanse varios gritos del lado izquierdo.—«Sí, vuelvo á repetir, juro...—Interrumpente de nuevo...—Esa popularidad, repite con una voz atronada, que he ambicionado, y gozado como cualquiera, no es una débil caña; la hincaré profundamente en la tierra...., y haré que germine en el terreno de la justicia y la razon...»—Los aplausos estallan por todas partes, y añade el orador: «Si se vota una ley sobre la emigracion, juro desobedecerla, lo juro!»

Baja de la tribuna despues de haber asombrado á la Asamblea y subyugado á sus enemigos; continúa sin embargo la discusion; unos quieren que se aplace para tener tiempo de hacer una ley mejor; otros exigen que se declare al momento no haber lugar á ella, á fin de calmar al pueblo y terminar sus agitaciones. Murmuran, gritan, aplauden, y Mirabeau pide aun la palabra con exigencia...—¿Cual es, gritó M. Goupil, el titulo de la dictadura que ejerce aquí M. de Mirabeau?—Este, sin escucharle, se arroja á la tribuna.—No os he concedido la palabra, dijo el presidente; que de-

cida la Asamblea. — Pero sin decidir nada ésta, es-
cucha. — Ruego á los interruptores, dice Mirabeau,
tengan presente que durante mi vida he combatido
á la tiranía, y que la combatiré do quiera que ejer-
za su poder; y al pronunciar estas palabras diri-
gió sus miradas á todas partes. Aplausos nume-
rosos se unen á su voz, y despues continúa: Rue-
go á M. Goupil recuerde que se ha equivocado en
otro tiempo sobre un Catilina, cuya dictadura hoy
rechaza*; y suplico á la Asamblea advierta que la
cuestion de suspender la discusion sencilla al pare-
cer, encierra otras, y por ejemplo, que suponga
que hay una ley que hacer. — Nuevos murmullos
resuenan por la izquierda. — Silencio!!! callen esas
treinta voces!!! grita el orador, fijando sus miradas
en el sitio de Barnave y de los Lameths. — En fin,
añade, si lo quieren, tambien voto por la suspension,
pero con la condicion que desde aqui hasta que
ésta se termine, se decreta no ha de haber alboro-
to. — Unánimes aclamaciones cubren estas ultimas
palabras, prevalece sin embargo el emplazamiento,
pero por una tan pequeña mayoría que se disputa
el resultado, y exigen una segunda prueba.

Mirabeau en esta ocasion asombró principal-
mente por su audacia, y quizá nunca había sub-
yugado tan imperiosamente á la Asamblea; pero se
acercaba su fin, y estos eran sus triunfos postri-
meros. Presentimientos de muerte se mezclaban á
sus vastos proyectos, y algunas veces detenian su
vuelo. Su conciencia estaba satisfecha; el aprecio
público se unia al suyo, y le aseguraba, que si no

* M. Goupil, persiguiendo en otro tiempo á Mirabeau había
sclamado con ellado derecho: «Catilina está á vuestras puertas.»

habia hecho todavia bastante para la salvacion del
Estado, por lo menos habia trabajado demasiado
para su propia gloria Pálido y con los ojos entera-
mente hundidos, se presentaba demudado en la
tribuna, y muchas veces se le veia sobrecogido de
desmayos repentinos. Los excesos de placer y de
trabajo y las emociones de la tribuna habian tra-
bajado en poco tiempo aquella existencia tan fuer-
te; y los baños de sublimado habian hecho tomar
á su rostro aquel tinte verdoso que se atribuia al
veneno. La corte estaba alarmada, asombrados to-
dos los partidos, y antes de su muerte se indaga-
ba la causa. Tomó la palabra por la última vez, hi-
zo cinco repeticiones diferentes, quedó destronado
y desapareció para siempre; pues el lecho de muer-
te le recibió para devolverlo al panteon. Exigió de
Cabanis que no se llamasen médicos; no se le obe-
deció sin embargo, y cuando llegaron le encontra-
ron ya casi muerto y con los pies insensibles. La
cabeza fué la última atacada, como si la naturale-
za hubiera querido dejar que brillase su genio has-
ta el instante postrero. Un gentío inmenso se agol-
paba al rededor de su morada, y unidos y silencio-
sos ocupaban todas las avenidas. La corte enviaba
continuos emisarios; los boletines de su enferme-
dad se transmitian de boca en boca é iban sem-
brando por todas partes el dolor á cada progreso
del mal: rodeado de sus amigos, manifestaba sus
pesares por sus interrumpidas tareas, y algun or-
gullo por sus afanes pasados. — «Sostén, decia á su
«criado, sostén esta cabeza, la mas fuerte de la
«Francia.» Conmovióle la demostracion del pueblo;
y la visita de Barnave su contrario, que se pre-
sentó en su casa en nombre de los jacobinos, le

causó una dulce emoción. Acordóse todavía de la causa pública, y teniendo que tratar la Asamblea del derecho de testar, llamó á M. de Talleyrand y entregándole un discurso que acababa de escribir, le dijo:—Será gracioso el oír hablar contra los testamentos á un hombre que no existe ya y que acaba de hacer el suyo.—La córte había querido en efecto que lo hiciese comprometiéndose á cumplir todas las mandas. Volviendo entonces la vista sobre la Europa y adivinando los proyectos de Inglaterra:—«Ese Pitt, dijo, es el «ministro de los preparativos; gobierna con amenazas, pero yo le compondría si viviese.» Acudiendo el cura de su parroquia á ofrecerle sus auxilios, le dió gracias con mucha atención y le dijo sonriendo que de buena gana los aceptaría sino tuviese en su casa á su superior eclesiástico el obispo de Autun. Hizo luego abrir las ventanas; amigo mio, dijo á Cabanis, HOY MUERO, YA NO QUEDA MAS QUE ENVOLVERSE ENTRE PERFUMES, CORONARSE DE FLORES. Y RODEARSE DE MÚSICA, Á FIN DE ENTRAR APACIBLEMENTE EN EL ETERNO SUEÑO. Dolores agudos interrumpian de cuando en cuando estos tan nobles y sosegados discursos.—«Me habíais prometido, dijo á sus amigos, el ahorrame de sufrimientos inútiles:» al acabar estas palabras pide ópio con mucha instancia, y como ve que se lo rehusan, lo exige con su violencia acostumbrada. Para tranquilizarlo, lo engañan, presentándole una copa, y le persuaden que contenía ópio: cogiéndola con calma, traga la pócima que creía mortal y se demuestra satisfecho.—Un instante despues ya no existia.

Esto sucedió el 2 de abril de 1701. La noticia

vuela al punto por la córte, el pueblo y la Asamblea. Todos los partidos cifraban sus esperanzas en él, y todos, escepto los envidiosos, quedan traspasados de dolor. Suspende la Asamblea sus sesiones, dispone un luto general y se preparan magníficos funerales. Al designar algunos diputados para asistir á la ceremonia, iremos todos, fué el grito universal. La iglesia de Santa Genoveva se convierte en Pantcon, con el siguiente rótulo, que no existe en el momento en que refiero estos hechos:

A los grandes hombres

LA PATRIA RECONOCIDA.

Mirabeau fué el primero que descansó al lado de Descartes. Al día siguiente se celebraron sus funerales, acompañando el carro fúnebre todas las autoridades, el departamento, la Asamblea, el Ayuntamiento, las sociedades populares y la tropa; obteniendo un mero orador mas honores que cuantos féretros pomposos habian ido en otro tiempo á Saint-Denis. Asi concluyó aquel hombre extraordinario que despues de haber atacado y vencido con audacia las viejas alurnias, se atrevió á dirigir sus esfuerzos contra las nuevas que le habian ayudado á vencer, á atajarlas con su voz, y á complacerlas refrenándolas; aquel hombre, en fin, que hizo su deber por razon, por génio, mas no por al-

revolucion de 1830 ha restablecido esta inscripcion.

gun poco de oro arrojado á sus pasioacs, y que tuvo el honor singular de que cuando todas las popularidades acabaron por el fastidio del pueblo, la suya no cedía mas que á la muerte. ¿Pero hubiera infundido resignacion en los corazones cortesanos, y moderacion en los pechos ambiciosos? ¿hubiera dicho á aquellos tribunos populares que querian brillar á su vez: *No salgais de vuestros oscuros arrabales?* ¿hubiera dicho á Danton, ese otro Mirabeau del populacho: *Detente en tu seccion, y no subas mas arriba?* No se sabe; pero en el momento de su muerte, todos los intereses inciertos se habian puesto en sus manos y contaban con él. Por largo tiempo se echó de menos su presencia, y en la discusion de las contiendas, las miradas se dirijian hácia el lugar que habia ocupado, cual si quisiesen invocarle para terminarlas como una palabra victoriosa. «Ya no está aquí Mirabeau, exclamó un dia Maury al subir á la tribuna, y nadie me impedirá hablar.»

La muerte de aquel grande hombre estinguió todo el valor á la corte, y nuevos acontecimientos se reunieron para precipitar su fuga. El 18 de abril quiso el rey ir á Saint-Cloud, y corriendo la noticia de que no queria cumplir los deberes de la Pascua con un sacerdote juramentado, habia resuelto alejarse durante la semana santa; y afirmando otros que queria huir, reúnese el pueblo al momento y detiene los caballos. Acude al punto Lafayette, y suplica al rey que permanezca en el caruaje, asegurándole que se le va á abrir paso. Apéase el rey sin embargo, y no quiere permitir tentativa alguna, ateniéndose á su antigua política que era el no aparecer libre. Por consejo de sus

ministros se dirije á la Asamblea, quejándose del ultraje que acaba de recibir. Acógelo la Asamblea con su ordinario agasajo, prometiendo hacer todo lo que depende de ella para asegurar su libertad; y sale victoreado por todos menos por el lado derecho. El 23 de abril, por extrañas sujeciones, hace escribir por mano de M. de Montmorin una carta á los embajadores estrangeros, en la cual desmiente las intenciones que le suponen fuera de Francia, manifiesta á las potencias que ha prestado el juramento á la constitucion, y que está dispuesto á mantenerle, declarando como enemigos suyos á todos los que le insinúan lo contrario. Las espresiones de esta carta estaban voluntariamente exajeradas. á fin de que pareciese arrancada por la fuerza, como lo manifestó el mismo rey al enviado de Leopoldo, principe que recorria entonces la Italia y se hallaba á la sazón en Mantua, donde Calonne entablaba con él sus negociaciones. Un enviado, M. Alejandro de Durfort, vino de Mantua para informarse de las disposiciones del rey y de la reina, y preguntándoles acerca de la carta escrita á los embajadores, respondieron que por su lenguaje se debia conocer la habia arrancado la violencia; y habiéndoles en seguida de sus esperanzas respondieron que no tenian ningunas despues de la muerte de Mirabeau; y por último, respecto á sus disposiciones con el conde de Artois, aseguraron que eran las mas excelentes.

Para comprender el motivo de estas preguntas conviene saber que el baron de Breteuil era enemigo declarado de Calonne; que su enemistad no habia concluido en la emigracion, y que revestido cerca de la corte de Viena, con plenos poderes de

Luis XVI^o, contrariaba todos los pasos de los príncipes. Aseguraba á Leopoldo que el rey no quería verse en salvo por los emigrados, por cuanto temia sus exigencias, y que la reina estaba personalmente indispueta con el conde de Artois: bastaba que Calonne propusiera algo para la salvacion del trono para que le contrariase, no olvidando nada para destruir el efecto de esta nueva negociacion. Volvió el conde Durfort á Mantua, y el 20 de mayo de 1791 prometió Leopoldo hacer marchar treinta y cinco mil hombres á Flandes, y quince mil á Alsacia, anunciando que igual número de suizos debian ir sobre Lyon, otros tantos piamonteses al Delfinado, y que la España aprontaria veinte mil hombres. Prometia ademas el emperador la cooperacion del rey de Prusia y la neutralidad de la Inglaterra. Debía firmarse tambien una protesta, hecha en nombre de la casa de Borbon, por el rey de Nápoles, el de España, por el infante de Parma, y por los príncipes espatriados: exijiéndose hasta entonces el mayor secreto. Recomendábase tambien á Luis XVI que no pensara en alejarse por mas que hubiese manifestado deseo; mientras Breteuil, al contrario, aconsejaba al rey que se marchase. Posible es que de una y otra parte fuesen dados los consejos de buena fé, pero es conveniente advertir que cada cual los daba segun su propio interés. Breteuil, que queria destruir la negociacion de Calonne en Mantua, aconsejaba la partida; y Calonne que dejaba de reinar luego que Luis XVI se presentara en la frontera, le inclinaba á permanecer. Como quiera que sea, el rey se determinó á

* Véase sobre esto á Bertrand de Molleville.

marchar, y muchas veces dijo con enfado: «Breteuil es quien lo quiso.» * Escribió pues á Bouillé, que estaba dispuesto á no dilatar mas su resolucion. No era su ánimo salir del reino, sino retirarse á Montmedy, en donde podia, en caso necesario, apoyarse en el Luxemburgo, y recibir los auxilios extranjeros. Prefirióse contra el parecer de Bouillé el camino de Chalons por Clermont y Varennes, y todos los preparativos quedaron corrientes para el 20 de junio. Juntó el general las tropas de su mayor confianza, preparó un campamento en Montmedy, hizo acopio de forrages, y dió por pretexto de todas estas disposiciones los movimientos que iba notando en la frontera. La reina se encargó de los preparativos desde Paris hasta Chalons, y Bouillé desde este último punto hasta Montmedy. Algunas partidas poco numerosas de caballeria bajo pretexto de escoltar una conducta de dinero, debian dirigirse á diversos puntos y recibir al rey en su tránsito; y el mismo Bouillé se proponia adelantarse á alguna distancia de Montmedy. La reina se habia asegurado de una puerta escusada para salir del palacio; y la familia real debia viajar bajo un nombre extranjero y con un pasaporte falso. Dispuesto ya todo para el 20, un temor infundado hizo retardar el viaje hasta el 21; demora que fué fatal para aquella familia desventurada. M. de Lafayette estaba en una completa ignorancia del intento; y el mismo M. de Montmorin, á pesar de la íntima confianza con la corte, lo ignoraba absolutamente, no habiendo en el secreto de este proyecto mas que las personas indispensables para su

* Véase á Bertrand de Molleville.

ejecucion. Algunos rumores de fuga habian corrido, ya fuese porque el proyecto se hubiera traslucido, ó porque fuese una de aquellas alarmas tan comunes entonces: pero como quiera, la junta de pesquisas tuvo algunos informes, y se aumentó la vigilancia de la guardia nacional.

El 20 de junio, hácia media noche, el rey, la reina, madama Isabel y madama de Tourzel, aya de los infantes de Francia, se disfrazan y salen sucesivamente de palacio. Madama de Tourzel con los niños acude al Carrousel menor, y sube á un carruage conducido por M. de Fersen, señor extranjero y jóven, disfrazado de cochero. Uneseles luego el rey; pero la reina, que habia salido con un guardia de corps, los pone en la mayor inquietud, pues ni ella ni su guia conocen los barrios de Paris, se extravian y no dan con el Carrousel menor hasta una hora despues; y al llegar encuentran el carruage de M. de Lafayette, cuyos criados llevaban hachones; y así tuvieron que ocultarse en los portafillos del Louvre para salvarse de este peligro y llegar hasta el carruage donde la esperaban con tanta impaciencia. Reunida toda la familia, se ponen en camino; y despues de una larga tirada y de una segunda equivocacion en la ruta, llegan á la puerta de San Martin, y montan en una berlina conducida por seis caballos, que los estaba esperando. Madama de Tourzel, bajo el nombre de madama de Korff, debia pasar por una madre que viajaba con sus hijos, y el rey por su ayuda de cámara; tres guardias de corps disfrazados debian preceder al carruage como batidores, ó seguirle como criados. Parten al fin, acompañados de los buenos deseos de M. de Fersen, que volvió á Pa-

ris para tomar el camino de Bruselas. Entretanto el hermano mayor del rey y su esposa se dirijian hácia Flandes, y seguian un camino distinto, para no dar que sospechar, y para no carecer de caballos en las paradas.

El rey y su familia viajaron toda la noche sin que lo supiera Paris, y M. de Fersen acudió al Ayuntamiento, y vió que á las ocho de la mañana lo ignoraban todavía; pero luego corrió la voz con demasiada rapidez. Juntó Lafayette sus ayudantes de campo, y les mandó partir al momento, diciéndoles que sin duda no alcanzarían á los fugitivos, pero que era forzoso practicar alguna diligencia, y cargando con la responsabilidad de la órden que daba, supuso al estenderla que la familia real habia sido arrebatada por los enemigos de la causa pública. Esta respetuosa suposicion fué admitida por la Asamblea, y adoptada por todas las autoridades. En aquel momento, amotinado el pueblo, culpaba á Lafayette de favorecedor de la fuga del rey, y despues el partido aristocrático le tachó de haber dejado huir al rey para detenerlo en seguida y perderlo con esta tentativa infructuosa. Sin embargo, si Lafayette hubiera querido dejar escapar á Luis XVI ¿hubiera enviado, sin órden ninguna de la Asamblea, dos ayudantes de campo en su seguimiento? y si como lo han supuesto los aristócratas, lo dejó huir para cogerlo de nuevo, ¿cómo le hubiera dado al carruage toda una noche de delantera? Desengañóse luego el pueblo y Lafayette volvió en su gracia.

La Asamblea se reunió á las nueve de la mañana, presentando una actitud tan imponente como en los primeros dias de la revolucion. Conven-

cidos todos de que Luis XVI habia sido arrebatado, reinaron en toda aquella sesion la mayor calma y la union mas perfecta. Aprobáronse las disposiciones tomadas espontáneamente por Lafayette; y habiendo el pueblo detenido á los ayudantes de campo, la Asamblea por todas partes obedecida, les hizo abrir las puertas. Uno de ellos, el jóven Romeuf, llevó consigo el decreto que confirmaba las órdenes ya dadas por el general; y mandaba á todos los empleados públicos que *detuviesen*, por todos los medios posibles, las *consecuencias de dicho raptó, é impidiesen la continuacion del viage*. Por las señas é indicacion del pueblo, tomó Romeuf la ruta de Chalons, que era la verdadera, y que el tránsito de un carruage con sus caballos estaba indicando como positiva. Hizo luego la Asamblea llamar á los ministros, y decretó que no recibiesen mas órdenes que las suyas. Al partir Luis XVI, habia mandado al ministro de la Justicia que le enviase el sello del Estado; pero la Asamblea determinó que se guardase para estamparlo en sus decretos, y al mismo tiempo ordenó que se pusiesen las fronteras en estado de defensa, y encargó al ministro de relaciones exteriores, participase á las potencias que las disposiciones de la nacion francesa no habian variado respecto á ellas.

Dióse luego audtencia á M. de Laporte, intendente de la lista civil. Este habia recibido varios mensajes del rey, entre otros un billete, que suplicó á la Asamblea no se abriese, y una memoria que contenia los motivos de su partida. La Asamblea, dispuesta á respetar todos los derechos, devolvió sin abrirlo el billete que M. de Laporte no queria publicar, y ordenó la lectura de la memo-

ria. Escuchóse con el mayor sosiego, y no produjo impresion alguna. Quejábase el rey, con poca dignidad de las pérdidas de su poder, y se mostraba tan ofendido de ver reducida su lista civil á treinta millones de francos, como de haber perdido todas sus prerogativas. Escucharon las quejas del monarca, compadecieron su debilidad, y pasaron á otra cosa.

Pocos eran los que entonces deseaban el arresto de Luis XVI. Los aristócratas veian realizado en su fuga el mas antiguo de sus deseos, y se lisonjearan con una próxima guerra civil. Los miembros mas pronunciados del partido popular, que ya iban principiando á cansarse de rey, hallaban en su ausencia una ocasion de pasarse sin él, y concebían la idea y la esperanza de una república. Toda la parte moderada, que gobernaba por entoces la Asamblea, deseaba que el rey se retirase sano y salvo á Montmédy; y contando con su equidad, se lisonjeara de que llegaria á ser mas fácil una composicion entre el trono y la nacion. Ya no causaba tanto temor como otras veces el ver al monarca amenazando á la constitucion desde el centro de un ejército. El pueblo únicamente, á quien no se habia dejado de inspirar este temor lo conservaba todavia, cuando ya no lo conocia la Asamblea, y hacia votos fervorosos por el arresto de la familia real. — Tal era el estado de las cosas en Paris.

El carruage que habia salido en la noche del 20 al 21 habia atravesado sin obstáculo una gran parte del camino, y llegó á Chalons el 21, hácia las cinco de la tarde. El rey, que tenia la indiscrecion de asomarse á la portezuela, fué allí conocido;

y el que hizo este descubrimiento trataba de revelar el secreto, pero se lo estorbó el corregidor, que era un realista. Llegada la familia real á Pont-de-Sommeville, no halló á los destacamentos que debían recibirla; pues habiendo esperado muchas horas, el alboroto del pueblo se aumentaba con aquel movimiento de tropas, y los había precisado á retirarse. Llegó sin embargo el rey á Sainte-Menehould, y asomando siempre la cabeza, fué conocido por Drouet, hijo del maestro de postas, y furibundo revolucionario. No teniendo este jóven al momento lugar para detener el carruage en Saint-Menehould, corre á Varennes. Un honrado sargento que habia notado su afán y sospechaba los motivos, vuela en su seguimiento para detenerle, pero no lo puede alcanzar. Tanta diligencia emplea Drouet que llega á Varennes antes que la desgraciada familia; avisa al momento al Ayuntamiento, y hace tomar sin demora todas las medidas necesarias para el arresto. Varennes está situado á la orilla de un rio estrecho pero profundo; un destacamento de húsares estaba allí de guardia, pero el oficial no viendo llegar la conducta que se le dijo, habia dejado su tropa en los cuarteles. Llega en fin el carruage y pasa el puente, pero apenas entra bajo una bóveda que es forzoso atravesar, cuando se presenta Drouet ayudado de otro individuo, detiene los caballos y grita: *el pasaporte*, y con un fusil apunta á los viajeros si se empeñan en seguir. A esta órden obedecen, y entregan el pasaporte; tómalo Drouet y dice, que el procurador es quien lo ha de examinar, y la familia real tiene que ir en casa del dicho procurador llamado Sausse. Despues de haber registrado éste el pasapor-

te, aparenta que lo encuentra en regla, y con muchos miramientos suplica al rey que le espere. Espéranle en efecto bastante tiempo, y cuando Sausse está ya cerciorado de la reunion de un número suficiente de guardias nacionales, deja de disimular, y declara al príncipe que está ya conocido y que queda arrestado. Trabase una disputa; Luis XVI se empeña en que no es quien suponen y acalorándose todos demasiado, exclamó la reina impacientada: — «puesto que le conoçais por vuestro rey, habladle con el respeto debido.»

Viendo el rey que toda negativa era inútil, renuncia á disfrazarse por mas tiempo. El cuarto era pequeño y estaba lleno de gente; toma la palabra y se espresa con un calor que no era ordinario en él. Protesta sus buenas intenciones, asegurando que solo iba á Montmedy para escuchar mas libremente los votos del pueblo, arrancándose de la tiranía de Paris; y pide por último continuar su camino, y que le conduzcan hasta su término. El desgraciado príncipe, todo enternecido, abraza á Sausse, y le pide la salvacion de su esposa y de sus hijos; júntase á él la reina, y tomando al del fin en sus brazos le estrecha á que los salve. Conmúevase Sausse, pero resiste, y les amonesta á que vuelvan á Paris para evitar una guerra civil; el rey al contrario, atemorizado de esta vuelta insiste en marchar á Montmedy. Llegan en aquel momento MM. de Damas y de Goguelas con los destacamentos colocados en varios puntos, y la familia real se cree libertada, pero no habia que contar con los húsares. Reúnenlos sus oficiales y les participan que el rey y su familia estan detenidos y que es menester salvarlos; pero estos responden

que están por la nacion. A la sazón se iban reuniendo guardias nacionales, convocados en todos los alrededores y van poblando á Varennes. Pábase la noche en este estado, y á las seis de la mañana llega el jóven Romeuf con el decreto de la Asamblea y encuentra el carruage con seis caballos que se encamina hácia Paris. Sube y entrega el decreto con sentimiento. Toda la familia lanza un grito contra M. de Lafayette, que los hace detener. La misma reina parece admirada de que no haya perecido por mano del pueblo; y el jóven Romeuf contesta, que tanto él como su general han hecho su deber persiguiéndolos, pero que esperaban no haberlos alcanzado. Toma la reina el decreto, lo arroja en la cama de sus niños y luego lo quita de allí diciendo que la mancharia.—«Señora, le dice Romeuf, que le era muy apasionado; ¿querria V. M. que otro que no fuese yo, presenciase estos arrebatos?» Volvió la reina en sí y recobró toda su dignidad. En el momento anunciaban la llegada de varios cuerpos apostados en las cercanias, por Bouillé, pero el Ayuntamiento dispuso entonces la partida, y la familia real tuvo que montar al momento en el carruage, y volver á tomar el camino de Paris; aquel camino tan fatal y tan temido.

Avisado Bouillé á la mitad de la noche, habia hecho montar un regimiento á caballo, y partieron al grito de *viva el rey!* Este valiente general, devorado de inquietud, marchó á rienda suelta, y anduvo nueve leguas en cuatro horas; llegó á Varennes, encontró varios cuerpos reunidos, pero el rey habia ya partido hacia hora y media. Varennes estaba barricado, parapetado y defendido con

acierto, porque habian cortado el puente y el rio no estaba vadeable. Asi es, que para salvar al rey tenia Bouillé que presentar un combate, á fin de ganar los parapetos, atravesar el rio en seguida, y despues de esta gran pérdida de tiempo poder alcanzar el carruage que llevaba ya hora y media de delantera. Estos obstáculos dificultaban toda tentativa, y solo una imposibilidad tan absoluta podia detener á un hombre tan adicto y emprendedor como Bouillé; retiróse pues traspasado de pesar y de dolor.

Cuando se supo en Paris el arresto del rey, se le creia ya fuera de todo alcance, y el pueblo lo celebró con una alegría extraordinaria. La Asamblea diputó tres comisarios, escogidos en las tres secciones del lado izquierdo para acompañar al monarca, y traerlo á Paris. Estos comisarios eran Barnave, Latour-Maubourg y Pétion, los cuales luego que llegaron á Chalons, y se unieron á la corte, daban ellos solos las órdenes convenientes. Madama de Tourzel se trasladó á un carruage de los de la comitiva con Latour-Maubourg, y Barnave y Pétion subieron al coche de la familia real. Latour-Maubourg, sugeto distinguido, era amigo de Lafayette, y como él adicto igualmente al rey y á la constitucion; y cediendo á sus dos colegas el honor de estar con la familia real, era su ánimo interesarlos por la grandeza desgraciada. Sentóse Barnave en la testera, entre el rey y la reina, y Pétion delante, entre Madama Isabel y Madama Real. El niño delfin descansaba alternativamente en las rodillas de unos y de otros. Tal habia sido el curso rápido de los acontecimientos. ¡Un ahogado jóven de poco mas de veinte años, notable

únicamente por su talento, otro distinguido por su ilustracion y particularmente por el rigorismo de sus principios, estaban sentados al lado de un príncipe poco antes el mas absoluto de la Europa, y disponian de todos sus movimientos! ¡El viage era lento porque el carruage seguia el paso de los guardias nacionales; y así duró ocho dias desde Varennes á Paris. El calor era excesivo, y un polvo abrasador levantado por la multitud, sofocaba á los viajeros. Los primeros instantes fueron silenciosos; la reina no podia encubrir su enojo, pero el rey concluyó por trabar conversacion con Barnave. Al principio hablaron de cosas generales, y por último sobre la huida á Montmedy. Unos y otros se admiraron de conocerse: la reina se sorprendió de la razou sublime y de la politica delicada del jóven Barnave; y luego se levantó el velo y tomó parte en la conversacion. Encantóse Barnave de la bondad del rey y de la graciosa dignidad de la reina. Petion manifestó mas rudeza y obtuvo menos miramientos. Al llegar, Barnave estaba ya conmovido por aquella infausta familia, y la reina encantada con el mérito y el talento del jóven tribuno, le franqueó toda su estimacion (22); y así en las relaciones que tuvo ella despues con los diputados constitucionales, él fué siempre quien le mereció mas confianza.—Los partidos se perdonarian, si pudiesen verse y escucharse.

Habiase dispuesto en Paris el recibimiento para la familia real, y por todas partes se oia y aun se habia fijado en carteles la advertencia siguiente: *El que aplauda al rey será apaleado; el que le insulte será ahorcado.* Ejecutóse la orden puntualmente, y no se oyeron ni aplausos ni in-

sultos. El carruage hizo un rodeo para no atravesar á Paris; se condujo por los campos Eliseos; y luego directamente al palacio. Una multitud inmensa le recibió silenciosa, y con el sombrero puesto. Lafayette, seguido de la guardia nacional, habia tomado las mayores precauciones. Los tres guardias de corps que habian ayudado á la fuga, iban en el pescante, espuestos á la vista y cólera del pueblo, pero sin recibir insulto alguno. Apenas llegaron al palacio, cercaron al carruage, y la familia real bajó precipitadamente, y marchó en medio de dobles hileras de la guardia nacional destinada á protegerla. La reina, que se quedó un poco atrás, se vió casi sostenida en los brazos de Noailles y de Aiguillon, enemigos de la córte, pero amigos generosos de la desgracia. Al verlos acercarse, tuvo al principio algunas dudas sobre sus intenciones, pero luego se confió á ellos, y llegó sana y salva al palacio.

Tal fué aquel viage, cuyo funesto resultado no se puede fundadamente atribuir á ninguno de sus autores. Un accidente lo frustró y otro pudo llevarlo á cabo. Si por ejemplo; hubiera alcanzado á Drouet el que le seguia, el coche se hubiera salvado; tal vez le faltó al rey suficiente energia cuando le reconocieron: pero de todos modos no hay por este viage que culpar á nadie, ni á los que le aconsejaron ni á sus ejecutores; pues era el resultado de aquella fatalidad que persigue á la flaqueza enmedio de las crisis revolucionarias.

El efecto del viage de Varennes fué destruir todo acatamiento al rey, acostumbrar á los ánimos á pasarse sin él, y á engendrar el deseo de la república. Desde la mañana de su llegada, la Asam-

blea habia acudido á todo por medio de un decreto, en cuya virtud Luis XVI quedaba suspendido de sus funciones, poniéndole una guardia responsable de su persona, así como de la reina y del delfin. Tres diputados, D'André, Tronchet y Dupont, fueron los encargados de recibir las declaraciones del rey y de la reina. Observábase la mayor mesura en las espresiones, por quanto esta Asamblea jamás intentó quebrantar su decoro; pero el resultado estaba patente, y el rey quedaba provisionalmente destronado.

La responsabilidad que se impuso á la guardia nacional hizo que se mostrase severa y muchas veces molesta en su servicio cerca de las personas reales. Continuas centinelas vigilaban sus puertas, y nunca las perdian de vista. Queriendo un dia el rey cerciorarse de si estaba realmente prisionero, se presenta á una puerta, y el centinela le impide el paso. —¿Me conoces? le dijo Luis XVI. Si señor, responde el centinela. —No quedaba al rey mas facultad que la de pasarse por el jardin de las Tullerías, antes de que se abriese al público.

Barnave y los Lameths hicieron entonces lo que tanto habian vituperado á Mirabeau, auxiliando al trono y entendiéndose con la córte. Es verdad que no recibieron dinero alguno; mas no era el precio de la intimidad, sino la alianza misma lo que habian aseado á Mirabeau; y despues de haber sido tan severos en otro tiempo, sufrían entonces la ley comun á todos los gefes populares que los obliga á aliarse sucesivamente con el poder, á medida que se le van acercando. Sin embargo, nada era mas laudable, en el estado de cosas, que el servicio tributado al rey por Barnave y los Lameths, y nunca

manifestaron mas destreza, fuerza y talento. Barnave dictó la respuesta del rey á los enviados de la Asamblea: en esta motivaba Luis XVI su fuga con el deseo de conocer mejor la opinion pública, aseguraba que la habia estudiado mejor en su viage, y probaba con todos los hechos que no habia querido salir de Francia. En quanto á sus protestas contenidas en la memoria remitida á la Asamblea decia con razon que no versaban sobre los principios fundamentales de la constitucion, sino sobre los medios de ejecucion que le habian dejado; añadiendo que la voluntad general le era ya manifiesta, y que no titubearia en someterse á ella y en hacer todos los sacrificios necesarios para el bien público (23).

Bouillé, á fin de atraer sobre sí la cólera de la Asamblea, la dirigió una carta, que se podria guardar de insensata, á no tener por excusa el motivo generoso que la dictó. Confesabase el único autor del viage del rey, cuando por el contrario se habia opuesto á él: y declaraba en nombre de los soberanos que Paris responderia de la seguridad de la familia real, y que la mas leve ofensa cometida contra ella, seria vengada de una manera ruidosa. Añadia, sabiendo lo contrario, que los medios militares de la Francia eran nulos: que conocia además el camino de la invasion, y que él mismo conduciria á los ejércitos enemigos al centro de su patria. La Asamblea se prestó á esta generosa haladronada, y culpó únicamente á Bouillé, que nada tenia que temer, porque estaba ya en el estrangero.

Temiendo la córte de España que la menor demostracion irritase los ánimos y espusiese la familia real á peligros mayores, impidió una tentativa en la frontera del Mediodia que debian auxiliar

con dos fragatas los caballeros de Malta, y declaró despues al gobierno francés que no se habian alterado sus buenas disposiciones. El Norte se condujo con mucho menos comedimiento, pues sus potencias, instigadas por los emigrados, estaban siempre en actitud amenazadora. Partieron enviados del rey para Bruselas y Coblenza, procurando ponerse en inteligencia con los emigrados, haciéndoles conocer las bucaas disposiciones de la Asamblea, y la esperanza concebida de un convenio ventajoso. Pero apenas llegaron, cuando fueron tratados indignamente y tuvieron que volver al punto á Paris. Levantarón los emigrados algunos cuerpos en nombre del rey, obligándose de este modo á dar una desaprobación formal. Afirmaron que el hermano mayor del rey reunido entonces con ellos, era regente del reino; que estando el rey prisionero no tenia voluntad propia, y que la que manifestaba era la de sus opresores.

La paz de Catalina con los turcos, concluida en el mes de agosto, promovió mucho mas su insensata alegría, y creyeron tener á su disposicion todas las potencias de Europa. Considerando la ninguna defensa de las plazas fuertes, y la desorganizacion del ejército abandonado de todos los oficiales, no dudaban que la invasion seria próxima y triunfarian. Sin embargo, ya habia dos años que dejaron la Francia, y á pesar de sus alagüeñas y continuas esperanzas, no habian entrado aun vencedores, como tanto se lisongeaban. Las potencias aparentaban prometer mucho, pero Pitt estaba en expectativa; Leopoldo, debilitado por la guerra, y descontento con los emigrados, deseaba la paz; el rey de Prusia tambien ofrecia mucho, pero sin interés en

cumplirlo; Gustavo estaba deseoso de mandar una expedicion contra la Francia, pero se hallaba muy lejos; y Catalina, que debia auxiliarlo, apenas desembarazada de la guerra con los turcos, tenia todavia que sujetar á la Polonia. Ademas, para obrar esta coalicion, era necesario poner acordes tantos intereses que casi ninguno podia lisonjearse de conseguirlo.

La declaracion de Pultitz hubiera debido de engañar á los emigrados respecto al celo de los soberanos * Hecha de mancomun por el rey de Prusia y el emperador Leopoldo, espresaba que la situacion del rey de Francia era de un interés general para todos los soberanos, y que sin duda se reunirian para prestar á Luis XVI medios de establecer un gobierno conveniente á los intereses del trono y del pueblo; y que en este caso el rey de Prusia y el emperador se unirian con los demás principes para conseguir el objeto, debiendo entretanto habilitarse sus tropas para ponerse en estado de operar. Despues se ha averiguado que esta declaracion contenia articulos secretos, espresando que el Austria no se opondria á las pretensiones de la Prusia sobre una parte de la Polonia; circunstancia necesaria para empeñar á la Prusia á que desatendiese sus mas antiguos intereses, ligándose al Austria contra la Francia. ¿Qué se debia esperar de un celo que para escitarlo era necesario recurrir á medios semejantes? Y si era tan reservado en sus espresiones ¿qué deberia ser en sus actos? La Francia, es verdad se hallaba desarmada, pero cuando todo un pueblo se subleva, no tarda mucho

* Es del 27 de agosto

en armarse; y como dijo despues el célebre Carnot ¿qué hay de imposible para 25 millones de hombres? Retirábanse á la verdad los oficiales; pero jóvenes la mayor parte y colocados por favor no tenían esperiencia, ni prestigio en el ejército; cuanto mas que el vuelo dado á todas las clases iba bien pronto á producir oficiales y generales. Empero es necesario convenir que aun sin tener la presuncion que dominaba en Coblenza, se podia dudar de la resistencia que la Francia opuso luego á la invasion.

Entretanto, la Asamblea envió comisarios á la frontera y dispuso grandes preparativos. Todas las guardias nacionales pedian que se las pusiese en actividad; varios generales ofrecian sus servicios, y entre otros Dumouriez, que despues salvó la Francia en los desfiladeros del la Argona.

Al mismo tiempo que dirigia sus conatos á la seguridad exterior del Estado, se apresuraba la Asamblea á concluir su comenzada obra constitucional, á devolver al rey sus funciones, y aun si era posible, algunas de sus prerogativas.

Todas las subdivisiones del lado izquierdo, exceptuando los que acababan de tomar el reciente nombre de republicanos, se habian alistado bajo un mismo sistema de moderacion. Barnave y Malouet marchaban unidos y trabajaban de concierto. Petion, Robespierre, Buzot y algunos otros, habian adoptado la república, pero era un corto número. El lado derecho, continuando en sus imprudencias, protestaba siempre, en vez de unirse con la mayoría moderada, que seguia dominando á la Asamblea. Sus enemigos que la hubieran acusado, si hubiese destronado al rey, la han tildado sin em-

bargo de haberle vuelto á Paris, y restablecido sobre un trono vacilante. ¿Pero qué podia hacer? trocar el rey por la república, era harto arriesgado; cambiar la dinastia era inútil; pues para tener un rey, mejor era conservar el que ya habia; y ademas el duque de Orleans no era merecedor de que se le antepusiese á Luis XVI. En ambos casos, deposeer al rey actual era faltar á unos derechos ya reconocidos, y dar á la emigracion un caudillo precioso para ella, porque llevaba consigo titulos de que carecian. Al contrario, devolver á Luis XVI su autoridad y restituírle las posibles prerogativas, era desempeñar su tarea constitucional y quitar todo pretesto á la guerra civil; en una palabra, era cumplir con su obligacion, porque el deber de la Asamblea, despues de todos sus compromisos, era establecer un gobierno libre, pero monárquico.

No titubeó, pero tuvo grandes obstáculos que vencer. La nueva palabra de república habia agrado ya algun tanto á los ánimos, un poco cansados de las de monarquía y constitucion. La ausencia y la suspension del rey, como se ha visto, habian enseñado á prescindir de él. Los periódicos y los clubs le despojaron luego del respeto que siempre se le habia tributado. Su partida, que segun el decreto sobre residencia de empleados públicos, hacia inminente su caida, dió lugar á que se dijese que habia cesado. Sin embargo, por el mismo decreto, se hacia necesario para esta cesacion la salida del reino, y la resistencia á las intimaciones del cuerpo legislativo pero suponian poco estas condiciones para ánimos ya exaltados, y declaraban al rey culpado y despedido. Los jacobinos y los franciscanos se agitaban con violencia; y nó podian com-

prender, cómo despues de haberselibertado del rey, se lo imponian nueva y voluntariamente. Si el duque de Orleans habia tenido esperanzas, entonces se pudieron despertar; pero debió conocer el poco influjo que tenia su nombre, y sobre todo cuán poco convenia al estado de los ánimos un nuevo soberano por popular que fuese. Algunos folletistas que le eran adictos, intentaron, tal vez sin noticia suya, como Antonio en favor de César, colocarle la corona en las sienes y propusieron darle la regencia; pero él mismo se vió obligado á rechazarla, por una declaracion que mereció tan poco aprecio como su persona. *No mas rey!* era el grito general en los jacobinos, en los franciscanos, y en todos los sitios y papeles públicos.

Las esposiciones se multiplicaban; hubo entre ellas una que se fijó en todas las esquinas de Paris y aun en la misma puerta del palacio de la Asamblea. Estaba firmada por Aquiles Duchatelet, coronel jóven, y hablaba con los franceses, recordándoles la tranquilidad que habian gozado durante el viage del monarca, y concluyendo que su ausencia era preferible á su presencia. Añadia que su desercion era una renuncia, que la nacion y Luis XVI quedaban libres de todo vínculo mútuo, que últimamente, *estando llena la historia de los crimenes de los reyes, era conveniente renunciar á ellos.*

Esta esposicion atribuida al dicho jóven Aquiles Duchatelet, era de Tomás Payne, inglés, y actor principal en la revolucion americana. Denunciada á la Asamblea, despues de acalorados debates, juzgó que debia pasar al órden del dia, y responder con la mayor indiferencia á los avisos y á las injurias, como lo habia hecho siempre.

En fin, los comisarios encargados del informe sobre el asunto de Varennes lo presentaron el 16 de julio. El viage, dijeron, no tenia nada de culpable, y aun cuando lo fuese, el rey era inviolable. No podia resultar la separacion, puesto que ni habia permanecido largo tiempo distante, ni habia hecho resistencia á las intimaciones del cuerpo legislativo.

Robespierre, Buzot y Petion, renitieron los argumentos conocidos contra la inviolabilidad; y Dupont, Barnave y Salles les contestaron; decretándose al fin que no podia encausarse al rey por el hecho de su fuga. Añadiéronse únicamente dos artículos al decreto de inviolabilidad; y apenas se vió la decision cuando se levantó Robespierre, protestando altamente en nombre de la humanidad.

La noche anterior á esta decision hubo grande alboroto en los jacobinos, y estendieron una peticion para que declarase la Asamblea cesante al rey, como pérfido y traidor á sus juramentos, y que proveyese su remplazo por los medios constitucionales. Decidióse que esta peticion se llevaria el dia siguiente al campo de Marte, en donde cada cual podria firmarla sobre el altar de la patria. Llevóse en efecto al lugar convenido, y á la multitud de los alborotadores se juntó la de los curiosos que querian ser testigos del acontecimiento. Ya en aquel punto estaba dado el decreto, y no habia lugar á la peticion. Llegó Lafayette, deshizo las barricadas que se habian ya levantado, le amenazaron, y aun recibió un tiro á quema-ropa que no le tocó. Unidos á él los oficiales municipales, obtuvieron por último que se retirase el populacho. Colocáronse guardias nacionales para conservar la

tranquilidad, y creyeron por un instante que lo conseguirian, pero luego volvió à principiar el alboroto; dos inválidos que se encontraban, no se sabe con qué motivo, debajo del altar de la patria, fueron degollados, y entonces el desórden no tuvo limites. La Asamblea llamó al Ayuntamiento, y le encargó que celase el órden público. Bailly acudió al campo de Marte, é hizo desplegar la bandera encarnada en virtud de la ley marcial. Por mas que digan, era justo el empleo de la fuerza; pues ó se querian ó no las leyes nuevas; y queriéndolas era necesario ejecutarlas, para que hubiese alguna cosa fija, no fuese perpétuo el alboroto, y no se avasallase la voluntad de la Asamblea ante los plebiscitos de la multitud; en consecuencia Bailly debia dar cumplimiento à la ley. Adelántase éste con aquel valor inalterable que siempre habia manifestado, recibe sin resultas varios tiros, y en medio del alboroto no puede hacer todas las intimaciones deseadas. Al pronto mandó Lafayette disparar al aire algunos tiros, y aunque el tropel se alejó del altar de la patria, acudió à poco. Reducido entonces al último extremo, mando hacer fuego: la primera descarga volcó à algunos amotinados, cuyo número se ha exagerado mucho, pues unos lo reducen à treinta, otros lo ascienden à cuatrocientos, y los furibundos à algunos millares. Creyóse à estos por el pronto, y el terror se hizo general, con cuyo severo ejemplo se calmaron por algunos instantes los alborotadores. * Como de costumbre se acusaron todos los partidos de haber escitado este movimiento, y es probable que muchos

habian contribuido à él porque les convenian los desórdenes. El rey, la mayoría de la Asamblea, la guardia nacional, el Ayuntamiento y las autoridades departamentales estaban entonces de acuerdo para establecer el órden constitucional, y tenian que batallar con la democracia de adentro y con la aristocracia de afuera. Componia la Asamblea y la guardia nacional aquella clase media, rica, ilustrada y sabia, que queria el órden y las leyes; y en aquella circunstancia debian unirse naturalmente al rey, quien por su parte parecia estar resignado à una limitada autoridad. Pero si les convenia detenerse en el punto adonde habian llegado, lo repugnaban la aristocracia que deseaba un trastorno, y el pueblo que queria adquirir y acumbrarse mas. Barnave, como antes Mirabeau, era el orador de la parte moderada y sabia del vecindario, y Lafayette su caudillo militar. Danton y Camilo Desmoullins eran los oradores, y Santerre el general de aquella chusma que tambien queria dominar; habiendo algunos acalorados ó fanáticos que la representaban ya en la Asamblea, ya en las nuevas oficinas, y apresuraban su reinado con declamaciones.

Tildóse en gran manera à Lafayette y à Bailly la providencia del campo de Marte; pero fijando entrambos su deber en la observancia de la ley, y sacrificando à su ejecucion su popularidad y su vida, no tuvieron ningun remordimiento ni temor por lo que habian hecho. La energia que manifestaron aterró à los facciosos, y los mas pronunciados trataban ya de ponerse en salvo de los tiros que creian dirigidos contra ellos. Robespierre que habia estado sosteniendo hasta entonces las opi-

* Este suceso ocurrió en la tarde del domingo 17 de julio.

niones mas exageradas, temblaba en su obscuro albergue; y á pesar de su inviolabilidad como diputado, andaba pidiendo asilo á todos sus amigos; y así el ejemplo surtió su efecto, pues por algun tiempo todas las imaginaciones turbulentas se sosegaron con el temor.

Tomó á la sazón la Asamblea una determinacion muy criticada despues, y cuyo resultado no ha sido tan funesto como se pensaba. Decretó que ninguno de sus individuos pudiera ser reelegido; y siendo Robespierre el autor de la proposicion, se le atribuyó á la envidia que le devoraba contra unos compañeros, entre quienes no habia podido brillar. Era muy natural que los odiase, habiendo siempre luchado con ellos; y en su interior podia abrigar juntamente el convencimiento, la envidia y el encono. La Asamblea, á la cual se tachaba de querer perpetuar sus poderes, y que ya desagradaba á la muchedumbre por su moderacion, se apresuró á contestar á todos los ataques con un desinterés quiza exagerado, decidiendo que sus miembros quedarian escluidos en la próxima legislatura. La nueva Asamblea vino á hallarse de este modo privada de sujetos cuya exaltacion se iba amortiguando, y cuya ciencia legislativa se habia sazonado con una esperiencia de tres años. No obstante, luego que se vea la causa de las revoluciones que siguieron, se apreciará mejor cuál pudo ser la importancia de aquella medida tantas veces censurada. Llegado habia el momento de terminar las tareas constitucionales, y de concluir en calma tan borrascosa carrera. Los individuos del lado izquierdo proyectaban unirse para retocar ciertas partes de la constitucion. Acordóse su lec-

tura por entero para poderla juzgar y poner en armonia sus diversos puntos; y esto fué lo que se llamó la revision, y que luego en los dias del calor republicano fué mirado como una medida calamitosa. Barnave y los Lameths se pusieron acordes con Malouet para reformar ciertos artículos que atacaban á la prerogativa real, lo que se llamaba la estabilidad del trono; y aun se añade que proyectaban restablecer las dos Cámaras. Habian convenido de que acabada la lectura haria su ataque Malouet; que en seguida Barnave le contestaria con vehemencia para mejor encubrir sus intenciones; pero que al defender la mayor parte de los artículos se desentenderia de otros, como evidentemente peligrosos, y condenados por una reconocida esperiencia. Tales eran las condiciones ajustadas, cuando se oyeron las ridiculas y peligrosas protestas del lado derecho, que habia resuelto no votar; con lo cual no hubo entonces convenio alguno. El lado izquierdo no quiso ya oír mas, y cuando se verificó la tentativa proyectada, los gritos que se levantaron por todas partes, impidieron proseguir á Malouet y á los suyos (24). Acabóse apresuradamente la constitucion, y se presentó al rey para que la aceptase. Desde aquel punto se le devolvió su libertad, ó bien se le levantó la órden severa del palacio, y tuvo la facultad de retirarse á donde le acomodara, para examinar el acta constitucional y aceptarla libremente. ¿Mas qué podia hacer en esto? Rehusar la constitucion, era abdicar en favor de la república. Lo mas acertado, aun en su sistema, era avenirse y esperar del tiempo las restitutiones del poder que creia le eran debidas; por consiguiente, y despues

de haber dejado pasar algunos dias, declaró el 13 de setiembre que aceptaba la constitucion. Una alegría extraordinaria estendió esta noticia, como si efectivamente se hubiera temido algun obstáculo por parte del rey, y como si su consentimiento hubiera sido una concesion inesperada. Pasó á la Asamblea, donde se le recibió como en los dias mas bellos de su reinado. Lafayette, que jamás se olvidaba de reparar los males inevitables en las turbulencias politicas, propuso una amnistia general para todo lo relativo á la revolucion; esta se proclamó en medio de gritos de alegría, y al punto se abrieron las prisiones. En fin, el 30 de setiembre, Thouret, último presidente, declaró que la Asamblea constituyente habia terminado sus sesiones.

CAPÍTULO VII.

Juicio acerca de la Asamblea constituyente.—Apertura de la segunda Asamblea nacional, llamada *Asamblea legislativa*; su composicion.—Estado de los clubs; sus miembros influyentes.—Petion, corregidor de Paris.—Política de las potencias.—Emigracion; decretos contra los emigrados y contra los sacerdotes no juramentados.—Modificaciones en el ministerio.—Preparativos de guerra; estado de los ejércitos.

Acababa la Asamblea constituyente de terminar su larga y laboriosa carrera; y á pesar de su noble valor, de su perfecta equidad y de sus grandes tareas, se veia aborrecida como revolucionaria en Coblenza, y como aristócrata en Paris. Para formar un juicio cabal de esta memorable Asamblea, donde tan grande y variada fué la ilustracion, tan perseverantes y atrevidas las resoluciones, y en donde acaso por la primera vez, se vieron á todos los hombres ilustrados de una nacion, reunidos con la voluntad y el poder de realizar los votos de la filosofia, es necesario considerar el estado en que se hallaba la Francia cuando ella principió sus trabajos y aquel en que la dejaba en el momento de su disolucion.

En 1789, la nacion francesa conocia y sentia

todos sus males, pero no concebía la posibilidad de curarlos. A consecuencia de la solicitud impetrada de los Parlamentos, convocanse de repente los Estados Generales; fórmase la Asamblea constituyente, y llega á la presencia del trono, ufano éste de su antigua prepotencia, y dispuesto cuando mas á cur algunos clamores. Entonces se penetra aquella de sus derechos; dice que ella es la nacion, y se atreve á declararlo ante el gobierno atónito. Amenazada por la aristocracia, por la corte y por un ejército, no previendo todavía las sublevaciones populares, se declara inviolable sustentándose á las violencias del poder; penetrada de sus derechos, se dirige á unos enemigos que no estaban convencidos de los suyos propios; y por una simple espresion de su voluntad, triunfa del poder de muchos siglos, y de un ejército de treinta mil hombres. Hé aqui toda la revolucion; este fué su primer acto, y el mas noble, justo y heroico; porque jamás nacion alguna procedió con mas justicia, ni en medio de mayores peligros.

Vencido ya el poder, era necesario volver á constituirle de una manera justa y conveniente; pero al aspecto de aquella escala social, en cuya cumbre todo abunda, poder, honores y fortuna, en tanto que abajo falta todo, hasta el pan indispensable para la vida, la Asamblea constituyente experimenta en sus pensamientos una violenta reaccion, y todo quiere nivelarlo. Determina que la totalidad de los ciudadanos, completamente iguales, sea la que espresese su voluntad, y que el rey únicamente quede encargado de su ejecucion.

No consiste su error en haber reducido el trono á una mera magistratura; porque aun el rey tenia

demasiada autoridad para mantener las leyes, y mayor que la que tienen los magistrados en las repúblicas: sino en haber creído que un rey, con el recuerdo de lo que habia sido, pudiera resignarse; y que un pueblo apenas despertado, y que acababa de recobrar una parte del poder público, no quisiese conquistarle todo entero. La historia prueba en efecto que es forzoso dividir infinitamente las magistraturas, ó que si se establece un gefe único, es preciso dotarle con amplias facultades que sofocuen en él los deseos de la usurpacion.

Cuando las naciones ocupadas casi exclusivamente en sus privados intereses, sienten la necesidad de descargarse en un gefe de los cuidados del gobierno, hacen bien en tomar uno, pero es preciso que entonces este, al par de los reyes ingleses, pudiendo convocar y disolver las Asambleas nacionales, no teniendo que recibir sus voluntades ni sancionarlas, sino cuando le convienen, estando únicamente imposibilitado de obrar mal, tenga realmente la mayor parte de la soberania. La dignidad del hombre puede conservarse bajo semejante gobierno, cuando la ley se observa rigurosamente, cuando cada ciudadano conoce lo que vale, y entiende que estos amplios poderes otorgados al principe, solo se le han cedido en fuerza de la flaqueza humana.

Pero en una emocion que de repente recuerda sus derechos, no cabe el resignarse á un papel secundario, y á entregar voluntariamente á un gefe la soberania, sin que tenga el anhelo de usurpársela. Incapaz la Asamblea constituyente, como la misma nacion, de hacer una abdicacion semejante, redujo el trono á una mera magistratura heredita-

ria, creyendo que el rey se contentaria con ella, porque aun brillaba todavía en honores, riquezas y poder, y que el pueblo se la dejaría disfrutar.

Pero fuese este ó no el parecer de la Asamblea ¿podía en semejante duda resolver la cuestion? ¿podía despojar al rey, ó darle todo el poderío que confiere la Inglaterra á sus monarcas?

En primer lugar, no podía deponer á Luis XVI; porque aunque siempre sea permitido poner la justicia en manos de un gobierno, no lo es cambiar la forma, cuando en ella reside la justicia, ni convertir de repente una monarquía en república. Además, la posesion es un título respetable; y si la Asamblea hubiera despojado á la dinastía, ¿cuánto no hubieran dicho sus enemigos, que la acusaban de violar la propiedad porque atacaba á los derechos feudales?

Por otra parte, no podía conceder al rey el *veto* absoluto, el nombramiento de los jueces, y otras prerogativas semejantes, porque á ello se oponia la opinion pública, y porque constituyendo esta su única fuerza, estaba obligada á someterse á ella.

En cuanto al establecimiento de una sola Cámara, su error ha sido acaso mas verdadero, aunque al mismo tiempo inevitable. Si era peligroso no dejar mas que el recuerdo del poder á un rey que lo habia tenido todo entero, y en presencia de un pueblo que anhelaba invadir hasta la porcion mas pequeña; era mucho mas falso el principio de no reconocer las desigualdades y graduaciones sociales; cuando las mismas repúblicas las admiten, y cuando en todas se encuentra un senado electivo ó hereditario. No debe, pues, exigirse de los hombres

y de los ánimos mas de lo que pueden en cada época; y ¿cómo es posible reconocer su necesidad en medio de una revolucion contra la injusticia de las gerarquias? ¿cómo constituir la aristocracia en el momento en que se pelea contra ella? Mas fácil hubiera sido fundar el trono, porque colocado lejos del pueblo, habia sido menos opresor; y porque desempeña ademas ciertas funciones que parecen mas necesarias.

Empero, lo repito, aun cuando tales errores no hubieran predominado en la Asamblea, estaban ya en la nacion, y la serie de los acontecimientos probará que si se hubiesen tolerado al rey y á la aristocracia todos los poderes de que se les despojó, no hubiera dejado por esto de suceder la revolucion hasta en sus últimos escesos.

Necesario es para convencerse de esto, distinguir las revoluciones que estallan entre los pueblos, largo tiempo subyugados, de las que acontecen en los pueblos libres, ó que están en posesion de una cierta actividad política. En Roma, en Atenas y en otras partes, se vieron á las naciones y á sus gefes disputarse mas ó menos grado de autoridad; pero en los pueblos modernos enteramente despojados, el rumbo es diferente. Completamente sujetos, duermen por largo tiempo: mas al despertar lo hacen primero las clases mas ilustradas que se alzan y recobran una parte del poder. Este arranque es sucesivo, no menos que la ambicion; la cual va creciendo hasta las últimas clases, y la nacion entera se encuentra de este modo en movimiento. Satisfechas luego las clases ilustradas con lo que han conseguido, quieren detenerse, pero no pueden ya porque las im-

pelen sin cesar las que las han imitado. Las que se detienen, aunque sean las penúltimas, son para las últimas una aristocracia; y en esta pelea de gerarquias se arrollan unas sobre otras y un mero ciudadano de la clase media acaba deiser llamado aristócrata por el artesano, y perseguido como tal.

La Asamblea constituyente nos presenta esta generacion que se ilustra y reclama la primera contra el poder todavia supremo: demasiado inteligente para conocer lo que se debe á los que lo tenían todo y á los que nada tenían, intenta dejar á los primeros parte de lo que disfrutaban, porque siempre lo han poseido, y proporcionar á los segundos muy particularmente, la ilustracion y los derechos que con ella se grangean. Pero en unos hay sentimiento por lo que pierden, y en otros reina la ambicion; el sentimiento de la pérdida quiere recobrarlo todo, la ambicion todo conquistarlo, y he aqui la manera con que se empeña una guerra esterminadora. Los constituyentes son, pues, aquellos primeros hombres de bien, que al sacudir la esclavitud, tantean un órden justo, ejecútalo sin temor, llevan á cabo tan inmensa tarea, pero sucumben al querer empeñar á los unos á que cedan alguna cosa, y á los otros á que no lo deseen todo.

La Asamblea constituyente habia respetado en su justa reparticion las antiguas posesiones. Luis XVI, con el titulo de rey de los franceses, treinta millones de renta, el mando del ejército, y el derecho de suspender las voluntades nacionales, tenia todavia prerogativas bastante escelsas; y únicamente el recuerdo del poder absoluto puede dis-

culparle de no haberse resignado á tan brillante resto de autoridad.

El clero, despojado de los inmensos bienes que habia recibido en otro tiempo con la condicion de socorrer á los pobres, á quienes no acudia, y de mantener el culto, cuyo cuidado dejaba á los párrocos indigentes, no era ya un órden político; pero se habian conservado sus dignidades eclesiásticas; respetado sus dogmas, cambiado sus *escandalosas riquezas* en una renta decorosa y suficiente; puesto que todavia permitia un gran lujo episcopal. La nobleza ya no era un brazo, una gerarquía, ya no tenia los derechos esclusivos de caza y otros semejantes; ya no estaba exenta de impuestos, ¿pero podia razonablemente quejarse de estas cosas? quedábanle sus grandes propiedades; y en vez del favor de la corte, tenia la certidumbre de los triunfos concedidos al mérito. Restábele la facultad de ser elegida por el pueblo y de representarlo en el Estado, por poco que se manifestase benéfica y resignada. La toga y la espada estaban reservadas á sustalentos. ¿Por qué al punto no vino á animarla una generosa emulacion? ¿No conocia que con solo echar menos los favores de otro tiempo, daba muestras de incapacidad?

Habiase contemporizado con los pensionados antiguos, indemnizado á los eclesiásticos, y tratando á cada cual con miramiento; la suerte, pues, que la Asamblea constituyente habia proporcionado á todos, ¿era acaso tan insoportable?

Concluida la constitucion, ya no quedaba al rey esperanza alguna de recobrar, mediante deliberaciones, sus sentidas prerogativas. Una cosa sola le quedaba que hacer, y era resignarse y

observar la constitucion, á menos que no contase con las potencias extranjeras; pero esperaba muy poco de su celo, y desconfiaba de los emigrados. Decidióse, pues, por el primer partido; y lo que prueba su sinceridad es, que queria manifestar francamente á la Asamblea los defectos que encontraba en la constitucion; pero le disuadieron de esto, y se resolvió á esperar del tiempo la restitucion de superioridad que creia debérsele. No estaba menos resignada la reina: «Valor, dijo al ministro Bertrand, que se presentó á ella, aun no se ha perdido todo. El rey quiere atenerse á la constitucion, y este sistema es seguramente el mejor.» ¿Y es posible creer que si ella hubiera tenido otros pensamientos, se habria atrevido á espresarlos en presencia de Bertrand de Molléville? (23).

La antigua Asamblea acababa de separarse; habian vuelto sus miembros al seno de sus familias, ó andaban esparcidos por Paris. Algunos de los mas notables, como Lameth, Duport y Barnave se comunicaban con la corte y le daban sus consejos. Pero el rey, aunque estaba decidido á observar la constitucion, no podia resignarse á seguir los consejos que recibia, porque no solo se le encargaba el no violarla, sino el dar á entender por sus actos que sinceramente le agradaba. Estos miembros de la antigua Asamblea, reunidos con Lafayette desde la revision, eran los caudillos de aquella generacion revolucionaria, que habia dado las primeras reglas de libertad y que queria mantenerse ea ella. Sostenialos la guardia nacional, cuyos largos servicios bajo el mando de Lafayette, la habian unido estrechamente á este gene-

ral y á sus principios. Los constituyentes comecieron entonces el desacierto de menospreciar la nueva Asamblea, y aun de irritarla á menudo con sus desaires. Una especie de vanidad aristocrática se habia apoderado ya de estos primeros legisladores, cual si toda ciencia legislativa hubiese desaparecido tras ellos.

La nueva Asamblea se componia de varias clases de sugetos, contando entre los partidarios ilustrados de la primera revolucion, á Ramond, Girardin, Vaublanc, Dumas y otros que se apellidaron los constitucionales y ocuparon el lado derecho, donde ya no se hallaba uno solo de los antiguos privilegiados; y asi, por la marcha natural y progresiva de la revolucion, el lado izquierdo de la primera Asamblea, debia trocarse en el derecho de la segunda. Despues de los constitucionales, habia en ella muchos hombres distinguidos, cuyas cabezas se habian inflamado y exagerado sus deseos con la revolucion. Testigos de las tareas de la constituyente, y ansiosos, como todo el que espera una obra agena, juzgaban que no se habia hecho bastante, y no se atrevian á pronunciarse como republicanos, porque frecuentemente se recomendaba la fidelidad á la constitucion; pero el ensayo de república que se habia hecho durante el viage de Luis XVI, y las sospechosas intenciones de la corte, impelian los ánimos sin cesar á esta idea, y el estado de continua hostilidad en que se hallaban con el gobierno debia inclinarlos á ello cada vez mas.

En esta nueva generacion de talentos sobresalian los diputados de la Gironda, por los cuales todo el partido, aunque compuesto de sugetos de los

demas departamentos, se apellidó Girondino. Condorcet, muy conocido ya por la grande estension de sus ideas, y por una severidad estremada de ingenio y de caracter, era el que mejor escribia entre ellos, asi como su mejor orador era Vergniaud que improvisaba con pureza y con verdadera elocuencia. Engrosado éste partido de continuo por cuantos desechaban á la corte, no queria la república que le cupo en 1793; aunque la veia en sus sueños con todos sus prestigios, con sus virtudes y sus severas costumbres. El entusiasmo y la vehemencia debian ser sus principales caractéres.

Tambien debia tener sus partidarios estremados, tales como Bazire, Chabot, Merlin de Thionville y otros, que aunque inferiores en talento, aventajaban en audacia á los otros girondinos; convirtiéndose luego en el partido de la *Montaña*, cuando despues del hundimiento del trono, se separaron de la Gironda. Esta segunda Asamblea tenia en fin como la primera una porcion media, que sin empeño contraido votaba ya con unos, ya con otros. Bajo la constituyente, cuando todavia reinaba una verdadera libertad, esta porcion habia quedado independiente, mas como no lo era por energia, sino por indiferencia, en las Asambleas posteriores en donde reinó la violencia, trocóse en despreciable y cobarde y recibió el apodo vulgar y vergonzoso de *pancista*.*

En aquella época adquirieron los clubs mayor importancia. Alborotadores con la constituyente vinieron á dominar con la legislativa. No pudiendo la Asamblea nacional contener á tantos

* Ventre.

ambiciosos, se refugiaban estos en los clubs, en donde eucontraban tribunas y borrascas. Allí acudian cuantos ansiaban hablar, agitarse, arrebatarse, conmovirse; esto es, se agolpaba la nacion entera. El pueblo corria á este espectáculo nuevo; ocupaba las tribunas de todas las juntas, y hallaba desde aquel mismo tiempo un empleo lucrativo, porque ya se iban pagando los aplausos. El ministro Bertrand confiesa haberlos pagado él mismo.

El club mas antiguo fue el de los jacobinos que tenia ya una influencia extraordinaria; y una iglesia no era bastante para contener á sus muchos individuos y al tropel de sus oyentes. Alzabase un inmenso anfiteatro en forma de circo, y ocupaba toda la nave principal de la iglesia de los dominicanos. Habia un bufete en el centro, para el presidente y los secretarios. Se recogian los votos, y se apuntaban las deliberaciones en un registro. Una correspondencia activa fomentaba el celo de las sociedades esparcidas por todo el ámbito de la Francia; y se las llamaba sociedades afiliadas. Este club, por su antigüedad y por su continuada violencia, habia descollado constantemente sobre todos los que intentaron manifestarse mas moderados ó mas vehementes. Los Lameths, y cuantos hombres distinguidos contenia, le habian abandonado despues del viage de Varennes; trasladándose á los fuldenses. En este último se hallaban confundidas todas las sociedades moderadas que no habian prevailecido, porque iban contra la misma necesidad que arrastraba á los clubs, cual era la de la agitacion y el alboroto. En los fuldenses se reunian entonces los constitucionales ó partidarios de la primera revolucion, y por tanto el nombre de

faldenses llegó á ser un titulo de proscripcion, cuando lo era tambien el de moderado.

Otro club, el de los franciscanos, quiso rivalizar en violencia con los jacobinos: Camilo Desmoullins era su secretario, y Danton su caudillo. Este último, sin prestigio en el foro, se habia hecho adorar de la multitud, á quien conmovia vivamente por sus formas atléticas, su voz sonora y sus pasiones en todo populares. Los franciscanos, con toda su exageracion no habian podido triunfar de sus rivales, á quienes la costumbre conservaba una crecida concurrencia. pero al mismo tiempo eran casi todos tambien de los jacobinos, y cuando les convenia, acudian acaudillados por Danton para determinar en su favor la mayoría.

Robespierre, á quien hemos visto distinguirse en la Asamblea constituyente por la exageracion de sus principios, quedó esciuido de la legislativa por el decreto de no-reeleccion, que é mismo habia contribuido á promulgar. Habia acogido á los jacobinos, en donde se enseñoreaba sin segundo, por el dogmatismo de sus opiniones y por una reputacion de integridad que le habia merecido el nombre de incorruptible. Asustado como se ha visto, enel momento de la revision de la ley fundamental, se habia tranquilizado despues y llevaba adelante la obra de su popularidad. Encontróse con dos rivales que empezaba á detestar y eran Brissot y Louvet. Brissot, relacionado con todos los individuos de la primera Asamblea, amigo de Mirabeau y de Lafayette, conocido por republicano, y uno de los miembros mas distinguidos de la legislativa, era de un carácter ligero, pero notable por ciertas prendas de entendimiento. Louvet, con una alma

apasionada, mucho ingénio y una grande audacia, era de los que se habian escedido en la constituyente y soñaban en la república; por lo cual se veia naturalmente impelido hácia los girondinos, y sus peleas despues con Robespierre le estrecharon mas con ellos. Formado poco á poco este partido, y no de intento, por hombres que tenian sobrado mérito para hermanarse con el populacho, demasiado brillo para ser envidiados por él y sus gefes, y que estaban unidos mas bien por su situacion que por convenio, este partido debió ser brillante pero débil, y perecer al fin, ante las facciones mas vehementes que se fueron levantando á su alrededor.

Tal era el estado de la Francia: los privilegiados antiguos se habian retirado mas allá del Rin; los partidarios de la constitucion ocupaban la derecha de la Asamblea, la guardia nacional, y el club de los faldenses; los girondinos tenian la mayoría en la Asamblea, pero no en los clubs, donde la violencia prevalecia; y en fin, los estremados de esta nueva época, colocados sobre los hancos mas altos de la Asamblea, llamados por esta razon la *Montaña*, eran omnipotentes en los clubs y con el populacho.

Lafayette, haciendo dimision de sus grados militares, llevó consigo al retirarse á sus estados, la veneracion y el dolor de sus compañeros de armas. No se dió el mando á ningun otro general, sino que se fió alternativamente el de toda la guardia nacional, á seis gefes de legion. Bailly constante aliado de Lafayette durante estos tres años tan congojosos, renunció tambien su corregimiento. Dividiéronse entonces tambien los votos de los electores entre Lafayette y Petion; pero la córte, que

nada queria con el primero, no obstante serle muy favorables sus disposiciones, prefirió á Petion, aunque republicano, esperando mas, de una especie de tibieza que advertia en él, y que achacaba á estapidez, aunque no lo era; y haciendo enormes gastos para asegurarle la mayoría. Obtuvo en efecto, y fué nombrado corregidor el dia 17 de noviembre. Este mismo Petion, dotado de un talento despejado, de una conviccion fria, pero sólida y de sobrada destreza, sirvió constantemente á los republicanos contra la corte y se ligó intimamente á la Gironda, ora por conformidad de ideas, ora por la envidia que su reciente dignidad despertó á los jacobinos.

Si á pesar de todas estas disposiciones de los partidos se hubiera podido no obstante contar con el rey, fácilmente se hubieran calmado las desconfianzas de los girondinos; y sin el pretexto de las turbulencias, los revoltosos no hubieran hallado en lo sucesivo un medio poderoso de amotinar al pueblo.

El rey, aunque habia formado ya sus designios, como á causa de su debilidad no eran siempre irrevocables, habia que ponerlos á prueba antes de confiar en ellos, y mientras se obtenia el resultado se veia espuesto á continuos ultrages. Su carácter, aunque bueno, no estaba exento de algun tanto de rareza: y sus resoluciones debian por consiguiente sufrir un choque seguro por las primeras faltas de la Asamblea. Formóse esta por si misma, y prestó su juramento con gran pompa sobre el libro de la constitucion. Su primer decreto, relativo al ceremonial, prescribió la abolicion de los títulos de *Señor y Magestad* que se daban ordinariamente al

rey; mandó ademas que cuando se presentase en la Asamblea, se sentase en un sitial semejante al del presidente. * Estos primeros efectos del espíritu republicano, fueron los que lastimaron cruelmente el carácter de Luis XVI, el cual para librarse de lo que juzgaba una humillacion, resolvió no presentarse mas en la Asamblea, y enviar á sus ministros para que abriesen la sesion legislativa. Pesarosa la Asamblea de este primer insulto, revocó al dia siguiente su decreto, dando en ello una rara muestra de arrepentimiento, y el rey se dirigió entonces á ella, y fué satisfactoriamente acogido. Pero desgraciadamente se habia decretado que los diputados, si el rey estaba sentado, podian tambien ocupar la misma postura: esto fué lo que ellos hicieron, y Luis XVI encontró en aquella accion un nuevo desacato. Poco sirvieron para templar su resentimiento los aplausos que se le prodigaron: volvióse palido y alterado, y apenas se halló á solas con la reina, cuando arrojándose sobre una silla: «Ay! señora, le dijo suspirando, habeis presenciado mi humillacion! ¡qué! venir á Francia para ver....» La reina procuró consolarle mas el alma de su esposo estaba profundamente afectada, y sus buenas intenciones debieron tambien verse muy ofendidas. *

No obstante, si desde entonces no pensó mas que en el auxilio de los estrangeros, las disposiciones de las potencias debieron darle muy poca esperanza. La declaracion de Pilnitz habia quedado sin efecto, bien fuese por falta de celo

* Decreto del 5 de octubre.

* Véase á madama Campan, tomo II, pág. 120.

en los soberanos, bien por el peligro que Luis XVI habia corrido, hallándose prisionero por la Asamblea constituyente desde que volvió de Varennes. La aceptación de la constitucion era, segun la opinion de Leopoldo y del ministro Kaunitz nuevo motivo para aguardar los resultados de la experiencia antes de emprender operacion alguna. De modo que Luis XVI notificó á todas las cortes que aceptaba la constitucion, y que su ánimo era observarla con fidelidad. El Austria dió una respuesta muy pacífica; la Prusia y la Inglaterra hicieron otro tanto, y manifestaron sus amigables intenciones. Debe observarse que las potencias limitrofes obraban con mayor reserva que las lejanas, tales como la Suecia y la Rusia, porque estaban mas inmediatamente comprometidas en la guerra. Gustavo, que meditaba una brillante empresa sobre Francia, respondió á la notificacion que no consideraba al rey como libre: la Rusia se abstuvo de esplicaciones, y la Holanda, los principales italianos, y principalmente la Suiza, respondieron satisfactoriamente. Los electores de Tréveris y de Maguncia, en cuyos territorios existian los emigrados, se valieron de respuestas evasivas; y España, sitiada por los emisarios de Coblenza, hizo lo mismo, mostrando que necesitaba tiempo para convencerse de la libertad del rey, y asegurando no obstante que de ningun modo turbaria la tranquilidad del reino.

Semejantes respuestas, en las cuales no se echaba de ver hostilidad alguna, la neutralidad espresa de la Inglaterra, la incertidumbre de Federico Guillermo, y las pacíficas y acreditadas disposiciones de Leopoldo, presagiaban la paz. Difícil es sa-

ber lo que pasaba en el alma inquieta de Luis XVI; mas su manifiesto interés, y los temores mismos que la guerra le sugirió mas tarde, inducen á creer que deseaba tambien la conservacion de la paz, sin que en medio de tan general armonia hubiese mas que los emigrados que se obstinaban en anhelar la guerra y en prepararla.

Acudian todos en masa á Coblenza, disponian allí armas con premura, aprestaban almacenes, hacian provisiones, formaban cuadros que en verdad no se completaban porque ninguno de ellos queria ser simple soldado, creaban grados, que se los vendian; y si todo lo que hacian no presentaba en realidad gran riesgo, al menos se hacian inmensos preparativos que á ellos mismos parecian temibles, y que debian hacer su efecto en la imaginacion del pueblo.

La gran cuestion se reducía á saber si Luis XVI estaba ó no á favor suyo, aunque era muy difícil creer que se mantuviese remiso en favor de unos parientes y servidores armados para devolverle su poder perdido. Por otra parte se necesitaba mucha sinceridad y mayores demostraciones para persuadirse de lo contrario. El rey en sus cartas á los emigrados les invitaba y aun mandaba que volviesen; pero dicese (26) que llevaba una correspondencia secreta, opuesta á la pública, y que destruía su efecto. De sus comunicaciones secretas con Coblenza no puede dudarse, pero yo no creo que Luis XVI se sirviese de ellas para contradecir las órdenes espresas que habia dirijido públicamente á los emigrados, y su mas evidente interes era el que volviesen. Su presencia en Coblenza no podia ser útil sino mientras tuviese el proyecto de

combatir, pues Luis XVI, mas que á todo, temia a una guerra civil. No queriendo esgrimir su espada en el Rhin, mas conveniente era tenerlos á su lado para servirse de ellos en caso necesario, y reunir sus esfuerzos y los de los constitucionales, en defensa de su persona y de su trono. Por otro lado, su presencia en Coblenza exigia leyes severas que no estaba en sus miras sancionar; si negaba la sancion, se comprometia con la Asamblea, y despues se verá que el uso que hizo del *veto* fué lo que le desacreditó completamente presentándole como cómplice de los emigrados. Seria extraño que no hubiese conocido la exactitud de estas razones observadas por todos los ministros, los cuales pensaban de consuno que los emigrados debian trasladarse al lado del rey para defenderlo, para deterrar las alarmas, y para quitar todo pretexto á los ánimos inquietos. Hasta Bertrand de Molleville, cuyos principios eran constitucionales, opinaba asi. «Era preciso, decia, emplear todos los medios posibles para aumentar la popularidad del rey. «De todos ellos el mas eficaz y útil en este momento era el de llamar á los emigrados. Su vuelta anticipada generalmente, hubiera hecho revivir en Francia al partido realista, totalmente desorganizado por la emigracion, partido que, fortificado por el descrédito de la Asamblea, y engrosado por la multitud de desertores del partido constitucional, y por los descontentos todos, se hubiera hecho al punto muy poderoso, para decidir en favor del rey la explosion mas ó menos tardia que se esperaba » (Tomo VI, p. 42.)

Luis XVI, conforme con la opinion de los ministros, dirijió alocuciones á los gefes principales

del ejército y á los oficiales de marina para recordarles su deber y tenerles de su parte; mas estas alocuciones fueron inútiles, pues la desercion continuó sin interrupcion. El ministro de la Guerra fué á anunciar que habian desertado mil novecientos oficiales, y la Asamblea, no pudiendo moderarse, resolvió adoptar enérgicas providencias. La constituyente se limitaba en último caso á pronunciar la destitucion de los funcionarios públicos que estaban ausentes del reino, y á recargar con una triple contribucion los bienes de los emigrados, indemnizándose asi al Estado de los servicios cuya falta esperaba por la de aquellos. La nueva Asamblea propuso aun castigos mas severos.

Presentáronse varios proyectos. Brissot dividió en tres clases los emigrados: primero, los gefes de la desercion; segundo, los funcionarios públicos que abandonaban sus destinos, y últimamente aquellos que habian abandonado por temor el suelo nativo. A los primeros decia que era preciso castigarlos, despreciar á los segundos y compadecer á los restantes.

Es verdad que la libertad del hombre no consiente que se le encadene á la patria; pero cuando innumerables circunstancias han mostrado hasta la evidencia que los ciudadanos que se alejan de su pais van á reunirse en otra parte para declararle guerra, es permitido tomar las precauciones convenientes contra unos proyectos tan perjudiciales.

Larga y tenaz fué la discusion. Los constitucionales se resistian á todos los medios propuestos, y sostenian que debian despreciarse las tentativas inútiles, del mismo modo que lo habian hecho sus predecesores. Sin embargo, triunfó el partido opues-

to, y se dió un primer decreto por el cual se mandaba á Monsieur, hermano del rey, que se volviese en el término de dos meses, so pena de perder su derecho fortuito á la regencia. Mas rigoroso fué el segundo decreto que se dió contra los emigrados en general; en él se declaraba que los franceses allende las fronteras del reino eran sospechosos como conjuradores contra la Francia; que si para el 4.º de enero próximo estaban aun reunidos, serian declarados reos de conjuracion, perseguidos como tales y castigados de muerte; y que las rentas de los contumaces se aplicarian durante su vida á la nacion, sin perjuicio de los derechos de las mugeres, hijos y herederos legitimos. Estos decretos se dieron en los dias 28 de octubre y 9 de noviembre.

No siendo reprehensible en sí el acto de emigracion, es árduo caracterizar el caso en que se convierte en tal. Lo que la ley podia hacer, era avisar de antemano que dado semejante caso, se hacia uno culpable; entonces los que no querian serlo no tenian mas que obedecer. Los que sabedores del término en que se convertia en crimen la ausencia del reino no entraban á pesar de ello, tácitamente consentian en pasar por criminales. Y aquellos que estaban fuera del reino sin motivos de guerra ó de politica, debian apresurarse á volver, porque á la verdad es muy pequeño sacrificio para la seguridad de un Estado el abreviar un viage de interés ó de recreo.

Luis XVI, deseoso de satisfacer á la Asamblea y á la opinion pública, dió su consentimiento al decreto que prescribia la vuelta de su hermano, so pena de perder el derecho que á la regencia le asistia; pero estampó su *veto* en la ley contra los emi-

grados, y los ministros quedaron comisionados para ir todos juntos á la Asamblea y dar cuenta en ella de las intenciones del rey. Leyeron al principio varios decretos que habian merecido la sancion; mas al llegar al de los emigrados, la Asamblea guardaba un profundo silencio; y no bien hubo el guarda-sellos pronunciado la fórmula oficial de *el rey lo examinará*, cuando se notaron generales indicios de descontento. Procuró en vano desenvolver las formas del *veto*, pues mezclándose multitud de voces, dijeron al ministro que la constitucion daba al rey derecho para hacer oposicion, mas no para suscitarla, y el guarda-sellos se vió forzado á retirarse, dejando los ánimos notablemente alterados. Tal fué la primera resistencia del rey contra la Asamblea, que se consideró como un rompimiento definitivo; pues aunque hubiese sancionado el decreto que privaba de la regencia á su hermano, siempre se hubiera considerado su oposicion al segundo, como una prueba de afecto hácia los conjurados de Coblenza. Despertáronse entonces en la minoría los vinculos de pariente, de amigo y de comun interesado que á ellos le unian, y de aquí se dedujo que no podia menos de coligarse con ellos y contra la nacion.

Al dia siguiente mandó publicar Luis XVI una proclama á los emigrados y dos cartas particulares á cada uno de sus hermanos. Si bien las razones que á unos y á otros alegaba eran de peso y tenian al parecer una intencion muy buena, invitándoles á que desvaneciesen con su regreso la desconfianza que los malévolos se complacian en esparcir, rogándoles que no le obligasen á emplear con ellos determinaciones violentas y citándoles en cuanto á

su falta de libertad, fundamento en que apoyaban su desobediencia, el *veto* que en prueba de no ser así, acababa de dar en favor de ellos (27); si bien todas estas razones eran poderosas, sin embargo, ni en Coblenza ni en París surtieron el efecto que debieran ó que parecía deber producir. La vuelta de los emigrados no se verificó. La Asamblea halló redactada con excesiva dulzura la proclama, y hasta se disputó al poder ejecutivo el derecho de reproducirla. Los ánimos estaban á la verdad demasiado exasperados para que se contentáran con una proclama, y principalmente para sufrir que el rey echase mano de un recurso inútil, desdenando los medios enérgicos que acababan de adoptarse.

Preparábase en aquellos días á Luis XVI otra prueba del mismo género y que no tuvo un éxito mas favorable. Resonando en el Oeste los primeros gritos de turbulencias religiosas, la Asamblea constituyente envió allá dos comisionados, uno de ellos Gensonné, célebre mas adelante en el partido de la Gironda. La Asamblea legislativa oyó su narracion, á pesar de ser muy moderada, con suma indignacion. Recuérdese que la Asamblea constituyente, al privar de sus funciones á los eclesiásticos que se negaban á jurarla, habia no obstante dejado una pension y libertad para ejercer el culto en otra parte: ellos no dejaron desde entonces de incitar al pueblo contra sus compañeros juramentados, pintándolos como impíos, cuyo ministerio era nulo y contagioso. No contentos con eso, llevaban á los pobres aldeanos á grandes distancias para decirles misa; y estos desesperados al hallar ocupada su iglesia por un culto que creian odioso, y al verse forzados á caminar tanto en busca del que merecia

su veneracion, chocaban con los clérigos juramentados y con sus secuaces. Todo pronosticaba la inminencia de una guerra civil (28), la Asamblea obtuvo nuevas noticias y halló el riesgo mas urgente; por lo cual intentó tomar con estos nuevos enemigos de la constitucion providencias semejantes á las que empleó contra los enemigos armados de la otra parte del Rhin, haciendo un nuevo ensayo de las disposiciones del rey.

Todos los eclesiásticos habian recibido por parte de la Asamblea constituyente la órden de prestar el juramento cívico; pero de tal modo, que los que se negaban á hacerlo, perdian el carácter de ministros del culto público pagado por el Estado, aunque seguian con las pensiones de meros clérigos y con la libertad de ejercer privadamente su ministerio. No podia ser mas templada la correccion; la Asamblea legislativa exigió otra vez el juramento y negó toda asignacion á los que se obstinaban en no hacerlo; mas como abusaban de su libertad encendiendo la tea de la discordia civil, mandó aquella, que segun su modo de proceder, serian llevados de uno á otro punto, y aun serian condenados á prision si negaban la obediencia. Prohibióles finalmente el libre uso de su culto particular, y mandó que los cuerpos administrativos la remitiesen lista informada de la conducta de cada uno de ellos.

Tanto esta resolucion como la que contra los emigrados acababa de dictarse, revelaba la zozobra que se apodera de los gobiernos vacilantes; lo cual les obliga á tomar precauciones excesivas, porque entonces no castigan hechos consumados, sino que persiguen hasta los intentos de ofender,

siendo sus providencias frecuentemente caprichosas y crueles como sus sospechas.

No bien apareció el decreto cuando los obispos y los clérigos residentes en París que habian conservado con el rey algunas relaciones, le entregaron una esposicion en contra; y éste, que siempre se arrepentia de haber sancionado el decreto de constituyente, lleno ahora de escrúpulos, no necesitaba de muchas instancias para oponerse á la sancion. «En cuanto á este, decia hablando del nuevo proyecto, antes me arrancarán la vida que la sancion.» Los ministros diferian poco del dictámen del rey, pues Barnave y Lameth, á quienes el rey consultaba alguna vez, le aconsejaban que no la otorgase; pero con este consejo mezclaban otros que no tenian cabida en el corazon de Luis XVI, cuales eran, que al negar el decreto, no hiciese recelar lo mas mínimo con respecto á él, para lo cual debia separar de su lado á cuantos eclesiásticos se negasen á jurar, y no dar entrada en su capilla mas que á los constitucionales. De todos los dictámenes sin embargo, el rey se quedaba solo con la parte que se conformaba á su debilidad ó devocion. Dupon-Dutertre, guarda-sellos y órgano de los constitucionales en el ministerio, hizo que triunfase su parecer; y así que el consejo acordó con mucho regocijo de Luis XVI que se interpusiese el *veto*, añadió como opinion suya, que seria bueno que no infundiesen sospechas los sacerdotes que se hallasen al rededor del rey. Pero Luis XVI, casi siempre tan docil, manifestó al oír esta proposicion un teson invencible, y dijo que la libertad de cultos que se habia decretado, para todos, debia tenerla él lo mismo que sus va-

sallos; y estar en entera facultad de valerse de los sacerdotes que le acomodasen. Dejóse de insistir en esto, y sin dar conocimiento á la Asamblea quedó resuelto el *veto*.

Recibió el rey otro auxilio del partido constitucional en cuyas manos parecia haberse entregado el monarca, que fué el que le hizo el directorio del departamento. Formado este por los individuos mas ilustres de la Asamblea constituyente, como el duque de Larochehoucault, el obispo de Autun, Baumetz, Desmeuniers, Ansons &c. dirigió una peticion al rey, no ya como cuerpo administrativo, sino como junta de peticionarios, y provocó la aplicacion del *veto* al decreto contra los eclesiásticos.

«La Asamblea nacional, se decia en la peticion, ha pretendido sin duda lo mas conveniente, y deseamos defenderla aqui de sus culpables detractores; pero si un designio laudable la hizo concebir medios que no estan en armonia con la constitucion, con la justicia ni con la prudencia... quiere sin embargo, que todos los eclesiásticos sin empleo deban el pago de sus asignaciones al haber prestado el juramento cívico, al mismo tiempo que la constitucion ha fijado espresa y terminantemente estas pensiones entre las deudas nacionales. Pues qué! el negarse á prestar un juramento ¿puede destruir acaso el titulo de un crédito reconocido? La Asamblea constituyente ha hecho cuanto podian esperar los eclesiásticos no juramentados; si los ha privado de sus funciones, ha sido por no haberse allanado al juramento: y al desposeerles les ha reducido á una pension. La Asamblea legislativa pretende que aquellos eclesiásticos que no

hubiesen prestado juramento, ó se hubiesen retractado, puedan en el caso de turbulencias religiosas ser interinamente alejados y encarcelados cuando no obedeciesen á la orden que les intimase. ¿Qué otra cosa es esto mas que renovar el sistema de las órdenes arbitrarias, si á un hombre que no está convicto aun de haber hollado las leyes, se le castiga con el destierro, y poco despues con una cárcel?... La Asamblea nacional priva del libre uso de su culto á todos los que se nieguen al juramento... y de esta libertad á nadie puede despojarse, porque está eternamente grabada en la declaración de los derechos....»

Esclentes sin duda eran estas razones, pero no bastaban los racionios ni los sentimientos, para calmar la inquietud de los partidos. ¿Quién podia convencer á una Asamblea de que era lícito á unos eclesiásticos obstinados promover turbulencias y discordias domésticas? Ultrajóse al directorio, y su peticion al rey sufrió una terrible contradiccion por otras muchas que se elevaron al cuerpo legislativo. Camilo Desmoulin, gefe de una seccion, presentó una muy atrevida, en la que se hacian ya notables el ímpetu borrascoso del language, y el desprecio al decoro con que habian sido mirados hasta entonces el rey y las autoridades. Desmoulin afirmaba á la Asamblea, que era preciso un escarmiento.... que debía someterse el directorio á juicio.... que sus miembros eran las cabezas que debian buscarse.... que á ellas convenia dirigir los tiros, y aniquilar á los conjurados..... En fin, que el poder del *velo* real tenia sus limites, y que con *velo* no se impedía la toma de la Bastilla.

Decidido Luis XVI á negar la sancion, procuraba no obstante retardar el momento de anunciarlo á la Asamblea, pues queria antes conciliar la opinion con algunos actos que la fuesen favorables, y al intento eligió un ministro del partido constitucional. Montmorin, cansado de su vida activa, mientras la constituyente, y de sus penosas transacciones con todos los partidos, no osó esponerse á las tormentas de otra legislatura, y se retiró á pesar de las instancias del rey. Delessart que dejó el ministerio del interior, aceptó el de negocios estrangeros, que varios habian rehusado. Delessart, recto é ilustrado, dependia de los constitucionales ó fuldenses, pero era tan débil para fijar el animo del rey, como para hacerse respetar de las naciones estrangeras y de las disenciones intestinas. Cahier de Gerville, patriota decidido, pero de mas teson que poder, fué colocado en el interior para contentar tambien á la opinion pública. El partido que formaba entonces el ministerio dió el de la guerra á Narbonne, jóven alentado y entusiasta, celoso constitucional, y sagaz para grangearse el amor del pueblo; el cual hubiera indudablemente tenido un ascendiente muy útil en el consejo, y estrechado amigablemente á la Asamblea con el rey, sino hubiese contado por émulo suyo á Bertrand-Molleville, ministro contra-revolucionario, y á quien la córte creia superior á los restantes. Bertrand de Molleville odiaba la constitucion, se valia con sutileza de su testo para combatir su sentido y queria sin reparo alguno que el rey intentára ejecutarlo, «pero con el objeto, decia, de que se viese cuán impracticable era.» No podia el rey re-

solverse á destituirlo, y resolvió dejar que prevaleciese este ministerio misto. No contento con intentar seducir á la opinion, valiéndose de nombramientos, ideó otros medios para asegurársela mas, y fingió avenirse á cuantas disposiciones diplomáticas y militares se habian propuesto contra las juntas del Rhin.

Coartadas por el *veto* las postreras leyes represivas, venian sin embargo diariamente nuevas noticias denunciando á la Asamblea los preparativos y amagos de los emigrados. Las actas de las municipalidades y de los departamentos próximos á la frontera, las narraciones de los comerciantes que llegaban del otro lado del Rhin, confirmaban que el vizconde de Mirabeau, hermano del famoso constituyente, estaba al frente de seiscientos hombres en el obispado de Strasburgo; que por el directorado del elector de Maguncia y junto á Worms vagaban innumerables transfugas á las órdenes del príncipe de Condé: que lo mismo acontecia en Coblenza y en todo el electorado de Tréveris; que se habia atropellado y ultrajado á algunos franceses, y finalmente que se habia propuesto al general Wimpfen, entregase el Nuevo-Brissach. Semejantes noticias, á mas de las que todo el mundo ya sabia, indignaron hasta el último punto á la Asamblea. Propúsose un proyecto de decreto para que los electores procediesen á desarmar á los emigrados, fijándose la decision para dentro de dos dias; porque no pareciera demasiado precipitada; espirado este término se entabló la discusion.

Tomó primero la palabra el diputado Isnard, y despues de pintar la necesidad de proveer á la quietud del reino, no por el pronto, sino de un mo-

do duradero, y de sostener el orden con resoluciones eficaces y enérgicas que diesen á toda Europa un testimonio de las decisiones patrióticas de la Francia, dijo: «no os intimide, que las grandes potencias se armen contra nosotros para la guerra; «el interés ha fijado ya su conducta, que lejos de «variar por vuestras providencias, estas les obligarán á dar esplicaciones... Es preciso que la conducta de los franceses corresponda con su nuevo «destino. Esclavos bajo el yugo de Luis XIV, fueron sin embargo audaces y heróicos; y hoy que «son ya libres ¿habrán de gemir cobardes y pusilánimes? Se engaña, afirma Montesquieu, el que «cree que un pueblo en revolucion está próximo á «ser conquistado, antes bien será capaz de conquistar el mundo.» (*Aplausos.*)

«¡Os proponen capitulaciones! ¡quieren que «crezca la prerogativa real de un hombre cuyo «aliento puede sofocar el de toda una nacion, de un «hombre que absorbe treinta millones, mientras «hay miles de ciudadanos que mueren como mendigos! (*nuevos aplausos*), quieren que venga la nobleza!!! Pues aunque todos los nobles de la tierra, «nos acometiesen, los franceses, con sus riquezas «en una mano y en la otra su acero, lucharán con «esa raza orgullosa y la condenarán al suplicio de «la igualdad.»

«Usad con los ministros, con el rey y con la Europa el language digno de los representantes de la «Francia. Decid á los ministros que hasta ahora no «estais satisfechos de su conducta, y que por la «responsabilidad entendeis la muerte!!! (*repelidos «aplausos*). Decid á la Europa que respetareis las «constituciones de todos los estados; pero que si

«se suscita una guerra de reyes contra la Francia, «vosotros promoveréis una guerra de los pueblos «contra los reyes!» Oyendo el orador reproducirse con mayor fuerza los aplausos: «Respetad, esclama, «respetad mi entusiasmo, que es el de la libertad! «Decid que cuando los pueblos combaten entre sí, «por mandato de los déspotas, se parecen á dos «amigos que se baten entre las tinieblas de la noche, «incitados por un instigador alevé. Si llegan á «lucir los rayos del día, se abrazan y se vengan del «que los engañaba. Del mismo modo, al trabarse la «lid entre los ejércitos enemigos y los nuestros, si «ilumina sus ojos la antorcha de la filosofía, LOS «PUEBLOS SE ABRAZARÁN EN PRESENCIA DE LOS TIRANOS DESTRONADOS, DE LA TIERRA REGOCIJADA Y DEL «CIELO SATISFECHO!!» *

Tal entusiasmo inspiraron estas palabras, que la multitud se agrupaba en torno del orador para abrazarle. Aprobóse al punto el decreto que habia defendido, y M. de Vaublanc, encargado de presentarlo al rey, salió al efecto seguido de una diputacion de veinte y cuatro individuos. La Asamblea declaraba en este decreto que consideraba indispensable exigir de los electores de Tréveris, de Maguncia y otros principes del imperio, que disolviesen las reuniones de la frontera, y al propio tiempo suplicaba al rey que activase las negociaciones entabladas para indemnizar á los principes establecidos en la Alsacia.

M. de Vaublanc, al entregar el decreto, dirigió al rey una enérgica y respetuosa arenga, muy encomiada por la Asamblea. «Señor, le dijo, si los

* Sesión del 29 de noviembre.

«franceses lanzados de su patria por la revocacion «del edicto de Nantes, se hubieran reunido armados en la frontera; si los principes de Alemania «les hubiesen auxiliado; respondednos, señor, ¿qué «hubiera hecho entonces Luis XIV? ¿Consentir semejantes reuniones? Pues la resolucion que él «hubiera tomado entonces en favor de su autoridad «es la que queremos que V. M. adopte ahora en «favor de la constitucion.»

Decidido, segun hemos dicho, Luis XVI á templat el efecto del *veto* con pasos que lisongearan á la opinion, resolvió trasladarse á la Asamblea y responder por sí mismo al mensaje que ella le habia enviado con un discurso que le dejara satisfecha.

En la tarde del 14 de diciembre lo puso por obra, habiéndose anunciado en aquella mañana por medio de una esquila. La Asamblea le recibió silenciosa; y él dijo que el mensaje era digno de la mayor consideracion, y que en circunstancias en que el honor francés se hallaba comprometido, creia de su deber presentarse á la Asamblea; que participando de las intenciones de esta, pero recelando los males de la guerra, habia intentado atraer á los franceses descaminados; que viendo ineficaces sus insinuaciones de amistad, y anticipándose al mensaje de los representantes, habia declarado á los electores, que si para el 13 de enero no se habian disuelto los coaligados, serian tratados como enemigos de la Francia; que habia escrito al emperador reclamando su intervencion en el concepto de gefe del imperio, y que en el caso de no darle satisfaccion cumplida, declararia la guerra. Terminó diciendo que en vano se procuraba acibarar el

ejercicio de su autoridad, que guardaria fielmente el depósito de la constitucion, y que estaba bien convencido de la felicidad que hay en ser rey de un pueblo libre.

Al silencio se sucedieron los aplausos, viendo el rey trocada en ellos la frialdad con que le recibieron. Pero como la Asamblea habia resuelto por la mañana contestarle por medio de un mensaje no pudo manifestarle en aquel momento su satisfaccion, aunque decidió remitir su discurso á los ochenta y tres departamentos. Narbonne entró poco despues á manifestar los medios de que se habia echado mano para asegurar el resultado de las notificaciones hechas al imperio. En el Rin debian reunirse ciento cincuenta mil hombres, lo cual añadió, no ser imposible; y por gefes estaban nombrados los generales Luckner, Rochambeau y Lafayette, cuyo último nombre fué recibido con aplausos. Narbonne dijo ademas que él mismo iba á salir á recorrer la frontera y dar impulse á las obras de defensa, para lo que la Asamblea otorgaria los necesarios fondos sin hacer economías con la libertad. No, no, exclamaron todos. Preguntó, en fin, si á pesar de estar completo el número legal de los mariscales facultaria la Asamblea al rey para que confriese ese grado á los dos generales Luckner y Rochambeau, encargados de salvar la libertad, cuyo consentimiento y el placer que le inspiraba la eficacia del jóven ministro, manifestó la Asamblea con nuevos gritos de entusiasmo. De este modo hubiera logrado popularizarse Luis XVI y atraerse los republicanos, los cuales solo amaban la república porque se figuraban que los reyes ni podian amar la libertad ni defenderla.

Aprovechando la satisfaccion que habian producido estas medidas, se dió cuenta del *veto* aplicado al decreto contra los eclesiásticos. Cuidóse de publicar por la mañana en los periódicos la destitucion de los antiguos agentes diplomáticos tildados de aristócratas, y el nombramiento de otros nuevos; y merced á tales precauciones oyóse el mensaje sin dar muestras de resentimiento. Por esto se puede conocer cuantos miramientos tenia que guardar el rey para poner en práctica sus prerogativas, y á cuantos riesgos se esponia por defenderlas. Aun cuando la Asamblea constituyente á quien se echa en cara haberle perdido al despojarle de ella, le hubiese concedido el *veto* absoluto, ¿hubiera sido mas poderoso por esto? ¿No daba en este caso el *veto* suspensivo un resultado idéntico al del absoluto? ¿Qué fuerza era la que el rey necesitaba, la legal ó la de la opinion? Para convencerse de que no fué la falta de prerogativas suficientes lo que perdió á Luis XVI, sino el uso indiscreto que hizo de las que le restaban, basta examinar los resultados.

No fué ilusoria la eficacia prometida á la Asamblea, pues se ofrecieron sin intermision las peticiones para los gastos de la guerra y para los nombramientos de los dos mariscales Luckner y Rochambeau. Lafayette, arrebatado del retiro en que reposaba de tres años de fatigas, se presentó á la Asamblea, que le hizo un honroso recibimiento. Salió de Paris acompañado de algunos batallones de la guardia nacional, hallando por donde quiera pruebas de que no se habia dado aun su nombre al olvido y de que siempre se le consideraba como uno de los fundadores de la libertad,

Leopoldo, sin embargo, pacífico por naturaleza, no gustaba de la guerra, porque sabia cuán opuesta era á sus intereses; pero deseaba un congreso sostenido por una fuerza imponente para arreglar y modificar la constitucion. Los emigrados no querian modificarla sino destruirla, y el emperador mas sabio y mejor informado, conocia lo mucho que debia concederse á las opiniones nuevas, y que todo lo mas á que podia aspirarse era á volver al rey algunas prerrogativas y reformar el cuerpo legislativo, estableciendo dos cámaras en vez de una. (29). Este último proyecto era el mas temible y con el que mas continuamente se zaheria al partido fuldencense y al constitucional. Ciertamente que si en los primeros tiempos de la constituyente habia desechado este partido la Cámara alta, porque temia y con razon, ver apegada á ella la nobleza: sus temores no eran los mismos al presente, pues que tenia por el contrario fundada esperanza de componerla él mismo. Multitud de constituyentes enteramente oscurecidos hubieran hallado medios de resucitar para la escena politica: y aunque esta Cámara alta no conviniese á sus miras, se armonizaba al menos con sus intereses. Verdad es que los periódicos hablaban con frecuencia de ella, y que aquella idea circulaba por todas partes. ¡Con cuánta rapidez habia marchado la revolucion! Los individuos del lado izquierdo de otro tiempo se hallaban hoy en el derecho; y el atentado tan vituperado y temido no era ya que se retrocediese al antiguo régimen, sino el establecimiento de una Cámara alta. Notable diferencia con el año 89, y notable modo tambien de atropellar los acontecimientos una insensata resistencia!

No encontraba, pues, Leopoldo ninguna mejora posible para Luis XVI, y así su objeto era prolongar lo posible las negociaciones, y sin chocar con la Francia, obligarla á respetar su firmeza; pero su respuesta desgració su triunfo, reduciéndose aquella á notificar las conclusiones de la dieta de Ratisbona que se negaba á aceptar toda indemnizacion en favor de los príncipes establecidos en Alsacia. Semejante decision era muy ridícula, porque todo el territorio comprendido bajo una misma dominacion debe guardar las mismas leyes: si algunos príncipes del imperio poseian tierras en Francia, debian resignarse á la abolicion de los derechos feudales, pues barto habia ya hecho la Asamblea constituyente con concederles indemnizacion. Varios de ellos habian entrado ya en negociaciones sobre esto, y la dieta anulaba sus convenios y les prohibia hiciesen otro alguno. El imperio, en la parte que le tocaba, no queria reconocer la revolucion: y por lo que respecta á las reuniones de emigrados, Leopoldo, sin darse por entendido de su disolucion, respondió á Luis XVI, que como el elector de Tréveris podia, segun las amenazas del gobierno francés, experimentar muy pronto hostilidades, se habia ordenado al general Bender que le auxiliase con premura.

La respuesta no podia estar peor ideada, porque obligaba á Luis XVI por no comprometerse á tomar providencias enérgicas, á declarar la guerra. Delessart fué enviado al instante á la Asamblea para participarla esta respuesta y la sorpresa que producía en el rey la conducta de Leopoldo. Dijo el ministro que sin duda habian engañado al emperador, persuadiéndolo infundadamente

de que el elector habia cumplido con todos los deberes de buen vecino; y comunicó además la respuesta que se habia dado á Leopoldo, la cual se reducia á manifestarle que no obstante su contestación y las ordenes comunicadas al mariscal Bender, si para el término asignado, es decir, para el 13 de enero no habian cumplido los electores las exigencias de la Francia, se apelaria á la fuerza de las armas. «Si esta declaracion, decia Luis XVI en su carta de 31 de diciembre á la Asamblea, no produce el efecto que me prometo; si el destino de la Francia es el combatir con sus hijos y aliados, yo haré que conozca la Europa la justicia de nuestra causa, el pueblo francés la defenderá con valor, y la nacion se convencerá de que no he tenido mas interés que el suyo, considerando siempre la inviolabilidad de su seguridad y de su decoro como el primero de mis deberes.»

Tales fueron las expresiones con que el rey en el peligro comun parecia unirse con la nacion; expresiones que fueron fervientemente aplaudidas, entregándose los documentos á la comision diplomática para que á la mayor brevedad diese cuenta á la Asamblea.

Todavía á semejanza de los tiempos de su esplendor y poderío, se aplaudió una vez á la reina en la ópera; circunstancia que llena de alborozo contó ella á su esposo, diciéndole que la habian recibido como solian antiguamente. Pero esta era ya la última prueba de amor que le daba aquel pueblo, idólatra algun dia de sus encantos reales. El sentimiento de igualdad que tan largo tiempo duerme debilitado en el corazon del hombre y que con tanto impetu se desarrolla, se notaba ya en

todas partes. Era hácia fines del año 1791; la Asamblea prescribió el antiguo ceremonial de primeros de año, y resolvió que los homenajes que en tan solemne dia le prestaba al rey no fuesen tales en lo sucesivo. Por este tiempo fué á quejarse una diputacion porque no le habian abierto de par en par las puertas del consejo, cuya discusion fué escandalosa, y la Asamblea al escribir á Luis XVI suprimió los títulos de *señor* y de *magestad*. Otro dia entró un diputado en la habitacion del rey con el sombrero puesto y vestido no muy decentemente, cuya conducta provenia á veces del modo brusco con que los dependientes de palacio recibian á los dipulados; y en estas represalias nunca querian ceder en su altivez ni los unos ni los otros.

Narbonne proseguia en su revista con suma actividad, colocando tres ejércitos en la frontera amenazada. Rochambeau, general antiguo que habia hecho muy bien la guerra en otro tiempo, pero achacoso ya, resentido y descontento, mandaba el ejército colocado en Flandes y llamado del norte. Lafayette tenia á sus órdenes el del centro, y se acampaba hacia Metz. Luckner, guerrero veterano, mediano general, pero soldado valiente y muy querido de la tropa por sus costumbres enteramente militares, mandaba los cuerpos que ocupaban la Alsacia. Estos eran los únicos generales que debiamos á una largapaz y á una desercion completa.

Rochambeau, á quien no gustaba el nuevo régimen y menos la indisciplina que reinaba en el ejército, se quejaba incesantemente y ofrecia poquisima esperanza al ministerio; pero Lafayette, jóven, infatigable, ansioso de pronta gloria, defendiendo á su patria, restablecia la disciplina en-

tre su tropa y se hacia superior á cuantas dificultades le oponia la mala fe de los oficiales que eran los aristócratas del ejército. Habiales congregado y dichosos, valiéndose del lenguaje del honor, que podian retirarse si no habian de servir con lealtad; que si habia algunos que quisiesen efectuarlo, él tomaba á su cargo facilitarles á todos retiros para Francia ó pasaportes para el extranjero; pero que si se resolvian á continuar en el servicio contaba con su fidelidad y con su celo. De este modo habia logrado establecer en su ejército un orden que no conocian los otros: en cuanto á Luckner, sin opinion política y por lo tanto dócil á cualquier gobierno, prometia mucho á la Asamblea, y habia en efecto conseguido ganarse la voluntad de sus soldados.

Hizo Narbonne su viage con la mayor priesa, y volvió el 11 de enero á dar cuenta á la Asamblea de su pronta ejecucion. Anunció lo adelantada que iba la reparacion de las plazas fuertes; que desde Dunkerque hasta Besanzon presentaba el ejército un total de doscientos cuarenta batallones y ciento sesenta escuadrones con la artilleria correspondiente á doscientos mil hombres y provisiones para seis meses; y encareció el patriotismo de los guardias nacionales voluntarios, asegurando que á la mayor brevedad estarian completamente equipados. El jóven ministro se entregaba sin duda á las ilusiones del celo; pero sus intenciones eran tan nobles y sus fatigas tan prontas, que la Asamblea le llenó de aplausos, ofreció sus méritos al reconocimiento público y para dar una prueba, como solia hacerlo con lo que merecia su satisfaccion, envió nota de ellos á todos los departamentos.

CAPÍTULO VIII.

Division de los partidos acerca de la cuestion de la guerra.—Papel del duque de Orleans y de su partido.—Decreto de acusacion contra los principes emigrados.—Formacion de un ministerio Girondino.—Dumouriez, su carácter, su genio y sus proyectos.—Pormenores acerca de los nuevos ministros.—Conversacion de Dumouriez con la reina.—Declaracion de guerra al rey de Hungria y de Bohemia.—Primeras operaciones militares.—Derrota de Quiebrain y de Tournay.—Asesinato del general Dillo.

A principio del año 1792, era la guerra la gran cuestion del momento que la revolucion juzgaba como la de su existencia. Era preciso ir á buscar y vencer á los enemigos á fuera, porque á fuera era donde existian. Y el rey, jefe del ejército, ¿obra-ria de buena fe contra sus parientes y antiguos cortesanos? De esta duda era preciso sacar á la nacion. Los jacobinos que no dejaban pasar cuestion alguna sin apurarla, traian entre manos la de la guerra; y lo raro es, que los mas exaltados de ellos, y Robespierre su corifeo, se inclinaba á la paz, y los jacobinos moderados ó girondinos, á la guerra. Al frente de estos, estaban Brissot y Louvet; Brissot sostenia la guerra con sus talentos y su influencia, y pensaba como Louvet y los demas girondinos, que era conveniente á la nacion, porque pondria término á una congojosa incertidumbre,

y haria patentes las verdaderas intenciones del rey. Estos hombres que median el éxito por su entusiasmo, no podian persuadirse de que la nacion quedase vencida; y juzgaban, que si por la falta del rey sufría algun leve descalabro, saldria de dudas y depondria á un gefe desleal. ¿Y por qué Robespierre y los demas jacobinos no querian una determinacion que tan breve y decisivo desenlace proporcionaria? esto es lo que no puede esplicarse por meras congeturas. ¿Temia el medroso Robespierre la guerra: ó antes bien la combatia por sostenerla Brissot, su rival entre los jacobinos y porque habia abogado en su defensa con talento el jóven Louvet? Como quiera que sea, él se sostuvo tenaz al defender la paz. Los franciscanos, que tambien eran jacobinos, asistieron á la deliberacion, y se pusieron de parte de Robespierre. Parecia que temian mas que todo á la superioridad que pudiera dar la guerra á Lafayette, y á que esta le proporcionase en breve la dictadura militar: tales eran tambien los continuos miedos de Camilo Desmoulin, que soñando verle á la cabeza de un ejército victorioso, se le representaba, como en el campo de Marte, arrollando á jacobinos y franciscanos. Louvet y los girondinos atribuian á otra cosa la idea de los franciscanos, creyendo que estos solos perseguian en Lafayette, al enemigo del duque de Orleans, á quien secretamente se le suponía afectos.

Este duque, cuya nombradía labraron las sospechas de sus enemigos, mas bien que la revolucion, vejetaba entonces oscurecido. Eshorahuenta que su nombre hubiera servido al principio, y aun hubiera podido infundir algunas esperanzas en aque-

llos á quienes favorecia, pero despues toda la escena habia cambiado; pues conociendo él mismo lo desconceptuado que estaba el partido popular, habia implorado el perdon de la corte en los últimos tiempos de la constituyente, y nada habia logrado. Bajo la legislativa, retuvo su grado de almirante, é hizo nuevas tentativas para ver al rey: este le admitió por fin, y en una sesion bastante larga que tuvieron, fué muy bien recibido. Debia volver á palacio, y volvió en efecto cuando estaba puesta la mesa para la reina, hallándose allí multitud de palaciegos. No bien le columbraron, cuando llovieron sobre él las palabras mas ofensivas. Cuidado con los platos! gritaban todos, como si se temiera que fuese á ochar en ellos algun veneno. Le empujaban, le pisoteaban, y al fin tuvo que retirarse. Al bajar por la escalera recibió nuevos ultrajes, y salió irritado, creyendo que el rey y la reina le habian preparado tan humillante escena, y en verdad que no fue así, porque ambos se desesperaron al saber la imprudencia de los palaciegos, de que ninguna noticia tenian (30). El principe debió exasperarse mas que nunca, pero no por eso ganó en actividad, ni se hizo gefe de partido mas sagaz que antes. Los jacobinos, sus amigos, y la Asamblea, debieron abultar este hecho mas de lo regular, y esta fué la causa de que renaciese su faccion, y de que pensase que sus pretensiones y esperanzas, se alimentaban con los peligros del trono.

Creveron los girondinos que los franciscanos y los jacobinos exaltados defendian la paz para arrancar á Lafayette, rival del duque de Orleans, el triunfo que la guerra le proporcionaba; mas sea

lo que fuere, esta, desechada de los jacobinos y defendida por los girondinos, debió prevalecer en la Asamblea donde dominaban los segundos. La Asamblea comenzó por encausar en 1.º de enero al conde de Provenza, hermano mayor del rey, al conde de Artois, al príncipe de Condé, á Caloune, á Mirabeau, jóven, y á Laqueille, acusados de miras hostiles contra la Francia; y no pudiendo entrometerse la sancion en los decretos de acusacion, por esta vez no habia riesgo de *veto*. El secuestro de los bienes de los emigrados y la percepcion de sus rentas por el Estado, que era lo que se ordenaba en el decreto sin sancion, fueron nuevamente prescritos por otro decreto, á que el rey no hizo la oposicion mas mínima. La Asamblea se apoderaba de las rentas á título de indemnizaciones de guerra. El primero de aquellos personajes quedó privado de la regencia en virtud de la decision pronunciada anteriormente.

En 14 de enero presentó Genoué á la Asamblea el informe sobre el último oficio del emperador. Hizo observar que la Francia habia sido siempre pródiga de sus tesoros y soldados con el Austria, sin obtener nunca correspondencia; que el tratado de alianza, concluido en 1756, se habia violado por la declaracion de Pílnitz y siguientes, cuyo objeto era promover una liga armada de los soberanos, y que tambien lo estaba de hecho por el armamento de los emigrados, á vista y conciencia de los príncipes del imperio. Sostuvo ademas, que aunque para la dispersion de las reuniones se hubiesen dado órdenes recientes, estas no se habian llevado á efecto; que la escarapela blanca no habia dejado de llevarse hasta mas allá del Rin, ul-

trajándose al propio tiempo á la nacional, y maltratando á los viageros franceses; y que por consiguiente debia exijirse del emperador una espliacion terminante al tratado de 1756: ordenóse la impresion y el emplazamiento de este informe.

Sube Guadet aquel mismo día á la tribuna: «De cuantos hechos, dice, se han comunicado á la Asamblea, el que mas ha chocado ha sido el plan de un congreso, cuyo objeto seria modificar la constitucion francesa; plan sospechoso hace ya mucho tiempo, y denunciado en fin como posible por las comisiones y los ministros. Si es cierto, añade, que manejan esta intriga hombres que juzgan encontrar en ella un medio para salir de la nulidad politica en que están sumidos; si es cierto que varios agentes del poder ejecutivo ayudan con el influjo de sus relaciones á tan abominable complot; si es cierto que con dilaciones se nos quiere aburrir y obligarnos á aceptar esta vergonzosa mediacion ¿ha de mostrarse ciega la Asamblea nacional á riesgos tan inminentes? juremos, esclama el orador, juremos morir todos aqui antes...» No le dejan continuar, y toda la Asamblea se pone de pié gritando: *sí, sí, lo juramos!* Y ardiendo en entusiasmo declaran por infame y traidor á la patria á cualquier francés que tomase parte en un congreso, cuyo objeto fuese modificar la constitucion. Este decreto iba dirigido contra los antiguos constituyentes y el ministro Delessart, á quien principalmente se culpaba de que entorpecia las negociaciones. Reprodujose el 17 la discusion sobre el informe de Genoué, y quedó decretado que el rey solo trataria en nombre de la nacion francesa, y que exijiria del em-

perador esplicaciones terminantes antes del 1.º de marzo próximo; á lo cual repuso el rey que hacia mas de 15 dias que se las habia pedido á Leopoldo.

Súpose entretanto que el elector de Tréveris, intimidado por las instancias del gabinete francés, habia ordenado nuevamente la dispersion de las juntas, la venta de los géneros almacenados en sus Estados, y prohibido que se reclutase gente y que se hiciesen ejercicios militares; añadiendo que en efecto estas órdenes se habian puesto en ejecucion. Tales se hallaban los ánimos, que ninguna impresion hizo en ellos semejante nueva; antes bien, vieron en ella vanas demostraciones sin resultado, y se insistió en exigir respuesta definitiva á Leopoldo.

Los ministros Bertrand de Molleville y Narbonne estaban desavenidos, pues el primero veia con celos la popularidad del ministro de la guerra y vituperaba sus consideraciones con la Asamblea; y Narbonne se quejaba de la conducta de Bertrand de Molleville y de su tendencia inconstitucional, pretendiendo que el rey le privase del ministerio. El que mediaba entre ambos era, aunque sin gran resultado, Cahier de Gerville. Se aseguraba que los constitucionales querian elevar á Narbonne á la dignidad de primer ministro; y aun el mismo rey fué al parecer seducido con los temores que despertaban la popularidad y ambicion de Narbonne y con pintársele como un jóven activo que queria avasallar el gabinete. Sabedores los periódicos de estas desavenencias, Brissot y la Gironda, defendieron ardientemente al ministro próximo á sucumbir, y se opusieron terriblemente

á sus cólegas y al rey. Dióse al público una carta que los tres generales del norte escribian á Narbonne espresándole en ella cuanto temian que se les destituyese, como se decia que iba á suceder; y entonces el rey le destituyó sin tardanza; pero para reparar el efecto de éste mal, mandó anunciar la de Bertrand de Molleville. El efecto que temia no fué por eso menor, pues se notó en seguida un movimiento extraordinario; y la Asamblea, al tenor de la fórmula que habia servido en otro tiempo para Necker, quiso declarar que Narbonne merecia la confianza de la nacion, al paso que todos los demas ministros carecian de ella. Pretendíase sin embargo, exceptuar de esta sentencia á Cahier de Gerville, que constante opositor de Bertrand de Molleville, acababa de tener con él una ruidosa contienda. Despues de muchos alborotos, Brissot pidió se le dejase probar que Delessart habia abusado de la confianza de la nacion. Este miembro habia confiado á la comision diplomática su correspondencia con Kaunitz; correspondencia indigna que hasta á este mismo inspiraba ideas poco favorables sobre la situacion de la Francia, y parecia haber autorizado la conducta y lenguaje de Leopoldo. Conviene saber que Delessart y su cólega Duport-Dutertre, eran los dos ministros mas particularmente afectos á los fuldenses, y á quienes se tenia doble prevencion porque les acusaban de favorecedores del proyecto de un congreso.

En una de las mas acaloradas sesiones de la Asamblea, Brissot acusó al desgraciado Delessart de haber comprometido la dignidad de la nacion, de no haber dado cuenta del convenio de las po-

tencias, y de la declaracion de Pílnitz, de haber usado en sus notas de máximas inconstitucionales, dado á Kaunitz una idea muy falsa de la situacion de la Francia, prolongando la negociacion, y conduciéndola de una manera contraria á los intereses de la patria. Vergniaud se unió con Brissot y agregó nuevos cargos á los que se hacian á Delessart, vituperándole el haber, durante su cargo del interior, guardado mucho tiempo en la cartera el decreto por el cual se unia el condado de Aviñon á la Francia; siendo por lo tanto el origen de los desastres de aquella ciudad. En seguida añadió Vergniaud: «Desde la tribuna en que os hablo, se descubre el palacio en donde unos malvados consejeros estravian y ciegan al rey, que la constitucion nos ha dado: veo las ventanas del edificio donde se urde la contrarrevolucion, y donde se meditan los medios para despeñarnos otra vez en la esclavitud... De ese famoso palacio salió el terror mas de una vez en otro tiempo y en nombre del despotismo. Pues bien, vuelva hoy á él en nombre de la ley; apodérese allí de todos los corazones, y sepan cuantos en él se abrigan, que nuestra constitucion hace al rey únicamente inviolable.»

Púsose al punto á votacion y quedó aprobado el decreto de acusacion, y Delessart fué remitido al alto tribunal de la nacion, establecido en Orleans, y encargado por la constitucion de juzgar los crimenes de Estado. Vióse salir el rey con notable sentimiento, pues le habia hecho dueño de su confianza, y le queria en extremo por sus ideas pacíficas y juiciosas. Próximo estuvo tambien á ser causado el ministro del partido constitucional Du-

por-Dutertre; pero se preparó con tiempo, pidió que le dejarán justificarse, y quedando absuelto, segun la orden del dia, presentó al punto su dimision; como lo verificó tambien Cahier de Gerville; viéndose el rey de este modo sin el único ministro á quien la Asamblea honraba con el concepto de patriotismo.

Separado del ministerio que le habian dado los fuldenses, y sin saber á quién dirijir sus ojos en tan deshecha borrasca; Luis XVI, que habia depuesto á Narbonne por ser demasiado popular, trató de aliarse con la Gironda, formada de republicanos. Verdad es que estos lo eran por desconfianza del rey, el cual entregándose á ellos, podia al fin ganárselos para sí; pero para conseguirlo, debia entregarse con sinceridad, reproduciéndose aquí la eterna cuestion de buena fé de que siempre se ha dudado; pues que Luis XVI, sincero cuando se encomendaba á un partido, no lo hacia sin violencia ó sin enojo. Si este partido le imponia una condicion necesaria, con tal que fuese difícil, ya se oponia á ella; y en seguida se entregaba á la desconfianza, luego al enojo, y muy poco tardaba en romperse este lazo fatal entre corazones exclusivamente entregados á los mas opuestos intereses. Asi fué como Luis XVI despues de haberse unido al partido fuldense, rechazó enojado á Narbonne, su principal cabeza, y se vió reducido para calmar la tempestad, á entregarse en manos de los girondinos. Guiábase por el ejemplo de Inglaterra, donde con la mayor frecuencia entresaca el rey de la oposicion á sus ministros. La córte se consoló entonces con una vislumbre de esperanza, porque esta jamás se pierde ni aun en el postrer apuro, y se lisongeó

creyendo que Luis XVI al elegir demagogos incapaces y extravagantes, perderia de reputacion el partido de que los sacase. No aconteció asi sin embargo, pues el nuevo ministerio estaba muy lejos de ser lo que hubiera deseado la malicia de los palaciegos.

Mas de un mes hacia que Delessart y Narbonne se habian valido de un hombre de extraordinarios dotes, en su concepto, y colocádole á su lado para que les ayudase: este era Dumouriez, que gefe primero en Normandía, y despues en la Vendée, habia en todas partes revelado una entereza y talentos nada comunes. Habia ofrecido sus servicios unas veces á la corte y otras á la Asamblea constituyente; pues con tal de hallar donde desplegar su actividad y genio singulares, le era indiferente cualquier partido. Dumouriez, mal premiado por su siglo, habia pasado parte de su vida en enredos diplomáticos: y con todo su denuedo, su genio militar y político, y sus cincuenta años, solo era al principio de la revolucion un famoso aventurero. Conservaba no obstante la audacia y fuégo juveniles; y apenas habia indicios de alguna guerra ó revolucion, trazaba planes, los dirijia á todos los partidos, dispuesto á favor de todos si empleaban su actividad. Asi era como se habia habituado á desentenderse de la naturaleza de una causa; y aunque en su corazon no entraba el convencimiento, era generoso, sensible y capaz de decision, si no por los principios, al menos por las personas. Su imaginacion tan rara, tan veloz y tan fecunda, y su denuedo unas veces sereno y otras impetuoso, eran admirables para valerse de ellos, mas no para dominar. Carecia de la nobleza de un íntimo convencimiento, del orgullo de una volun-

tad despótica, y solo era á propósito para mandar soldados; pero si á su genio hubiese unido las pasiones de Mirabeau, la voluntad de Cromwell, ó al menos las creencias de Robespierre, se hubiera hecho dueño de la revolucion y de la Francia.

Cuando Dumouriez, se presentó á Narbonne, formó en un instante un vasto plan militar. Ideaba á la vez una guerra ofensiva y defensiva, sometiendo á esta última todo el terreno hasta donde llegaba la Francia con sus limites naturales, el Rin, los Alpes, los Pirineos y el mar; pero en los Países Bajos, donde la dominacion solo se extendia hasta el Rin, y en la Savoya, donde no pasaba de los Alpes, queria que se atacase desde luego, y que llegado que se hubiese á los lindes naturales, se tomase la defensiva. Asi se hermanaban á la vez los intereses y los principios; así se sacaba partido de una guerra que no se habia provocado, ateniéndose por lo que respecta á los limites, á las leyes de la naturaleza. Propuso ademas que se formase un cuarto ejército, con destino al Mediodia, cuyo mando pidió y le fué prometido.

Dumouriez habia sabido ganar á Genonné, uno de los comisionados civiles enviados á la Vendée por la Asamblea constituyente, diputado despues en la legislativa, y uno de los individuos mas poderosos de la Gironda. Notando así mismo que los mas fuertes eran los jacobinos, se habia presentado en su club, leído varias memorias que habian merecido grandes aplausos, y no por eso habia dejado entibiar su antigua intimidad con Delaporte, mayor-domo mayor de Luis XVI y uno de sus mas celosos partidarios. Enlazado así con los varios poderes próximos á coligarse, Dumouriez no podia dejar de

triunfar y ser llamado al ministerio. Luis XVI le ofreció el despacho de negocios estrangeros, vacante por el decreto de acusacion contra Delessart; pero sensible aun á la memoria del ministro encausado, el rey solo le propuso la interinidad. Dumouriez creyéndose poderoso, y no queriendo pasar por sustituto de un ministro fuldense, rehusó el cargo con la condicion de interino, y le obtuvo en propiedad. Encontróse en el ministerio únicamente con Cahier de Gerville y con Degraives, porque aunque el primero de estos habia hecho su dimision, no se habia separado todavia de los negocios. Degraives habia sucedido á Narbonne y era jóven, desprendido y de poco mundo por lo que Dumouriez logró dominarle, y consiguió al mismo tiempo las relaciones exteriores y la administracion militar, es decir, las causas, y la organizacion de la guerra. Nada mas que esto faltaba á la osadia de su genio, pues apenas entró en el ministerio, se plantó el gorro encarnado entre los jacobinos, adorno nuevo, tomado de los frigios, y que se habia hecho el simbolo de la libertad. Prometiéndoles gobernar por ellos y para ellos: y al presentarse á Luis XVI le tranquilizó por su conducta con los jacobinos, destruyendo las preocupaciones que esta le habia infundido, y logrando á fuerza de demostraciones de afecto y de agudeza conmoverle y librarle de su tétrica melancolia. Le convenció de que si iba en pos de la popularidad, era por bien del trono y por seguridad suya; pero á pesar de todos sus respetos procuró hacer conocer al principe, que la constitucion era inevitable, y consolarle esmerándose en probarle que un rey podia ser muy poderoso con ella. Sus primeros escritos á las potencias, enérgicos y con-

vincentes, trocaron el carácter de las negociaciones, y presentaron á la Francia en una actitud desconocida, aunque hicieron la guerra mas inminente. Era natural que Dumouriez la desease porque habia nacido para ella, y pasado 36 años, estudiando este grande arte; mas tambien debemos convenir, en que la conducta del gabinete de Viena y la exasperacion de la Asamblea, la habian hecho inevitable.

Dumouriez por su conducta con los jacobinos y por su manifiesta alianza con la Gironda, aun sin aborrecer á los fuldenses, habia de indisponerse con ellos, puesto que ademas los desbancaba. De aqui su continua oposicion á todos los corifeos de este partido. Por lo demas, él no se cuidaba de la mofa y menosprecio con que trataban estos á los jacobinos y á la Asamblea, y resolvió seguir su camino con la serenidad que acostumbraba.

Era preciso completar el ministerio, para cuya eleccion se consultaba á Petion, Gensonné y Brissot. Segun la ley, el nombramiento no podia recaer en individuos de la actual Asamblea ni de la precedente; de modo que habia pocos de quien echar mano. Dumouriez propuso para el de marina á Lacoste, antiguo empleado en el mismo ministerio, práctico laborioso, que no obstante su tenaz patriotismo, se aficionó al rey, mereció su afecto, y se mantuvo á su lado por mas tiempo que los otros. Tratábase de encargar el ministerio de la justicia al jóven Louvet, el mismo que poco antes se habia distinguido entre los jacobinos, y obtenido el favor de la Gironda, desde que con tanto calor habia sostenido la opinion de Brissot en favor de la guerra; mas el envidioso Robespierre le promovió acusa-

cion en seguida. Louvet se justificó completamente, pero nada se quiso ya con hombre de tan dudosa popularidad; y así se llamó á Duranthon, abogado de Burdeos, hombre de talento ó integridad, pero muy débil. Faltaban todavía los ministros de hacienda y del interior, para cuyo primer cargo propuso la Gironda á Claviere, acreditado por sus apreciables obras sobre hacienda, dotado de muchos conocimientos, de todo el teson de un hombre pensador, y de suma actividad en los negocios. Roland, inspector en otro tiempo de manufacturas, y conocido también por sus buenos tratados de industria y artes mecánicas, obtuvo el del interior. Este hombre, austero en sus costumbres, inflexible en sus doctrinas, y de un carácter apático y brusco, cedía sin apercibirse de ello, al ascendiente de su esposa Madama Roland, jóven y hermosa que se entregaba, en su oculto retiro, á ideas filosóficas y republicanas, abarcando pensamientos superiores á su sexo, y venerando como una religion severa las máximas que entonces dominaban. Intimamente unida con su esposo, fiábale su pluma, comunicábale parte de su viveza, y animaba con su entusiasmo no solo á este, sino á todos los girondinos, que idolatras de la libertad y la filosofia, adoraban en ella la hermosura, el talento y sus propias opiniones.

Grandes eran en verdad los motivos con que contaba el nuevo ministerio para distinguirse, mas necesitaba no desagradar á Luis XVI y mantener sus relaciones con la Gironda. Podía por entonces salir airoso de su empresa, mas era de temer que se perdiese todo en el momento en que á la incompatibilidad natural de las personas, se agregase algún desacierto, que no podía menos de ocurrir en breve.

Luis XVI al ver la actividad, honradez y pericia de sus ministros, se entregó á alhagüenas esperanzas; agradábanle mas que todo sus económicas reformas, porque siempre se habia complacido con estas mejoras que no exigen sacrificios de principios ni de poder. Si hubiera podido vivir siempre tan satisfecho como al principio, y olvidar á sus aduladores, habria hallado llevadera la constitucion; pues así lo repitió con toda sinceridad á los ministros, llegando á persuadir á Roland y á Claviere, que eran los mas obstinados; y siendo el convencimiento igual por ambas partes. Los girondinos, republicanos por la desconfianza con que le miraban, dejaron de serlo entonces, y Vergniaud, Gensonné y Guadet trabaron correspondencia con Luis XVI, cuya circunstancia fué para ellos mas adelante un capítulo de acusacion. Solo la inflexible esposa de Roland permanecía en su desconfianza, y retenia á sus amigos, demasiado inclinados, segun ella decia, á entregarse. La causa de su firmeza era muy natural, pues que no hablaba con el rey; los ministros por el contrario conversaban con él diariamente; y los hombres de bien se hacen amigos luego que se coocen. Pero semejante armonía no podía ser duradera, porque en breve se suscitarian cuestiones inevitables que pondrian en claro la diverjencia de opiniones.

Los cortesanos se entretenian en burlarse de la llaneza un tanto republicana del nuevo ministerio, y de la bruesa rusticidad de Roland que se presentaba en palacio sin hebillas en los zapatos. Dumouriez les devolvía los sarcasmos, y mezclando con chistessus ineesantes tareas, divertía al rey; y suspendiéndole con su ingenio, era tal vez el que de

todos le convenia mas por la flexibilidad de sus opiniones. La reina viendo que tenia mas influjo que ninguno de sus cólegas en el ánimo del monarca, quiso tratarle; y hé aqui como él mismo nos cuenta en sus memorias esta escena singular, qué tan al vivo retrata la agitacion de esta princesa digna de otra época, mejores amigos y de mas fortuna.

«Introducido, dice, en la habitacion de la reina, halló que estaba sola, con el rostro encendido, andando con pasos muy largos y manifestando una turbacion que daba indicios de que seria la sesion acalorada. Colocóse al lado de la chimenea, vivamente conmovido por la suerte de esta princesa y por la profunda pena que revelaba, hasta que la vió acercársele, diciéndole en tono magestuoso y ofendido: *Sois poderoso ahora, pero lo debéis al favor de un pueblo que derroca sus ídolos muy pronto; de la conducta que observéis depende vuestra existencia. Dicen que teneis talento, y por lo tanto debereis conocer, que ni el rey ni yo podemos sufrir todas esas innovaciones, ni la constitucion; francamente os lo digo; con que elegid el partido que os agrade.*

«Señora: contestó él, siento mucho que V. M. me haga tan triste revelacion. No la venderé, no; pero colocado entre el rey y la nacion, pertenezco á mi patria. Permitidme que os diga que el bienestar del rey, el vuestro, y el de vuestros augustos hijos, casi como el restablecimiento de su autoridad legítima, están cifrados en la constitucion. Si usase yo de otro lenguaje, seria un servidor ingrato de vuestras magestades, á quienes rodean muchos enemigos que os sacrifican á su interés privado. La constitu-

cion, si un dia llega á observarse bien, lejos de hacer la desgracia del rey, labrará su felicidad y su gloria; pero es preciso que coadyuve á establecerla sólida y prontamente.—La infeliz reina, estrañando que Dumouriez chocase con sus ideas, le dijo alzando la voz y colérica:—*Esto no puede durar; atened cuidado con lo que haceis.*

«Señora: repuso Dumouriez con respetuosa entereza, *paso de cincuenta años, he corrido mil peligros durante mi vida, y al admitir el ministerio me figuré que la responsabilidad no seria mi mayor riesgo.—Eso faltaba, exclamó ella apesadumbrada, calumniarme! Con que creéis que yo sea capaz de hacer que os asesinen!* y sus ojos se bañaron en lágrimas.

«Conmovido Dumouriez tanto como la misma reina, la dijo: *Dios me guarde de hacer os tan cruel injuria. El carácter de V. M. es noble y magnánimo, de lo cual ha dado pruebas heroicas que han ganado mi admiracion y afecto. Tranquilizóse ella al instante, y se aproximó á él, que continuó diciéndola: creedme, señora, yo no tengo interés alguno en engañaros, y aborrezco tanto como vos los crímenes y la anarquía. Fiaos de mí, pues tengo mas esperiencia, y estoy en mejor posicion que V. M. para juzgar de los acontecimientos. No es una insurreccion popular momentánea, como parece que habeis creído, sino un levantamiento casi simultáneo de una gran nacion contra envejecidos abusos. Poderosas facciones atizan este incendio, y en ellas como en todas hay dementes y malévolos; pero no veo en la revolucion mas que al rey y á la nacion entera; todo lo que tiende á separarlos, los lleva mutuamente á su ruina, y yo hago cuantos esfuerzos me son*

«posibles para reunirlos, pero vos debeis ayudarme. Si esto no obstante, me juzgais como un obstáculo á vuestros designios, e insistis en ellos, decidme para acudir al momento al rey con mi dimision en la mano, y en seguida á llorar en un rincón por la suerte de mi patria y por la vuestra.

«El final de esta conversacion acabó de ganar á la confianza de la reina. Siguiéron haciendo mención de las diversas facciones; el ministro contó faltas, yerros y crímenes de todas, y probó á la reina que aun en su mismo palacio la vendian, citándola conversaciones confidenciales; con lo que al fin pareció convencerse enteramente la princesa, y se despidió de él con rostro sereno y amable. Tenia buena fé, pero los que la rodeaban y los execrables escusos de los folletos de Marat y de los jacobinos, volvieron á inspirarla sus funestas resoluciones.

«Otro dia, estando delante del rey, dijo á Dumouriez: *me veis sumamente afligida; no me atrevo á ponerme á la ventana que cae al jardín, pues aayer tarde asomándome á la del patio para tomar el aire, un artillero que estaba de guardia, despues de injuriarme con un apóstrofo grosero, añadió: ¡Cuánto me alegraría ver esa cabeza en la punta de mi bayoneta! En ese horrible jardín, por un lado está un hombre subido sobre una silla, y leyendo en alta voz anatemas contra nosotros; por otro llevan á un abate á un estanque, llenándole de desvergüenzas y aporreadole, y otros juegan entretenuto al balon ó se pasean con mucha calma. ¡Qué mansion! ¡Qué pueblo!» (Mem. de Dumouriez; lib. III, cap. VI) (31).*

De este modo, por una especie de fatalidad, las

supuestas intenciones del palacio, escitaban en el pueblo furor y desconfianza, y sus alaridos aumentaban el desconuelo y las imprudencias de aquel. Asi reinaba dentro y fuera la desesperacion. Pero ¿por qué, preguntan algunos, no se ponía término á tantos males, por medio de una esplicacion sincera? ¿por qué el palacio no comprendia los recelos del pueblo? ¿Por qué este no comprendia los dolores de aquel?—¿Y por qué los hombres son hombres?... á esta última pregunta hay que camudecer, humillarse, resignarse á la naturaleza humana y proseguir la relacion de esta triste historia.

Habia muerto Leopoldo II: se echaba de menos para la tranquilidad de la Europa las pacíficas miras de este príncipe, y no debia esperarse igual moderacion de su sucesor y sobrino el rey de Bohemia y de Hungría. Gustavo, rey de Suecia, acababa de ser asesinado en una fiesta; y aunque los enemigos de los jacobinos atribuian á estos el asesinato, era evidente que el crimen lo cometieron los nobles humillados por Gustavo en la última revolucion de Suecia. Véase como la nobleza, que exageraba el furor revolucionario del pueblo en Francia, daba ella misma en el Norte un ejemplo de lo que habia sido en otro tiempo, y de lo que todavia era en los países mas atrasados en civilizacion. ¡Qué ejemplo y qué lección se ofrecian á la consideracion de Luis XVI si hubiera podido entonces comprenderlos! La muerte de Gustavo desbarató el proyecto que este tenia contra Francia, para el cual debia Catalina dar soldados y España dinero. Pero no es creíble que la pérfida Catalina hubiera cumplido sus promesas, y la muerte de Gustavo, cuyas consecuencias se exageraron, fué

en realidad un suceso de poca importancia (32).

Delessart habia sido encausado por la debilidad de sus notas, pues ni en el génio ni en los intereses de Dumouriez entraba el tratar débilmente con las potencias. Sus últimas comunicaciones habian parecido agradar á Luis XVI, tanto por su decoro como por su firmeza; pero M. de Noailles, embajador en Viena, y servidor no muy sincero, envió su dimision á Dumouriez, diciéndole, que no creia que el gefe del imperio escuchase con paciencia el language qua acababa de dictarle. Dumouriez se apresuró á dar cuenta de ello á la Asamblea, la cual irritada por semejante dimision, procesó al instante á M. de Noailles. Otro embajador con nuevos pliegos, fué en seguida á reemplazarle; pero dos dias despues, Noailles pesaroso de haber hecho dimision, mandó la respuesta categórica que habia exigido de la córte de Viena. Esta nota de M. de Cobentzel, es el yerro mas impolitico que ha podido cometer una potencia. M. de Cobentzel exigia en nombre de su córte el restablecimiento de la monarquía francesa sobre las mismas bases marcadas por la real declaracion de 23 de junio de 1789, que era lo mismo que dictar el restablecimiento de los tres órdenes, la restitution de los bienes del clero, y la del condado Venesino al Papa. El ministro de Austria, solicitaba ademas, que se devolviesen las tierras de Alsacia con todos sus derechos feudales, á los principes del imperio. Era necesario no tener otra idea de las pasiones de Coblenza, para proponerla semejantes condiciones, que era como exigir á la vez la destruccion de una constitucion que habian jurado la nacion y el rey, la anulacion de una providencia tal como la relativa á Aviñon; y final-

mente la quiebra que producía la restitution al clero de sus bienes ya vendidos. ¿Y con qué derecho se exigia por otra parte esta sumision? ¿qué derecho tenia nadie para intervenir en nuestros asuntos? ¿qué quejas podian darse en favor de los principes de Alsacia, cuando sus tierras estaban comprendidas en la dominacion francesa, y por lo tanto tenian que conformarse con sus leyes?

La primera intencion que tuvieron el rey y Dumouriez fué presentarse á la Asamblea y comunicarla esta nota, lo cual produjo como era natural un grito de indignacion y de guerra. Omitió decir Dumouriez á la Asamblea que el Austria habia amenazado en Lieja con nueva revolucion, y enviado un agente para tratar con él sobre el particular; y que siendo el language de este agente muy distinto del que empleaba el ministerio austriaco, era evidente que la última nota no habia sido producida por una resolucion estraña y repentina. La Asamblea retiró el decreto de acusacion contra Noailles y exigió un pronto informe. El rey ya no podia retroceder, debiendo declararse en breve una guerra fatal que de ningun modo convenia á sus intereses. Si los franceses vencian se harian mas exigentes é inexorables en la observancia de la nueva ley; y si quedaban vencidos echarian la culpa al gobierno acusándole de no haber sabido sostener la guerra. Luis XVI comprendia muy bien ambos peligros, y esta fué una de las resoluciones que dictó con mas repugnancia (33). Redactó Dumouriez su informe con su acostumbrada diligencia, y le llevó al rey que lo tuvo en su poder tres dias. La cuestion se reducía á saber si el rey forzado á tomar la iniciativa en la Asamblea, pro-

pondría la declaracion de la guerra, ó si mas bien se contentaría con consultarla en este punto, anunciándola que segun las órdenes comunicadas, la Francia se hallaba en estado de guerra. Del primer parecer eran los ministros Roland y Claviere, al cual se inclinaban tambien los oradores de la Gironda que querian estender el discurso del trono. Luis XVI no se avenia á la declaracion de guerra, sino que preferia declarar el estado de guerra; pues aunque la diferencia no era muy notable, estaba mas decidido por el segundo extremo. Atendida su situacion, poca importaba guardar con él esta condescendencia, y Dumouriez mas franco, no dió oídos á ninguno de los ministros. Apoyado por Degraes, la corte y Duranthon, hizo triunfar la opinion del rey; y este fué su primer choque con la Gironda. Compuso el mismo rey el discurso y se dirigió en persona á la Asamblea el dia 20 de abril con todos sus ministros. Una multitud de espectadores hacia resaltar mas el efecto de aquella sesion que iba á decidir la suerte de la Francia y de la Europa. La lisonomia del rey estaba alterada y anunciaba un profundo cuidado. Dumouriez leyó un informe detallado de las negociaciones de la Francia con el imperio; manifestó que de hecho existia el tratado de 1756, y que conforme al post-ter ultimatum, la Francia se hallaba en estado de guerra; añadiendo que el rey no teniendo mas medio legal para consultar á la Asamblea que la proposicion formal de guerra, se avenia á consultarla por este medio. Entonces Luis XVI tomó la palabra con dignidad, mas no sin alguna turbacion.—«Señores, dijo, acabais de oír el resultado de las negociaciones que he seguido con la corte de Viena; las

conclusiones del informe han sido la opinion unánime de mi consejo, que yo tambien he adoptado. No desdicen de los deseos que mas de una vez me ha manifestado la Asamblea nacional, ni de los sentimientos que he advertido en muchos ciudadanos de distintas partes del reino; todos prefieren la guerra, á ver por mas tiempo ultrajada la dignidad del pueblo francés y amenazada la paz de la nacion.

«He debido antes de todo apurar cuantos recursos estaban en mi mano para conservar la paz, y hoy me presento, segun lo dicta la constitucion á proponer á la Asamblea nacional la guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia.»

Acogióse esta proposicion con el mayor entusiasmo, resonando por todas partes los gritos de viva el rey. La Asamblea le respondió que deliberaria y le comunicaria por medio de un mensaje el resultado. Entences comenzó la discusion mas acalorada, que se prolongó hasta muy entrada la noche; entonces se repitieron las razones ya enunciadas en pró y en contra, y por fin se dió el decreto y quedó la guerra resuelta por una inmensa mayoria.

«Considerando, decia la Asamblea, que la corte de Viena con menosprecio de los tratados, no ha cesado de proteger abiertamente á los franceses rebeldes: que ha provocado y formado una liga con muchas potencias de Europa contra la independencia y seguridad de la nacion francesa:

«Que Francisco I, rey de Hungría y de Bohemia *, ha rehusado, segun sus notas del 18 de

* Francisco I, no era aun electo emperador.

marzo y 9 de abril últimos, negarse á esta liga;

«Que á pesar de la proposicion contenida en la nota de 11 de marzo de 1792, para que en todos los puntos de la frontera redugese al estado de paz las tropas, ha continuado y acrecentado sus preparativos hostiles;

«Que ha atentado formalmente contra la soberanía de la nacion francesa, declarando que quiere sostener las pretensiones de los principes alemanes establecidos en Francia, á quienes ésta ha ofrecido continuas indemnizaciones;

«Que ha procurado introducir divisiones entre los ciudadanos franceses suministrándoles armas para combatirse mutuamente, y ofreciendo á los descontentos un amparo en su liga con las potencias;

«Y considerando, en fin, que en el acto de negarse á responder á los últimos pliegos del rey de los franceses no deja concebir esperanza alguna, por medio de un amistoso acomodamiento para cortar estas desavenencias, y que equivale á una declaracion de guerra, &c., la Asamblea declara que es urgente.»

Convengamos ea que las potencias estrangeras y no la Francia, produjeron una guerra que ha asolado la Europa por tanto tiempo, y que al declararla la Francia no hizo mas que reconocer en un decreto la precision en que la habian puesto. Se encargó á Condorcet que pusiese en manifiesto los motivos de la nacion, y él lo hizo en un bellissimo escrito, que la historia debe conservar como un modelo de razon y de templanza (34).

Fué universal el gozo que causó la noticia de la guerra, pues que los patriotas veian en ella el tér-

mino de los temores; que la emigracion y la vacilante conducta del rey causaban; y los moderados, á quienes principalmente intimidaba el riesgo de las divisiones, juzgaban que el peligro comun concluiría con ellas, hundiéndose en los campos de batalla todos aquellos hombres turbulentos que habia abortado la revolucion. Solo algunos suizos, empeñados en hallar siempre desaciertos en la Asamblea, culpaban á esta de haber infringido la constitucion; porque segun ella, la Francia nunca debiera presentarse como agresora; pero lo cierto es que ella no era quien atacaba, y que esceptuándose el rey y algun otro descontento, la guerra era un desco general.

Lafayette se dispuso á servir noblemente á su patria en esta nueva carrera, y á él se habia particularmente encomendado la ejecucion del plan de Dumouriez, que al parecer habia ordenado Degra- ves. Dumouriez se figuró con razon, é hizo esperar á todos los patriotas, que el invadir la Bélgica seria en estremo fácil. Este pais, que aun conservaba las cenizas de una revolucion apagada por el Austria, debia sublevarse á la primera aparicion de los franceses, y realizarse entonces aquel dicho de la Asamblea á los soberanos: *Si vosotros nos enviáis la guerra, nosotros os enviaremos la libertad*; y por otra parte, esto era poner en práctica el plan ideado por Dumouriez, que consistia en estenderse hasta las fronteras naturales. Rochambeau mandaba el ejército mas próximo á operar, pero no podia desempeñar este encargo por su situacion de melancolia y quebrantada salud, y por ser menos á propósito que Lafayette para hacer una invasion medio militar y medio popular. Hubiérase querido confiar

el mando general á Lafayette, pero Dumouriez, llevado sin duda de la enemistad, no consintió en ello, alegando por razones que el mando en jefe de esta expedicion no debía darse á un mero general á vista de un mariscal; y lo que era menos desahortado, que Lafayette se habia hecho sospechoso á los jacobinos y á la Asamblea. Verdad es que como jóven, emprendedor y único general á quien sus soldados veneraban, Lafayette daba que recelar á los exaltados, disculpando con su grande influencia las calumnias de la maledicencia. Como quiera que fuese, él se ofreció á poner en ejecucion el proyecto del ministro, diplomático y militar á un tiempo, y pidió cincuenta mil hombres con los cuales se prometia cruzar el Namur y el Mosa hasta Lieja, desde donde debia hacerse dueño de los Países-Bajos; proyecto excelente que mereció la aprobacion de Dumouriez. En efecto, haciendo pocos dias que estaba la guerra declarada, no podía el Austria tener tiempo aun para cubrir sus posiciones en Bélgica; y por lo tanto el éxito no parecia dudoso. Recibió, pues, Lafayette orden de trasladarse luego desde Givet á Namur, y desde este punto á Lieja ó Bruselas, siguiéndole su ejército inmediatamente y mientras él practicaba este movimiento, el teniente general Biron debia con otros diez mil hombres salir para Valenciennes y encaminarse hácia Mons. Otro jefe tenia orden para dirigirse á Tournay y apoderarse de él inmediatamente; movimientos todos que encomendados á los oficiales de Rochambeau, no tenian mas objeto que sostener y encubrir el verdadero ataque que debia ejecutar Lafayette.

El término en que habia de efectuarse este plan,

se fijó desde el 20 de abril al 2 de mayo. Biron emprendió la marcha, salió de Valenciennes, tomó á Quiebrain, y halló algunas partidas enemigas junto á Mons; pero aun no habian visto al enemigo, cuando dos regimientos de dragones empiezan á gritar: ¡estamos vendidos! emprenden la fuga y arrastran en pós de sí á todo el ejército. En vano intentan los oficiales detenerlos, pues les amenazan con hacerles fuego y continúan huyendo, hasta que abandonado el campo, quedan en poder de los imperiales todos los efectos militares. Mientras esto pasaba en Mons, Teobaldo Dillon, segun el plan acordado, sale de Lila con dos mil infantes y mil caballos y á la misma hora en que aconteció el desastre de Biron, la caballería, que vió algunas tropas austriacas, retrocede gritando que los han vendido; arrolla consigo la infantería, y queda todo el bagage en poder de los enemigos. No contentos con eso los soldados y habitantes de Lila sacrifican á Teobaldo Dillon, y á un oficial de ingenieros, llamado Berthois, acusádoles de traidores. Lafayette entretanto, noticioso, aunque muy tarde, de los sucesos, fué desde Metz á Givet por caminos casi intransitables, y sufriendo las mayores fatigas; debiendo al entusiasmo de sus tropas, el haber en tan breve tiempo ganado tan considerable espacio. Al saber la derrota de los oficiales de Rochambeau, juzgó prudente hacer alto; estos fatales acontecimientos ocurrieron á fines de abril de 1790.

CAPITULO IX.

Desavenencias en el ministerio girondino.—La supuesta camarilla Austriaca.—Decreto para la formación de un campamento de veinte mil hombres en las inmediaciones de Paris.—Carta de Roland al rey.—Exoneración de los ministros girondinos; dimisión de Dumouriez.—Formación de un ministerio fuldese.—Proyectos del partido constitucional; carta de Lafayette á la Asamblea.—Situación del partido popular y de sus caudillos; planes de los diputados meridionales; conducta de Petion en los sucesos de junio.—Jornada del 20 de junio de 1792; insurrección de los arrabales; escenas en las habitaciones de las Tullerías.

Universal fué la agitacion que causó la noticia del éxito desgraciado de los combates de Quiebraín y de Tournay y del asesinato del general Dillon; pues naturalmente era de sospechar que ambos acontecimientos fuesen efecto de alguna trama, á juzgar por su coincidencia. Los partidos todos se dirigieron acusaciones; los jacobinos y los patriotas exaltados decían que se habia vendido la libertad. Dumouriez, sin culpar á Lafayette, aunque receloso de los fuldenses, creyó que se habia intentado desacreditar su plan para desconceptuarlo. Lafayette se quejó, aunque con menos acrimonia que su partido, de que le habian avisado muy tarde para ponerse en camino, y de que no se le habian proporcionado suficientes medios para acudir

á tiempo. Además, los fuldenses esparcieron la voz de que Dumouriez habia intentado desacreditar á Rochambeau y á Lafayette, fijándoles un plan sin medios para llevarlo á cabo. No era creíble semejante intencion, porque Dumouriez, formando de este modo planes de campaña, y abandonando hasta este punto su cargo de ministro de Estado, se arriesgaba mucho en el caso de no salir airoso. El proyecto de someter la Bélgica á la Francia y á la libertad, formaba á mas de esto parte de un plan que hacia mucho tiempo revolvía en su imaginacion: ¿cómo, pues, suponer que deasee un mal éxito? Era evidente que ni los generales ni los ministros habian procedido en esto de mala fé, porque todos ellos estaban interesados en el triunfo; pero los partidos colocan siempre á los hombres en lugar de las circunstancias para poder imputarles á ellos los males que sobrevienen.

Degraves, sobrecogido de temor al ver la inquietud que habian causado los últimos sucesos militares, quiso abandonar un cargo que le era odioso hacia ya tiempo, y Dumouriez incurrió en el error de no quererlo aceptar. Luis XVI, sometido siempre á la Gironda, dió este ministerio á Servan, antiguo militar conocido por sus ideas patrióticas; eleccion que robusteció el poder de la Gironda con la mayoría que ganaba en el consejo; teniendo á sus órdenes á Servan, Claviere y Roland. Desde entonces empezó á manifestarse desunion entre los ministros. La Gironda se iba haciendo cada dia mas desconfiada, y por lo mismo mas exigente en pruebas de sinceridad por parte de Luis XVI. Dumouriez, que ha-

cia poco caso de las opiniones, y era sensible à la confianza del rey, se ponía siempre de su parte; Lacoste, estrechamente adicto al príncipe, hacia otro tanto; Duranthon permanecía indeciso, y daba solo su preferencia à los partidos mas débiles; pero Servan, Claviere y Roland se manifestaban inflexibles; y llenos siempre de recelos por sus amigos, se hacían cada vez mas exigentes ó irreconciliables en el consejo. Una circunstancia acabó de indisponer à Dumouriez con los principales individuos de la Gironda. Al encargarse del ministerio de Estado habia pedido seis millones para gastos secretos, de los que no tendria que dar cuenta alguna. Opusieron los fuldenses, pero la Gironda hizo triunfar su peticion, y que le otorgasen los seis millones. Petion solicitó se le suministrasen fondos para la policia de Paris, y Dumouriez le otorgó treinta mil francos mensuales; pero apenas dejó de ser girondino, no quiso ya pagárselos mas que la vez primera. Sabiase ademas, ó se sospechaba que acababa de emplear cien mil francos en cosas de recreo; y Roland, en cuya casa celebraba su junta la Gironda y todos los suyos se indignaron sobremanera. Los ministros comian alternativamente unos en casa de otros para tratar de los negocios públicos; y cuando lo verificaban en casa de Roland, era à presencia de su muger y de todos sus amigos, de modo que puede decirse que todos los girondinos tenían parte en el consejo. En una de estas reuniones hicieron cargos à Dumouriez sobre estos gastos secretos; él respondió con gracia y desembarazo, mudó despues de tono, y se enemistó completamente con Roland y los girondinos. No volvió à pa-

recer mas en dichas juntas, y alegó por motivo que no queria tratar de los negocios públicos en presencia de una muger ni de los amigos de Roland; pero sin embargo, volvió alguna otra vez en casa de este, aunque no hablaba de negocios; ó si lo hacia era muy poco. Otra discusion concluyó de indisponerle con los girondinos; pues Guadet, el mas descarado de todos ellos, leyó una carta, por cuyo medio queria que los ministros obligasen al rey à tomar por confesor à un sacerdote juramentado. Dumouriez dijo que los ministros no podían intervenir en las practicas religiosas del rey; y si bien es cierto que fueron de su mismo parecer Vergniaud y Gensonné, la disputa no dejó sin embargo de ser acalorada, llegando à realizarse el rompimiento.

Comenzaron los periódicos à hablar contra Dumouriez; y los fuldenses conjurados ya contra él se vieron auxiliados por los jacobinos y girondinos; pero Dumouriez, acosado por todas partes, hizo frente à la tempestad, y dejó escarmentados à algunos periodistas.

Ya se habia dado un decreto de acusacion contra Marat, autor de *El amigo del pueblo*, obra atroz en que pedia descaradamente el asesinato, y llamaba de atrevidas injurias à la familia real y à todos los hombres de quienes sospechaba su delirante imaginacion. Para contrarrestar el efecto de esta medida, se entabló acusacion contra Royu, redactor de *El amigo del rey*, que con la violencia misma con que Marat trataba à los realistas, perseguia él à los republicanos.

Mucho tiempo hacia que en todas partes se hablaba de una comision austriaca; y los patrio-

tas hablaban de ella en el pueblo como se hablaba en la corte de la faccion de Orleans; atribuyendo á esta comision un influjo secreto y siniestro que se verificaba por medio de la reina. Si mientras la constituyente habido alguna cosa parecida á una comision austriaca, mientras la legislativa no se habia visto nada semejante. Entonces un personaje ilustre desde los Países-Bajos dirigia á la reina, y en nombre de su familia, consejos muy cuerdos, seguidos siempre de prudentes comentarios, que el medianero francés añadia; pero con la legislativa, estas comunicaciones particulares no existian; la familia de la reina continuaba con ella su correspondencia, y la aconsejaban frecuentemente que tuviese paciencia y resignacion. Bertrand de Molleville y Montmorin eran los únicos que iban todavia á palacio despues de haber salido del ministerio; todas las sospechas recaian en ellos, y eran en efecto los agentes de todas las comisiones secretas. El periodista Carra les acusó públicamente; y ellos resueltos á perseguirle como calumniador, le demandaron para que presentase documentos que apoyasen su denuncia. Discúlpase el periodista con tres diputados, Chabot, Merlia y Bazire, como autores de las noticias que habia publicado; y el juez de paz Lariviere que muy adicto á la causa del rey llevaba este asunto con mucho calor, tuvo la osadía de proveer un auto de prision contra los tres diputados. La Asamblea ofendida, de que hubiese quien no respetara la inviolabilidad de sus individuos, respondió al juez de paz con un decreto de acusacion, enviando á Orleans al desgraciado Lariviere.

Con esta tentativa malograda, se acrecentó la agitacion general y el disgusto que reinaba contra la corte; la Gironda no se consideraba ya superior á Luis XVI desde que Dumouriez se habia apoderado de él; por lo tanto habia vuelto á tomar su papel de oposicion terrible.

La nueva guardia constitucional del rey, se habia formado recientemente; y segun la ley debió tambien haberse reformado la servidumbre interior de palacio, pero á la nobleza no le acomodaba, por no reconocer la Constitucion si ocupaban cargos creados por ella; y no queriendo por otra parte que entrasen hombres nuevos, se renunció á la reforma, «Cómo quereis, señora, escribia «Barnave á la reina, inspirar á estas gentes la «menor duda de vuestros sentimientos? Cuando «decretan en vuestro favor una guardia militar y «una servidumbre civil, V. M., semejante al jóven «Aquilés entre las muchachas de Lycomedes, «echa aceleradamente mano del sable mirando con «desden los simples adornos.» * Los ministros, y el mismo Bertrand apoyaron por su parte lo que decia Barnave, pero no lograron nada, y se dejó la reforma de la servidumbre civil.

La guardia militar arreglada por un plan de Delessart, la componian una tercera parte de tropas de linea, y las dos restantes de ciudadanos jóvenes, elegidos entre los guardias nacionales; arreglo que parecia deber inspirar confianza, pero que no sucedia así sin embargo, porque en la eleccion de los oficiales y soldados de linea, se habia procedido de un modo que se alarmaron los

* Memorias de Madama Campan, tom. II, pág. 181.

patriotas. Coligados contra los jóvenes sacados de la guardia nacional, les llenaban de disgustos y aun les obligaban á retirarse la mayor parte, siendo reemplazados al momento por hombres de mas confianza. El número de estos guardias se habia aumentado notablemente, porque en vez de mil ochocientos hombres que la ley fijaba, llegaba aquel, segun noticias á cerca de seis mil. Dumouriez lo comunicó al rey, el cual decia siempre que el anciano duque de Brissac, gefe de esta tropa, no podia inspirar recelos de que conspirase: pero sin embargo, la nueva guardia observó tal conducta dentro y fuera de palacio, que todo el mundo declaró sus sospechas, y los clubs las tomaron en consideracion. Por el mismo tiempo doce suizos se presentaron en Neuille con la escarapela blanca; incendiáronse en Levres (35) grandes almacenes de papel, y se reprodujeron con mas fuerza las sospechas. La alarma cundió entonces por todas partes; y la Asamblea como si se hallase en el mismo caso que cuando treinta mil hombres amenazaban á Paris, se declaró en sesion permanente. A decir verdad la inquietud reinaba por todas partes, los clérigos no juramentados incitaban al pueblo en las provincias meridionales, abusando del secreto de la confesion para despertar el fanatismo; que ya no podia dudarse del convenio de las potencias; que la Prusia iba á unirse con el Austria; que amagaba la invasion de ejércitos estrangeros, y que los últimos acontecimientos de Lila y de Mons no se habian borrado aun de la memoria. Es cierto tambien que el poder del pueblo no dá mucha confianza, que no se cree en él antes de que le haya ensayado, y que la

muchedumbre agolpada, por numerosa que sea, no puede contrarrestar al impetu de seis mil hombres armados, y regimentados. Apresuróse pues, la Asamblea á declararse en permanencia el dia 28 de mayo. é hizo que se la informase circunstanciadamente sobre la reforma de la guardia del rey y sobre el número, eleccion y antecedentes de los que la componian. Despues de haber convenido en que se habia violado la Constitucion, dió un decreto licenciando la guardia, y otro de acusacion contra el duque de Brissac, remitiéndolos ambos á la sancion. Intentó el rey aplicarles desde luego el *velo*, pero Dumouriez recordándole la destitucion de sus guardias de corps, mucho mas antiguos en su servicio que su misma guardia, le obligó á renovar un sacrificio mucho menos costoso: le manifestó ademas la verdadera conducta de su guardia, y consiguó la ejecucion del decreto. Insistió en seguida en que se procediese con la mayor brevedad á su nueva reforma, y el rey, fuese por volver á su primera politica de parecer oprimido, ó ya porque contase con esta guardia licenciada, con quien conservó ocultas relaciones, se negó á reemplazarla, y se halló asi aislado en medio del furor de un pueblo.

No fiando la Gironda en sus disposiciones, prosiguió constantemente en su ataque, y ya habia dado otro decreto contra los eclesiásticos para que supliese al que el rey no habia querido sancionar. porque sucediéndose sin intermision las noticias de sus facciosos proyectos, acababa de fulminar contra ellos la deportacion. Siendo muy difícil la averiguacion de los culpados, y estribando esta providencia, como todas las de seguridad, en

meras sospechas, en cierto modo solo por notoriedad se prendian y deportaban á los eclesiásticos. El directorio del departamento pronunciaba la deportacion con la denuncia de veinte ciudadanos honrados y aprobacion del directorio de distrito: el eclesiástico condenado debia estar fuera del canton en el término de veinte y cuatro horas, del departamento en tres dias, y del reino en un mes. Si no tenia medios se le entregaban hasta la frontera tres libras diarias; ley severa que revelaba cuánto debia ser el enojo creciente de la Asamblea. * A este decreto siguió otro inmediatamente. El ministro Servan, sin órden alguna del rey, y sin haberlo tratado con sus colegas, propuso, con motivo de la próxima confederacion del 14 de julio, la formacion de un campamento de veinte mil confederados que sirviesen de custodia á la Asamblea y á la capital, proyecto que es fácil conocer con cuánta solicitud se aprobaria por la mayoría de la Asamblea compuesta de girondinos. El poder de estos habia llegado entonces á su colmo; gobernaban la Asamblea, cuya minoría formaban constitucionales y republicanos, y en la que los supuestos imparciales eran, como ha sucedido siempre, hombres indiferentes, complacientes á medida que la mayoría se iba robusteciendo. Además, ellos mandaban en Paris, por medio del corregidor Petion, sugelo enteramente suyo, y su proyecto era, no por ambicion personal, sino por la de partido y opinion, tener con el campamento propuesto un medio para hacerse dueños del rey,

* Este decreto tiene la fecha del 27 de mayo, y el siguiente relativo al campamento de veinte mil hombres la del 8 de junio.

y ponerse á cubierto de sus sospechosos designios.

Apenas se dió cuenta de la proposicion de Servan, cuando Dumouriez le preguntó, en consejo pleno y con vehemencia, qué títulos tenia para hacer semejante proposicion. Respondió él, que el título de individuo.—«Pues en ese caso, le contestó Dumouriez, no debia haber aqui al lado del nombre de Servan, el título de ministro de la Guerra. Acaloróse tanto la disputa, que si no hubiese estado el rey delante, tal vez se hubiera manchado con sangre el consejo. Servan prometió retirar su proposicion, pero hubiera sido inútil, porque la Asamblea se habia apoderado de ella y el rey hubiera parecido que violentaba á su ministro. Dumouriez hizo resistencia; quedó la proposicion, y aunque atacada por una peticion que firmaron ocho mil guardias nacionales resentidos de que se creyese que la Asamblea no tenia suficiente defensa en ellos, se decretó sin embargo y se llevó al rey. Tenia este asi mismo dos decretos importantes que sancionar, y sospechando que negaria su aprobacion, se esperaba á esto para dar contra él una sentencia definitiva.

Dumouriez opinó en pleno consejo que esta medida seria fatal al trono, y especialmente á los girondinos, porque en la formacion del nuevo ejército intervendrian los mas furibundos jacobinos; añadió no obstante que debia adoptarse por el rey, pues si se negaba á convocar veinte mil hombres cuidadosamente elegidos, se levantarían espontáneamente cuarenta mil invadiendo la capital. Afirmó además Dumouriez que conocia un medio para anular esta providencia, el cual manifestaria á

«su tiempo; y sostuvo tambien que debia darse sancion al decreto de deportacion de los eclesiásticos, porque eran culpables, y porque ademas en la deportacion tendrian un medio de sustraerse al recacor de sus enemigos. Luis XVI vacilaba aun y respondió que lo meditaria despacio; y en el mismo consejo Roland resolvió leer á la vista del mismo rey una carta que le habia enviado, cuya lectura directa era por consecuencia inútil, puesto que el rey ya la conocia. Madama Roland fué la que dispuso y redactó esta carta, pues hemos visto que tratándose de escribir una en nombre de todos los ministros, se opusieron estos, y madama Roland instó tanto á su marido, que este al fin se decidió á dar el paso en nombre suyo. En vano Duranthon, débil pero cuerdo, le manifestó que el estilo de su carta, lejos de convencer al rey, le indispondria contra unos ministros que gozaban de la confianza pública, y que de esto resultaria un rompimiento funesto entre el treno y el partido del pueblo. Pero Roland se encaprichó con el parecer de su muger y sus amigos; pues estos exigian á todo trance una explicacion, prefiriendo á la incertidumbre un rompimiento.

Leyó pues Roland su carta al rey obligándole á sufrir en pleno consejo los mas pesados cargos.

La famosa carta es esta:

«Señor.—El actual estado de Francia no puede durar largo tiempo, porque es un estado de crisis cuya violencia llega ya al mayor grado, y es preciso que termine de un modo que interese á V. M. y sea importante á todo el imperio.

«Honrado con vuestra confianza y colocado en sitio desde donde me toca decirlos la verdad, me

«atreveré á descubrirla sin desfigurarla, pues es la obligacion que vos mismo me habeis impuesto.

«Los franceses se han formado una Constitucion que ha producido descontentos y rebeldes, pero casi todos quieren defenderla y han jurado emplear para ello su sangre, vislumbrando con gozo una guerra que ofrecia el medio de consolidarla. Otros sin embargo abrigando distintas esperanzas, han juntado sus esfuerzos para asegurarse el triunfo; y de esto proviene la resistencia interior á las leyes, la anarquía que deploran los buenos ciudadanos y que sirve al mismo tiempo á los mal intencionados para desacreditar el nuevo sistema: de aqui proviene la desunion que se advierte y alimenta en todas partes, porque en ninguna se obra con calma; se anhela el triunfo ó la mudanza de la Constitucion, y se procede en su defensa ó en su menoscabo. No me detendré á examinar lo que es ella en sí misma, asino que consideraré tan solo lo que exigen las circunstancias; y haciéndome extraño á ella en cuanto me sea posible, manifestaré lo que se puede esperar y lo que le conviene favorecer.

«V. M. gozaba de grandes prerogativas, que creia pertenecer á la corona; y acostumbrado á la idea de perpetuarlas, no ha podido ver su falta con indiferencia: el deseo de recobrarlas era tan natural como el sentimiento de perderlas. De estos afectos propios del corazon humano, se han valido para sus cálculos, los enemigos de la revolucion, que han contado con una proteccion secreta mientras las circunstancias no permitian otra mas manifesta. No ha podido ocultarse na-

«da de esto á la nacion y de aquí proviene su desconfianza.

«V. M. se ha visto constantemente en la alternativa de ceder á su antigua costumbre ó inclinaciones particulares, ó de hacer sacrificios que la filosofía y la necesidad dictaban; y por consiguiente en la de alentar á los rebeldes contra la paz de la nacion, ó tranquilizar á esta declarándolos en su defensa. A todo llega su tiempo y ya ha llegado el de la incertidumbre.

«¿Puede hoy V. M. aliarse abiertamente con los que pretendan variar la Constitucion; ó debe exclusiva y generosamente dedicarse á procurar su triunfo? Tal es la verdadera cuestion, cuya solucion inevitable existe en el actual estado de cosas; pues en cuanto á la otra, sobrado metafísica, de saber si los franceses son ya capaces de libertad, su discusion es inútil, porque no se trata de saber lo que seremos dentro de un siglo, sino de ver á lo que puede llegar la generacion presente.

«¿Qué ha sucedido en medio de las turbulencias que experimentamos hace cuatro años? Se han abolido privilegios gravosos para el pueblo; han cundido por todas partes, y penetrado en todos las ideas de justicia y de igualdad; la opinion de los derechos del pueblo ha consolidado la fuerza de sus derechos; el reconocimiento de estos, verificado con la mayor solemnidad, se ha convertido en máxima sagrada; y en fin, se ha exasperado el odio contra la nobleza, que el feudalismo inspiró hace tanto tiempo, porque los nobles se han opuesto abiertamente á la Constitucion que lo destruye.

«El pueblo veia en el primer año de la revolucion y en estos nobles, unos hombres aborrecibles por los privilegios tiránicos de que habian gozado, pero no los hubiera odiado tanto, destruidos ya sus privilegios, si la conducta de la nobleza, no hubiera apoyado desde esta época todas las razones que habia para temerla y combatirla como á enemiga irreconciliable.»

«En esta proporcion misma se ha aumentado el amor á la Constitucion, no ya porque el pueblo le era deudor de infinitos beneficios, sino porque este ha creido que se los prometian mayores, en el hecho de encontrar en los que tenian el costume de oprimirle tanto interés en destruirla ó modificarla.

«La declaracion de los derechos, se ha convertido en evangelio político, y la Constitucion francesa, en una religion, por la que el pueblo ofrecerá su sangre.

«Por esto su celo ha llegado á veces á suplir la falta de leyes, y cuando estas no eran bastante fuertes para acallar á los perturbadores, los ciudadanos se han creido con facultad, para imponer por sí mismos el castigo.

«De este modo, los bienes de los emigrados han quedado espuestos á los estragos que la venganza inspiraba; y por esto ha habido tantos departamentos que se han creido obligados á castigar á los eclesiásticos tildados por la opinion, y que hubieran llegado á ser sus víctimas.

«En esta lucha de intereses, todos los sentimientos han tomado el acento de la pasion. La patria no es ya una palabra que alhaga á la imaginacion, sino un ser á quien se han tributado

«sacrificios, á quien se adora cada dia mas por
«las inquietudes que causa; un ser que ha costa-
«do inmensos esfuerzos, que es superior á todos
«los cuidados, y á quien se ama, por lo que cues-
«ta, tanto como por lo que de él se espera; y
«cuantas injurias se le dirijan, serán medios para
«inflamar el entusiasmo con que se le mira. ¡Y á
«qué grado no llegará este entusiasmo, cuando
«las fuerzas enemigas reunidas fuera, y relaciona-
«das con las intrigas interiores, amenacen con las
«desdichas mas funestas! En todo el imperio reina
«una indecible agitacion, que estallará al fin de
«un modo espantoso, si no llega á calmarse con-
«fiando en la sinceridad de V. M.; sinceridad que
«no se prueba con promesas, sino que por el con-
«trario necesita hechos.

«Es evidente para la nacion francesa que su
«constitucion puede marchar y que el gobierno
«tendrá la necesaria fuerza, desde el momento en
«que V. M. decidido por el triunfo de esta cons-
«titucion, dé al cuerpo legislativo todo el poder de
«la ejecucion, prive al pueblo de todo pretexto de
«inquietudes, y sofoque las esperanzas de los des-
«contentos.

«Se han presentado por ejemplo, dos decretos
«de importancia; ambos interesan mucho á la tran-
«quilidad pública, y á la vida del Estado; el dife-
«rir su sancion, inspira desconfianzas; si se pro-
«longa mas, producirá descontento, y en la actual
«efervescencia de los ánimos, me atrevo á decir,
«que el descontento puede traerlo todo.

«Ya no es tiempo de retroceder, y ni siquiera
«hay medios de contemporizar: todos los corazones
«sienten la revolucion, ella se consumará á

«fuerza de sangre, y con esta se consolidará si la
«prudencia no ataja los males que pueden aun
«evitarse.

«Yo sé que todavia habrá quien espere conse-
«guirlo todo y contenerlo todo con medidas vio-
«lentas; pero cuando se haya desplegado la fuerza
«para sujetar á la Asamblea, cuando se haya es-
«parcido el terror por Paris, y la division y el
«casombro en sus inmediaciones, toda la Francia
«se lanzará indignada; y despedazándose su mismo
«seno en los horrores de una guerra civil, mani-
«festaría aquella terrible energia, madre de la
«virtud y del crimen, funesta siempre á los que la
«han provocado.

«La salvacion del Estado y la dicha de V. M. es-
«tán ligadas estrechamente: ningun poder será
«bastante á desunirlas: inminentes riesgos y des-
«dichas amenazan vuestro trono si vos mismo no le
«afirmáis sobre las bases de la constitucion, pren-
«da segura de una paz estable. De modo que la
«disposicion de los ánimos, la série de los aconte-
«cimientos, las razones de la política y el interés
«de V. M., prescriben la union con el cuerpo le-
«gislativo y la fidelidad al anhelo de la nacion; y
«convierte en necesidad lo que los principios dic-
«tan como deber. El afecto natural de este pueblo
«carinoso, encontrará en ello un motivo de reco-
«nocimiento; pues os han engañado pérfidamente;
«señor, cuando os han infundido aversion ó des-
«confianza hácia este pueblo tan fácil de cautivar;
«y con las continuas inquietudes que os han suge-
«rido, os han obligado á observar una conducta
«que le ha alarmado. Señor, convencedle de que
«estais resuelto á llevar adelante una constitucion

«que es la prenda de su felicidad, y en breve seréis el objeto de su gratitud.

«La conducta de los sacerdotes en varios puntos, y los pretextos que el fanatismo daba á los «descontentos, han dictado una sábia ley contra los «revoltosos: sanciónela V. M., pues que así lo reclaman el sosiego público y la salvacion del clero. «Si esta ley se deja sin vigor, los departamentos «se verán obligados á sustituir á ella, como en todas partes han hecho, resoluciones duras, y «el pueblo irritado, á falta de ella empleará su «saña.

«Los intentos de nuestros enemigos, las turbulencias de la capital, el desasosiego producido «por la conducta de vuestra guardia, que no se ha «desterrado aun, porque V. M. ha dado en su favor muestras de satisfaccion con una proclama «muy impolitica á la verdad en las presentes circunstancias; la situacion de Paris y su cercanía á «las fronteras, han hecho necesario un campamento cerca de él; medida cuyo acierto y urgencia «han aprobado todos los buenos; y que está solo «esperando la sancion de V. M. ¿Por qué, pues, se «han de dar á sus dilaciones apariencia de oposicion, cuando la brevedad seria causa de reconocimiento?

«Las tentativas del estado mayor de la guardia «nacional de Paris contra esta disposicion, han hecho recelar que obraba por superiores instigaciones; las declamaciones de algunos furibundos demagogos, confirman la sospecha de que tienen «relacion con los que desean la ruina de la constitucion; la opinion pública no favorece á las intenciones de V. M. y con poco que se retardo, el

«pueblo afligido creará que su rey es amigo y cómplice de los conspiradores!

«¡Cielos, habreis cegado á las potestades de la «tierra para que no atiendan jamás sino á los consejos que les conducen á su ruina!

«Sé muy bien que el austero language de la verdad pocas veces leescucha el trono; sé tambien que «porque casi nunca quiere escucharle se hacen necesarias las revoluciones; y sé por fin que debo «hablar así á V. M., no solo como ciudadano sujeto á las leyes, sino como ministro que ha merecido «su confianza, ó al menos que está revestido del «carácter que la supone. Por lo mismo creo que «cuada debe privarme de cumplir con un deber que «me dicta la conciencia.

«Bajo este mismo concepto reiteraré mis súplicas á V. M. acerca de la obligacion y utilidad de «ejecutar la ley que prescribe tener un secretario «en el consejo. La existencia de la ley es por sí sola «de tal poder, que su cumplimiento parece debiera «asegurarse á ella sin demora; pero es muy esencial valerse de cuantos medios conserven en las deliberaciones la gravedad, la prudencia, y la cordura «necesaria; y los ministros responsables han menester además una cosa que dé testimonio de sus opiniones; pues si esta existiera ahora, no tendria «que hablar por escrito á S. M.

«El hombre que estima sus deberes, desprecia «la vida, porque aquellos son superiores á todo; «pero despues de la dicha de haberlos cumplido, el «único bien que adora su corazon, es el de pensar «que lo ha hecho con fidelidad, lo cual es tambien «una obligacion de los hombres públicos.

«Paris 10 de junio de 1792, año IV de la liber-
tad.—Firmado.—ROLAND.»

Escuchó el rey con suma paciencia la lectura de esta carta y salió diciendo que daría á conocer su voluntad.

Llamó á Dumouriez á palacio, donde juntos el rey y la reina le dijeron: «¿Hemos de sufrir por mas tiempo la insolencia de estos tres ministros? No, respondió Dumouriez.—¿Y os obligais á librarlos de ellos? repuso el rey.—Si señor, añadió el osado ministro; mas para hacerlo bien, es forzoso que V. M. me otorgue una condicion. Me han desconceptuado, y voy á estarlo mas despidiendo á tres colegas gefes de un partido poderoso, y solo de un modo se puede persuadir al público que no se les ha destituido por su patriotismo.—¿Cómo? preguntó el rey.—Sancionando los dos decretos, replicó Dumouriez.» Y fué repitiendo las razones que habia alegado en el consejo pleno. Dijo la reina, que la condicion era muy costosa; pero Dumouriez se empeñó en probar, que de los veinte mil hombres nada habia que temer; que en el decreto no se designaba el sitio del campamento; que podria enviarlos, por ejemplo, á Soissons, donde se les tendria ocupados en ejercicios militares, desmembrándolos luego poco á poco para el ejército, cuando hubiese necesidad.» Pero entonces, dijo el rey, teneis que ser vos ministro de la guerra.—Lo seré á pesar de la responsabilidad, respondió Dumouriez; mas es preciso que V. M. sancione el decreto contra los eclesiásticos, pues solo haciendo este sacrificio es como podré servirlos. Este decreto lejos de ser contrario á los eclesiásticos, les librárá del furor del pueblo: V. M. debiera haberse opuesto al primer decreto

de la Asamblea constituyente en que se prescribía el juramento, pero ahora, no puede ya retroceder.—Pues sientonceshice mal, respondió Luis XVI, no debo hacerlo dos veces.»—La reina, que en puntos de religion no era tan escrupulosa como el monarca, opinó como Dumouriez, hubo un momento en que el rey pareció estar pronto á dar su adhesion.

Indicóle Dumouriez los nuevos ministros que habian de suceder á Servan, Claviere y Roland, los cuales eran para el interior, Mourges y Bealieu para hacienda, quedando el ministerio de guerra confiado á Dumouriez, que lo era á la vez de dos ministerios, mientras el de negocios estrangeros estaba vacante. Estendióse sin detencion el 13 de junio el oficio, despidiendo á Roland, Servan y Claviere. El primero, que tenia toda la energia necesaria para poner en práctica lo que en su atrevida imaginacion concebía su esposa, se presentó al punto en la Asamblea, y leyó la carta que habia escrito al rey y ocasionado su destitucion: paso que era permitido sin duda comenzadas ya las hostilidades, mas que despues de haber prometido al rey que la carta quedaria reservada era poco noble leerla públicamente.

La Asamblea oyó con los mayores aplausos la lectura de Roland, mandando que se imprimiese su carta y enviase á los ochenta y tres departamentos, declarando ademas que los tres ministros desechados, eran dignos de la confianza de la nacion. Entonces fué cuando Dumouriez sin temor ninguno se atrevió á presentarse en la tribuna con su nuevo nombramiento de ministro de la guerra, llevando dispuesto un informe detallado, hecho de repente sobre el estado del ejército, y los yerros de la admi-

nistracion y la Asamblea; y no por eso se mostró menos severo con los que sabia estaban predispuestos á no recibirle bien. No bien se presentó, cuando empezaron á murmurar los jacobinos, aunque los faldenses quedaron en el mas profundo silencio. Principió por dar cuenta de un pequeño triunfo de Lafayette y de la muerte de Gouviou, oficial, diputado y hombre de bien, que inconsolable por las desdichas de la patria, se habia arrojado á una muerte voluntaria. La Asamblea dió muestras de sentimiento por la pérdida de tan generoso ciudadano, y escuchó friamente á Dumouriez, haciendo menos caso del deseo que él manifestó de librarse de los mismos males, teniendo la misma suerte; mas así que anunció ser su informe como ministro de la guerra, por todas partes se manifestaron muy pocas ganas de oírle: él entonces reclamó con serenidad la palabra y concluyó por conseguir silencio. Sus cargos ofendieron á varios diputados: lo veis, gritó Guadet, viene á darnos lecciones. ¿Y por qué no? dijo con mucha calma el intrépido Dumouriez. Sossegaronse los ánimos, acabó de leer y fué alternativamente burlado y aplaudido; y luego que acabó dobló su memoria para llevarsela. Se escapa, gritaron; eso no, replicó él; y puso con desembarazo los papeles sobre el escritorio, firmó sin alterarse y atravesó la Asamblea con una calma inalterable. Al abrirle paso los grupos de diputados, le dijeron: es van á enviar á Orleans. Mejor, respondió él, con eso tomaré los baños y el suero, que bien lo necesito y descansaré.

Su firmeza tranquilizó al rey, que se mostró satisfecho de él; pero el desdichado principe estaba inquieto y acosado de escrúpulos, pues ro-

deado de falsos amigos, habia vuelto á sus pasadas determinaciones y no accedia á sancionar los dos decretos.

Los cuatro ministros congregados en el consejo rogaron al rey que otorgase su sancion, como al parecer habia prometido. Respondió este con serenidad, que solo la daria al decreto de los veinte mil hombres, porque en cuanto al de los eclesiásticos, estaba resuelto á negársela; que habia formado su resolucion y que ninguna amenaza le obligaria á variarla. Levó la carta en que anunciaba su voluntad al presidente de la Asamblea; uno de vosotros la firmará, dijo á sus ministros, pronunciando estas palabras en un tono que nunca se le habia oido.

Dumouriez le escribió entonces haciendo su dimision. Este hombre, exclamó el rey, me ha hecho exonerar á tres ministros, porque se empeñaban en que yo accediese á los decretos, y ahora quiere él que los sancione; pero esta inyectiva no era justa, porque Dumouriez, si habia consentido en sobrevivir á sus compañeros, lo habia hecho con la condicion de las dos sanciones. Avistóse con el Luis XVI, y le preguntó que si insistia, pero Dumouriez no varió de resolucion. Pues entonces, dijo el rey acepto vuestra dimision; presentaronla tambien todos los ministros, pero el rey retuvo á Lacoste y Duranthon, obligándoles á continuar, y ocupando los ministerios vacantes Lajard, Chambonas y Terrier de Mont-Ciel, escogidos entre los faldenses.

«Cayó el rey por este tiempo, dice madama Campan, en un abatimiento que influia hasta en su fisico. Diez dias seguidos estuvo sin articular

palabra, ni aun con su familia, como no fuesen las espresiones necesarias en el juego de chaquete que despues de comer armaba con madama Isabel. La reina le sacó de este estado tan funesto en una crisis en que por momentos se aumentaba la necesidad de obrar, postrándose ante él y valiéndose ya de imágenes que concitaban sus temores, y ya de palabras cariñosas. Le recordaba también lo que debía á su familia, y llegó á decirle que en el caso de morir habia de ser con honor y sin esperar que viniesen á ahogarles á uno y á otro en su misma habitacion.»

Fáciles presumir los designios con que Luis XVI volveria en si y á la ocupacion de los negocios, porque despues de haber desertado del partido de los fuldenses para entregarse en manos del de los girondinos, no podia volver á pasarse á los primeros con mucha satisfacion ni esperanza. Tenia el doble convencimiento de que ni con unos ni con otros era compatible, y lo que era peor, que él se habia hecho tal con todos. Desde entonces debió mas que nunca buscar el apoyo de los extranjeros, y cifrar en ellos sus esperanzas todas; pensamiento que adivinó todo el mundo y alarmó á los que en la invasion contra la Francia veian la ruina de la libertad, el suplicio de sus defensores y la division tal vez ó la desmembracion del reino. Nada de esto veia Luis XVI, porque nunca cree uno en el mal de lo que desca; antes bien, alarmado con la agitacion que las derrotas de Mons y de Turnay habian producido, envió á Alemania á Mallet-du-Pan con instrucciones escritas de su propia mano

* Véase á madama Campan, t. II, p. 230.

advirtiendo en ellas á los soberanos que avanzasen con precaucion, que guardasen las posibles consideraciones con los habitantes de las provincias que atravesasen y que enviasen delante un manifiesto en el cual espusiesen sus intenciones pacificas y conciliadoras (36). Por moderados que fuesen estos intentos no dejaban de ser una invitacion de adelantarse sobre el pais; por otra parte aunque el rey lo deseara ¿accederian á ello los principes extranjeros y rivales de la Francia y los enfurecidos emigrados? ¿No podia dudar Luis XVI de que hiciesen mas de lo que él queria? Los ministros de Prusia y Austria descubrieron á Mallet-du-Pan la desconfianza con que miraban la intolerancia de los emigrados, y parece que costó mucho trabajo tranquilizarlos sobre este punto (37). No eran menores los recelos de la reina, que principalmente temia á Calonne su mas peligroso enemigo (38); mas no por eso dejaba de estrechar á su familia para que se apresurasen á sacarla del cautiverio. El partido popular debia desde entonces mirar á la corte como un enemigo, tanto mas temible cuanto que disponia de todas las fuerzas del Estado, y que la lucha que iba á empeñarse seria de muerte. El rey para la formacion de su nuevo ministerio no echó mano de ningun hombre decidido, porque con la esperanza de su próxima libertad, solo pensaba en ir pasando algunos dias, sobrándole para conseguirla un ministerio cualquiera.

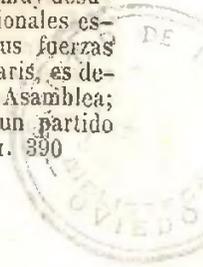
Quisieron los fuldenses aprovecharse de esta ocasion para reconciliarse con la corte, no tanto si se ha de decir la verdad, por ambicion personal de partido, cuanto por interés del rey. Ni remotamente creian en la invasion, porque casi todos hallaban

en ella un atentado, y ademas un riesgo muy grande para la córte y para la nacion. Juzgaban con fundamento que el rey naufragaria antes de recibir auxilio; y despues de la invasion temian horribdas venganzas, tal vez la desmembracion del territorio y por decontado la pérdida absoluta de la libertad.

Lally-Tolendal, que como hemos visto abandonó la Francia cuando se conveació de que eran imposibles las dos Cámaras: Malouet que en la revision las procuró ensayar; Duport, Lameth, Lafayette y otros que querian conservar las cosas como estaban, todos se unieron para hacer el último esfuerzo. En este partido como en todos los demas no habia entera conformidad de opiniones; pero existia un solo objeto, el de salvar al rey de sus errores, y con él á la constitucion. Todo partido á quien se obliga á obrar ocultamente, se ve precisado á dar pasos, que si no salen bien, se les dá el nombre de intrigas: en este sentido intrigaban los fuldenses. Asi que vieron la destitucion de Servan, Claviere y Roland, que Dumouriez habia causado, se avistaron con esto, y le prometieron su alianza si conseguia el *veto* contra el decreto de los eclesiásticos. Dumouriez, fuese por enojo, por falta de confianza en sus medios, ó tal vez lo mas posible, por el compromiso en que se habia puesto de conseguir la sancion del decreto, no se prestó á esta alianza, y se volvió al ejército deseando, segun escribia á la Asamblea, que un cañonazo reuniese para él todas las opiniones.

Los fuldenses tenian aun á Lafayette, que sin mezclarse en sus ocultas tramas habia participado de su antipatia contra Dumouriez, y queria ante todo salvar al rey, sin alterar la constitucion. Dé-

hiles eran sus medios; y por otra parte la córte, cuya salvacion procuraban, no queria recibirla de ellos. La reina que miraba con entera confianza á Barnave, habia usado siempre de muchas precauciones para verle, no recibiéndole nunca sino en secreto. Los emigrados y la córte no le hubieran perdonado el tratar con los constitucionales, pues en efecto se le prohibia hacerlo, prefiriendo en su casa á los jacobinos, porque, segun decian, habria que transigir con los primeros, al paso que nada tendrian que hacer con los segundos (39). Agréguese á estas manifestaciones, continuamente repetidas, el odio personal que tenia á Lafayette la reina, y se comprenderá cuan poco dispuesta estaba la córte para admitir servicios de los constitucionales, ó de los fuldenses. Ademas de esta antipatia, deben tambien considerarse los medios débiles que tenian en su mano contra el partido popular; pues si Lafayette era adorado de sus tropas, y podia contar con su ejército, tenia tambien el enemigo al frente, y no podia abandonar la frontera, trasladándose al interior. El anciano Luckner, que le servia de apoyo, era débil, voluble y muy medroso, aunque en los campos de batalla se revistiese de un valor estremado. Pero aun contando con sus medios militares, los del partido constitucional carecian enteramente de los recursos civiles. La mayoria de la Asamblea eran girondinos, una gran parte de la guardia nacional era suya, pero estaba muy desunida y casi desorganizada: los constitucionales estaban reducidos, en caso de emplear sus fuerzas militares, á marchar desde la raya á París, es decir, á intentar una insurreccion contra la Asamblea; y las insurrecciones, muy buenas para un partido



violento que toma la ofensiva, son fatales y perjudiciales á un partido moderado, que se resiste apoyado por las leyes.

Sin embargo, estrecharon á Lafayette, y concertaron con él enviar una carta á la Asamblea; cuya carta escrita á su nombre debia manifestar sus opiniones con respecto al rey y la Constitucion, y su disgusto por todo lo que se dirijiera á atacar al uno ó á la otra. Tambien sus amigos estaban divididos, pues los unos alentaban y los otros contenian su celo; pero llevando siempre por delante su obligacion al rey á quien habia jurado fidelidad, escribió la carta, y arrojó cuantos peligros amenazaban su vida. Resueltos el rey y la reina á no servirse de él le dejaron escribir, porque en este paso solo veian las muchas reconvencciones que se harian á los amigos de la libertad. Llegó la carta á la Asamblea el 18 de junio. Lafayette despues de haber principiado vituperando la conducta del ultimo ministro, á quien segun decia, iba á delatar en el momento de haber sabido su dimision, continuaba en estos términos:

«No basta que quede libre de un influjo funesto este ramo del gobierno: la causa pública corre riesgo, la suerte de la Francia depende principalmente de sus representantes, de ellos espera la patria su salvacion; pero al darse una constitucion, les ha prescrito el único camino que tienen para llegar á conseguirlo.»

Protestando despues su inalterable fidelidad á la ley jurada, presentaba el estado de la Francia, colocada entre dos clases de enemigos, los esteriores y los que alimentaba en su seno

«Conviene anonadar á unos y otros; lo cual os

«será muy difícil si no sois constitucionales rectos. «Mirad cuanto os rodea... ¿podeis ignorar que una «faccion, y para prescindir de denominaciones vagas, que la faccion jacobina es quien ha causado «tantos desórdenes? Contra ella dirijo yo en alta «voz mi acusacion. Organizada como un imperio «separado, en su metrópoli y en su asociacion: gobernada á ciegas por algunos corifeos ambiciosos, forma esta secta una corporacion distinta «en medio del pueblo francés, cuyo poder usurpa «avasallando á sus representantes y mandatarios.

«Allí, en sus públicas sesiones se dá el nombre de aristocracia, al amor á las leyes, y de patriotismo á su infraccion; allí, los acometedores «de Desilles ganan triunfos, y los crimenes de Jourdan, merecen panegiristas; y allí, en fin, la narracion del asesinato que ha deshonrado á la ciudad «de Metz, arranca todavia aplausos infernales!

«¿Creerán por ventura sustraerse á estos cargos, escudándose con un manifiesto austriaco, «donde están los nombres de estos secuaces? ¿Se «han hecho sagrados porque los haya pronunciado Leopoldo? Y por qué nos vemos forzados á pelear con los estrangeros que se mezclan en nuestras discordias, ¿estamos ya esentos de librar á «nuestra patria de una tirania doméstica?»

Recordando en seguida sus antiguos servicios en favor de la libertad; y enumerando las pruebas de lealtad que habia dado á su patria, respondia el general de sí, y de su ejército, declarando que si no era la mas vil del universo, la nacion francesa podia y debia hacer frente á los reyes que se habian conjurado contra ella! «Pero, añadió, para que nosotros, soldados de la libertad, luchemos

«mos con provecho en favor suyo, es preciso que los defensores de la patria sean á la mayor brevedad tantos como sus enemigos; que multipliquen y faciliten nuestros movimientos, provisiones de todos géneros: y que el cuidado de las tropas, de su armamento y de sus pagas, y las precauciones relativas á la conservacion de su salud, no esperimenten ya demoras que son fatales, etc.» Otros consejos añadía, entre los cuales el último era el mas notable, y decia: «Que el poder de los clubs, desterrado por vosotros, quede remplazado por el reinado de la ley, sus usurpaciones por el libre y recto ejercicio de las autoridades constituidas, sus máximas desorganizadoras por los verdaderos principios de la libertad, su demente furia por el valor sereno y constante de una nacion que conoce y defiende sus derechos, y en fin sus tramas de partido, por los verdaderos intereses de la patria, que en este momento de peligro debe reunir á todos los que no se complacen y comercian infamemente con su esclavitud y su ruina!»

Esto era lo mismo que decir á las pasiones irritadas: paráos; ó á los partidos, sacrificáos con gusto; ó á un torrente, en fin: detente! Pero aunque de nada sirvió el consejo, obligacion era darle: el lado derecho aplaudió mucho la carta; el izquierdo guardó silencio: y apenas se acabó su lectura, cuando se trató de imprimirla y remitirla á los departamentos. Vergniaud pidió la palabra y la obtuvo. Segun él, importaba á la libertad, tan bien defendida hasta entonces por M. de Lafayette, que se hiciese una distincion entre las peticiones de los simples ciudadanos, que esponian un dicta-

men ó reclamaban un acto de justicia, y las lecciones de un general armado. Este debía hablar por conducto del ministerio; pues de lo contrario peligraba la libertad; que por consecuencia debía pasarse á la órden del dia. Thevenoth respondió, que la Asamblea debía oír de boca de M. de Lafayette las verdades que no habia tenido ánimo para decirse á sí misma. Esta última observacion produjo una conmocion muy grande, y algunos negaron que la carta fuese auténtica. «Aun cuando no estuviese firmada, dijo M. Coubé, solo M. de Lafayette es capaz de escribirla.» Guadet pidió la palabra para un hecho, y sostuvo que la carta no podia ser de M. de Lafayette, porque hablaba en ella de la dimision de Dumouriez, que no habia sido hasta el 16, y su fecha era del mismo dia. «No es, pues, posible, añadió, que el firmante hablase de un hecho de que no podia tener noticia; de modo que, ó la firma no es suya, ó la puso en blanco, á disposicion de un partido que debia usar de ella como quisiese.» Estas palabras renovaron los murmullos de la Asamblea. Guadet, prosiguiendo, añadió, que M. de Lafayette no podia, segun los sentimientos de que habia dado pruebas, escribir semejante carta.—Debe saber, dice, que cuando Cromwell....—El diputado Dumas, no pudiendo reprimirse ya, al escuchar esta última espresion, pide la palabra, y todos los ánimos manifiestan inquietud estrema. Sin embargo, Guadet apoderado de la tribuna, continua: Decia... le interrumpen de nuevo.—Estábais, dicenle, en Cromwell.—«Volveré, pues, añade... Decia, que M. de Lafayette debe saber, que cuando Cromwell usaba de un lenguaje como este, vacilaba la liber-

tad en Inglaterra; y es preciso convencerse , ó de que un cobarde se ha escudado con el nombre de M. de Lafayette, ó probar por medio de un escarmiento, al pueblo francés, que no habeis hecho un juramento vano, al jurar que conservaria's la Constitucion. »

Muchos aseguran que conocen la firma de Lafayette y sin embargo, envian su carta á la comision de los doce para comprobar su autenticidad, con lo cual queda privada de impresion y de la remision á los departamentos.

Este noble paso fué enteramente inútil, y asi debia serlo, atendido el estado de los ánimos. Desde aquel momento el general quedó casi tan desconceptuado como la corte; y si los gefes de la Gironda, mas ilustrados que el pueblo , no creian que Lafayette hiciese traicion á su patria , porque hubiese atacado á los jacobinos, la multitud sin embargo lo creia á fuerza de oirlo repetir en los clubs, en los periódicos y en los sitios públicos.

De este modo; á la inquietud que á la corte habia infundido en el partido popular, se agregó la que el mismo Lafayette escitó con su conducta. Entonces este partido perdió toda esperanza, y resolvió refrenar la corte antes que ella pudiese ejecutar las tramas que la imputaban.

Ya hemos visto de qué modo estaba compuesto el partido popular, que pronunciándose mas se caracterizaba mejor, y entraban en su gremio personajes nuevos. Robespierre se habia dado ya á conocer en los jacobinos, y Danton en los franciscanos. Los clubs, el Ayuntamiento y las secciones comprendian á muchos que por la impetuosidad de su carácter y opiniones eran capaces de cual-

quiera cosa. Tales eran Sergent y Panis, que mas tarde acompañaron su nombre á un acontecimiento terrible. En los arrabales habia varios comandantes de batallon ya demasiado temibles , y el principal de ellos era un cerbecero llamado Santerre. Su gentileza, su voz, y cierta facundia en el decir, le habian grangeado el favor del pueblo y cierto imperio en el arrabal de San Antonio, de cuyo batallon era comandante. En el ataque de Vicennes, rechazado por Lafayette en febrero de 1791 , se habia distinguido ya Santerre , y como todos los hombres demasiado volubles, podia llegar á hacerse peligroso, segun las inspiraciones del momento. Asistia á todos los conciliabulos que se celebraban en los arrabales distantes, donde le acompañaban el periodista Carra, perseguido por haber insultado á Bertrand de Molleville y á Montmorin; un tal Alejandro, comandante del arrabal de San Marceño; un sugeto muy conocido con el nombre de Fournier el americano; el carnicero Legendre, que despues fué diputado en la Convencion, un oficial de platero llamado Rossignol y otros muchos que por su intimidad con el populacho traian alborotados á todos los arrabales. Por los mas distinguidos de entre ellos, se comunicaban con los gefes del partido popular, y de este modo podian someter sus acciones á una direccion suprema.

No pueden marcarse exactamente los diputados que componian esta direccion , pues los mas célebres eran estraños á Paris y no tenian mas influjo que el de su elocuencia. Guadet , Isnard, Vergniaud, provincianos todos, tenian mas relacion con sus departamentos que con el mismo Paris; y aunque muy vehementes en la tribuna, fue-

ra de la Asamblea no hacian nada, y eran por consiguiente incapaces de conmover el populacho. Condorcet y Brissot, diputados de Paris, no eran mas activos que los anteriores; ademas de que por su uniformidad de ideas con los diputados del Oeste y del Mediodia, se habian hecho girondinos. Roland se volvió á su vida privada, desde que cesó el ministerio patriota, y residia en una habitacion cualquiera y desconocida en la calle de Santiago. Convencido de que la corte proyectaba entregar á los estrangeros la Francia y la libertad, se lastimaba de las desventuras de su patria con varios amigos suyos diputados en la Asamblea; pero no parece que en su sociedad se tratase de atacar á la corte, y únicamente protegia la impresion de un periódico-cartel denominado el *Centinela*, que Louvet, visible ya en los jacobinos por su oposicion á Robespierre, redactaba en sentido patriótico. Roland, habia durante su ministerio, proporcionado fondos para ilustrar la opinion pública con escritos, y el *Centinela* se imprimia con un residuo de estos fondos.

Habia por entonces en Paris un jóven marseillés, entusiasta, valiente y republicano, á quien por su notable belleza y gallardia llamaban el Antinoo. Fué diputado por su concejo en la Asamblea legislativa, para hacer reclamaciones contra el directorio de su departamento, pues en toda la Francia eran muy comunes estos choques entre las autoridades subalternas y superiores, y entre los Ayuntamientos y los directorios de departamento. Este jóven marseillés llamabase Barbaroux, el cual reunia á su talento grande actividad y podia servir de mucho á la causa del pueblo; vió á Roland

y deploró con él las catastrofes que amenazaban á los patriotas, conviniendo en que pues el peligro aumentaba diariamente en el Norte de la Francia: convendria en el caso de verse reducidos al poder apuro, retirarse al Mediodia y establecer allí una república, cuyos limites pudieran con el tiempo estenderse como Carlos VII habia dilatado antiguamente su reino desde Burges. Estuvieron examinando el mapa del ex-ministro Servan, y opinaban que destruida en el Rin y mas alla la libertad, debia retirarse detras de los Vosges y el Loira; y que aun lanzada de estos atrincheramientos le quedaban en el Este el Doubs, el Ain y el Ródano; el Vienne y el Dordoña hacia el Oeste, y en el centro los rios y las rocas del Lemosin. «Mas «alla, decia el mismo Barbaroux, nos encontrariamos la Aubernia con sus cimas escarpadas, sus gargantas, sus selvas antiguas y las montañas de «Velay, abrasadas un dia por el fuego, y ahora «cubiertas de pinares; sitios agrestes en donde «los hombres huellan la nieve, pero donde al menos viven independientes. Las Cevenas todavia «nos ofrecieran un asilo demasiado célebre para «que la tiranía se les atreviese; y al confin del «Mediodia, tendríamos por limites el Isere, el Du«rance y el Ródano desde Lijon hasta el mar, los «Alpes y las murallas de Tolon. Finalmente si aun «en estos puntos no estuviésemos seguros, nos «queda la Corcega; la Corcega donde ni los genoveses ni los franceses pudieron arraigarla tiranía; «suelo que solo necesita brazos para hacerse fértil, y filósofos para inmortalizarse.» *

* Memorias de Barbaroux, pp. 38 y 39.

Era natural que pensasen en acogerse á sus provincias los habitantes del Mediodia, en el caso de que penetrase la invasion en el Norte, del cual no se olvidaban; pues resolvieron escribir á sus departamentos para que espontáneamente formasen el campamento de veinte mil hombres, no obstante hallarse aun por sancionarel decreto que á él se referia. Dábales mucha esperanza Marsella, ciudad rica, populosa, y altamente democrática, que habia enviado á Mirabeau á los estados generales, diseminando despues sus ideas por todo el Mediodia. Su corregidor era amigo de Barbaroux, con quien coincidia en opiniones, y este le escribió que se abasteciese de granos, que enviase personas de confianza á los departamentos vecinos y á los ejércitos de los Alpes, de Italia y de los Pirineos, para predisponer en aquellos puntos la opinion pública: que hiciese tantear á Montesquieu, general del ejército de los Alpes, aprovechándose de su ambicion en favor de la libertad, y que se conviniese en fin con Paoli y los corsos, de modo que en caso necesario tuviesen en ellos el último asilo y socorro. Encargó tambien al dicho corregidor que retuviese el producto de los impuestos para privar de ellos al poder ejecutivo, y aun si fuera menester, para invertirlos en contra de este. Lo mismo que Barbaroux practicaba con respecto á Marsella, hacia cada cual con sus departamentos tratando de tener seguros asilos; y así la desconfianza trocada en desesperacion, iba labrando el levantamiento general, dando márgen con tales preparativos á una diferencia marcada entre París y los departamentos.

El corregidor Petion, amigo de los girondinos,

y mas adelante proscripto y considerado como ellos, tenia por su destino, mas intima conexion con los alborotadores de París. Su imperturbable calma y aparente indiferencia servian para que sus enemigos los juzgasen como estupidez, y sus amigos como una ponderada probidad que jamas han desmentido sus detractores. El pueblo que inventa sobrenombres para los que tiene en boca continuamente, le llamaba *la virtud Petion*. Ya hemos hablado de él con motivo del viage de Varennes y de la preferencia que para el corregimiento de París le dió la córte sobre Lafayette. Esta intentó cohecharle, y así lo prometieron algunos estafadores, pidiendo al efecto una cantidad de dinero, que se guardaron, sin haber dado paso alguno con Petion, cuyo conocido carácter no les daba esperanza ninguna de conseguir su objeto. Por esto la alegría que concibió la córte, creyendo que lograría un apoyo, y corromper á un magistrado popular, fué muy efimera palpando presto el engaño, y quedando advertida de que sus contrarios no eran tan venales como habia presumido.

Uno de los que primero conocieron cuán imposible es trocar las inclinaciones de un rey, nacido en el absolutismo, fué Petion; era republicano mucho antes que soñase nadie en la república; y en la constituyente fué por convencimiento lo que era Robespierre por dureza de carácter. En la legislativa acabó de convencerse de que la córte era incorregible, persuadiéndose de que llamaba á los estrangeros; y siendo al principio republicano por sistema, llegó á serlo despues por seguridad propia. Desde entonces procuró, segun él dijo, facilitar una nueva revolucion, para cuyo efecto se opo-

nia á los movimientos mal dirigidos; y por el contrario apoyaba los acertados, procurando siempre conciliarlos con la ley de que era observador muy rígido, y que no quería quebrantar como no fuese en extremo apuro.

Aun sin saber la parte que Petion tendria en los movimientos que se preparaban, ni si consultó á sus amigos de la Gironda para ayudarles, puede decirse, segun su modo de proceder, que nada hizo para impedirlos. Dicese que á últimos de junio fué en casa de Santerre con Robespierre, Manuel, proveedor síndico del concejo, Sillery, ex-constituyente, y Chabot, ex-capuchino y diputado; que este arengó á la seccion de los trescientos, y le dijo que la Asamblea le esperaba; ello es que hubo conciliábulos, y no es creible, atendiendo á su opinion marcada, y á su conducta futura, que estas personas tuviesen escrúpulo en asistir á ellos (40). Empezóse desde aquel momento á hablar en los arrabales, de una funcion para el 20 de junio, aniversario del juramento en el juego de pelota, y se trataba, segun dichos, de plantar un árbol de la libertad en el terrado de los faldenses, y de dirigir una peticion á la Asamblea y al rey, peticion que debia presentarse con armas: de lo que puede deducirse, que la verdaderamira en este proyecto, era intimidar el palacio con la perspectiva de cuarenta mil picas.

El dia 16 de junio se dirigió á los principales del consejo general una peticion formal para que se autorizase á los ciudadanos del arrabal de San Antonio á reunirse armados el dia 20, con el objeto de hacer otra peticion á la Asamblea y al rey. Aquellos pasaron al órden del dia, resolviendo que

se comunicaria su acuerdo al directorio y al cuerpo municipal; pero los suplicantes no creyeron se desestimase su solicitud, y dijeron descaradamente, que no por eso dejarian de reunirse. El corregidor Petion no trasladó hasta el 18 las comunicaciones prescritas el 16; además de que solo se las dirigió al departamento y no al cuerpo municipal.

El directorio del departamento, que como hemos visto, no desperdiciaba ocasion para contener á los alborotadores, prohibió el dia 19 las reuniones armadas, mandando al comandante general y al corregidor que se valiesen de sus facultades para disiparlas; y comunicado este acuerdo á la Asamblea por el ministerio del interior, empezó á discutirse en ella si debia ó no leerse.

Vergniaud se oponia á esto; pero no consiguió nada, porque se procedió á la lectura, y se pasó en seguida á la órden del dia.

Acababan de ocurrir en la Asamblea dos acontecimientos interesantes; el primero que el rey se habia opuesto á los dos decretos, relativo uno á los clérigos no juramentados, y otro á la formacion de un campamento de 20,000 hombres. Esta comunicacion fué oida con profundo silencio, y al mismo tiempo se presentaron en la barra varios marseilleses, con el fin de leer una peticion. Hemos visto las relaciones que tenia Barbaroux con ellos. Guiados por sus consejos, habian escrito á Petion, ofreciéndole todas sus fuerzas, remitiendo con esta oferta una solicitud dirigida á la Asamblea, la que entre otras cosas decia:

«La libertad francesa peligra, pero el patriotismo del Mediodia salvará la Francia... ya ha llega-

«do el día de la cólera del pueblo... ; legisladores! ¿en vuestra manos está la fuerza del pueblo; valéos de ella; el patriotismo francés os pide le dejeis caminar con fuerzas mas imponentes hácia la capital y las fronteras... No negareis la autorizacion de «la ley á los que estan dispuestos á morir en su defensa.»

Largo fué el debate que esta lectura produjo en la Asamblea. Los del lado derecho decian que el enviar esta peticion á los departamentos era lo mismo que estimularlos á la insurreccion; mas se ordenó la remision, á pesar de estas reflexiones, muy justas sin duda, pero supérfluas, desde que estaban todos persuadidos que solo una nueva revolucion podia salvar la Francia y la libertad.

Tales fueron los acontecimientos de la jornada del 19. Continuaban los movimientos á pesar de todo en los arrabales, y Santerre, segun se cree, decia á sus amigos un tanto confusos por el acuerdo del directorio: *¿Qué temeis? La guardia nacional no tendrá orden para disparar, y Petion estará allí.*

El corregidor, bien porque creyese que el movimiento era irresistible, ó porque juzgase debia apoyarlo, como hizo despues el 10 de agosto, escribió á media noche al directorio, pidiéndole que autorizase las reuniones, permitiendo á la guardia nacional recibir en sus filas á los ciudadanos de los arrabales; medio que cuadraba bien á las miras de los que sin apeteer desórdenes, querian no obstante imponer al rey; y todo prueba que esas miras eran las de Petion y las de los gefes populares. A las cinco de la mañana del 20 de junio respondió el directorio que no variaba de su primer acuerdo; y entonces mandó Petion al gefe de día que tuviese

completas las guardias y doblase la de las Tullerías, sin que nada mas hiciese, no queriendo ni renovar la escena del Campo de Marte, ni disipar las reuniones; sino esperando hasta las nueve de la mañana á que el cuerpo municipal se congregase. Verificado esto, dejó adoptar una decision contraria á la del directorio, mandándose á la guardia nacional que recibiese en sus filas á los peticionarios armados. Petion, que no se opuso á un acuerdo que contrastaba á la autoridad administrativa, cometió una especie de contravencion que mas adelante se le echó en cara. Mas cualquiera que fuese el carácter de este acuerdo, fueron vanas sus disposiciones, porque la guardia nacional no tuvo tiempo para formarse, y la reunion llegó á ser en un momento tan considerable, que no se pudo variar ni su forma ni su direccion.

Eran las once de la mañana y la Asamblea acababa de reunirse, esperando un grande acontecimiento. Se presentan los individuos del departamento para dar cuenta de la inutilidad de sus providencias. El sindico Røderer tiene la palabra, y dice que á pesar de la ley y de diferentes órdenes de las autoridades, se ha verificado una reunion extraordinaria de ciudadanos; y que si esta reunion tiene al parecer por objeto el celebrar el aniversario del 20 de junio, y rendir nuevamente sus homenajes á la Asamblea, como podia ser el fin de la mayor parte, tambien era de temer que hubiese mal intencionados que quisieran aprovecharse de tan inmenso número para dirigir una solicitud al rey; lo cual no podia hacerse sino bajo la pacífica forma de una mera peticion. Citando en seguida los acuerdos del directorio y de los principales del consejo, las leyes contra

las reuniones armadas, y las que hacen subir á veinte el número de ciudadanos que pueden presentar una peticion, exhorta á la Asamblea que dé cumplimiento á ellas; «porque, añade, si hoy hay peticionarios armados que se dirijen aqui con un entusiasmo cívico, mañana pueden reunirse cuantos malvados quieran, y entonces, os pregunto, señores, ¿Qué es lo que podremos decirles?...

En medio de los aplausos de la derecha y de los murmullos de la izquierda, que desaprobando los temores y la prevision del departamento, autorizaban indudablemente la insurreccion, ocupa Vergniaud la tribuna, y hace observar que el abuso que teme el procurador síndico para lo futuro, existía ya; que muchas veces se habian recibido peticionarios armados, y permitidos desfilas en el salon, que sería mal hecho tal vez; pero que los peticionarios de hoy, podrian con razon quejarse de que se les hubiese tratado de distinto modo que á los demas; que si, como decian, querian presentar una solicitud al rey, es de creer que la enviarian sin armas; y que si por lo demas se temia que el rey corriese algun peligro, no tenian mas que custodiarle; enviándole una diputacion de sesenta miembros.

Dumolard es de la opinion que Vergniaud; conviene en el abuso, pero dice que es preciso que cese, especialmente en esta ocasion, sino se quiere que la Asamblea y el rey aparezcan ante la Europa como esclavos de una faccion asoladora. Pide como Vergniaud, que se envíe una diputacion, pero exige además que el Ayuntamiento y el departamento respondan de las medidas que han tomado para que se respeten las leyes. Se aumenta por grados el tumulto, y se anuncia una carta de Santerre, que se

lee con aplausos de las tribunas. Los habitantes del arrabal de San Antonio, decia esta carta, celebran el aniversario del 20 de junio; se les ha calumniado, y piden que se les admita en la barra de la Asamblea para confundir á sus detractores, y probar que son siempre los hombres del 14 de julio.

Vergniaud responde á Dumolard que no es nuevo el ejemplo de que se haya infringido la ley, y que la oposicion por esta vez sería renovar la sangrienta escena del Campo de Marte; además de que los sentimientos de los peticionarios nada tienen de reprehensible. Temiendo con razon el porvenir, añade Vergniaud, quieren probar que á pesar de todas las tramas urdidas contra la libertad, están siempre dispuestos á defenderla. Aquí, como se ve por efecto natural de la discusion, se revelaba la verdadera intencion del día. Sigue la confusion; y aunque Ramond pide la palabra, es necesario un decreto para otorgársela. En este momento anunciaban que los peticionarios son ocho mil.—Ocho mil, dice Calvet, y nosotros no somos mas que 745! retirémonos.—¡Al orden! al orden! gritan por todas partes. Llaman al orden á Calvet, y meten prisa á Ramond para que hable porque estan esperando ocho mil ciudadanos. Si esperan ocho mil ciudadanos, dice, tambien me están aguardando veinte y cuatro millones de franceses; y entonces reproduce las razones alegadas por sus amigos del lado derecho. De repente penetran los peticionarios en el salon; la Asamblea indignada se levanta; cúbrese el presidente, y los peticionarios se retiran con docilidad, por lo que la Asamblea satisfecha, consiente entonces en recibirlos.

La peticion hecha en el tono mas audaz, com-

prendia la idea de todas las peticiones de entonces: «El pueblo está pronto; á vosotros solamente espera, resuelto á servirse de grandes medios para ejecutar el artículo 2.º de la declaración de los derechos, *resistencia á la opresion*... Que el escaso número de entre vosotros que no se conforme con vuestros sentimientos y los nuestros, deje la tierra de la libertad, y se vaya á Coblenza... Investigad la causa de los males que nos amenazan; y si proviene del poder ejecutivo, sea para siempre anonadado!...»

El presidente, despues de una respuesta en que promete á los peticionarios la vigilancia de los representantes del pueblo, recomendándoles la obediencia á las leyes, les permite en nombre de la Asamblea que desfilen por delante de ella. Abren entonces las puertas, y el acompañamiento, que era ya lo menos de treinta mil personas, atraviesa el salón. Facilmente se concibe todo lo que puede producir la imaginacion del pueblo entregado á sí mismo. Delante de todos llevaban mesas enormes con la declaración de los derechos, y al rededor de ellas iban danzando mugeres y niños, agitando ramos de oliva y picas, como dando á entender que la paz ó la guerra estaban en manos de los enemigos, y repitiendo en coro el famoso *ca ira*. En seguida iban los matones del mercado, los trabajadores de todas clases, con malos fusiles, sables y hierros afilados en la punta de los garrotes. A su cabeza marchaban con los sables desenvainados, Santerre y al marqués de Saint-Hurugues, conocido ya en las jornadas del 5 y 6 de octubre. Despues seguian en buen órden algunos batallones de la guardia nacional para contener con su pre-

sencia el alboroto; luego otra porcion de mugeres con otros hombres armados, y en banderines flotantes llevaban escritas estas palabras: *Constitucion ó muerte*. Por el aire colgaban multitud de calzones rotos, á los gritos de *vivan los sansculottes!* (vivan los descamisados). En fin un rasgo de ferocidad completaba este espectáculo estrambótico, pues en la estremidad de una pica llevaban un corazon de ternera con esta inscripcion; *corazon de aristócrata*. Al verlo, se levantó un murmullo general de pesar y de indignacion, y el horroroso emblema desapareció al punto, pero para volverse á presentar en las puertas de las Tullerías. Los aplausos de las tribunas, los gritos del pueblo que atravesaba el salón, los cantos civicos, los confusos murmullos y el silencio de ansiedad en que estaba la Asamblea, formaban una escena original y desconsoladora, aun para los diputados que veian un apoyo en la muchedumbre. Ah! por qué no ha de bastar la razon en estos tiempos de discordias! por qué los que llamaban á los bárbaros disciplinados del Norte, obligaban á sus contrarios á echar mano de estos otros bárbaros sin disciplina, festivos unos y feroces otros, que pululan dentro de las ciudades, y afean la civilizacion mas brillante!

Esta escena duró tres horas; al fin de la cual, presentándose Santerre de nuevo en la Asamblea para dar las gracias por el pueblo, le ofreció una bandera en muestra de afecto y reconocimiento.

La multitud entretanto queria penetrar en el jardin de las Tullerías, cuyas verjas estaban cerradas. El palacio estaba rodeado de numerosos destacamentos de la guardia nacional que estendiéndose en linea desde los fuldenses hasta el rio, pre-

sentaban un aspecto imponente. El rey ordenó que se abriese la puerta del jardín, y agolpándose el pueblo á él, desfiló por debajo de las ventanas del palacio, y por delante de las filas de la guardia nacional, sin ninguna demostracion hostil, gritando solo *abajo el velo, vivan los sansculottes!* Sin embargo algunos añadian, hablando del rey. ¿Por qué no se asoma?... No queremos hacerle mal ninguno. La antigua espresion, *le engañan*, se dejaba oír de vez en cuando; y el pueblo dispuesto á participar de la opinion de sus caudillos, habia perdido como ellos sus esperanzas.

Salió la multitud por la puerta del jardín que dá al puente real; subió el pretil, y atravesando los pasadizos del Louvre, se dirigió á la plaza del Carrousel; plaza hoy dia tan grande, y ocupada entonces por una porcion de calles que formaban una especie de caminos cubiertos. En vez del inmenso patio que media hoy entre el palacio y la verja, y de una ala á otra, habia patios pequeños, separados entre sí por paredes y casas, desembocando en el Carrousel por medio de antiguos pasadizos. El pueblo inundó todas las cercanias, y se presentó delante de la puerta real, cuya entrada le negaron arengándole algunos individuos del Ayuntamiento, con lo que al parecer se inclinó á retirarse. Dicen que Santerresaliendo al mismo tiempo de la Asamblea, donde se habia quedado el último para presentar una bandera, reanimó al pueblo ya cansado, y mandó colocar algunas piezas de artilleria delante de la puerta. Iban á dar las cuatro: dos individuos del Ayuntamiento varian de repente la consigna*;

* Todos los testigos han estado acordés en este hecho, variando solo los nombres de los oficiales municipales.

entonces las fuerzas que habian cargado en bastante número sobre este punto, y que consistian en algunos batallones de la guardia nacional, y en varias partidas de gendarmes, quedaron cortadas. El pueblo se lanzó con la mayor confusion al patio, y desde este al atrio de palacio, donde Santerre, amenazado por dos testigos de que le acusarian por que violaba la mansion real, gritó, dirijiéndose á los amotinados: *Sed testigos de que yo no quiero entrar en la habitacion del rey.* Pero esta interpelacion no contuvo á la multitud que se habia precipitado, y se derramaba por todo palacio, invadiendo todas sus escaleras, y trasportando á fuerza de brazos una pieza de artilleria hasta el piso primero. Al mismo tiempo los agresores comezaron á atacar á cuchilladas y á hachazos las puertas que se hallaban cerradas.

Luis XVI en este intermedio habia despedido á bastantes de sus peligrosos amigos, que sin ser capaces de defenderle, le habian comprometido tantas veces, y aunque habian acudido á salvarle, les hizo salir del palacio de las Tuillerias donde su presencia solo serviria para irritar al pueblo en vez de contenerle. Quedó, pues, solo con el antiguo mariscal de Mouchy; el gefe del batallon Acloque, algunos criados de su casa y varios oficiales de la guardia nacional que le eran adictos. Entonces fué cuando oyeron los gritos del pueblo y el estrépito de los hachazos, y á cuyo tiempo le rodearon los oficiales referidos, y le suplicaron que se presentase al pueblo prometiéndole morir á su lado. El rey no titubea y manda que abran, y en el momento mismo cae á sus pies el postigo de la puerta impelido por un violento empuje. Abren en

fin, y ven una selva de picas y bayonetas.—Héme aquí, dice Luis XVI, presentándose á la frenética multitud. Los que le rodean le estrechan mas y mas, y forman una muralla delante de su cuerpo.—Respetad á vuestro rey, exclaman; y la multitud que no llevaba ningun objeto, y á quien solo se habia indicado una invasion amenazadora, suspendió su ataque. Muchas voces anuncian una peticion, y quieren que se les escuche; y los que rodean al rey le dicen entonces que pase á otra sala mayor para poder oír la lectura. Satisfecho el pueblo de verse obedecido, sigue al príncipe á quien se tiene la feliz ocurrencia de colocar en el hueco de una ventana; y haciéndole subir sobre una banqueta ponen otras delante de él, y ademas una mesa y toda la comitiva se establece al rededor. Aumentan el número de sus defensores varios granaderos de la guardia, y empleados de la casa que forman una trinchera, trás de la cual puede escuchar el rey con menos peligro aquel tremendo plebiscito. En medio de la confusion y gritería se oyen repetir con frecuencia estas palabras: ¡*Puerta cerrada, y clérigos, y aristocracia!* ¡*El campamento cerca de Paris!* Se acerca el carnicero Legendre, y con language tosco y popular pide la sancion del decreto.—No es este ni el sitio ni la ocasion, respondió el rey con dignidad; yo haré lo que dice la Constitucion.—Esta resistencia hizo su efecto. ¡*Viva la nacion!* ¡*viva la nacion!* gritaron los amotinados.—*Si, viva la nacion,* dijo Luis XVI; yo soy su mejor amigo.—Pues bien; manifestadlo, exclamó uno de la turba, presentándole en la punta de una pica un gorro encarnado. Era muy peligroso resistirse, y á la verdad que la dignidad del rey no

consistia en dejarse degollar por despreciar una vana señal, sino en sostener, como lo hizo, con firmeza el choque de la multitud. Se pone el gorro en la cabeza y todo el mundo lo aprueba. Y como la estacion y el gentío le sofocasen, un hombre, medio borracho, que llevaba un vaso y una botella, le ofreció de beber. El rey, que hacia mucho tiempo temia le envenearan, no vaciló un momento y bebió, y entonces aplaudieron con delirio. Madama Isabel, que amaba mucho á su hermano y que era la única de la familia que habia podido llegar allí, le seguia de ventana en ventana para acompañarle en los peligros. El pueblo, que al verla creyó era la reina, empezó á gritar horriblemente: *esa es la austriaca.* Los granaderos nacionales que se colocaron al rededor de la princesa, querian convencerles de su error, pero aquella hermana generosa, dejadles en su error, les dijo, y salvad á la reina.

Esta, acompañada de sus hijos, no habia podido encontrar á su esposo, y huyendo de las habitaciones bajas corrió al salón del consejo, mas no pudo llegar hasta el rey, porque la multitud obstruía todo el palacio. Quería incorporarse á él y rogaba con instancia que la condujesen á donde se hallaba; pero habian podido disuadirla, y colocada detras de la mesa del consejo con algunos granaderos, veía desfilar al pueblo vivamente sobresaltada, y con los ojos arrasados en lágrimas, que contenia. Su hija lloraba á su lado; el tierno delfin, asustado al principio se habia tranquilizado despues, y se sonreia con la feliz ignorancia de su edad. Le presentaron un gorro encarnado, y la reina se le puso en la cabeza, mientras Santerre, que

estaba por aquella parte, imponia respeto al pueblo y tranquilizaba a la princesa repitiéndola aquel dicho acostumbrado, por desgracia tan inútil: *señora, que os engañan, que os engañan*. Viendo luego que el joven príncipe no podía soportar el gorro encarnado, se sofoca este niño, dijo, y le quitó aquel adorno ridículo.

Los diputados, sabedores de los riesgos del palacio, fueron á unirse al rey, arengando al pueblo para infundirle respeto; otros habian ido á la Asamblea á instruirle de cuanto pasaba, creciendo en ella la efervescencia por la indignacion que manifestaba el lado derecho, y por los esfuerzos que el izquierdo hacía en librar de la invasion el palacio del monarca. Se comisionó sin oposicion alguna una diputacion y salieron veinticuatro individuos para custodiar al rey, cuya diputacion debia relevarse de media en media hora, á fin de noticiar frecuentemente á la Asamblea cuanto acaeciese. Los diputados enviados hablaron alternativamente haciendo que los granaderos les subiesen sobre sus espaldas. Petion llegó en seguida y se le acusó de haber concurrido demasiado tarde; pero dijo que no habia tenido noticia de la invasion hecha á las cuatro hasta las cuatro y media; que habia empleado media hora para llegar á palacio, y hallado despues tantos obstáculos, que no le habia sido posible entrar allí hasta las cinco y media. Acercóse al príncipe y le dijo: No tema V. M., pues está en medio del pueblo. Luis XVI, cogiendo entonces la mano á un granadero la puso sobre su corazon, diciendo: «¿A ver si late mas de priesa de lo que acostumbra?» Esta noble respuesta mereció muchos aplausos. Petion se subió sobre un

taburete, y dirigiéndose á la multitud, la dijo que pues habian hecho su representacion al rey, debian retirarse sin estrépito, y procurando no manchar su nombre en aquel dia. Hay quien pretende que Petion añadió su *justa* representacion; pero esta espresion no probaria mas que la necesidad de no ofender á la multitud. Santerre unió su influencia y quedó al punto desocupado el palacio; siendo cerca de la siete de la tarde cuando se retiró toda aquella gente, pacífica y ordenadamente.

El rey, la reina, su hermana é hijos se reunieron vertiendo abundantes lágrimas. El rey, aturdido con aquella escena, tenia aun puesto el gorro encarnado, y advirtiéndolo por primera vez despues de algunas horas, lo arrojó con indignacion. Llegaron á la sazón nuevos diputados para informarse del estado del palacio, y la reina recorriéndolo con ellos, les enseñaba las puertas desquiciadas y los muebles destrozados, manifestando su pena por tamaños ultrages. Merlin de Thionville, republicano de los mas furibundos, iba con los presentes diputados, y viendo la reina lágrimas en sus ojos «¿llorais, le dijo, al ver tratados «tan cruelmente al rey y a su familia por un pueblo «cuya dicha ha procurado siempre?—Es verdad, «señora, respondió Merlin, lloro al ver tan desdichada á una muger hermosa, sensible y madre de «familia; pero cuenta con que ni una sola lágrima «derramaré por el rey ni por la reina, porque odio «á los reyes y á las reinas.» *

* Véase á madama Campan, t. II, pág. 215.

CAPÍTULO X.

Consecuencias de la jornada de 20 de junio.—Llega Lafayette á París; sus quejas á la Asamblea.—Rumores de guerra; invasión próxima de los prusianos; discurso de Vergniaud.—Reconciliación de todos los partidos en el seno de la Asamblea el día 7 de julio.—Declárase á la patria en peligro.—El departamento suspende en su cargo al corregidor Petion.—Proclamas amenazadoras contra el trono.—Lafayette propone al rey un proyecto de fuga.—Tercer aniversario del 14 de julio; descripción de las fiestas.—Anuncios de nueva revolución.—Comisión revolucionaria.—Pormenores sobre los revolucionarios mas célebres de esta época, Camilo Desmoulin, Marat, Robespierre y Danton.—Planes de los amigos del rey para salvarle.—Diligencias de los diputados girondinos para evitar un levantamiento.

A la mañana siguiente de la tumultuosa jornada del 20 de julio, cuyas principales circunstancias acabamos de referir, París tenia todavía un aspecto amenazador, y los diferentes partidos experimentaban una agitación mas violenta. Los amigos de la corte que la veían ultrajada, y los constitucionales que hallaban en esta invasión un atentado contra las leyes, y el sosiego público, debieron sobremanera irritarse. Grande sin duda habia sido el desórden, pero se le hacia mayor, suponiendo que habia habido proyecto de asesinar al rey, y que el designio se habia frustrado por una casualidad dichosa. De este modo, obrándose

una reaccion natural, el espíritu de aquel dia estaba por la familia real; espuesta la vispera á tantos peligros y ultrages, reinando contra los supuestos autores del motin una aversion imponderable.

Adustos los semblantes en la Asamblea, declamaron algunos diputados enérgicamente contra los acaecimientos de la vispera. M. Bigot propuso una ley contra las peticiones armadas, y contra el uso de permitir que desfilasen en el salon las reuniones; y dado que existian varias leyes sobre este asunto, las renovaron con un decreto. M. Daveirhout queria que se formase sumaria á los perturbadores.—¡Formar sumarias á cuarenta mil hombres!—Pues bien, replicó, si no puede averiguarse entre cuarenta mil hombres, castiguese á la guardia porque no se ha defendido, ó hágase alguna cosa. En seguida entraron los ministros á dar cuenta de lo que habia pasado, y se abrió una discusión sobre la naturaleza de los hechos. Un individuo de la derecha apoyado en que Vergniaud no era sospechoso, y que habia presenciado la escena, propuso que dijese cuanto hubiese visto; pero Vergniaud, ni se levanto á esta insinuacion, ni habló palabra. Los mas audaces del lado izquierdo, desecharon todo temor, y fueron tomando aliento hacia el fin de la sesion, tanto, que se atrevieron á proponer se examinase si en los decretos de circunstancias era necesario el *veto*; proposicion que fue desestimada por una inmensa mayoría.

Temióse por la tarde que se reprodujese la escena de la vispera; porque el pueblo habia dicho al retirarse que volveria, y se creyó que cumpliria su palabra. Pero bien fuese porque conservaba

todavía algunas de las emociones del día anterior, ó porque por entonces los corifeos del partido popular no creyesen oportuna otra nueva tentativa, fácilmente los aquietaron; y Petion fué aceleradamente á palacio á prevenir al rey que se habia restablecido el sosiego, y que el pueblo, despues de haber hecho sus representaciones, estaba tranquilo y satisfecho.—Eso no es cierto, le dijo el rey.—Señor....—Callad.—*El magistrado del pueblo no tiene por qué callar cuando cumple con su deber y dice la verdad.*—La tranquilidad de Paris pesa sobre vuestra cabeza.—Conozco cual es mi obligacion y sabré cumplirla.—Pues basta; id á cumplirla y retiraos.

No obstante el bondadoso carácter del rey, tenia á veces raptos de cólera que los palaciegos llamaban *coup de bouloir* (golpes de pujavante). La presencia de Petion, á quien se acusaba de haber promovido las escenas de la vispera, le irritó y dió margen á la conversacion que hemos copiado, y de que todo Paris se enteró al momento. Inmediatamente se estendieron dos proclamas, una del rey y otra del Ayuntamiento, pareciendo que entraban en pugna estas dos autoridades.

El Ayuntamiento decia á los ciudadanos que permaneciesen tranquilos, que respetasen al rey é hiciesen respetar á la Asamblea nacional; que no se reuniesen con armas, porque lo prohibian las leyes, y principalmente que desconfiasen de los mal intencionados que intentaban amotinarlos de nuevo.

Dijose en efecto, que la córte pretendia sublevar otra vez al pueblo, por tener la ocasion de bombardearlo; y así el palacio creia en el plan

de un asesinato, y los arrabales suponian el de un degüello.

Decia el rey: «los franceses no podrán escuchar sin sentimiento, que un populacho preocupado por algunos facciosos, ha entrado de mano armada en la habitacion del rey.... el rey solo ha opuesto á las amenazas é insultos de los facciosos, su conciencia y su amor á la felicidad pública.

«Ignora cual será el término á donde se dirijan, pero por demasias que cometan, jamás le arrancarán su consentimiento en lo que crea contrario al interes público ect....

«Si los que anhelan derribar la monarchia necesitan un crimen mas, cométanlo enhorabuena.

«El rey manda á todos los cuerpos administrativos y Ayuntamientos que vigilen por la seguridad de los individuos y de las propiedades.»

Estos lenguages opuestos correspondian á las opiniones que entonces se formaban. Los que estaban irritados por la conducta de la córte, se enfurecieron mas contra ella, resolviendo con mayor ahinco desbaratar sus planes por todos los medios posibles. Las sociedades populares, los Ayuntamientos, los que estaban armados de picas; gran parte de la guardia nacional y el lado izquierdo de la Asamblea, comprendieron la proclama del corregidor de Paris, y resolvieron no tener mas prudencia que la necesaria para no dejarse atacar sin resultado decisivo. Indecisos aun en los medios de que se valdrian, esperaban con la misma desconfianza y con la misma aversion. Su principal cuidado fue obligar á los ministros á comparecer ante la Asamblea para dar cuenta de las

precauciones que hubiesen tomado sobre estos dos puntos esenciales:

1.º Sobre las turbulencias religiosas escitadas por los clérigos:

2.º Sobre la seguridad de la capital á quien debia guardar el campamento de veinte mil hombres, rehusado por el rey.

Los llamados aristócratas, los constitucionales de buena fé, algunos guardias nacionales, muchas provincias, y especialmente los directorios de departamentos, se pronunciaron en esta ocasion con energia. Como se habian infringido las leyes y todos tenian la ventaja de la palabra, usaron de ella en aquella ocasion con bastante osadia. Dirijiéronse al rey multitud de representaciones; y en Paris se dispuso una solicitud quellenaron veinte mil firmas, y que el ódio del pueblo asoció á la que habian firmado ocho mil parisienses, contra el campamento de Paris. Decretóse finalmente un informe por el departamento contra el corregidor Petion y el procurador del concejo Manuel, ambos acusados de haber coadyuvado con su indolencia al atentado de 20 de junio. Admirabase la conducta del rey en aquel dia fatal, rectificandose la general opinion acerca de su carácter que comunmente se tachaba de apocado. Pero luego se conoció que este valor pasivo que resiste, no es como el activo, emprendedor y que previene los peligros en vez de esperarlos con resignacion.

Tambien el partido constitucional apuró su actividad, y cuantos se asociaron á Lafayette para acordar con él la carta del 16 de junio, le buscaron otra vez para intentar un proyecto glorioso; y como Lafayette se habia indignado altamente al saber

lo ocurrido en palacio, le hallaron perfectamente dispuesto. Hicieron que sus regimientos le enviasen varias proclamas mostrando su misma indignacion, y fuesen ó no forzadas ó espontáneas, las atajó con una orden del dia en que prometia espresar por sí mismo los sentimientos de todo el ejército. Resolvió pues, presentarse en el cuerpo legislativo y repelir cuanto habia escrito el 16 de junio, para cuyo efecto se entendió con Luckner, dócil de suyo como un antiguo guerrero que nunca habia salido de su campamento. Hizole escribir una carta al rey en el mismo sentido en que de viva voz iba él á hablar en la barra del cuerpo legislativo; y tomando cuantas resoluciones creyó acertadas, porque las operaciones militares no se resintiesen de su ausencia, abandonando el cariño de sus soldados, se dirigió á Paris en medio de los mayores riesgos.

Contaba Lafayette con su fiel guardia nacional y con un nuevo entusiasmo por parte suya. Contaba tambien con la córte, cuya aversion no podia temer cuando venia á sacrificarse en obsequio suyo. Despues de demostrar su caballeresco amor á la libertad, intentaban probar su sincero afecto hacia el rey, y es probable que en tan heroico entusiasmo no fuese insensible su corazon á la gloria de este doble sacrificio. Llegó el 28 de junio por la mañana, cuya noticia se esparció al momento, y en todas partes decian con curiosidad y admiracion que el general Lafayette estaba en Paris.

Antes de que llegase se encontraba muy agitada la Asamblea con una infinidad de peticiones contrarias. Las de Ruao, del Havre, del Ain, de Sena y Oisa, del Paso de Calés y del Aisne, vituperaban las demasias del 20 de junio, las de Arrás y el

Herauld parecia que las aprobaban. Habíase leído por una parte la carta de Luckner al rey, y por otra pasquines atroces contra él mismo; cuya diversa lectura sostuvo por muchos días discusiones en la Asamblea.

El 28 acudió á ella una multitud considerable, por si acaso se presentaba Lafayette, cuyos proyectos se ignoraban todavía. A cosa de la una y media anuncian en efecto que ruega se le admita en la barra, donde es recibido con aplausos del lado derecho, y con silencio por parte del izquierdo y de las tribunas.

«Señores, dice, debo antes de todo hacer os presente que segun las disposiciones concertadas entre el mariscal Luckner y yo, mi presencia en este recinto no compromete en modo alguno la victoria de nuestras armas, ni la seguridad del ejército que tengo la honra de mandar.»

Expresa el general en seguida los motivos que han dictado su resolucion. Se ha afirmado que la carta no era suya, lo cual viene él á confesarlo, dejando por esto su campamento, donde le envanece el amor de sus soldados. Motivo mas poderoso le ha obligado á dar este paso; y es la indignacion que ha producido en su ejército, la jornada del 20 de junio, sobre la cual se han dirigido una multitud de representaciones que él ha mandado cesar y viene resuelto ha manifestar por si mismo á la Asamblea nacional sus sentimientos; pues que los soldados, añade, se preguntan si defienden realmente la causa de la libertad y de la constitucion.

Pide á la Asamblea nacional:

- 1.º Que persiga á los autores del 20 de junio.
- 2.º Que destruya la secta que combate la so-

berania nacional, cuyas cuestiones públicas no dejan la menor duda de la atrocidad de sus proyectos.

3.º Y en fin, que haga se respeten á las autoridades, y den á los ejércitos el convencimiento de que la Constitucion no será profanada en el interior, mientras ellos derraman su sangre por defenderla fuera.

El presidente le responde que la Asamblea observará fielmente la ley que ha jurado y examinará su peticion, ofreciéndole el honor de tomar parte en la sesion.

Va á sentarse el general en los bancos de la derecha; y el diputado Kersaint advierte que debe hacerlo en el de los peticionarios. Sí!... no!... gritan por todas partes; y el general se levanta modestamente y pasa al banco que se le indicaba, acompañándole á aquel sitio repetidos aplausos. Guadet toma la palabra el primero, y valiéndose de un sagaz rodeo, se pregunta si se ha vencido ya á los enemigos y queda la patria libre, puesto que M. de Lafayette está en Paris. No, replica, la patria no está aun libre! nuestra situacion es la misma que antes, y sin embargo se encuentra en Paris el general de uno de nuestros ejércitos! No examinare, continúa, si M. de Lafayette, que solo vé en el pueblo francés facciosos que cercan y amenazan á las autoridades, está tambien rodeado de un estado mayor que tenga sus mismas miras, pero si le advertiré que infringe la Constitucion haciéndose órgano de un ejército legalmente incapaz de deliberar, y que por lo tanto, tal vez ha infringido asimismo la escala de los poderes militares, viniendo á Paris sin la competente autorizacion del ministro de la Guerra.

Por consiguiente, pide Guadet que declare el ministro si ha dado licencia á M. de Lafayette, y que ademias informe la comision extraordinaria de si un general puede tratar con la Asamblea de asuntos meramente politicos.

Ramond se presenta á responder á Guadet, y comienza con una observacion muy natural y comunmente aplicable, á saber; que en la interpretacion de las leyes hay la misma variedad que en las circunstancias. «Jamás, dice, ha habido tantos escrúpulos sobre el derecho de peticiones. Cuando todavía hace poco se presentó una multitud armada, no se la preguntó á qué venia, ni se la echó en cara que atentase en el hecho de llevar armas contra la independencia de la Asamblea; y porque ahora se presenta M. de Lafayette, que toda su vida ha sido para la América y para Europa el estandarte de la libertad, empiezan á abrigarse sospechas!... Si hay dos pesos y dos medidas y dos modos de considerar las cosas, hágase alguna escepcion de personas en favor del primogénito de la libertad!...»

Ramond vota en seguida por el envio de la peticion á la comision extraordinaria, con el objeto de que se examine, no la conducta de Lafayette, sino su peticion misma, lo cual queda decretado despues de un gran debate, y de llamar dos veces al orden. Lafayette, sale de la Asamblea acompañado de muchos diputados y soldados de la guardia nacional, todos amigos y antiguos camaradas suyos.

Se acercaba el momento decisivo para él, para la corte y para el partido popular. Se dirige á palacio, y los cortesanos murmuran á su alrededor las expresiones mas injuriosas. El rey y la reina reciben con la mayor indiferencia á quien acababa de

sacrificarse por ellos; de modo que Lafayette se vé precisado á salir de palacio, contristado no por sí mismo, sino por la familia real, que tan desfavorablemente le miraba. Al marcharse de las Tullerías le recibe una inmensa multitud, le acompañan hasta su alojamiento gritando *viva Lafayette!* y llegan hasta plantarle un mayo delante de su puerta. Estas pruebas de antiguo afecto conmovian al general é intimidaban á los jacobinos; mas para hacerlas eficaces era preciso aprovecharse de ellas, y acrecentarlas. Varios gefes de la guardia nacional, particularmente adictos á la real familia, se presentaron en palacio para saber lo que debian hacer: el rey y la reina fueron de parecer que no debia hacerse caso de M. de Lafayette *; asi es que se encontró abandonado de la única parte de guardia nacional con que podia contarse todavía. Sin embargo, queriendo servir al rey, á pesar suyo, entró en conferencia con sus amigos, mas estos estaban tambien discordes, pues unos y especialmente Lally-Tolendal, deseaban que procediese sin demora contra los jacobinos, atacándoles en su club á viva fuerza, y los otros, individuos todos del departamento y la Asamblea, sin desentenderse nunca de la ley, y no hallando recursos sino en ella, lejos de aconsejar semejante violacion, se oponian á toda hostilidad manifiesta. Lafayette, á pesar de todo, prefirió el dictámen mas atrevido, y citó á sus partidarios para ir con ellos á lanzar de su recinto á los jacobinos, y á tabicar las puertas. Acudieron muy pocos á la cita, aunque se fijó el sitio de la reunion, y por lo

* Véase á Madama Campan, tomo II, página 224; una carta de M. de Lally al rey de Prusia, y todos los historiadores.

tanto, Lafayette se vió imposibilitado de obrar. Mientras él se desesperaba por encontrar tan escaso apoyo, los jacobinos que ignoraban la falta de los demas, concibieron un pánico terror, y abandonaron su club: corrieron en casa de Dumouriez que aun no habia salido para el ejército, y le estrecharon para que se pusiese al frente de ellos y marchase contra Lafayette; pero su proposicion no fué recibida. Permaneció Lafayette un dia mas en Paris, blanco de acusaciones, de amenazas y de proyectos de asesinato, y tuvo al fin que marcharse desesperado de ver lo inútil de su afecto, y la fatal obcecacion de la córte. ¿Y es este el hombre tan completamente aislado cuando venia á esponerse á la muerte por salvar al rey, á quien se acusa de haber hecho traicion á Luis XVI? Los escritores de la córte suponian que sus medios no estaban bien combinados: sin duda era mas sencillo y mas cierto, al menos en la apariencia, valerse de ochenta mil prusianos; pero en Paris y en la idea de no llamar á los extranjeros, ¿que mas se habia de hacer que ponerse al frente de la guardia nacional, é intimidar á los jacobinos dispersándolos?

Lafayette partió con ánimo de servir aun al rey, y de proporcionarle, si le fuera posible, los medios de dejar á Paris. Escribió á la Asamblea otra carta en que repitió con mas firmeza aun, cuanto habia manifestado en contra de los que llamaban facciosos.

Mas no bien se contempló libre el partido popular de los temores que la presencia y planes del general le infundieran, cuando continuó atacando á la córte, é insistia en pedir rigorosa cuenta de los medios que empleaba para preservar la patria.

Se sabia ya, aunque el poder ejecutivo no habia dado cuenta de ello á la Asamblea, que los prusianos, rota la neutralidad, se adelantaban por Coblenza en número de treinta mil hombres, todos veteranos del gran Federico, y mandados por el duque de Brunswik, célebre general. Luckner, que tenia poca tropa, y no estaba muy seguro de los belgas, se habia visto en la precision de replegarse sobre Lila y Valenciennes. Un oficial habia incendiado al retirarse de Courtray, los arrabales del pueblo, y generalmente se creyó que el objeto de esta violenta resolucion era incomodar á los belgas. El gobierno no se cuidaba de aumentar la fuerza de nuestros ejércitos que en las tres fronteras compundrian cuando mas un total de doscientos treinta mil hombres, ni adoptaba ninguna resolucion poderosa de aquellas que despertan el celo y el entusiasmo de una nacion. Finalmente el enemigo podia llegar en seis semanas á las puertas de Paris.

La reina estaba muy persuadida de ello y se lo comunicaba á una de sus damas, teniendo el itinerario de los emigrados y del rey de Prusia. Sabia que en tal dia podian estar en Verdun, y tal en Lila y que debia sitiarse esta última plaza. La infeliz princesa esperaba, segun decia, verse libre dentro de un mes*; pero ¡ah! ¿por qué no creia mas bien á los fieles amigos que la esponian los inconvenientes de ausilios extranjeros é inútiles, que llegarían demasiado pronto para comprometerla y muy tarde para salvarla? ¿Por qué no creia á sus propios temores y á los siniestros presentimientos que solian aquejarla?

* Véase á Madama Campan, t. II, p. 230.

El principal medio con que contaba el partido nacional era segun se ha visto, el tener una reserva de veinte mil confederados junto á Paris, y el rey, como hemos dicho, se habia opuesto á tal proyecto. Fué, pues, notificado en la persona de sus ministros para que espusiese las precauciones que hubiera tomado, equivalentes á las prescritas en el decreto que no habia querido sancionar. Respondió proponiendo un nuevo plan que consistia en dirigir á Soissons una reserva de cuarenta y dos batallones de voluntarios nacionales, en reemplazo de la antigua reserva que se habia distribuido toda en completar los dos ejércitos principales; lo cual en cierto modo era el primer decreto, con la única diferencia, muy importante para los patriotas, de que el campamento de reserva se formaria entre Paris y la raya, y no próximo al mismo Paris. El plan se escuchó con murmullos y fué enviado á la comision militar.

En seguida varios departamentós y ayuntamientos, animados por su correspondencia de Paris, habian determinado llevar á efecto el decreto del campamento de veinte mil hombres, á pesar de que carecia de sancion. Los departamentos de las Bocas del Ródano, de la Gironda y del Erault, se adelantaron á dar el ejemplo, que fueron luego siguiendo otros varios. Tal fué el principio de la insurreccion.

Sabidos que fueron estos levantamientos espontáneos, la Asamblea, modificando el proyecto de los cuarenta y dos batallones nuevos, propuesto por el rey, decretó que los batallones que animados de su celo se habian ya puesto en marcha antes de ser legalmente llamados, pasasen por Paris y se li-

ciesen inscribir en el Ayuntamiento de esta ciudad, dirigiéndose en seguida á Soissons para acampar allí; y en fin que los que pudiesen hallarse en Paris antes del 14 de julio, día de la confederacion, asistieran á esta fiesta nacional. No se habia verificado esta en el año anterior 91 por la fuga de Varennes, y así se queria celebrarla el 92 con magnificencia. La Asamblea añadió que concluida que fuese, los confederados se dirigirian cada uno á su destino.

Esto era autorizar al mismo tiempo la sublevacion y renovar con leve diferencia el decreto no sancionado; pues solo se distinguia de este en que los confederados no hacian mas que pasar por Paris. Lo principal era tenerlos allí, que una vez conseguidos, podrian ocurrir mil circunstancias para retenerlos. El decreto se envió inmediatamente al rey y quedó sancionado al siguiente dia.

Á esta disposicion importante se agregó otra parte de los guardias nacionales, y principalmente de los estados mayores inspiraban desconfianza, pues á la manera de los directorios de departamentos, aproximándose á la suprema autoridad segun sus grados, se inclinaban mas en su favor. Deseahase asegurar principalmente á la guardia nacional de Paris; mas no pudiendo conseguirlo directamente, se decretó que todos los estados mayores en las ciudades de mas de cincuenta mil almas, quedasen disueltos y sujetos á reeleccion. * En el estado de inquietud en que la Francia se encontraba, asegurando á los mas exaltados un influjo siempre creciente, esta reeleccion debia proporcionar per-

* Decreto del 2 de julio.

sonas afectas al partido popular y republicano. Tales eran las enérgicas resoluciones, bruscamente tomadas contra el lado derecho y la corte, y nada parecia aun bastante á los patriotas contra los inminentes riesgos que juzgaban amenazarles. Cuarenta mil prusianos y otros tantos austriacos y sardos que atravesaban nuestras fronteras; una corte convenida tal vez con el enemigo, que lejos de buscar el medio de multiplicar los ejércitos y reanimar á la nacion, se valia por el contrario del *velo* para burlar las determinaciones del cuerpo legislativo, y de la lista civil para proporcionarse partidarios en lo interior; un general á quien no se suponía capaz de unirse á la emigracion para entregar la Francia, pero que se le contemplaba dispuesto á defender á la corte contra el pueblo, eran circunstancias todas que intimidaban los ánimos y los traian en agitacion continua.

La patria peligra era el clamor universal ¿Y cómo evitar este peligro? He aqui la gran dificultad. Ni siquiera estaban conformes en las causas, pues que los constitucionales y secuaces de la corte, tan azorados como los patriotas mismos, atribuian los riesgos á los facciosos, temblaban por la causa del rey, y solo en la desunion encontraban el peligro; al paso que los patriotas por el contrario no hallaban el riesgo sino en la invasion, y solo acusaban á la corte, á sus contradicciones, sus demoras y sus ocultos manejos. De todas partes se cruzaban las peticiones, atribuyendo unas todo el mal á los jacobinos, y otras á la corte, sucesivamente designada con los nombres de *palacio*, *poder ejecutivo* ó *velo*. La Asamblea lo oia todo y lo enviaba despues á la comision extraordinaria de los doce, en-

cargada mucho tiempo hacia de investigar y proponer medios de salvacion. Todo el mundo anhelaba con impaciencia sus planes, y mientras tanto aparecian en las esquinas pasquines amenazadores; los papeles públicos tan atrevidos como estos, solo hablaban de abdicacion forzosa y de trono desocupado; esto era el objeto de todas las conversaciones y donde únicamente se guardaba algun comedimiento, era en la Asamblea. Las invectivas contra la persona real no eran en esta mas que indirectas, como por ejemplo el proponer que se suprimiese el *velo* para los decretos de circunstancias, y muchas veces se trató de la lista civil y de su criminal empleo, hablando de reducirla ó de aplicarla á las cuentas públicas.

Nunca habia rehusado la corte ceder á las instancias de la Asamblea para aumentar materialmente los medios de defensa, pues no hubiera podido intentarlo sin comprometerse á las claras; y por otra parte debia temer muy poco el aumento numérico de unos ejércitos que crecia en desorganizacion completa. Al mismo tiempo el partido popular queria algunas de aquellas providencias extraordinarias que anuncian una heroica resolucion y que dejan por lo comun triunfante la causa mas desesperada. Tales fueron los medios que la comision de los doce, despues de un penoso trabajo, ideó por fin y propuso á la Asamblea. El proyecto siguiente llamaba toda su atencion.

Quando el riesgo fuese extremo ya, debia declarar asi el mismo cuerpo legislativo con esta fórmula solemne: *La patria está en peligro*.

Inmediatamente que fuese hecha esta declaracion, todas las autoridades locales, los consejos

de los ayuntamientos, los de los distritos y departamentos, y la Asamblea misma, como primera autoridad, debian constituirse en permanencia y sin interrupcion. Todos los ciudadanos quedarian obligados, bajo el mas severo castigo, á entregar á las autoridades las armas que poseyesen para que ellas las fuesen distribuyendo segun juzgasen oportuno. Los ancianos y los mozos en estado de servir debian ser incluidos en las guardias nacionales; los unos en el concepto de movilizados, se trasladarian al punto de residencia de las varias autoridades de distrito y de departamento, y los otros acudirian á cualquiera parte interior ó exteriormente, donde la necesidad de la patria los reclamase. No se exijia uniforme á los que no pudiesen costearlo. Todos los guardias nacionales que saliesen fuera de su residencia recibirian la paga de voluntarios. Las autoridades se encargarian de proveerse de municiones. Toda señal de rebelion, hecha de intento, tendria pena de muerte, y toda escarapela ó bandera que no fuesen las tricólores, serian miradas como sediciosas.

Este proyecto puso alerta y sobre las armas á toda la nacion, pues por el podia deliberar y defenderse en cualquiera parte y á todas horas, y aun pasarse sin gobierno, y suplir á su inaccion. Por este medio quedaba regularizada y dirigida la desconcertada inquietud de las masas populares. Si finalmente despues de este llamamiento se desentendian los franceses, nada merecia una nacion que tan indolente se mostrase por su felicidad. Como es de presumir, no tardó en dar margen este proyecto á una de las mas acaloradas discusiones.

El diputado Pastoret dió el informe preliminar el dia 30 de junio.

A nadie contentó, culpando ya á unos, ya á otros, para compensar asi las quejas, y no fijando de un modo positivo los medios de hacer frente á los peligros públicos. El diputado Juan de Bry espuso clara y juiciosamente en seguida el proyecto de la comision; mas la discusion, una vez entablada, se convirtió al punto en un tiroteo de invectivas, y dió vuelo á las imaginaciones ardientes y precoces que van á parar siempre á los extremos. La soberana ley de la salvacion pública, llamada dictadura, es decir, el medio de hacerlo todo, aunque á riesgo de abusar tiránica, y poderosamente; esta ley que solo podria decretarse en la Convencion, se propuso sin embargo en la legislativa.

M. Delaunay d' Angers, propuso á la Asamblea declarase que hasta verse libre del peligro no consultaria mas ley que la imperiosa y suprema de la salvacion pública.

Con esta fórmula abstracta y misteriosa se suprimia manifiestamente la autoridad real y se erigia la Asamblea en soberana absoluta. M. Delaunay decia que no habia llegado á su término la revolucion, que se engañaba quien tal creyese, y que las leyes fijas debian reservarse para cuando estuviere ya salva la revolucion y no para cuando habia que salvarla; en una palabra, decia cuanto comunmente se dice en favor de la dictadura; idea que se concibe siempre en los momentos de peligro. La respuesta de los diputados del lado derecho era natural, porque decian que al crear una autoridad que absorbiese los poderes arreglados y establecidos, se infringian todos los juramentos

hechos por la constitucion. Sus contrarios contestaban que el ejemplo de semejante infraccion ya estaba dado, y que no era conveniente que los hallasen desprevenidos é indefensos.—Pero probad, replicaban los partidarios de la córte, que se ha dado ese ejemplo y que la constitucion se ha violado; á cuyo argumento se respondia con nuevas acusaciones contra la córte, que eran á su vez rechazadas con los cargos que se hacian á los tumultuosos.—Sois unos facciosos.—Y vosotros unos traidores. Tales eran las ofensas reciprocas y perpétuas, y tal era la cuestion que estaba por resolver.

M. de Jaucourt hallaba tan violenta la proposicion, que queria remitirla á los jacobinos, y M. Isnard, á cuya exaltacion se acomodaba, pedia se tomase en consideracion, y que el discurso de M. Delaunay se remitiese á los departamentos para que le compararan con el de M. Pastoret, el cual era *una dosis de ópio suministrada á un moribundo*.

M. de Vaublanc consiguió hacerse escuchar, diciendo que la constitucion podia salvarse por la constitucion misma; que el proyecto de M. Juan de Bry era la mejor prueba, y que convenia imprimir el discurso de Delaunay, si se acordaba, pero no enviarlo á los departamentos, y volver á la proposicion de la comision. La discusion se trasladó efectivamente al 3 de julio.

Faltaba sin embargo hablar á un diputado: Vergniaud, que individuo de la Gironda y su mejor orador, era no obstante independiente; ora por flojedad, ora por verdadera elevacion, parecia superior á las pasiones de sus amigos, de cuyo ardor patriótico participaba, mas no de su furia ni preocupaciones. Cuando se empeñaba en una cuestion,

arrastraba tras de sí con su elocuencia y con cierta imparcialidad de que nadie dudaba, toda aquella parte indecisa de la Asamblea, que Mirabeau dominaba en otro tiempo con su dialéctica y vehemencia. Tan cierto es que la vaga multitud cede siempre al talento y á la razon.

Habiase anunciado que hablaria el 3 de julio, y acudió un inmenso gentio á oír á este gran orador en una cuestion que se miraba como decisiva.

Toma efectivamente la palabra ** y dirije una ojeada sobre Francia. «Si no se creyera, dijo, en el inextinguible amor del pueblo hácia la libertad, se dudaria de si retrocede la revolucion, ó de si llega á su término. Nuestros ejércitos del Norte avanzaban en Bélgica, y de repente se replegan; el teatro de la guerra ha vuelto á nuestro suelo, y los desdichados belgas no tendrán de nosotros mas recuerdo que el de los incendios, que nos hayan alumbrado nuestra retirada! Un formidable ejército de prusianos amenaza el Rhin al propio tiempo, aunque nos hicieron confiar en que su marcha no seria tan rápida.

«¿Cómo es que se ha elegido esta ocasion para deponer á los ministros populares, para romper la cadena de sus tareas, entregar el imperio á manos inespertas, y desechar las útiles medidas que habiamos creído proponer?... ¿Será verdad que inspiran temor nuestros triunfos?... ¿Hay sed de la

* Esta justicia hacia á Vergniaud el *Diario de Paris*, tan conocido entonces por su oposicion á la mayoria de la Asamblea, y por los sublimes talentos que formaban su redaccion, singularmente el desgraciado é inmortal Andres Chenier. (Véase el número del 4 de julio de 1792.)

** No es necesario advertir que analizo y no pongo literalmente aqui el discurso de Vergniaud.

sangre de Coblenza ó de la vuestra?... ¿Se apetece reinar sobre pueblos desiertos, y sobre campos asolados?... Finalmente, ¿dónde estamos?... Y entre tanto, señores, ¿qué cosa grande vais á emprender en defensa de la causa pública?..

«Vosotros, á quienes se lisonjean de haber intimidado; vosotros, cuyas conciencias se ufanan de sobresaltar, calificando de espíritu de faccion vuestro patriotismo, como si no hubiese llamado facciosos á los que prestaron juramento en el juego de pelota; vosotros, atrocemente calumniados porque no pertenecéis á una raza orgullosa, que la constitucion ha confundido entre el polvo; vosotros, á quienes se atribuyen culpables designios, como si revestidos de otro poder que el de la ley,uviéseis una lista civil; vosotros, á quienes con hipócrita moderacion, querrian ver indiferentes en los peligros del pueblo, y á quienes se ha logrado dividir, pero que en estos momentos de peligro olvidareis vuestros rencores y vuestras miserables disensiones, y no hallareis tan grato el aborreceros, que antepongais placer tan infernal á la salvacion de la patria; vosotros, en fin, escuchadme: ¿qué recursos teneis? ¿qué os dicta la necesidad? ¿que os permite la constitucion?»

Durante este exordio, la voz del orador se ha confundido entre aplausos sin fin, y prosigue manifestando dos especies de peligros, unos interiores y exteriores otros

«Para evitar los primeros, la Asamblea ha propuesto un decreto contra los eclesiásticos; y bien sea porque la sombra de Médicis vague aun errante por las bóvedas de las Tullerías, ó porque un Lachaise ó un Letellier conmuevan todavia el

corazon del príncipe; el trono ha rechazado el decreto. No puede creerse sin injuriar al rey, que desee los molines religiosos, pues se cree bastante poderoso, y tiene muchas leyes antiguas para asegurar la quietud del reino. Respondan, pues, los ministros con su cabeza, ya que tienen los medios de asegurarla!

«Para evitar los peligros exteriores, la Asamblea habia pensado en un campamento de reserva, pero el rey se ha opuesto á ello; y como seria hacerle un ultraje creyendo que quiere vender la Francia, es claro que debe tener suficientes fuerzas para protegerla: Pues bien, respondan los ministros con su cabeza de la salvacion de la patria.»

El orador se concreta hasta ahora, como se ve, á la responsabilidad ministerial, y se limita á presentarla mas amenazadora. «Pero no se reduce todo, añade, á sepultar á los ministros en el abismo, que su maldad ó su imbecilidad hayan abierto... Escúchese me con paciencia y no se anticipe nadie á adivinarme...»

La atencion se hace mayor con estas palabras y reina un profundo silencio en la Asamblea. «En nombre del rey, dice, han intentado sublevar la Europa los príncipes franceses; el tratado de Pilnitz no ha tenido otro objeto que el de vengar la dignidad real; el soberano de Ungria y de Bohemia nos hace la guerra, y la Prusia se adelanta hacia nuestras fronteras para venir en socorro del rey. Pues yo leo en la constitucion, que si el rey puesto al frente de un ejército dirige sus fuerzas contra la nacion, ó si no se opone formalmente á la empresa, que en su nombre se ejecute, se considerará que ha abdicado la dignidad del trono.

«¿Qué es un acto formal de oposicion? Si marchasen hácia Flandes cien mil austriacos, y cien mil prusianos hácia la Alsacia, y les atajase el rey con diez ó veinte mil hombres; ¿haria un acto formal de oposicion?

«¿Si el rey, encargado de notificar las próximas hostilidades, y sabedor de los movimientos del ejército prusiano, no diese cuenta alguna á la Asamblea nacional; si propuesto un campamento de reserva, necesario para contener en lo interior los progresos del enemigo, le sustituyese el rey otro plan incierto y de tardia ejecucion; si confiase el mando de un ejército á un general intrigante y sospechoso á la nacion, mientras otro general, criado lejos de la corrupcion de las córtes y querido de la victoria, pidiese un refuerzo y le dijese el rey: *te prohibo que vengas*: ¿podria decirse que el rey ha hecho un acto formal de oposicion?

«He exagerado algunos hechos, continúa Vergniaud, para no dar motivo á esplicaciones meramente hipotéticas. Pero si mientras la Francia se ahogára en sangre os dijese el rey: es verdad que los enemigos intentan obrar en favor mio, de mi dignidad y de mis derechos, pero yo he probado que no era su cómplice; he puesto ejércitos en campaña; eran débiles, es verdad, pero la constitucion no determina el grado de sus fuerzas: los he reunido demasiado tarde, pero la constitucion tampoco fija el tiempo de reunirlos: he detenido á un general que iba á vencer, pero la constitucion no prescribe victorias; he tenido algunos ministros que engañaban á la Asamblea y desorganizaban el gobierno, pero me correspondia nombrarles; la Asamblea me ha presentado decretos útiles que no

he sancionado, pero tenia derecho para hacerlo: he hecho en fin cuanto la constitucion ordena; luego no puede ponerse en duda mi fidelidad para con ella.»

Estrepitosos aplausos felicitan al orador por todas partes. «Si el rey, añade, os hablase de este modo, vosotros tendriais derecho para responderle: ¡Oh rey! que como el tirano Lysandro has creído que la verdad tenia el mismo valor que la mentira, que has fingido amar las leyes, solo por conservar el poder que empleas en despreciarlas, ¿era defendernos el oponer á los soldados estrangeros, fuerzas cuya inferioridad no dejaba duda de que serian derrotadas? ¿Era defendernos el no aprobar los proyectos que se dirigian á fortificar el interior? ¿Era defendernos no reprimir á un general que hollaba la constitucion, y sofocar el valor de los que la servian?... ¿Te deja la constitucion la eleccion de los ministros para hacernos felices, ó para perdernos? ¿Te hace jefe del ejército para nuestra gloria ó para baldon nuestro? Te dá en fin el derecho de sancion, una lista civil y tantas prerrogativas para arruinar constitucionalmente la constitucion y el imperio? No! no! hombre á quien no ha podido conmovér la generosidad de los franceses, y que has cedido únicamente al amor del despotismo... Nada eres ya para esa constitucion que tan indignamente has violado; para ese pueblo á quien con tanta vileza has vendido!..»

«Pero no, reponde el orador, si nuestros ejércitos están incompletos, sin duda no tiene el rey la culpa, sin duda tomará providencias suficientes para salvarnos, y sin duda la marcha de los prusianos no será tan triunfante como ellos esperan; pero

convenia preveerlo y decirlo todo, porque solo la franqueza será la que pueda salvarnos.»

Vergniaud concluye por proponer un mensaje noble, pero respetuoso á Luis XVI, obligándole á elegir entre la Francia y el extranjero, y advirtiéndole, que los franceses están resueltos á sucumbir ó á triunfar con la constitucion. Quiere asimismo que se declare en peligro á la patria para escitar en los ánimos aquellos sublimes afectos que han sentido los grandes pueblos, y que indudablemente se hallarán en los franceses; porque en los franceses regenerados de 89, no aparecerá degradada la naturaleza. Quiere en fin que se ponga término á las discusiones que van apareciendo sinistras, y que se unan los que están en Roma con los del monte Aventino.

La voz del orador se resentia y la conmocion era general al pronunciar estas ultimas palabras. Las tribunas, el lado izquierdo, el derecho, todo el mundo aplaudia; y apenas Vergniaud baja de la tribuna cuando le rodean una multitud de personas, y se apresuran á felicitarle. Hasta entonces nadie se habia atrevido á hablar en la Asamblea de la abdicacion, que era en público el objeto de todas las conversaciones; pero la habia propuesto de un modo hipotético, y bajo una forma respetuosa aun, si se compara con el lenguaje que dictaban las pasiones de aquel tiempo.

Dumas intenta responder, disponiéndose á improvisar despues de Vergniaud, y ante unos oyentes entusiasmados todavia con lo que acababan de escuchar. Reclama varias veces el silencio y exige una atencion que nadie le concedia. Detúvose en los cargos que se hacian al poder ejecutivo: «La

retirada de Luckner, dijo, se debe á la fortuna de las armas que no puede dirigirse desde el gabinete. No teneis confianza en Luckner? Si, si, le responden; y Kersaint pide un decreto en que se declare que Luckner ha merecido la confianza de la nacion, como asi se verifica. Prosigue Dumas, y dice con fundamento que si se mira á este general con confianza, la intencion de su retirada no puede aparecer culpable ó sospechosa; que en cuanto á la falta de fuerzas de que se quejan, el mismo mariscal sabe que se habian reunido para esta empresa todas las tropas disponibles; que por otra parte debia estar todo preparado ya por el antiguo ministerio girondino, autor de la guerra ofensiva, y que si no eran suficientes los medios, la culpa debia echarse solamente á este ministerio; que los nuevos ministros no habian podido remediarlo todo con algunos trofeos; y que en fin, habian dado facultades amplias á Luckner, y autorizádole para que obrase segun las circunstancias y el terreno que ocupaba.

«Se ha rehusado el campamento de veinte mil hombres, añade Dumas, pero los ministros no son responsables del *veto*; ademas de que el proyecto que han sustituido era mejor que el propuesto por la Asamblea, porque no entorpecia los medios de reemplazo. Se ha negado el decreto contra los eclesiasticos, pero no hemos menester de leyes nuevas para afianzar la tranquilidad pública; lo que necesitamos es sosiego, seguridad, respeto á la libertad individual y á la libertad de cultos, pues donde quiera que sean respetadas estas libertades, los eclesiasticos no han sido sediciosos.» Dumas defiende por fin al rey, probando que no habia

deseado la guerra, y á Lafayette recordando su amor á la libertad.

Dióse en medio de los mayores aplausos, el decreto propuesto por la comision de los doce, para arreglar el formulario de declarar á la patria en peligro; pero se suspendió la declaracion de este, por que no se creyó del caso proclamarlo aun. El rey impelido sin duda por cuanto se habia dicho, participó á la Asamblea las próximas hostilidades de la Prusia, fundadas en el convenio de Pillnitz, en el recibimiento hecho á los rebeldes, en los atentados cometidos contra los comerciantes franceses, en la espulsion de nuestro ministro, en la salida de Paris del embajador prusiano y finalmente en la marcha de estas tropas en número de cincuenta y dos mil hombres. «Todo me inclina á creer, añadía el rey en el mensaje, que existe una alianza entre Viena y Berlin; (esto se oyó con risa) y segun prescribe la constitucion, lo aviso al cuerpo legislativo.»—Si, gritan una porcion de voces, despues que los prusianos están en Coblenza.—Remitióse el mensaje á la comision de los doce.

Luogo continuó la discusion sobre el formulario de declaracion del peligro de la patria, y se decretó que se consideraria esta declaracion como una nueva proclama: y que por consecuencia no se someteria á la sancion real, lo cual no era muy justo, porque comprendia disposiciones legislativas. Pero sin haberla querido proclamar, se observaba ya la ley de la salvacion pública.

Cada dia se agriaban mas las disputas; y en vez de unirse los que estaban en Roma con los del monte Aventino, que era el deseo de Verg-

niaud, se trocaba en un odio inestinguible el temor que reciprocamente se infundian.

Habia en la Asamblea un diputado llamado Lamourette, obispo constitucional de Lion, que habia considerado siempre la libertad como el medio de volver á la hermandad primitiva, que se condolia y asombraba a un tiempo de la desunion de sus compañeros, y no creia en ninguna verdadera enemistad de los unos contra los otros, suponiendo que todos obraban por injustas desconfianzas. El 7 de julio cuando se iba á continuar la discusion sobre el peligro de la patria, pidió la palabra y dirijiéndose á sus cólegas con el tono mas persuasivo y el aire mas interesante, les dice que todos los dias les proponen medios terribles para desvanecer el peligro de la patria, y que en cuanto á él, es de opinion que hay otros mas suaves y eficaces. La desunion de los representantes es la que enjendra todos los males, y á estos es á los que se debe poner remedio.» Oh! esclama el digno pastor, el que lo lograra hermanaros, ese seria el verdadero vencedor del Austria y de Coblenza. Todos los dias oigo decir que es imposible vuestra union estando como están las cosas... ah! me estremezco!... Pero no, esto es una injuria: no hay mas enemigos irreconciliables que el crimen y la virtud. Los hombres de bien disputan con calor, porque están intimamente convencidos de sus opiniones; pero no acertarian á aborrecerse! Señores, en vuestras manos teneis la salvacion pública. ¿Por qué diferis el realizarla?...

«Qué se echan en cara los dos lados de la Asamblea? el uno acusa al otro de que quiere mo-

dicar la constitucion valiéndose de los extranjeros; y este al primero, de que pretende derribar la monarquía para sentar la república. Pues bien, señores, lanzad el mismo anatema contra la república, que contra las dos cámaras; entregadlas á la execracion comun con un juramento postrero é irrevocable! juremos no lecer todos mas que un mismo espíritu, un mismo sentimiento, jurémosos amistad eterna! Sepa el enemigo lo que queremos, lo que queremos todos, y entonces la patria está salvada!»

Apenas hubo el orador finalizado su discurso, cuando puestos en pié ambos lados de la Asamblea aplaudian sus generosos sentimientos, y anhclaban librarse del peso de sus aversiones reciprocas. En medio de un general griterio, se condena á la execracion pública todo proyecto de variar la Constitucion en dos cámaras, ó en república, y se precipitan de los opuestos bancos para abrazarse. Los émulos y los defensores de Lafayette, los del *veto*, y los de la lista civil, los *facciosos* y los *traidores*, todos se estrechan entre sus brazos, y todas las diferencias se estinguen: viendo abrazados á MM. Pastoret, y á Condorcet, que el dia antes se habian mutuamente ultrajado en los papeles públicos; ya no existe lado derecho ni izquierdo, porque todos los diputados están indistintamente sentados unos junto á otros; Dumas al lado de Bazire; Joucourt al de Merlin, y Ramond inmediato á Chabot.

Decidese en seguida que se comunique á las provincias, al ejército y al rey tan dichoso acaecimiento, y al efecto se encamina á palacio una diputacion presidida por Lamourette. Vuelve este

y anuncia la venida del rey que vá á presentarse; como el 4 de febrero de 1790, para manifestar su satisfaccion á la Asamblea, y decirle que sentia mucho esperar á una diputacion, porque estaba impaciente, por acudir á ella.

Estas palabras llevan hasta el extremo el entusiasmo; y á creer la expresion unánime, la patria está salvada. ¿Eran hipócritas, un rey y ochocientos diputados, que formaban de repente el plan de engañarse, y simulaban olvidar las injurias para despues herirse con mas acierto? No, seguramente, porque semejante proyecto no se concibe de repente por tantos hombres sin premeditacion anterior; sino que el odio pesa mucho, y es muy dulce descargarse de su peso. Por otra parte, á la vista de tan inminente peligro, ¿qué partido, estando incierto de la victoria, no hubiera consentido de buena gana conservar lo presente, como estaba, con tal que se lo asegurasen? Este hecho como tantos otros, prueba que la desconfianza y el temor producian aquellos rencores que se disipaban a los rayos de la esperanza, y que el partido llamado republicano queria la república, no por sistema, sino por desesperacion. ¿Por qué al volver á su palacio no escribia el rey inmediatamente á la Prusia y al Austria? ¿Por qué á su conducta secreta no añadia alguna providencia pública y heroica? ¿Por qué, en fin, no decia, como su abuelo Luis XIV al acercársele el enemigo. *Iremos todos?*

A última hora se anunció á la Asamblea el resultado del proceso, formado por el departamento contra Petion y Manuel, cuyo resultado era la suspension de ambos magistrados. Segun lo que despues se ha sabido de boca del mismo Petion,

Es probable que hubiera podido atajar la insurreccion del 20 de junio, como lo hizo despues con otras. Ignorabase ciertamente entonces, aunque habia vehementes indicios para sospecharlo, su inteligencia con los alborotadores, y ademas habia cometido algunas infracciones contra las leyes, como por ejemplo, el haber retardado mucho sus comunicaciones á las diferentes autoridades, y consentido en que los principales del consejo resolviesen lo contrario que el departamento, al decidir que se recibiese á los peticionarios en las filas de la guardia nacional. La suspension pronunciada por el departamento era legal y osada, pero impolitica. Despues de la reconciliacion efectuada por la mañana ¿no era en verdad la mayor imprudencia, declarar por la tarde la suspension de dos magistrados, á quienes comunmente se amaba? El rey se referia en verdad á la Asamblea, pero esta no encubrió su descontento y le devolvió la resolucion para que por si la pronunciase. Prorumpieron las tribunas en su acostumbrada voceria; se agolparon multitud de peticiones exigiendo *Petion ó la muerte*; y el diputado Grangeneuve, á quien se insultó, pidió el informe contra el autor del ultrage he aqui como se habia dado ya al olvido toda reconciliacion. Brissot, á quien habia tocado hablar en la discusion del peligro público, pidió tiempo para modificar las espresiones de su discurso, atendido á la reconciliacion que despues habia mediado; no pudo menos sin embargo de recordar todos los actos de indolencia y lentitud que á la corte se imputaban, y á pesar de la pretendida reconciliacion, acabó por pedir que se ratase solemnemente de la destitucion, que se

acusase á los ministros por haber dado cuenta tan tarde de las hostilidades de la Prusia; que se nombrase una comision secreta, compuesta de siete individuos, encargada de vigilar en la salvacion pública; que se procediese á la venta de los bienes de los emigrados; que se acelerase la organizacion de los guardias nacionales, y que sin pérdida de tiempo se declarase finalmente *que la patria estaba en peligro*.

Súpose al mismo tiempo la conspiracion de Dus-saillant, antiguo noble, que al frente de algunos conjurados se habia apoderado del fuerte de Bannes en el departamento del Ardeche, y que desde allí amenazaba á todo el pais circunvecino. Participó tambien el ministerio á la Asamblea las disposiciones de las potencias; de las que resultaban, que la casa de Austria, llevándose á la Prusia consigo, la habia obligado á marchar contra Francia; pero que sin embargo, los discipulos de Federico se mostraban resentidos de tan impolitica alianza. Todos los electorados eran nuestros enemigos encubiertos ó á las claras. La Rusia se habia declarado la primera contra la revolucion, accediendo al tratado de Pilnitz, consintiendo en los planes de Gustavo, y ayudando á los emigrados, todo para enganar á la Prusia y al Austria, dirigiéndolas ambas contra Francia, mientras ella se revolvia contra Polonia. Al mismo tiempo conferenciaba con MM. de Nasau y d'Esterhazy, gefes de los emigrados; pero á pesar de sus ostentosas promesas, les habia únicamente dado una fragata para librarse de su presencia en Petersburgo. La Suecia no daba muestras de vida desde la muerte de Gustavo, y admitia nuestras embarcaciones; Dinamarca prometia neutrali-

dad absoluta y podíamos considerarnos como en guerra con la corte de Turin. El papa preparaba sus anatemas; Venecia se mantenía neutral, pero parecía inclinarse á proteger á Trieste con sus flotas. España sin adherirse abiertamente á la liga, no parecía sin embargo resuelta á cumplir el pacto de familia, y á devolver á la Francia los auxilios que había recibido de ella. Inglaterra se obligaba á ser neutral y daba al efecto seguridades nuevas. Los Estados-Unidos hubieran deseado ayudarnos con todas sus fuerzas, pero estas eran nulas por su distancia, y por la escasez de su poblacion.

La Asamblea, al aspecto de este cuadro, quiso declarar en seguida á la patria en peligro, y sin embargo, se dejó la declaracion para despues de un nuevo informe de todas las comisiones reunidas. El 11 de julio, oido este, y en medio de un profundo silencio, pronunció esta solemne fórmula: CIUDADANOS: LA PATRIA ESTÁ EN PELIGRO. Las sesiones se declararon desde entonces permanentes; de cuando en cuando se anunciaba con cañonazos tan terrible crisis; los Ayuntamientos, los consejos de distrito y de departamento se declararon en continua residencia, y todos los guardias nacionales se pusieron en movimiento. En medio de las plazas públicas se alzaron anfiteatros, donde los empleados de Ayuntamiento recibían en una mesa colocada sobre tambores, los nombres de los que querían alistarse voluntarios, llegando el número de estos á quince mil un día.

La reconciliacion del 7 de julio y el juramento hecho despues, no habían calmado, como hemos visto, desconfianza alguna. No se dejaba de pensar en prepararse contra los proyectos de palacio; y la

idea de declarar destituido al rey, de obligarle á abdicar, se ofrecía á todos como el único y posible remedio á los males de que se sentía la Francia amonazada. Vergniaud solo había indicado esta idea bajo una forma hipotética; pero otros, especialmente el diputado Torné, querían que se considerase como una proposicion positiva. Varias peticiones de todos los ángulos de la Francia vinieron á corroborar la opinion pública en este desesperado plan de los diputados patriotas.

La ciudad de Marsella había dirigido ya una peticion amenazadora; leyóse en la Asamblea el 19 de junio, como ya hemos mencionado, y al momento en que se declaró el peligro de la patria, llegaron todavía otras muchas. En una se proponía acusar á Lafayette, suprimir el *veto* en ciertos casos y volver á Manuel y á Petion sus cargos municipales. Otra con la supresion del *veto* exigía la publicidad de los consejos. Pero la ciudad de Marsella que había dado el primer ejemplo de osadía, la llevó muy pronto hasta el último extremo, pues hizo una solicitud en la que rogaba á la Asamblea que aboliese la soberanía en la rama reinante, y que la sustituyese una electiva y sin *veto*, es decir, una verdadera *magistratura ejecutiva* como en las repúblicas. El asombro que produjo esta lectura fué acompañado al momento de los aplausos de las tribunas, y de la proposicion de imprimirla, hecha por un miembro de la Asamblea. Sin embargo, se remitió la esposicion á la comision de los doce para que recibiese la aplicacion de la ley que declaraba infame cualquier proyecto de alterar la constitucion.

Al saber esto quedó consternada la corte, lo

mismo que el partido patriota á quien alarmaban tan atrevidas peticiones. Creia el rey que se maquinaba contra su persona; juzgaba que el 20 de junio habia sido un proyecto de asesinato que se habia frustrado, lo cual era en verdad un error, porque nada mas facil que ejecutar este crimen si se hubiese proyectado. Temiendo ser envenenados comian él y su familia en la habitacion de una dama de confianza de la reina, distintos platos que los que se disponian en las cocinas del palacio; (41) y como el dia de la confederacion estaba próximo, la reina habia mandado hacer para su esposo un peto con muchos forros, capaz de resistir á una puñalada. Sin embargo, á medida que pasaba el tiempo, aumentándose la osadia popular, y no manifestándose ninguna tentativa de asesinato, comprendia mejor el rey la naturaleza de sus peligros; preveia ya que no era una puñalada lo que tenia que temer, sino una condenacion judicial, y recordaba entre los tristes pensamientos de su imaginacion, la suerte de Carlos I.

Lafayette, aunque desairado por la corte, estaba resuelto aun á salvar al rey; y al efecto hizo que le presentaran un proyecto de fuga combinado con mucha audacia. Desde luego se habia ganado á Luckner, y obtenido despues del antiguo mariscal hasta la promesa de marchar sobre Paris; queriendo Lafayette por consiguiente que el rey hiciese de modo que él y Luckner pudiesen verificarlo con el pretexto de hacerlos asistir á la confederacion. La presencia de ambos generales le parecia que impondria al pueblo, previniendo todos los peligros que se recelaban aquel dia. Al siguiente de la ceremonia, Lafayette queria que Luis XVI sa-

hiese públicamente de Paris, con pretexto de ir á Compièna á probar su libertad ante la vista de la Europa, y en caso de resistencia, no pedia mas que cinco caballeros de toda confianza para que le arrancasen de Paris. Desde Compièna le llevarian á los ejércitos franceses algunos escuadrones preparados, y Lafayette esperaba de su probidad que no destruiria las nuevas instituciones. Finalmente, en el caso de que se frustrasen todos estos medios el general estaba resuelto á marchar sobre Paris con todas sus tropas (42).

Pero fuese que este proyecto exigia bastante ánimo por parte de Luis XVI, fuese porque la avercion á Lafayette se opusiera á aceptar estos favores, el rey los rehusó de nuevo y le respondió con frialdad y de un modo que no correspondia al celo que el general le demostraba. «El mejor consejo, decia la respuesta, que puede darse á M. de Lafayette es que sea siempre el azote de los facciosos y cumpla bien con su empleo de general.» (43).

Acercábase ya el dia de la confederacion, el pueblo y la Asamblea querian que asistiese Petion á la lista del 14. El rey habia ya intentado descargarse con la Asamblea del compromiso de aprobar ó desaprobado la decision del departamento; pero la Asamblea, segun se ha visto, le obligó á que se explicase, y diariamente le estrechaba á dar su resolucion, para que este asunto quedase concluido antes del 14. El rey confirmó la suspension el 12, con lo cual se aumentó mas el descontento, apresurándose la Asamblea á tomar á su vez una providencia que es fácil conocer cual fuese; al otro dia, esto es, el 13, repuso en su empleo á Petion; aunque por ciertos miramientos suspendió la resolu-

cion relativa á Manuel, á quien se habia visto andar con la banda municipal en medio del alboroto del 20 de junio, sin hacer uso alguno de su autoridad.

Por fin llegó el 14 de julio de 1792. ¡Cuánto habian cambiado los tiempos desde el 14 de julio de 1790! ya no se veia aquel magnifico altar servido por trescientos sacerdotes; ni aquel inmenso campo que contenia sesenta mil guardias nacionales, ricamente vestidos y medianamente organizados, ni aquellas gradas laterales que ocupaba un innumerable gentío, ni aquel balcon en fin, en que los ministros, la familia real y la Asamblea, presenciaban la primera confederacion. Todo se habia trocado: los animos se aborrecian como despues de una falsa reconciliacion, y todos los emblemas anunciaban la guerra. Ochenta y tres tiendas representaban el número de los departamentos, y al lado de cada una se alzaba un álamo en cuya copa ondeaban banderas de tres colores. Habia destinada una gran tienda para la Asamblea y el rey, y otra para los cuerpos administrativos de Paris; de modo que parecia estar toda la Francia acampada á la vista del enemigo. El altar de la patria no era ya mas que una columna truncada, puesta en lo alto de las gradas que existian aun en el Campo de Marte desde la primera ceremonia. Por una parte se veia un monumento en honor de los que habian muerto ó muriesen en la frontera, y por otra un gigantesco arbol llamado de la feudalidad, que alzándose en medio de una inmensa hoguera, sostenia en sus ramas coronas, cordones azules, tiaras, capelos, llaves de San Pedro, mantos de armiño, bonetes de doctor, protocolos, titulos de nobleza,

escudos de armas etc.; debiendo invitarse al rey á que le pusiese fuego. El juramento debia prestarse al mediodia. El rey aguardaba en las salas de la escuela militar al acompañamiento nacional que habia ido á colocar la primera piedra de una columna que intentaba elevarse sobre las ruinas de la antigua Bastilla. Luis XVI mostraba dignidad y entereza, y la reina se esforzaba en disimular la pena que revelaba; su hermana y sus hijos se hallaban inmediatos. Algunas espresiones afectuosas conmovieron el corazon de varios de los que estaban presentes, asomando á sus ojos algunas lágrimas; por fin llegó el acompañamiento. El Campo de Marte habia estado hasta entonces casi desierto; mas repentinamente le invadió la multitud, pasando por debajo del balcon en que estaba colocado el rey, mugeres, muchachos y hombres beodos todos revueltos, gritando *viva Petion! Petion ó la muertel* y llevando en sus sombreros escrito lo que pronunciaba su boca. Los confederados se apoyaban unos en el brazo de otros llevando un relieve de la Bastilla, con una prensa, que de cuando en cuando se paraba para imprimir y esparcir canciones patrióticas. Iban en seguida las legiones de la guardia nacional, los regimientos de tropa de linea que apenas podia guardar en medio de aquel inquieto populacho la regularidad de sus filas, y últimamente las autoridades y la Asamblea. Bajó el rey entonces, y colocado en medio de un cuadro de tropas, se dirigió con el acompañamiento hácia el altar de la patria; mas era tal el gentío que no dejaba adelantar terreno para que el rey llegase á las gradas del altar; al fin lo consiguió, gracias á los esfuerzos de la tropa. La reina puesta en el balcon

de donde no se habia movido, observaba con un anteojo esta escena; y pareciéndola que se aumentaba la confusion al rededor del altar, bajando el rey un escalon, lanzó un grito, y alarmó á los que la acompañaban; sin embargo la ceremonia se concluyó sin novedad alguna. No bien se hubo prestado el juramento cuando corrió todo el mundo hácia el árbol de la feudalidad, al que se pretendia que el rey pasiese fuego, pero él se eximíó diciendo muy acertadamente que ya no habia feudalismo, y se encaminó de nuevo hácia la escuela militar. Satisfechas las tropas de haberle salvado, dieron repetidos gritos de *viva el rey!* y la multitud, que siente siempre la necesidad de simpatizar, repitió estos gritos, y se manifestó tan dispuesta á aplaudirle, como lo habia estado poco antes de insultarle. El desdichado Luis XVI mereció todavía algunas horas de afecto: el pueblo y él tambien lo creyeron por un instante; pero hasta las mismas ilusiones eran violentas, y comenzaban á darse ya muestras de no poder fingir por mas tiempo. Volvióse el rey á su palacio, contento por haberse librado de los riesgos que tan grandes crea, aunque muy cuidadoso sin embargo por los que en lo futuro le esperaban.

Las noticias que cada dia llegaban de la frontera aumentaban la inquietud y las alarmas. La declaracion del *peligro de la patria* conmoviendo toda la Francia, habia motivado la partida de muchos confederados; pues aunque el dia de la confederacion solo habia dos mil en Paris, llegaban incesantemente, justificando con su conducia los temores y las esperanzas que se habian concebido de su presencia en la capital. Todos eran volunta-

rios, y de lo mas exaltado que habia en los clubs de Francia. La Asamblea les asignó seis reales diarios, reservándoles esclusivamente las tribunas; pero en breve impusieron la ley aun en ella misma con sus gritos y sus aplausos; porque ligados con los jacobinos, y reunidos en un club que en pocos dias se hizo mas furibundo que todos los demas, estaban dispuestos á amotinarse á la primera señal, como así lo declararon á la Asamblea en una posicion. Decian que no se marcharian hasta que quedasen enteramente derrotados los enemigos interiores; de modo que á pesar de la córte, se habia realizado completamente el plan de reunir en Paris una fuerza insurreccionada.

Otros medios se añadieron tambien á este para conseguir el mismo objeto. Los veteranos de guardias francesas estaban distribuidos por los regimientos, y la Asamblea dispuso que se reuniesen en un cuerpo de gendarmeria. No podia dudarse de sus ideas, porque eran los que habian principiado la revolucion, y aunque se objetó que estos soldados, casi todos sargentos, componian la principal fuerza del ejército, la Asamblea, temiendo á los enemigos interiores mas que á los de fuera, no atendió á nada. Ya se habia proporcionado fuerzas, y era preciso privar de las suyas á la córte, á cuyo efecto mandó que se ausentasen todos los regimientos. Hasta entonces no habia infringido la Constitucion, pero no contenta con alejarlos les obligó á que pasasen á la frontera, usurpando con esto la facultad al rey, que era quien podia disponer de la fuerza pública.

Tenia por principal objeto esta medida, el de alejar á los suizos, de cuya fidelidad no podia du-

darse; y para precaver este golpe, el ministro se valió de su comandante M. d' Affry, que para negarse á salir de Paris, se apoyó en sus capitulaciones: y si bien pareció que se tomaban en consideración sus razones, se mandó no obstante que saliesen provisionalmente dos batallones suizos.

Es verdad que el rey tenia su *veto* para oponerse á estas providencias; mas destituido de todo su influjo, no podia usar de esta prerogativa. La Asamblea misma se veia muchas veces precisada á ceder á las proposiciones de algunos de sus individuos, secundadas siempre por los aplausos de las tribunas, y no dejaba nunca pronunciarse en favor de la moderacion cuando podia: pues si por una parte consentia en las resoluciones mas trastornadas, por otra aprobaba y acogia peticiones sumamente moderadas.

Las providencias que se habian tomado, las peticiones y el language que en todas las conversaciones se tenia, presagiaban una revolucion cercana. Los girondinos la preveian y anhelaban, pero sin distinguir claramente porque medios podria hacerse, temian el resultado. Sus inferiores se quejaban de su inercia, acusándoles de débiles y de nulos; y todos los corifeos de los clubs, y las secciones, causados de una elocuencia sin resultado, pedian con ahinco una direccion única y activa, para que no se malograsen los esfuerzos populares. Habia en los jacobinos una sala destinada al despacho de la correspondencia, y en ella se habia establecido una junta central de confederados para unirse y esplicarse. Con el objeto de que fuesen mas secretas y enérgicas las resoluciones, se redujo á cinco individuos esta junta, á

la que entre sí daban el nombre de *junta revolucionaria*. Estos cinco individuos eran los llamados Vangeois, provisor; Debessé del Droma; Guillermo, catedrático en Caen; Simon, periodista en Strasburgo; y Galissot de Langres. Luego se les juntaron Garra, Gorsas, Fournier el americano, Westermann, Kienlin de Strasburgo, Santerre, Alejandro, comandante del arrabal de San Marcelo, un polaco llamado Lazouski, capitán de artilleria en el batallon de San Marcelo, un ex-constituyente, Antonio de Metz, y dos electores Lagrey y Garin. Manuel, Camilo Desmoulins y Danton tambien tardaron poco en unirseles, teniendo la mayor influencia (44). Entraron en tratos con Barbaroux que prometió el auxilio de sus marseheses, á quienes esperaban con impaciencia. Se pusieron en comunicacion con el corregidor Pétion, y consiguieron de este la promesa de que no impediria la conmocion, asegurándole ellos en cambio que guardarían su casa, y le tendrían arrestado en ella para salvar su inaccion con una especie de violencia, por si la empresa se malograba. El plan en que definitivamente convinieron, fué en el de pasar armados á palacio y deponer al rey; pero era preciso estimular al pueblo, y para conseguirlo se necesitaba una circunstancia extraordinaria. Ideando estaban cual seria y comunicando sus proyectos á los jacobinos, á tiempo que el diputado Chabot estaba disertando con el ardor de su carácter sobre la necesidad de tomar una resolucion grandiosa, y diciendo que para motivarla seria bueno que la corte atentase contra la vida de un diputado. Grangeneuve, que lo era, y que aunque no tenia gran talento, esta-

ha dotado de un énérgico carácter, escuchando este discurso llama á Chabot aparte, y le dice: —Teneis razon: es menester que perezca un diputado, pero la córte es demasiado astuta para que nos brinde con ocasion como esta. Debemos proporcionarnoslas, matándome á mí cuanto antes en las inmediaciones de palacio. Guardad secreto y disponedlo todo. Chabot entusiasmado le promete participar de su suerte, y Grangeneuve se conforma diciéndole que mas efecto harian dos muertos que uno; y convenidos en el dia hora y medio de matarse *sin estropearse*, segun decian, se separan resueltos á sacrificarse por el triunfo de la causa comun. Grangeneuve, fiel á su palabra arregla sus asuntos privados, y á las diez y media de la noche acude á la cita; pero Chabot no habia llegado. Espera algun tiempo y Chabot no acude: al fin llega á imaginar que ha cambiado de resolucion y espera que á lo menos el proyecto se llevará por él á cabo; á cuyo efecto va y viene repetidas veces esperando el golpe mortal; pero se vé forzado á volverse sano y salvo, sin haber podido sacrificarse por una calumnia.

Esperábase pues con impaciencia la ocasion que no se presentaba, y reciprocamente se acusaban de falta de fuerza, de habilidad, y de union, mientras los diputados girondinos, el corregidor Petion, y finalmente todos los hombres visibles, que ó en la tribuna ó en sus respectivos cargos tenian que hablar el lenguaje de la ley, andaban siempre mas retraidos, y condenaban esta agitacion continua que les comprometia sin resultado alguno. Arguian á los alborotadores subalternos con que estenuaban sus fuerzas en movimientos parciales é

inútiles, esponiendo al pueblo sin producir ningun acontecimiento decisivo; mas estos por el contrario, que hacian cuanto les era dable, citaban á los diputados y al corregidor Petion sus discursos públicos, acusándoles de que sofocaban la energia del pueblo. De este modo los diputados culpaban á la multitud por no estar organizada, y estos se quejaban á ellos de que no lo estaban. Hacia-se principalmente sentir la necesidad de tener un gefe. Un hombre necesitamos, decian todos; ¿pero quién era este? Entre los diputados no habia ninguno, porque todos ellos eran mas oradores que conspiradores; ademas de que su dignidad y su método de vida les alejaban demasiado de la multitud, con quienes debian obrar. Lo mismo sucedia con Roland, con Servan y con todos aquellos que no carecian de valor, pero que eran muy superiores por su clase á la generalidad del pueblo. Petion por su destino hubiera podido no hallar obstáculo en estas relaciones, pero era muy apático ó indolente, mas á propósito para morir que para obrar. Su sistema era cortar las asonadas pequeñas para dar lugar á una sublevacion decisiva; mas siguiéndolo con calor, inutilizaba los movimientos diarios, y perdía todo su concepto con los revoltosos á quienes paralizaba sin dominarlos. Necesitaban de un corifeo que sin haber salido de la hez del pueblo, no careciese del influjo sobre él, y que hubiese recibido de la naturaleza el genio de la persuasion.

Tanto en los clubs, como en las secciones y periódicos revolucionarios, se habia abierto una lid inmensa, en la que se habian hecho notables algunos, pero ninguno habia adquirido aun una superioridad marcada. Camilo Desmoulius se habia da-

do á conocer por su imaginacion, por su cinismo y osadía, y por su viveza en alacará cuantos parecian rehacios en la carrera revolucionaria. Era conocido de la plebe, pero carecia de los pulmones de un orador popular y de la actividad y predominio de un gefe de partido.

Otro periodista habia adquirido una terrible fama; el cual era Marat, conocido con el nombre de *El amigo del Pueblo*, que por sus incitaciones al asesinato se habia hecho un objeto de horror para todos los que conservaban todavia alguna moderacion. Nacido en Neuchatel, y dado al estudio de las ciencias físicas y médicas, fué un audaz impugnador de los sistemas mas razonables, probando una energia de entendimiento que pudiera llamarse convulsiva. Cuando principió la revolucion, era médico de los dependientes de caballerizas del eonde de Artois; lanzándose sin reparo por aquella nueva carrera, y dándose á conocer muy pronto en su seccion. Su estatura era mediana, su cabeza disforme, sus facciones pronunciadas, lívida su tez, ardientes sus ojos y descuidada su persona. Hubiera parecido solamente ridiculo ó asqueroso, á no haberle oido proferir repentinamente maximas chocantes y atroces, con un tono brusco y una insolente familiaridad. Era preciso, segun él, cortar muchos miles de cabezas y destruir á todos los aristócratas que imposibilitaban la libertad; pero todo el mundo le miró con horror y con desprecio, empujándole, y burlándose de su estravagante figura: á pesar de que como estaba acostumbrado á los certámenes científicos y á las aserciones mas absurdas, habia aprendido á despreciar á los que le despreciaban, compadeciéndoles como incapaces de

comprenderle. Desde entonces vertió en sus folletos la espantosa doctrina que le embriagaba. La vida subterránea, á que estaba condenado, por librarse de la justicia, habia exaltado su temperamento, y encendidole aun mas el general horror con que se le miraba. Para él, nuestros fines modales, eran vicios que se oponian á la igualdad republicana, y en el furor con que odiaba los obstáculos, solo veia un medio de salvacion, el esterminio. Sus experimentos en el hombre físico debieron familiarizarle con el aspecto del dolor; y por esto su ardiente imaginacion, libre de todo instinto de sensibilidad, marchaba recta á sus fines por entre arroyos de sangre. Esta misma idea de crear destruyendo, se habia ido poco á poco sistematizando en su cerebro, de modo que queria un dictador, no para darle el goce de la omnipotencia, sino para imponerle el terrible cargo de purgar la sociedad. Este dictador debia tener una bala á los pies para estar siempre bajo la mano del pueblo, y solo podia dejarse una facultad, la de mostrar las victimas y dar la muerte por único castigo. Marat no conocia otro, porque él nunca castigaba, sino quitaba obstáculos. Viendo por donde quiera aristócratas que conspiraban contra la libertad, recogia de todas partes los hechos que satisfacian sus pasiones, y denunciaba con furor y con una ligereza nacida de su misma ira, á todos los nombres que le decian, y que á veces ni existian siquiera, haciéndolo sin odio personal, sin temor, y hasta sin correr el ningun peligro, porque estaba esento de todas relaciones humanas, y porque las del ofendido con el ofensor, no existian entre él y sus semejantes.

Hacia poco que se le habia mandado prender

con Royou *el amigo del rey*, y se habia escondido en casa de un abogado desconocido y miserable, que le habia proporcionado un asilo. Buscó por compañero suyo á Barbaroux, que se habia dedicado al estudio de las ciencias físicas, y conocido á Marat en otro tiempo, quien no pudo negarse á su exigencia, y creyó al oírle, que tenia perdida la cabeza. Según él, los franceses eran unos revolucionarios despreciables. «Dadme, decia, doscientos napolitanos, armados de puñales, con un manguito por escudo en su brazo izquierdo, y con ellos recorro yo la Francia y hago la revolucion.» Para marcar á los aristócratas queria que la Asamblea les mandase llevar en el brazo una cinta blanca, y que diese permiso para matarlos en cuanto se hallasen tres reunidos; y bajo el nombre de aristócratas comprendia á los realistas, á los suldenses y á los girondinos. Si alguna vez se le hablaba de lo difícil que era conocerlos: No puede uno engañarse, decia; no hay mas que ver los que tienen coche, criados, vestido de seda, y que salen de los teatros, y todos esos son aristócratas.

Barbaroux se marchó horrorizado. Marat, preocupado con su atroz sistema, no se cuidaba de medios de sublevacion, ademas de que no era capaz de prepararlos. En sus delirios homicidas se complacia con la idea de retirarse á Marsella, pues el entusiasmo republicano de aquella ciudad, le daba esperanza de que en ella seria mejor escuchado y acogido; pensó pues refugiarse allí, queriendo que Barbaroux le enviase con recomendacion suya; mas este no quiso hacer semejante presente al pueblo de su nacimiento, despreciando á aquel insensato, cuya apoteosis estaba muy distante de preveer.

No era pues el sistemático y sanguinario Marat el corifeo á propósito para reunir á aquellas masas diseminadas que fermentaban confusamente; mas capaz de ello era Robespierre, porque se habia proporcionado en los jacobinos una pandilla de oyentes, mas activa en lo general que una de lectores; sin embargo no tenia todas las cualidades necesarias. Robespierre, abogado de poca nota de Arras, fué diputado por esta ciudad en los Estados generales, y en ellos travó amistad con Petion y Buzot, sosteniendo con acrimonia las opiniones que defendian estos con un convencimiento profundo y sosegado. Al principio pareció ridiculo por la pesadez de su habla y por su escasa elocuencia; pero especialmente en la época de la revision llamó la atencion bastante por su tenacidad; y cuando despues de la escena del Campo de Marte se esparcia el rumor de que se iba á encausar á los firmantes de la peticion de los jacobinos, su terror y su juventud, interesaron á Buzot y á Roland, que le ofrecieron un asilo. Tranquilizóse despues; y habiéndose separado la Asamblea, se guareció en los jacobinos, donde continuó sus arengas dogmáticas y ampulosas. Elegido despues fiscal público, rehusó este nuevo cargo, pensando solo en obtener la doble reputacion de patriota incorruptible y de orador elocuente.

Recibiánle en su casa sus primeros amigos, Petion, Buzot, Brissot y Roland, que sentian el despecho de su orgullo resentido en sus miradas y en sus acciones todas. Interesábanse por él; pero les daba lástima que un hombre que tan apegado estaba á la causa pública, tambien le estoviese tanto á sí mismo. Sin embargo, era poco hombre para

que diese cuidado su orgullo, y se le perdonaba, en gracia siquiera de su medianía y de su celo. Se notaba generalmente, que taciturno en todas las reuniones y manifestando rara vez su opinion, era el primero que al día siguiente esponía en la tribuna las ideas que habia aprendido de los demas. Hiciéronle esta obsewacion sin reconvénirle por eso, y al momento aborreció aquella reunion de hombres superiores, como habia aborrecido la de los constituyentes. Entonces se retiró de hecho á los jacobinos, donde fué de opinion contraria, como hemos visto, á la de Brissot, y Louvet sobre la cuestion de la guerra, llamándoles, y creyéndoles tal vez, malos ciudadanos, porque pensaban de distinto modo que él, sosteniendo su opinion con elocuencia. ¿Era buena fé en él sospechar inmediatamente de los que le ofendian, ó los calumniaba de intento? Misterios son estos de los corazones; pero su escaso y vulgar entendimiento y su extraordinaria libra le hacian muy propenso á la ira y muy incapaz de desengaño, no siendo imposible que el odio de orgullo se trocase en él, en odio de principios, y creyendo malvados á cuantos le hacian alguna ofensa.

Como quiera que sea, colocado en una esfera inferior, escitó el entusiasmo por sus doctrinas y por su reputacion de integridad. Así fundaba su popularidad con las pasiones ciegas y con los talentos comunes, pues la austeridad y el insensible dogmatismo, cautivan á los genios ardientes, y á veces aun á los talentos superiores. Habia en efecto hombres dispuestos á suponer á Robespierre una verdadera energía, y un talento superior al suyo. Camilo Desmoulins, le llamaba su Aristides, y le creia elocuente.

Otros sin inteligencia, pero subyugados por su pedantería, decian repetidamente que este era el hombre que debia ponerse á la cabeza de la revolucion, la cual no podria marchar sin semejante dictador. En cuanto á él, permitiendo todos estos asertos á sus amigos nunca se presentaba en los conciliábulos de los conspiradores; y aun se quejaba de que le comprometian, porque uno de ellos que vivia en la misma casa que él, habia reunido en ella varias veces la junta revolucionaria. No daba pues la cara, dejando obrar á sus panegiristas Panis, Sergent, Osselin y otros, que eran individuos de las secciones y de los consejos municipales.

Marat que andaba buscando un dictador, quiso ver si Robespierre podia serlo. La persona descuidada y cínica del primero contrastaba con la de Robespierre, llena de miramiento y perfectamente aliñado. Encerrado en un elegante gabinete donde su retrato estaba reproducido de todos modos en pintura, grabado y en escultura, trabajaba allí incesantemente, y estudiaba á Rousseau para componer sus discursos. Vióle Marat y solo halló en él mezquinos odios personales, y no un sistema vasto, ni aquella sanguinaria osadía que le embriagaba en su monstruoso convencimiento, ni genio ninguno, en fin; marchándose lleno de desprecio hácia este *hombrecillo*, declarándole incapaz de salvar al estado, y acabando de persuadirse de que él solo poseia el gran sistema social.

Los partidarios de Robespierre cercaron á Barbaroux, y quisieron llevarle á su casa, diciendo que puesto que se necesitaba un *hombre*, Robespierre únicamente podria serlo. Este lenguaje desagradó á Barbaroux, cuya altivez no se acomoda-

ba con la idea de la dictadura, y cuya ardiente imaginacion cedia á la virtud de Roland y á los talentos de sus amigos. Fué sin embargo en casa de Robespierre, y tratándose de Petion, que con su popularidad ofuscaba á aquel, y que era segun decian incapaz de servir á la revolucion, respondió con calor á las faltas que se imputaban á Petion, defendiendo con ahinco á un hombre que admiraba. Habló Robespierre de la revolucion, y repitió, como tenia de costumbre, que él la habia dado impulso, concluyendo como todos por decir que se necesitaba un hombre. Barbaroux respondió que no queria, ni dictador ni rey, á lo cual replicó Feron que Brissot queria serlo; y así se anduvieron entendiendo en cara con reconveniones sin que lograran entenderse. Cuando se separaron, Panis que queria templar el efecto de esta entrevista, dijo á Barbaroux que habia comprendido mal la especie; porque no se trataba mas que de una autoridad momentánea, y que Robespierre era el único hombre á quien pudiese dársela. Estas vagas hablillas y despreciables competencias, persuadieron falsamente á los girondinos de que Robespierre queria ser usurpador, y su ardiente celo se le imputó á ambicion; error en que incurre siempre la ceguedad de los partidos. Robespierre, capaz cuando mas de aborrecer el mérito, no tenia ni la fuerza ni el genio de la ambicion, y ni él mismo se hubiera atrevido á concebir las pretensiones que en su favor reunian sus secuaces.

Ninguno como Danton para ser el gefe que todos deseaban, organizando los movimientos revolucionarios. Hablase ensayado en el foro en otro tiempo, pero no pudo lograr nada. Pobre, y devo-

rado de pasiones, se habia arrojado con ardor y tal vez con esperanza á la arena politica; y si bien era iguorante, estaba dotado de una perspicacia privilegiada y de una imaginacion inmensa. Sus formas atléticas, sus facciones achatadas y un tanto africanas, su voz de trueno, sus caprichosos pero sublimes pensamientos, cantivaban al auditorio de los franciscanos y de las secciones. En su rostro se veian sucesivamente pintadas, las pasiones brutales, la alegría y aun la benevolencia. Danton no odiaba ni envidiaba á nadie, pero tenia un audacia extraordinaria; y en ciertos momentos de entusiasmo, era capaz de ejecutar cuanto podia concebir el alma sangrienta de Marat.

Necesariamente habia de escitar la envidia, dar lugar á nuevos sistemas y desencadenar pasiones brutales, una revolucion cuyo imprevisto pero inevitable efecto, habia sido el despertar á las clases ínfimas de la sociedad contra las distinguidas. El envidioso fué Robespierre; el sistemático Marat, Danton el hombre lleno de pasiones, violento, inconstante, unas veces cruel y otras generoso. Si los dos primeros, preocupado el uno por su roedora envidia, y el otro por sus aciagas doctrinas, no tenian las necesidades que hacen á los hombres propensos á la corrupcion; Danton por el contrario, devorado de pasiones, y sediento de gozar, todo debia ser, menos incorruptible. La corte bajo pretexto de indemnizarle de un cargo antiguo de abogado que tuvo en el consejo, le dió considerables sumas; le pagó, pero no puedo ganarle, pues él no por eso dejó de arengar y de escitar contra ella á la multitud que asistia á los clubs. Cuando le reconvenian porque no cumplia el trato, respondia

que para tener algun medio de servir á la córte, debia al parecer tratarla como enemiga.

Banton era pues, el corifeo mas temible de todos aquellos grupos á quienes se ganaba y manejaba con la palabra; pero atrevido, poderoso en los momentos decisivos, no era á propósito para los continuos cuidados que exige el deseo de dominar: y aunque tenia mucho influjo con los conjurados, no les gobernaba todavia. Solo era capaz en momentos de incertidumbre, de reanimarlos y conducirlos al apetecido fin con un impulso decisivo.

No habian podido comprenderse aun los diferentes individuos de la junta revolucionaria. Noticias la córte de sus menores movimientos tomaba por su parte algunas medidas para resguardarse de un choque repentino, y dar tiempo á que llegasen las potencias coligadas. Cerca de palacio habia ella formado y establecido un club llamado francés, que se componia de operarios y soldados de la guardia nacional, los cuales tenian todas sus armas ocultas en el sitio mismo de las sesiones, y podian en caso necesario prestar auxilio á la familia real. Solo esta reunion costaba en la lista civil diez mil francos diarios. Ademas de este, habia un marsellés llamado Lieutaud, que mantenía una cuadrilla asistente á las tribunas, á las plazas públicas, y á los cafés ó tabernas, para hablar en favor del rey y hacer frente á las continuas asonadas de los patriotas.

Por todas partes se suscitaban disputas concluyendo estas generalmente por venir á las manos, pero á pesar de todos los esfuerzos de la córte, sus

* Véase á Bertrand Molleville, tomos VIII y IX.

secuaces eran muy pocos, y la parte de guardia nacional que estaba á su favor se hallaba enteramente desanimada.

Muchos fieles servidores, alejados hasta entonces del rey, se presentaban á defenderle, ofreciéndole un antemural en sus cuerpos. Se reunian en palacio con frecuencia y en bastante número, lo cual aumentaba la desconfianza, y desde la escena de febrero de 1791, se les llamaba caballeros del puñal. Se habian dado órdenes secretas para reunir la guardia constituyente, que aunque licenciada, habia recibido sus pagas. Mientras tanto todos aconsejaban al rey, influyendo en su alma, débil y naturalmente perpleja, las mas angustiosas dudas. Algunos amigos prudentes, y entre otros Mallesherbes*, le aconsejaban que abdicase; otros, que eran la mayor parte, querian emprendiese la fuga; pero ni estaban de acuerdo en los medios, ni en el lugar, ni en el resultado de la evasion. Para regularizar de algun modo estos planes, quiso el rey que Bertrand de Molleville se entendiese con el ex-constituyente Duport, en quien tenia mucha confianza, viéndose obligado á dar al efecto orden terminante á Bertrand, que no queria tener relacion ninguna con un constitucional como Duport. Alteraban tambien con estos Lally-Tolendal, Malouet, Clermont-Tonnerre, Gouvernet, y otros afectos á Luis XVI, pero que fuera de esta cuestion, opinaban de distinto modo en la parte que se reservaria al trono, caso de que se consiguiese salvarle. Resolvióse la fuga del rey, y su retirada al castillo de Gaillon en Normandia, en cuya provin-

* Véase á Bertrand de Molleville.

cia mandaba el duque de Liancourt, amigo de Luis XVI y persona de toda su confianza, que respondía de sus tropas y de los vecinos de Ruan, los cuales se habian pronunciado contra el 20 de junio en una esposicion enérgica. Ofrecia recibir á la familia real y conducirla á Gaillon, ó bien entregársela á Lafayette para que este la trasladase al centro de su ejército. Daba ademas todo cuanto poseia para llevar á cabo este proyecto, y solo se reservaba cien luises de renta para sus hijos. Este plan convenia á los individuos constitucionales de la junta, porque en vez de poner al rey en manos de los emigrados, le confiaban al duque de Liancourt y á Lafayette; siendo esto precisamente lo que no agradaba á los demas, y tal vez disgustaba á la reina y al rey. El castillo de Gaillon tenia la gran ventaja de distar del mar solo 36 leguas, ofreciendo por la Normandía, provincia muy fiel, fuga fácil hacia Inglaterra. Todavía tenia otra, que era el distar 20 leguas de Paris; y el rey podia irse allí sin faltar á la ley constitucional, lo cual convenia con sus ideas, porque principalmente deseaba no ponerse en contravencion manifiesta.

M. de Narbonne y la hija de Necker, madama de Staël, idcaron tambien un plan de fuga; los emigrados por su parte propusieron el suyo, que era trasportar el rey á Compiègne, y de allí á las orillas del Rin por el bosque de las Ardenas. Todos quieren aconsejar á un rey débil, porque todos quieren prestarle una voluntad de que carece. Tantes y tan contrarios planes aumentaban la natural indecision de Luis XVI, principe desdichado, que cercado de consejeros, convencido de las razones de unos, subyugado por las pasiones de otros,

lleno de temor por la suerte de su familia y acosado por los escrúpulos de su conciencia, fluctuaba entre mil proyectos y sentia próxima la oleada del pueblo, sin atreverse ni á contrarrestarla, ni á evirla.

Los diputados girondinos que tan atrevidamente habian presentado el punto de la destitucion, estaban indecisos sin embargo en la víspera de una asonada; y aunque la corte se veia casi desarmada y el pueblo omnipotente, la proximidad de los prusianos y el temor que infunde siempre, aun hallándose sin fuerzas, un poder antiguo, les persuadieron de que seria mejor transigir con la corte que arriesgarse al trance de una batalla. Temian tambien, aun en el caso de que saliesen ilesos de la lucha, que la llegada demasiado próxima de los estrangeros destruyese los resultados de su victoria sobre palacio, descontando con terribles venganzas un triunfo momentáneo. A pesar, sin embargo, de esta intencion en que se hallaban, no entraron en negociacion alguna, ni se atrevieron á tomar la iniciativa; pero hablaron con un tal Boze, pintor de cámara, y amigo íntimo de Thierry, criado del rey. Espantado el pintor de los riesgos que amenazaban á la causa pública, les obligó á que escribiesen en tal apuro lo que creyesen mas adecuado para salvar al rey y á la libertad. Dirijieron, pues, una carta al rey, firmada por Guadet, Gensonné y Vergniaud; que empezaba con estas palabras: *Nos preguntais, señor, cuál es nuestra opinion sobre el actual estado de la Francia...* cuyo exordio prueba que la esplicacion se habia ya provocado. El rey no debia hacerse ilusion ninguna, decian á Boze los tres diputados, y se enganarria mucho si

no creyese que su conducta era la causa de todo cuanto pasaba y del furor de los clubs, de que incessantemente se quejaba; que serian inútiles y parecerian ridiculas cuantas protestas siguiese haciendo por su parte; que en el estado en que se encontraban las cosas, lo que convenia eran resoluciones decisivas para tranquilizar al pueblo; que todo el mundo creía por ejemplo que el rey podia, á su voluntad, alejar los ejércitos estrañeros; que era preciso, pues, empezar por hacer esto, elegir despues un ministerio patriota, deponer á Lafayette, que en el estado presente no podia ser de utilidad ninguna, promulgar una ley para la educacion constitucional del jóven delfin, someter la lista civil á una contabilidad pública, y declarar solemnemente, que no queria que se aumentase su poder mas de lo que espontáneamente consintiera la nacion. Con estas condiciones, añadian los girondinos, era de esperar que la efervescencia cesaria, y que á fuerza de tiempo y de constancia en este sistema, recobraría el rey la confianza de que á la sazón enteramente carecia

A la verdad que los girondinos estaban entonces muy cerca de conseguir su objeto, si es que en realidad habian conspirado hasta aquel momento tanto tiempo hacia, porque se realizase una república ¡y habian de paralizarse repentinamente cuando iban á triunfar para que se diese el ministerio á tres de sus amigos! Esto no es posible; pero sí es evidente que si se quiso república, fué por desesperar de la monarquía; que jamás hubo verdadero plan para aquella, y que aquellos á quienes mas se acusa, porque muy de antemano la tenian preparada, no querian en visperas de

conseguirla sacrificar la causa pública al triunfo de este sistema, consintiendo mas bien en tener una monarquía constitucional, con tal que les ofreciesen seguridades competentes. Los girondinos al pedir que se alejasen las tropas, probaban demasiado que solo atendian al riesgo presente, y el cuidado que se tomaban por la educacion del delfin, atestiguan tambien que la monarquía no se ofrecia á sus ojos como un porvenir insoportable.

Se ha dicho que Brissot habia hecho proposiciones por su parte para impedir la destitucion, poniendo por condicion la entrega de una gruesa suma. Esta asercion es de Bertrand de Molleville, que fué siempre calumniador por dos razones, por maldad de corazon y por yerro de entendimiento; pero ninguna prueba cita, y en defensa de Brissot abogan su conocida pobreza y su profundo conocimiento. Pudiera haber acontecido sin duda que la córte hubiese dado dinero para Brissot; mas esto no prueba que él lo hubiera pedido ó recibido. El caso, no ha mucho citado, de la venalidad de Petion que varios estafadores habian asegurado á la córte y otros muchos del mismo genero, indican el grado de confianza que merecen estas acusaciones de venalidad, que con tanta frecuencia y facilidad se aventuran. Ademas de que qualquiera cosa que se haya dicho de Brissot, los tres diputados Gensonné, Guadet y Vergniaud no merecieron acusacion alguna, siendo así que fueron los únicos que firmaron la carta dirigida á Boze.

Por lo mismo que el corazon del rey estaba tan ulcerado, se hallaba menos dispuesto que nunca para dar oído á sus prudentes consejos. Presentóle Thierry la carta; pero la rechazó con aire

brusco y respondió lo que tenia de costumbre, que no era él sino el ministerio patriota el que habia provocado la guerra; y que en cuanto á la constitucion, él la observaba fielmente al paso que otros se empeñaban en destruirla (45); cuyas razones no eran muy exactas, porque aunque no hubiese provocado la guerra, no por eso estaba libre del deber de sostenerla; y por lo que respecta á la escrupulosa fidelidad con que observaba la ley, lo que menos importaba era observar su conteso, y lo mas interesante el no comprometerla apelando á los estrangeros.

Á la esperanza que tenían los girondinos de ver puestos en práctica sus consejos deben atribuirse sin duda los miramientos que guardaron cuando se quiso suscitar en la Asamblea la cuestion de destronamiento diariamente discutida en los clubs, en las reuniones y en las peticiones. Cuantas veces se iba á nombre de la comision de los doce á hablar del peligro de la patria y del modo de prevenirlo, indagad la *causa* del peligro, les decian, y la *causa* era repetida por las tribunas. Vergniaud Brissot y los girondinos replicaban que la comision no perdía de vista la *causa*, y que cuando fuese tiempo la manifestaria, pero que por el pronto no convenia dar mas pávulo á la discordia.

Estaba, sin embargo, decretado que no habian de tener efecto ningun medio ni proyecto de transacion; y así fué que la catástrofe prevista y temida, sucedió muy pronto, como veremos á continuacion.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

Págs.

Biografía de M. A. Thiers. V

REVOLUCION FRANCESA.

CAPITULO I. Estado político y moral de la Francia á fines del siglo XVIII.—Advenimiento de Luis XVI.—Manrepas, Turgot y Necker, ministros.—Calonne.—Asamblea de los Notables.—De Brienne, ministro.—Oposicion del Parlamento, su destierro y su vuelta.—Destierro del duque de Orleans.—Arresto del consejero d'Espremenil.—Necker llamado para reemplazar á de Brienne.—Nueva Asamblea de los Notables.—Discusiones relativas á los Estados generales.—Formacion de los clubs.—Causas de la revolucion.—Primeras elecciones de diputados para los Estados generales.—Incendio de la casa de Revcillon.—El duque de Orleans; su carácter. 2

CAP. II. Convocacion y apertura de los Estados generales.—Discusiones sobre la revision de los poderes y sobre la votacion por Estamentos ó por personas.—El Estado llano se declara Asamblea nacional.—Ciérrase el salon de los Estados y pasan los diputados á otro sitio.—Juramento del juego de pelota.—Sesion real del 25 de junio.—Continúa la Asamblea sus deliberaciones á pesar de las ordenes del rey.—Reunion definitiva de los tres Estamentos.—Primeros trabajos de la Asamblea.—Agitaciones populares en Paris.—Liberta el pueblo á los guardias franceses, que estaban encerra-

- dos en la Abadía.—Intriga de la corte: ~~añer-~~
cense tropas á Paris.—Separacion de Necker.
—Jornadas de los dias 12, 13 y 14 de julio.—
Toma de la Bastilla.—Vá el rey á la Asamblea
y desde allí marcha á Paris.—Regreso de
Necker.
- CAP. III. Ocupaciones del Ayuntamiento de Pa-
ris.—Lafayette, comandante de la guardia na-
cional: su carácter.—Papel que representó en
la revolucion.—Asesinatos de Foulon y de Ber-
thier.—Regreso de Necker.—Situacion y divi-
sion de los partidos y de sus gefes.—Mirabeau,
su carácter, sus proyectos y su numen.—Los
foragidos.—Turbulencias en las provincias y
en los campos.—Noche del 4 de agosto.—Abo-
licion de los derechos feudales y de todos los
privilegios.—Declaracion de los derechos del
hombre.—Discusiones sobre la constitucion y
sobre el *veto* .—Agitaciones en Paris.—Reunio-
nes tumultuosas en el palacio real.
- CAP. IV. Intrigas de la corte.—Banquete de los
guardias de corps y de los oficiales del regi-
miento de Flandes en Versailles.—Jornadas
del 4, 5 y 6 de octubre; escenas tumultuosas
y sangrientas.—Asalta la muchedumbre el pa-
lacio de Versailles.—Viene el rey á residir á
Paris.—Estado de los partidos.—El duque de
Orleans abandona la Francia.—Negociaciones
de Mirabeau con la corte.—Trasládase la Asam-
blea á Paris.—Ley sobre los bienes del clero.—
Juramento civico.—Tratado de Mirabeau con la
corte.—Bouillé.—Negocio de Favras.—Planes
contra-revolucionarios.—Clubs de los jacobinos
y de los fuldenses.
- CAP. V. Estado politico y disposiciones de las
potencias extranjeras en 1790.—Discusiones
sobre el derecho de paz y de guerra.—Primera
institucion del papel moneda ó de los asigna-

35

89

132

- dos.—Organizacion judicial.—Constitucion ci-
vil del clero.—Abolicion de los títulos de no-
bleza.—Aniversario del 14 de julio.—Fiesta de
la primera confederacion.—Sublevacion de las
tropas en Nancy.—Dimision de Necker.—Pro-
yectos de la corte y de Mirabeau.—Formacion
del campamento de Jales.—Juramento civico
impuesto á los eclesiásticos.
- CAP. VI. Progresos de la emigracion.—El pue-
blo sublevado ataca al castillejo de Vincennes.
—Conspiracion de los *Caballeros del puñal* .—
Discusion sobre la ley contra los emigrados.
—Muerte de Mirabeau; intrigas contra-revolu-
cionarias.—Fuga del rey y de su familia; su
detencion en Varennes y su vuelta á Paris.—
Disposiciones de las potencias extranjeras; pre-
parativos de los emigrados.—Declaracion de
Pilmitz.—Proclamacion de la ley marcial en el
Campo de Marte.—Acepta el rey la constitu-
cion.—Conclusion de la Asamblea constitu-
yente.
- CAP. VII. Juicio acerca de la Asamblea constitu-
yente.—Apertura de la segunda Asamblea na-
cional, llamada *Asamblea legislativa* ; su com-
posicion.—Estado de los clubs; sus miembros
influyentes.—Petion, corregidor de Paris.—
Politica de las potencias.—Emigracion; decre-
tos contra los emigrados y contra los sacerdo-
tes no juramentados.—Modificaciones en el mi-
nisterio.—Preparativos de guerra; estado de
los ejércitos.
- CAP. VIII. Division de los partidos acerca de la
cuestion de la guerra.—Papel del duque de
Orleans y de su partido.—Decreto de acusacion
contra los principes emigrados.—Formacion
de un ministerio girondino.—Dumouriez, su
carácter, su genio y proyectos.—Pormenores
acerca de los nuevos ministros.—Conversacion

179

182

257

- de Dumouriez con la reina.—Declaracion de guerra al rey de Hungría y de Bohemia.—Primeras operaciones militares.—Derrota de Quiebraín y de Tournay.—Asesinato del general Dillon. 295
- CAP. IX. Desavenencias en el ministerio girondino.—La supuesta camarilla austriaca.—Decreto para la formación de un campamento de veinte mil hombres en las inmediaciones de París.—Carta de Roland al rey.—Exoneracion de los ministros girondinos; dimision de Dumouriez.—Formacion de un ministerio fuldense.—Proyectos del partido constitucional; carta de Lafayette á la Asamblea.—Situacion del partido popular y de sus caudillos; planes de los diputados meridionales; conducta de Petion en los sucesos de junio.—Jornada del 20 de junio de 1792; insurrección de los arrabales; escenas en las habitaciones de las Tullerías. 322
- CAP. X. Consecuencias de la jornada del 20 de junio.—Llega Lafayette á París; sus quejas á la Asamblea.—Rumores de guerra; invasion próxima de los prusianos; discurso de Vergniaud.—Reconciliacion de todos los partidos en el seno de la Asamblea el dia 7 de julio.—Declárase á la patria en peligro.—El departamento suspende en su cargo al corregidor Petion.—Proclamas amenazadoras contra el trono.—Lafayette propone al rey un proyecto de fuga.—Tercer aniversario del 14 de julio; descripción de las fiestas.—Anuncios de nueva revolucion.—Comision revolucionaria.—Pormenores sobre los revolucionarios mas célebres de esta época, Camilo Desmoulins, Marat, Robespierre y Danton.—Planes de los amigos del rey para salvarle.—Diligencias de los diputados girondinos para evitar un levantamiento. 368